

SANTA TERESA Y EL ESPIRITISMO

POR EL

R. P. Eusebio del Niño Jesús, C. D.

oooooooooooo

2.ª PARTE

PUNTOS CARDINALES DEL ESPIRITISMO



EDITORIAL
Mensajero de Santa Teresa
y de San Juan de la Cruz
Madrid.—Plaza de España
Apartado 8.035

AVILA
Imp. catól. y Encuadernación
de Sigrano Díaz
Pedro de la Gasca, 6

1930



A mi estimado amigo el
Excmo. Marqués de Sotomayor
Albar amante de las letras
Auita y agosto de 1920
El Autor

SANTA TERESA Y EL ESPIRITISMO

A mi querido amigo W.
Benito M. de la Cruz
Calle de Anzoátegui de San Pedro
Cuba, Agosto de 1890

El Doctor

LA FORTUNA Y EL ESPIRITISMO

SANTA TERESA Y EL ESPIRITISMO

POR EL

R. P. Eusebio del Niño Jesús, C. D.

oooooooooooo

2.ª PARTE

PUNTOS CARDINALES DEL ESPIRITISMO



EDITORIAL
Mensajero de Santa Teresa
y de San Juan de la Cruz
Madrid.—Plaza de España
Apartado 8,035

AVILA
Imp. catól. y Encuadernación
de Sigirano Díaz
Pedro de la Gasca, 6

1930

APROBACIONES

Nihil obstat.

Rafael M. Mercader, S. S.

C. E.

i Junii 1925.

Imprimatur.

DR. HENRICUS

Episcopus Camagüeyensis.

16 Junii 1925.

Imprimi potest.

Fr. Joseph Vincentius a Sta. T.

V. Prov.

25 Aprilis 1926.

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

CAPITULO PRIMERO

ALGO DE HISTORIA ESPIRITA GENERAL Y PARTICULAR

CUENTOS Y LEYENDAS.—TIEMPOS DE LA MAGIA.—SABIO QUE NO LO PARECE.—ALLAN KARDEC.—DESARROLLO DEL ESPIRITISMO.—FUERZA DE LO MISTERIOSO.—MESAS GIRATORIAS.—W. CROOKES.—EN LO IGNOTO.—LO QUE DICE EL SR. CÖRIS.—POR QUÉ LO DICE.—AFIRMACIONES CATÓLICAS Y AFIRMACIONES ESPIRITISTAS.—¿EXISTE OPOSICIÓN ENTRE UNAS Y OTRAS?—ERRÓNEO PARECER DEL SR. PINTOR.—LUZ Y PENUMBRA.—EL ESPIRITISMO.

Efecto de la ignorancia la superstición, a medida que las luces doctrinales del Nazareno iban esclareciendo las inteligencias, desaparecían las consejas y leyendas, como desaparecen las tinieblas cuando las ondas lumínicas invaden los espacios.

En los pueblos civilizados pasado habían los tiempos de la *magia*, de las *hadas* y de las *brujas*; los de la *geomancia*, *chiro-mancia* y *necromancia*, los días de Abdel-Akem y Al-Makari. (1) Estas doctrinas o fantasías sólo entre el vulgo idiota conservaban algunos prosélitos, y preciso era acudir a los bosques salvajes, como los de las pieles rojas y neozelandeses para presenciar verdaderas sesiones de espiritismo con los maravillosos efectos que sus *medios* producían. Por los años 1743 a 1744 el sabio naturalista de Suecia Manuel Swedemborg, no tan equilibrado como sabio, (2) renovó, bajo diferente forma, las prácticas olvidadas y el comercio con los muertos o espíritus.

1 Menéndez y Pelayo. *Histor. de los Het.* t. III, c. VII, § 2.º

2 Cfr. Fr. Valentín Zubizarreta, Arzobispo de Santiago de Cuba, *El E-spiritismo*, p. 11

A pesar de los adeptos que en Helvecia y en el Reino Unido de América siguieron sus teorías, y del apoyo que recibía del magnetismo animal o mesmerismo, con el que muchos las confundían, (y no sin razonable fundamento), las doctrinas de Swedenborg hubieran quedado por sí mismas relegadas al olvido. A evitar semejante fracaso vino un hombre del siglo llamado, por antítesis, de las luces.

Hipólito Denizart Rivail, el que a sí mismo se bautizó con el nombre de Allan-Kardec como prueba de otras tantas reencarnaciones pretéritas, fué el hombre que dió impulso y comunicó nueva vida a las teorías del naturalista sueco. Espíritu inquieto e inteligencia partidaria de novelorías, miró al ocultismo y le consideró instrumento apto para realizar grandes y prodigiosas transformaciones en el orden intelectual y principalmente en el religioso. Pretendía unificar todas las religiones fundando la por él llamada religión universal.

Después que Allan-Kardec hubo escuchado, según él mismo cuenta, «los pequeños y repetidos golpes en el tabique de su despacho» y oído la voz del que presentándose como su espíritu familiar le dijo: «Para tí, me llamo *Verdad*» (1), publicó el folleto «*¿Qué es el Espiritismo?*», y poco más tarde «*El libro de los Espíritus*».

Sorprendente fué el efecto que estas obras causaron en las inteligencias y corazones faltos de lastre científico y religioso. Admiraron sus *observaciones* hechas en compañía de otros sujetos aficionados a las mismas prácticas; recibieron sus cuentos como revelación de algo nuevo e insólito. Este resultado animó a su autor para que años más tarde escribiera, seguro ya del éxito, «*El libro de los Mediums*». Si en los primeros se había expresado con incertidumbre, en este se presentó como doctor de la *Nueva Ciencia*, y como reformador de la *Religión* que habilitaría a la humanidad para recibir la *sublime* doctrina revelada por las nuevas divinidades.

Poco aptas las facultades del hombre, y menos las del que de sólida y nutrida instrucción carece para seguir en pos de las abstracciones, sino cuenta con un auxiliar externo, los éxitos de Allan-Kardec pronto hubieran desaparecido, y su *ciencia nueva* y *nueva religión* con él descendieran al sepulcro. Empero Allan-

1 Obras Póstumas, 2.^a part., *Mi guía espiritual*.

Kardec contó con ese auxiliar. A las sesiones que empezó en el domicilio de Baudín, siguieron las del salón de la Sociedad Parisiense. A las prácticas propias, se unieron las ajenas; y a las verificadas en París, se asociaron las efectuadas aquende (1) los mares.

Misteriosos golpes sonaron en la puerta de Miguel Weckmann, en la ciudad de Hydesville, Estado de Nueva York, el 1846, a las altas horas de la noche. Este fué el momento en el que el *espiritismo*, «astuto hacinamiento de necias doctrinas, recibidas por muchos con sarcasmo y risa, cúmulo de supersticiones conocidas hace varios siglos bajo otras formas y con otros nombres y debidamente castigadas, y que en la actualidad no merecerían mencionarse entre la gente cuerda, sino fuera por los estragos que hacen sus prestigios entre los ignorantes» (2), empezó una nueva era más prolífica que las antecedenentes.

El racionalismo moderno sistemáticamente rechaza el misterio y abomina cuanto se presente fuera del alcance de sus potencias; empero, cuanto más le detesta, por un instinto de naturaleza, más le proclama; el misterio es el que atrae poderosamente las inteligencias, el que alimenta el fuego del corazón, el que da vida a las doctrinas, perfecciona las ciencias, acrecienta las riquezas, lleva los frutos de los inventos a las naciones. Sin el misterio no se explica la historia; se hace incomprendible el hombre. En el misterio tiene su fundamento el mismo racionalismo; es ley de la naturaleza humana. Condenar a muerte al primero, es privar de la vida a la segunda.

Las atracciones del espiritismo buscaron su base en lo inexplicable, en lo maravilloso, en lo desconocido y saturado de enigmas misteriosos; todo lo cual, a su vez, descansaba en misteriosos ruidos, en golpes incógnitos, en rotaciones de mesas, apariciones de manos sin brazos, que dejaban sentir tactos *invisibles* en el rostro de los circunstantes; en visiones de flúidos grisáceos, respuestas de personajes problemáticos, *aportes* y otros mil y mil efectos sin causas conocidas.

Desalojada por Weckmann la habitación de Hydesville, habi-

1 La Obra se escribió en Cuba.

2 C. P. de la Amrca, Latna. Actas y Dcrtos. n.º 163. En el mismo número dicen los PP. del Concilio, que «el espiritismo es la mayor de las locuras supersticiosas que se han presentado en nuestros días, invocando el título de progreso y civilización, con cierto espejismo científico, para seducir a los incautos».

tó la casa el doctor John Fox y su familia. Los golpes se repiten. Margarita y Catalina combinan un alfabeto para entenderse con el *invisible* personaje. (1)

...Las conversaciones de las Fox; las evocaciones de los Davenport; los sucesos extraordinarios que ocurrían en las sesiones de Hume y Slade, propagaron rápidamente las doctrinas espiritistas por ambos mundos, eleváronle de categoría, y, si no consiguieron que pasara *realmente* «de las manos de los charlatanes a la de los físicos y fisiológicos» (2), sí consiguieron llamar altamente la atención de los inteligentes. Los hechos eran verdaderamente admirables: fenómenos *tiptológicos, grafológicos, de posesionamiento, videntes, de materialización.*

¿Cómo explicar estos efectos? Estábamos frente a un nuevo orden científico? Los medios probativos eran asaz insuficientes para dar razón satisfactoria de las prácticas mediúmnicas. Y envueltos por las sombras *misteriosas*, que irresistiblemente atraían las energías del cerebro y las aspiraciones del corazón, los periódicos y revistas proclamaron la *nueva ciencia del misterio, del ocultismo*. Sabios como W. Crookes (3), Morgan, Zöllner, Aksakof, Flamarión (4) y otros, seducidos igualmente por los *mila-*

1 En el c. XV, nos ocuparemos de analizar lo que ahora presentamos a título de narración; allí veremos cuál es la verdadera y la falsa historia.

2 Carta de Schiaparelli a Camilo Flamarión. Apud. J. Comas Solá. *El Espiritismo ante la ciencia*, pag. 51, edic. de 1924.

3 Ya veremos después el fracaso de este famoso observador.

4 Según «L'Opinion» de París, este hombre célebre ha desertado del campo espiritista, porque «después de sesenta años, de investigaciones, dice Flamarión, sólo he podido comprobar que en la mayoría de los casos todo es sugestión del investigador». — Del *Diario de la Marina*, 20 de abril 1922, n.º 82. — Esto en la suposición de que realmente haya sido espiritista, lo cual nos parece más que dudoso. El fundamento que tenemos para negar el espiritismo de C. Flamarión es su misma palabra. En su libro «Memorias de un astrónomo» encontramos lo que a continuación vamos a copiar. Por ello se verá que el célebre astrónomo después de abandonar el catolicismo, nunca entró de lleno en el campo espiritista, y puede decirse que tampoco ha sido espiritista en el sentido riguroso de la palabra.

«En aquella época (1862), nos dice, el estudio del espiritismo me ocupaba una buena parte de mis horas de ocio. Habiendo oído hablar de experiencias que parecían aportar un elemento nuevo a la investigación sobre el destino de la muerte, me precipité por esa vía. Después de haber ojeado el libro titulado *Le livre des Esprits*, (de Allan-Kardec) en el que la vida futura y los otros mundos están descritos por suposición por espíritus que lo conocían, lo leí con avidez, y queriendo darme cuenta de los hechos expuestos, entré inmediatamente en relación con el autor y asistí a todas las sesiones de la sociedad espiritista de que él era presidente. Hice al mismo tiempo conocimiento con un medio de efectos fí-

gros de Eusapia Paladino y demás comparsa me liúmnica han visto en el espiritismo un gran factor que está llamado a revolucionar los órdenes científico, moral y religioso.

A esta ciencia del ocultismo, sin hechos verdaderos y sin prin-

sicos, Mlle. Huet, a cuyo salón iban hombres de alta distinción... Este nuevo mundo (de mesas en movimiento, etc.) me intrigó y redacté hasta memorias de las sesiones en dos pequeños tomos» (c. XIII.) ¿Cuál fué empero el resultado? Al escribir sus *Memorias de un astrónomo* en la edad de la vejez (por los años 1910 a 1911, y nació el 1842) nos ha dicho: «Durante varios años seguí con el mayor interés todas aquellas experiencias. Como mis lectores pueden suponer, mis investigaciones no han resuelto hasta ahora el gran problema; pero nos conducen a admitir la existencia de fuerzas desconocidas y facultades del alma hasta ahora inexplicadas.» L. C. Hablando de las sesiones de Mm. Girardin copia el relato de Vacquerie y escribe: «Tal es el relato de Augusto Vacquerie. Durante algún tiempo creyó en los espíritus de las mesas, pero después dejó de creer en ellas» L. C. p. 254.. Al tratar de las sesiones en que Victor Hugo hacía de secretario (copiando los dictados de los espíritus), y en las cuales la mesa anunciaba que se iban a presentar espíritus de poetas y autores dramáticos como Esquilo, Shakespeare, el Dante, etc., y el de personajes tan célebres como Galileo, Alejandro Magno y otros, si bien después los que respondían se apellidaban espíritus inominados, o tan extravagantes como le oiremos, nos cuenta la mala partida que un día LA SOMBRA DEL SEPULCRO le jugó al poeta, por cuya causa «Victor Hugo arrojó en aquel instante su cuaderno, se levantó furioso y abandonó la sala, indignado de la conducta de los espíritus con respecto a él» L. C. p. 258.

Recoge la graciosa respuesta que un día dió el apellidado espíritu de Walter Scot, que venía a sustituir al invocado de lord Byron, y al emitir su juicio escribe: «aquí, como en los diferentes casos discutidos en mis obras especiales, estamos forzados a admitir que la reunión de personas en asamblea para hacer estas evocaciones crea momentáneamente, una personalidad física que las resume. Es nuestro ser subconsciente, nuestro subliminal, el que parece obrar un poco como en el sueño, pero proyectándose, por decirlo así. Aquí el espíritu dominante y haciente era evidentemente el de Víctor Hugo, por que en estas manifestaciones había como un reflejo de él mismo... Su pensamiento se exteriorizaba y obraba a distancia sobre el cerebro del medio (Carlos Hugo), que producía las letras y las palabras, por precisión de las manos. La hipótesis del fraude debe desecharse en absoluto en estas experiencias honradas. Pero hay una tensión de espíritu, de sugestión que nos demuestra que el alma y la voluntad obran de una manera anormal. Sin embargo esta explicación por el subconsciente está lejos de explicarlo todo, ella es insuficiente y deja un puesto a influencias exteriores en el espíritu de los experimentadores. No está científicamente probada. Existe otra cosa, que queda por descubrir, y que no lo será quizás jamás por la imperfección de nuestros sentidos. La mesa, en el caso de Victor Hugo había hablado en lengua desconocida del medio, y no se puede por menos de admirar la elegante concisión de esta respuesta en el más puro inglés, ¿Sería el mismo Walter Scot el que había respondido? No tenemos el derecho de negarlo, pero no está ciertamente demostrado y hasta no es probable ni mucho menos. «Los asistentes creyeron sin embargo en la visita de un espíritu extraño al de ellos, y Victor Hugo continuó creyéndolo siempre.

«El problema sigue siendo sumamente complejo. Hay en esto el testimonio de fuerzas desconocidas. Vivimos en medio de un mundo invisible. Las hondas herizianas se mueven. Por otra parte, la identidad de

cipios inconcusos, y que, por ende, ni es ciencia, como veremos en su lugar respectivo, ni es, ni puede ser religión, es a la que el Sr. José Blanco Coris ha dado entrada en su cerebro, o mejor aún, su cerebro ha entrado «en el obscuro campo de lo ignoto».

los espíritus evocados no se muestra aquí ni mucho menos. Entre los firmantes de todos los dictados he notado los nombres siguientes: La Sombra del Sepulcro, el León de Androcles, la Burra de Balaan, la Paloma del Arca, el Drama, la Novela, la Poesía, la Idea y la Muerte... Si la «personalidad-reflejo» es la hipótesis explicativa más probable, la hipótesis de la existencia de espíritus anónimos no está eliminada. Digo anónimos porque ni Esquilo, ni Molière han dictado evidentemente las respuestas de que hemos hecho mención. ¿No existirá en el espacio un quinto elemento, no material, un principio de orden físico, un medio mental a estudiar, cuyas manifestaciones confusas se revelarían a veces a nuestros sentidos imperfectos? El problema psíquico no está resuelto.

Por otra parte también, si es el reflejo de nuestros pensamientos, por qué, cuando se piensa en Molière no se dicta este nombre? Y ¿por qué el pretendido «subconsciente» es tan frecuentemente opuesto al «consciente»? ¿Por qué se obstina la mesa tan frecuentemente en ideas contrarias a las nuestras?» p. 238-243 Hablando de las experiencias de Eugenio Nus, hechas en el círculo falansteriano de la Rue de Beaune dice: «Notemos en esta última definición (de la Muerte, definida por el espíritu: Cesación de la individualidad, desagregación de sus elementos y retorno a la vida universal), por un espíritu de suposición, o alma desencarnada, la extraña singularidad de que declara que la muerte es la cesación de la individualidad! Sería estar en contradicción más total consigo mismo. Se responde como cuando se está dormido. En este caso también, es la exteriorización del pensamiento profundo de los experimentadores. No había ni una sola palabra que no estuviera en el espíritu de los asistentes.» Esto mismo dice que observó en todos los casos. «Hay espiritistas, continúa, de una fe tan ciega que están seguros de estar en comunicación con los espíritus. No se puede razonar con ellos y no perdonan no participar de sus certezas que han llegado a ser en ellos creencias religiosas. Pero hay otros que comprenden que el método científico sólo es el que puede conducirnos al conocimiento de la verdad.» p. 244.

«Se puede rechazar el espiritismo y el cristianismo sin dejar de ser espiritualista. Estas son doctrinas completamente disjuntas. En mi ávida necesidad de conocer, me había lanzado con ardor, como lo habían hecho otros muchos, en la exploración de este nuevo camino que parecía abierto a la solución del gran problema; desgraciadamente esto no me facilitó tampoco la solución deseada. Aplaudo todos los esfuerzos hechos por descubrir la verdad. La conclusión es sin contradicción, que existe un mundo psíquico y que el humano está dotado de fuerzas desconocidas.

«He hablado de un camarada que se llamaba Carlos Burdy. Su constitución era extremadamente enfermiza, y la tisis no debía tardar en llevárselo. Por otra parte se felicitaba de no estar condenado a vivir eternamente, morir bien pronto (a los 20 años) y poder venir enseguida a manifestármeme para decirme lo que era de él. Su promesa era fierna, segura y su voluntad bien firme. Pero jamás he recibido de él la menor manifestación de ningún género, p. 246-247. Poco después tuve el verdadero dolor de perder al editor Didier (5 de diciembre de 1865). Se me rogó pronunciar sobre su tumba un discurso resumiendo su vida. El también había prometido manifestármeme: jamás nada, p. 330. A propósito de mis discursos, en los funerales de Allan-Kardec y de su editor debo

El Sr. Pintor malagueño es espiritista y ferviente propagador de las doctrinas de Allan-Kardec, y tan asiduo concurrente a las sesiones espiritistas, «como aficionado a estos estudios tan interesantes, que, no se me ha escapado, dice él mismo, función, novena o tarasca en que yo no danzara». (1)

No satisfecho con el papel de espectador y oyente, quiso saber por propia experiencia, si saber era dado, lo que se ocultaba en las reconditeces del ocultismo. El Sr. Coris es espiritista medium. «Tampoco me atrevería, nos dice en la introducción, a acometer empresa tan arriesgada como supone la de publicar un libro de tal índole, sino hubiera experimentado personalmente la influencia de estas comunicaciones de mediumnidad». Líneas más arriba había escrito: «Cumpló mecánicamente dictados superiores de las regiones del misterio».

Partidario de esa ciencia que hoy pretenden «con bastante impropiedad, llamar *Ciencia Psíquica*, y a sus fenómenos *fenómenos psíquicos ocultos*» (2) es igualmente el epiloguista presbítero Tomás Bazán Monterde, y tan entusiasta que la considera como el «hermoso edificio indestructible de la verdad», y a las gentes que lo habitan «propaladores de las verdaderas ciencias físico-políticas y religiosas, (los cuales) llegará tiempo en que alcanzarán la victoria». (3)

Si el Sr. Coris se concretara a decirnos que era discípulo dócil de Allan-Kardec, y que le encantaban las *proezas* de Ana Rothe y Elena Smith, discutiríamos con él su *Por qué soy espiri-*

declarar que, como en las otras circunstancias de que he hablado, no he recibido jamás de ellos ninguna comunicación de ultratumba.» p. 515.

Por estas conclusiones se ve que el espiritismo de Flamarión se pierde en abstracciones que nada tienen que ver con la teoría de Allan-Kardec.

A mayor abundancia aduciremos la respuesta que el mismo Flamarión dió a Mr. Paul Heuzé, al ser requerido por este a que emitiera su opinión cuando las andanzas de la célebre medium Eva Carvière. «Espero, querido colega, le decía, que no vendréis a pedirme que os diga ninguna cosa precisa, porque no sería capaz de ello. Comencé mi trabajo sobre estas cuestiones en 1862; hace, pues, sesenta años que vengo investigando; pero, sin embargo, esta es la fecha en que no puedo afirmar sino una sola cosa, y es que no sé nada; *que no comprendo absolutamente nada*» (Paul H. *Les morts vivent-ils?*, p. 89).

Este celebrado hombre ha muerto el 4 de junio de 1925 a los 85 años en su Observatorio de Juvissy.

1 p. 78.

2 J. Grasset, *El Ocultismo ayer y hoy*, Traduc. por Genaro González Carreño, 1.ª part., c. I, n.º 5.

3 p. 125 y 132.

tista; le preguntaríamos la razón que le impulsó a abandonar la religión de sus padres y la que le asiste para actuar en las regiones misteriosas (1); le exigiríamos la filosofía de la metamorfosis que ha experimentado su espíritu y le probaríamos que, con semejante conducta, se había «ganado el título de loco». ¡Como que no se puede dejar el catolicismo sino es incurriendo en la demencia! Ya lo ha dicho sabiamente el Marqués de Valdegamas: «El hombre no puede huir de la obscuridad católica, sin condenarse a sí propio a palpar una oscuridad más densa; ni puede huir de aquello que abrumba a su corazón, sin caer en aquello que la niega, porque la contradice» (2). Le estimaríamos equivocado, y como a tal le enseñaríamos el verdadero camino de la verdad, procurando convencerle de que si las fosforescencias neuróticas pueden alucinar la fantasía, no llevan ni pueden llevar luz a las regiones del espíritu. Nunca, sin embargo, miraríamos su palabra como insincera y destituida de fundamento verídico.

Pero el Sr. Coris no se satisface con estampar la afirmación espiritista. Arrastrado su espíritu, creemos que inconscientemente, por la corriente pragmatística de ciertos pensadores modernos, (3) parece que concibe la filosofía y particularmente la religión, cual terso lienzo, sobre cuya superficie, su buril de artista puede trazar líneas, combinar colores; y la luz y la sombra, lo obscuro y lo matizado lejos de repelerse forman un todo armónico y realzan la hermosura y majestuosidad del cuadro. Después de confesarse discípulo de Allan-Kardec y hacer profesión de las doctrinas ocultistas; se presenta como reverenciando al Crucificado; quiere armonizar las enseñanzas espiritistas con las católicas y hasta identificarlas; no encuentra oposición entre los principios del espiritismo y catolicismo; compara los santos con los mediums y las visiones de aquellos con las comunicaciones

1 La que nos ofrece en el citado libro nos parece muy poco aceptable, como en su lugar veremos.

2 *Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo*, lib. II, c. III.

3 Al hacer esta afirmación no estimamos proceder ligeramente; en las primeras palabras de su librito se insinúa con bastante precisión este pensamiento. «Lector, dice, si eres de ideas contrarias a todo concepto que no encaje en una moral convencional, desde luego respetable como todos los movimientos de nuestra psicología íntima, ... si crees verdades absolutas cuantos mandamientos y explicaciones se desentrañen de la religión que estimas verdadera, no leas este libro».

mediúmnicas; más, hace a los héroes del catolicismo santos y mediums al mismo tiempo.

Escribe el Sr. Blanco: «Es posible que algunos críticos vean en estas manifestaciones de la mediumnidad de Santa Teresa, así como un delito evidente de profanación. Peor para los que así estimen conceptos que en realidad no atacan a base fundamental alguna de principio moral ni mucho menos a la religión en que la Santa figura como una de sus grandes lumbreras, que soy el primero en reconocer» (1), En la página 15 agrega: «Estas sensaciones (las de mediumnidad), nada tienen que ver con la religión ni con la santidad: se puede ser santo y medium. El origen de los placeres de la mediumnidad es celestial».

Estas afirmaciones propias, se atreve el Sr. Coris, con audacia incalificable, a ponerlas en labios de la insigne carmelita. En el capítulo V de su obra, reseña una sesión espiritista (2); en el diálogo que finge haber tenido con el espíritu de la Santa nos cuenta que la preguntó: «¿Sería una irreverencia asegurar públicamente, como está en mi ánimo, que fuisteis una medium portentosa?» Y dice que le respondió la Santa; «No es ningún pecado. Lo fui, y lo fui inspirada por la divinidad; lo que es que entonces no se podía hablar de tales ideas. Eso que vosotros llamáis espiritismo, era el misticismo; yo fui una mística impulsada por una fuerza superior... fui una autómatas iluminada por las gracias de la gloria y el encanto de sus moradores».

Del mismo sentir es el epiloguista; pues nos dice que las causas de las visiones, éxtasis y revelaciones de la Santa «han de contribuir poco a poco a colocar los jalones en que ha de radicar ese hermoso edificio indestructible de la verdad» (3).

Al hacer estas afirmaciones, el Sr. Coris revasa los límites de la inteligencia. Se detiene la facultad intelectual allí donde aparecen las bases del principio de contradicción. La tesis y la antítesis jamás han sido partes de un compuesto, fuera de la filosofía hegeliana; se excluyen mutuamente por naturaleza; el sí y el no, la afirmación y la negación no pueden tener consorcio y menos identificarse. Pues el Sr. Coris se abraza con lo contradictorio y lo une entre sí pretendiendo constituirlo como único prin-

1 p. 11.

2 De esta narración ya nos hemos ocupado en la primera parte.

3 p. 125, Habla del espiritismo.

cipio vital; quiere que entre la negación y afirmación no exista antagonismo y oposición, antes bien, que se admitan relaciones mutuas y hasta identidad sustancial, con sólo diferencias de modalidad.

El espiritismo niega en sus doctrinas y moral lo que afirma el catolicismo; éste admite cuanto aquel rechaza, y condena cuanto el espiritismo ofrece como laudatorio. Es la Iglesia católica la luz, el espiritismo la obscuridad; aquella la verdad, éste el error. ¿Y qué consorcio puede haber, dijo ya el Apóstol, entre la luz y las tinieblas, entre Jesucristo y belial? (1)

Tal vez muchos se admiren de las palabras que acabamos de escribir, e influidos por doctrinas, que nada tienen de filosóficas, aunque con ese nombre se vendan, les parezca exagerada la afirmación. A demostrarla, consagramos varios capítulos. Ante el lector haremos desfilar los principios dogmáticos de la Iglesia y el sentir espiritista sobre los mismos. Después que por sí propios hayan apreciado las doctrinas de una y otro, podrán juzgar de la razón que asiste al Pintor malagueño cuando escribe; que los conceptos espíritas en realidad no atacan a base alguna fundamental, de principio moral, ni mucho menos a la religión católica, y si es o no criterio de verdad la palabra del autor de «Santa Teresa Medium».

No pretendemos, sin embargo negar que entre la tesis católica y la espírita no haya ningún punto de contacto. La física moderna no admite la carencia total de luz en el espacio; las tinieblas que parecen más densas, dice, reciben algunos efluvios lumínicos de las ondulaciones etéreas. El error moral o intelectual no puede ser tan absoluto que deje de participar de la verdad o bondad, en más o menos grado; cuando no objetivamente, sí con relación al sujeto. Las potencias no se determinan a obrar si no son movidas por sus propios objetos; y como la luz es el determinativo del ojo, la verdad es el objeto de la inteligencia y el bien lo es de la voluntad.

El espiritismo, acerbo ingente de teorías y prácticas, unas inexplicables y otras contradictorias, tiene puntos de contacto con el catolicismo. ¿Cómo no los había de tener siendo este el depósito de la verdad, el punto donde convergen el orden natural y el sobrenatural? El espiritismo admite, sí, algunas verda-

1 II, Cor. VI, 15.

des de la Iglesia católica; mas de tal manera las desfigura y desnaturaliza que, su afirmación es la negación parcial, y algunas veces total, de las mismas consideradas en su propia naturaleza; y, con relación al fin, siempre significa la negación absoluta.

El catolicismo es el que posee la Palabra substancial, y juntamente con ella, cuanto dice referencia a la Divinidad; al hombre, en su principio y en su fin; a lo que de alguna manera se refiera a ese orden trascendental de la Providencia. El espiritismo, en el oficio de magisterio, no puede llenar otro papel que el de un mal copista y plagiario de tan poco gusto filosófico que ni aun siquiera sabe presentar las cuestiones. Este defecto o error básico, le ha llevado a donde necesariamente tenía que llevarle: al laberinto doctrinal y a las funestas consecuencias morales que se palpan doquier aparece.

El Sr. Coris, como todos los escritores espiritistas, es una prueba palmaria de este aserto.

CAPITULO II

LA DIVINIDAD

PIEDRA ANGULAR.—PRIMER ESLABÓN.—ANTES QUE NADA
DIOS.—CUESTIÓN FUNDAMENTAL QUE SE HA DE VENTILAR.

La piedra angular sobre que descansa el gran edificio de la Iglesia católica es Jesucristo. El es su fundador; El quien conserva la nitidez de la Esposa inmaculada, que entre raudales de pureza, brotó de su Corazón sacratísimo; El quien permaneciendo con ella hasta la consumación de los siglos, no permitirá que jamás las puertas del averno prevalezcan contra su Amada en la titánica batalla que sostiene. Al tratar, pues, de las verdades católicas, debiéramos empezar por exponer la consistencia de la base, probar la autoridad de la Iglesia por la de su Fundador. Además, empero, de que esta es labor apologética, y ya la suponemos realizada, (1) no es Jesucristo, sino en cuanto Dios, el eslabón que une la cadena de los seres en el inicio de su existencia y en el postrer momento, marcándolos con el marchamo de la dependencia de causalidad y de finalidad.

Si Dios no existe y la Divinidad es un mito, entonces el caos será el que extienda su reinado por los espacios; pero no el caos de las objetividades, siquieran sean del orden ideal o quimérico, será el caos de la negación total, de la nada absoluta. Y la nada absoluta no puede ser principio de algo. No es la nada absoluta la que reina, ya que vemos la existencia de realidades, mas, como lo contingente que vemos no llena el vacío de la inteligencia, ni satisface la causalidad que reclama la naturaleza de los seres,

1 En su lugar correspondiente demostraremos la Divinidad de Jesucristo. Para nuestro objeto suponemos como verdad indubitable el origen de la Iglesia Católica.

habrá una realidad que haya existido siempre y cuya existencia de nadie dependa; porque de lo contrario, surgiría la misma duda, y esa realidad existente sin principio será Dios, causa de cuanto no sea El mismo.

He ahí la verdad fundamental donde han de buscar su génesis las otras verdades secundarias. La tesis que sobre ella se establezca, habrá de ser la clave de todas las soluciones. Esta será, por tanto, la primera cuestión que habremos de ventilar. ¿Cuál es la doctrina de la Iglesia acerca de la Divinidad? ¿Cuál la del espiritismo?

La Divinidad puede ser considerada en sí misma y con relación a su obra. Además; en la naturaleza deífica pueden estudiarse la existencia y la esencia; una y otra serán objeto de este trabajo. Antes de la obra divina consideraremos la Divinidad en sí misma.

ARTICULO PRIMERO

LA EXISTENCIA DE DIOS EN LA IGLESIA Y EN LA RAZÓN

¿QUÉ DICE LA IGLESIA EN LA PRESENTE CUESTIÓN?—CREO EN DIOS.—SÍMBOLO APOSTÓLICO.—SÍMBOLO NICENO.—CONCILIO VATICANO.—LA TESIS EN EL ORDEN ONTOLÓGICO Y EN EL LÓGICO.—POSITIVISMO, PRAGMATISMO Y TRADICIONALISMO.—EXISTE UN SOLO DIOS VERDADERO Y VIVO.—ONTOLOGISTAS Y SENTIMENTALISTAS.—EL VIZCONDE DE BONALD.—EL CRITICISMO DE KANT.—HABLAN LOS PP. DEL CONCILIO.—SIGNIFICADO DE SUS PALABRAS.—FUERZA DE LA ARGUMENTACIÓN A POSTERIORI.—RELOJ DE BOLSILLO.—¿CERTEZA O DEMOSTRACIÓN?—SANTO TOMÁS, EL CONCILIO Y LA ENCÍCLICA PASCENDI.—JURAMENTO CONTRA EL MODERNISMO.—LA RAZÓN Y LA REVELACIÓN AFIRMADAS POR LA IGLESIA.—¿QUÉ DICE EL ESPIRITISMO?

Inútil sería preguntar por el sentir de la Iglesia católica en la cuestión que nos ocupa. Se predica a sí misma como la obra de Dios por excelencia; su naturaleza, en la virtud de Dios tiene su origen, y puede decirse que radica en la misma naturaleza divina, aunque no sea bajo la formalidad de naturaleza; sus obras, por la virtud del Altísimo están animadas, y su palabra participa de la infalibilidad deífica. Es su existencia uno de los argumentos más convincentes que demuestran la realidad infinita. La negación de la Iglesia como obra de Dios, lleva a las mismas consecuencias que la negación de un efecto finito, cuya primera causa no fuera la infinita: al absurdo del que acabamos de hacer mención.

Creo en Dios, es la primera palabra de la profesión dogmática que pronunció la Iglesia, cuando reunidos los apóstoles en la

morada de Jerusalén, antes de esparcirse por el mundo a predicar las doctrinas del Crucificado, redactaron la regla que les serviría de pauta en sus predicaciones, o cuando, poco tiempo después, el Príncipe de los apóstoles, o sus próximos sucesores quisieron hacer una síntesis de las verdades católicas con el fin de que fácilmente fueran aprendidas por todos los fieles. (1)

Esas mismas palabras encabezan el Símbolo Niceno-Constantinopolitano y se repiten en el atanasiano. Desde aquellos tiempos, los fieles las recitan en sus preces, las cantan en los templos, y los ministros de la Iglesia las entonan en todos los Sacrificios solemnes y en la mayoría de los privados. Es confesión dogmática que siempre ha profesado la Iglesia.

Modernamente, merced a las teorías o hipótesis materialista y positivista ha experimentado no pequeña mengua en buen número de fieles. Para reparar estos daños, oponerse a los nuevos errores y que sus miembros puedan conocer cuál es la verdadera doctrina, los PP. de la Iglesia congregados en el Concilio Vaticano, hicieron nueva, pero no distinta síntesis doctrinal. Dice el Concilio en la fórmula renovada: «La Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, cree y reconoce que hay un solo Dios verdadero y vivo... todo poderoso, eterno, inmenso, incomprendible, infinito en inteligencia, en voluntad y en toda perfección» (2).

1 Hacemos alusión en el texto a los distintos momentos en que pudo ser redactada la Regla de fe, conocida por el Símbolo de los Apóstoles, sin inclinarnos a ninguna de las opiniones, porque para nuestro fin lo mismo significa; una pequeña diferencia de tiempo no altera el valor de la afirmación. La tradición que data de los primeros tiempos, pues ya la recogen San Jerónimo y otros Padres, que se acrecienta con el correr de los siglos y que llega hasta nuestros días, atribuye su composición a los mismos apóstoles. El cardenal Mazzella admite la veracidad de esta tradición, *omnino affirmandum est*, dice; solo duda acerca del instante en que fué redactado el Símbolo: pues uno creen fuera en la Asamblea de que hablan los Hechos de los Apóstoles, otros piensan que inmediatamente de la venida del Espíritu Santo y algunos terceros le fijan en el año 44, segundo del imperio de Claudio. En cuanto a la forma hay quien opina fué la individual, atribuyendo cada parte a un apóstol y quien defiende fué la colectiva, aprobado por todos. Mazzella. *De Virtutibus infusis*. Disp. II, ar. X, n.º 549. La crítica moderna generalmente considera como apócrifa esta opinión, si bien autores como Zahn, admiten la composición apostólica, con algunas modificaciones del final del primer siglo o principios del segundo. Otros conceden la paternidad a San Pedro y San Pablo, y todos en general convienen en que su composición data de la primera o segunda centuria. Cfr. *Enciclopedia Europeo-Americana*, T. XVI, Credo., admitiendo, no obstante, la paternidad apostólica en lo que se refiere a la sustancia,

2 Const. *Dei filius*, c. I.

En estas palabras, el Concilio afirma la existencia de la Divinidad, tal cual se presenta a la humana inteligencia, exenta de nebulosidades surgentes de la materia. A Dios, o no se le concibe, o hay que concebirle como la entidad suprema, que por ninguna otra puede ser superada o igualada; de lo contrario, dejaría de ser Dios, pues no comprendería en sí toda perfección, y esa entidad habrá de ser por ende infinita, eterna, inmensa, absoluta e incomprensible para los seres limitados y finitos.

Y no es suficiente que la Divinidad haya o no de existir considerada ontológicamente; la existencia de Dios, en la tesis de la también existencia de la criatura racional, implica necesariamente la del conocimiento de esa existencia.

Cuando los PP. del Concilio Vaticano decían: «La Santa Iglesia católica cree y reconoce que hay un solo Dios verdadero» afirmaban no sólo la verdad en el orden ontológico, sino con relación a nosotros y a nuestra facultad psíquica; afirmaban la existencia del objeto como conocido.

Parecerá redundante esta observación y además inútil; sin embargo, no lo es. La escuela positivista había dicho con Littré: «Los que creen que la filosofía positivista niega o afirma cualquiera cosa en el orden metafísico, se engañan; ni niega ni afirma nada; porque negar o afirmar sería declarar que se tiene un conocimiento cualquiera del origen de los seres y de su fin... Lo absoluto, lo infinito es como un océano que viene a golpear nuestra ribera, mas para el cual no tenemos ni barco ni vela» (1) ¿«Por qué os obstináis, dice en otro lugar, en inquirir si hay un Creador inteligente, libre y bueno?... Nunca sabréis nada de esto». (2)

Por distintos procedimientos que el positivismo, los agnosticos llegan a deducir la misma conclusión: la imposibilidad de conocer la existencia de Dios. Herbert Spencer, su fundador, había escrito: «Lo absoluto, que excede los límites relativos, no puede ser conocido por el hombre». (3)

A su vez la escuela pragmatista nos dice por su principal representante W. James: «Es vano plantear este problema: Dios o la materia... La cuestión de la existencia de Dios, no tiene para

1 *Paroles de philosophie posit.*, p. 52, Apud, Jauguey. *Diccio. Apol. Dios.*

2 *Revedes Deux Mondes*, 1 junio 1865, p. 686, Apud. id.

3 Cfr. Willems, *Institutiones Philosophicae*. t. I, Pars. II, c. I.

nosotros ningún interés, y, por consiguiente carece de sentido. Que exista o no el Dios de las Facultades de Teología, tiene poca importancia práctica». (1)

Con las doctrinas antecedentes guarda cierta analogía el tradicionalismo, al que, si más bien se le han de aplicar las palabras que luego referimos, también se comprende, bajo algún aspecto, en las que estamos comentando. Niegan los propugnadores de este sistema, la capacidad de la inteligencia humana para conocer por sí misma las verdades universales y, principalmente, la Divinidad, verdad suprema; y para demostrar su existencia. (2)

Como se ve, la cuestión varía mucho para estas escuelas, según que se la considere en el orden ontológico, o que se la lleve al del conocimiento. La niegan en el segundo caso y prescinden en el primero. Dios existirá, o no; ellas nada saben.

La Iglesia docente congregada en el Concilio Vaticano para oponerse a los errores modernos, ante todo al del racionalismo, (3) al aseverar que «reconoce hay un solo Dios verdadero y vivo», afirma la existencia de la Divinidad y, al mismo tiempo, que puede ser y de hecho es conocida por nosotros. La síntesis doctrinal de la Iglesia no se halla, empero, completa en las palabras que acabamos de copiar. De la unión del objeto cognoscible con su potencia, es verdad que directamente y de un modo explícito no se sigue más que el acto del conocimiento; pero en el juicio que pongo cuando afirmo el conocimiento implícitamente se incluye también el medio por el cual se adquiere. Los PP. del Concilio no podían menos de tener presente este simple raciocinio, y disipar los errores con la verdad clara y terminantemente manifestada.

El Ontologismo, que había tomado no pequeño incremento en el pasado siglo admitía, sí, el conocimiento de la existencia de Dios; pero confundiendo la actualidad perfectísima de Dios con la actualidad abstracta de que participan todos los seres (4),

1 Georges Michelet, *Dios y el Agnosticismo contemporáneo*, Traducción esp. bajo el título: *La Religión como hecho social*, c. II, § 2.º.

2 Willems, L. C. c. I, § 2.º. El Angélico Doctor en la *Summa contra Gentes*, ya hace mención de sistemas y doctrinas en todo semejantes a las aquí mencionadas, exceptuando la del pragmatismo, y en el lib. I, c. XII, las refuta con argumentos apodícticos.

3 Cfr. Pio IX, en la invitación a los PP. del Concilio.

4 Cfr. Ilsm Fr. Valentinus Zubizarreta, *Theologia Dogm.* V. II, q. I, a. II, § 2.º.

defendía que lo primero en el orden ontológico habría de serlo igualmente en el lógico; «que siendo Dios, como es, principio de todo ser, ha de serlo también de toda verdad y de todo recto conocimiento, y por tanto que la primera verdad que ha de ofrecérsenos ha de ser Dios» (1), e intuitivo el conocimiento de su existencia.

Bastante afinidad guarda con esta doctrina, la defendida por Reid y sus partidarios. Según ellos, como nuestro órgano de la visión instintivamente y sin medio alguno percibe su objeto cuando se encuentra suficientemente iluminado, de igual manera, iluminada la facultad cognoscitiva por un esplendor ingénito, cuando la idea o concepto de la Divinidad se presenta a ella, de cualquier modo que sea, inmediatamente, sin raciocinio alguno, por movimiento espontáneo, instintivo, conoce la existencia de Dios. Y como el conocimiento efectuado sin raciocinio, según muy sabiamente advierte Kleutgen, (2) tiene que terminarse inmediatamente al objeto; el de Dios en este caso se terminará inmediatamente a El mismo, será intuitivo.

Lo que el ontologismo predicaba de la inteligencia, la escuela de Jacobi afirmaba respecto de «la razón como facultad de fe», o mejor, respecto del «sentimiento íntimo». Según los defensores de este sistema la presencia de Dios se deja sentir en el hombre como una necesidad indeclinable, y entonces éste, no por raciocinio ni por acto intuitivo de la inteligencia, sino por un sentimiento innato, interno, y espontáneo, «que para algunos constituye una facultad distinta del sentido y del entendimiento conoce o percibe a Dios». (3).

Frente a todos estos sistemas se levantó el del Tradicionalismo, defendido por el Vizconde de Bonald; cuanto el ontologista concedía a la inteligencia se lo negaban los tradicionalistas. Renovando el error de los que, según Santo Tomás decían «que la existencia de Dios no se puede conocer por la razón, sino sólo

1 Cristiano Hermann Vosen. *El Cristianismo y las impugnaciones de sus adversarios*, Trad. del P. Juan Abadal S. J. 1911, lib. III, c. I. § 22.

2 *Institutiones Theologicae. De ipso Deo*, n.º 148.

3 Cfr. Anselmo Herranz, *Compendio de la Filos.*, c. XII, y Honorato del Val; *Theolo. Dogmat.* V. I, c. I, a. 1. Entre los católicos el P. Agustín Gratty del Oratorio de la Inmaculada fué acérrimo defensor de este sistema con las variaciones por él añadidas». Para el conocimiento de Dios substituyó el sentido íntimo por el sentido divino. Herranz. L. C. c. XIV.

por la fe y revelación» (1), negaban toda capacidad y virtualidad a la razón para llegar al conocimiento de la existencia divina. El único medio apto para alcanzar la posesión lógica de esa verdad es el de la autoridad revelada; la razón por sí misma nada puede en este orden de cosas, decían los tradicionalistas más rigurosos.

Los que no atreviéndose a llegar hasta las últimas consecuencias, por el absurdo evidente que encerraban, abrazaron el tradicionalismo moderado con el P. Raúlíca, sólo exigían la revelación como condición previa, para que la humana inteligencia pudiera conocer la existencia de la Divinidad. (2)

El absurdo criticismo de Kant (3), que por aquel tiempo, en el campo racionalista, llamaba poderosamente la atención de innumerables intelectos, negando la realidad *neuménica*, o el principio de causalidad, suponía la existencia de Dios como un «postulado de la razón práctica», pero negaba que nuestra facultad cognoscitiva pudiera conocerla. (4)

Otras varias teorías llegaban a la misma conclusión partiendo de premisas diferentes. En unas y en otras se admite la existencia de Dios, pero en cuanto al medio por el cual la conocemos se apartan mucho de la recta y sana filosofía. (5)

Todas estas doctrinas tenían muy presentes los PP. del Concilio Vaticano; de ahí que, al exponer y formular la regla dogmática, no podían menos de emplear una, que sirviera de refutación a los errores y de normas a los creyentes; por eso a las palabras que dejamos copiadas, añadió las siguientes: «La misma

1 L. C. c. CII.

2 Willems, L. C. § 2.º

3 No admire a nadie la dureza del vocablo, nada tiene de ofensivo. Empieza el filósofo regiomontano poniendo en tela de juicio la veracidad de la inteligencia, es decir, afirmando y negando al mismo tiempo cualidades contradictorias, o como dice el insigne Mella: «La escuela crítica, dudando arbitrariamente de la veracidad de las facultades cognoscitivas, para ver hasta que punto podía fiarse de ellas, empezó por la extraña contradicción de sujetarlas a un examen y a una crítica hecha por las mismas facultades de cuya legitimidad se dudaba. No creía en el crítico, pero sí en el resultado de la crítica.» *Examen del nuevo derecho a la ignorancia religiosa*. Confer., 17-4-1913. Ya Hegel había dicho del principio de Kant: «Es pensar antes de tener el pensamiento y nadar en tierra seca.»

4 Crist. Hermant Vo. L. C., II.

5 Para todas estas cuestiones puede consultarse la excelente obra del sapientísimo canónigo de Santiago de Compostela, Dr. Angel Amor Ruibal, *Los Problemas fundamentales de la Filosofía y del Dogma*, T. V y VI.

Santa Iglesia, nuestra Madre, mantiene y enseña, que Dios principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza por la luz natural de la razón humana, mediante las cosas creadas; porque las cosas invisibles de Dios se manifiestan y hacen inteligibles al hombre por medio de los objetos creados. (1) Y resumiendo en los cánones la doctrina que razonada expuesto había en los capítulos, agregó: «Si alguien dijere que el Dios único y verdadero, nuestro Creador y Señor, no puede ser conocido con certeza por la luz natural de la razón humana, mediante las cosas que han sido creadas, sea anatematizado.» (2)

Dos sentidos encierran estas palabras del Concilio, negativo el uno, por el cual se reprueban y condenan todas las doctrinas que directa o indirectamente niegan la virtualidad de la humana razón para conocer la existencia divina, o la aptitud de los objetos externos para servir de medio cognoscitivo a la inteligencia del hombre. (3) El otro es afirmativo, por el que la Iglesia define y expone su doctrina. Afirma, en primer lugar, la aptitud de la facultad cognoscitiva con relación a la existencia de un ser eterno e infinito. Declara, además, que el modo de adquirir ese conocimiento es por medio de las criaturas, sirviéndonos de la argumentación *a posteriori*, que es la única vía posible y de pruebas convincentes, según el Angélico Doctor (4), cuando de investigar la existencia de un ser se trata; del efecto conocido, el cual, como no puede gozar de la aseidad, ni subsistir por sí mismo, sino que ha de estar unido a aquel de quien depende, a la causa, al conocimiento de la causa nos lleva; sirviéndonos de las pruebas cinesiológicas, cosmológicas, físico-teológicas, o teleológicas, morales e históricas.

Son tan persuasivas y, al mismo tiempo, tan fáciles estas pruebas que un hombre nada religioso solía decir: «Yo nunca me he quebrado la cabeza para buscar pruebas de la existencia de Dios: la prueba me la saco del bolsillo; me basta sacar el reloj, y mi-

1 C. II.

2 L. C. § 2.º, c. 1.

3 Tales son las de los sistemas enumerados en el texto, con todos sus afines. Creemos que también queda proscrito el ontologismo, no sólo porque conduce al racionalismo, panteísmo y eclecticismo —Cfr. Billoit. *De Deo Uno et Trino*, q. II, The. II, § 4,—sino porque, cuando no negara indirectamente la potencialidad humana, sí niega el que los objetos puedan servir de auxiliares en el conocimiento de la divina existencia.

4 L. C., lib. I, c. XXII.

rarlo un momento y al punto digo entre mí: si esto no ha podido hacerse sin un relojero, ¿habrá podido fabricarse este reloj del mundo, sin que presidiera a la obra una soberana inteligencia? Esta pregunta sola vale para mí tanto como todos los argumentos juntos, y me libra del trabajo de andar recorriendo la historia, la naturaleza, la metafísica para pedirles que me suministren argumentos». (1)

Afirma, en tercer lugar, que el conocimiento de Dios adquirido por medio de las criaturas, es un esplendor que ilumina todos los ámbitos de la humana facultad, sin que el manto de la sombra proyecte sobre ella las negras obscuridades de la duda; pues, es un conocimiento que sale de los límites de la opinión y penetra en los de la certidumbre; como que es la consecuencia de una deducción lógica y contundente de premisas reales y verdaderas.

¿Qué grado de certeza alcanza este conocimiento? Es no só-

1 Aunque no es este lugar el de ofrecer todas las pruebas de la existencia de Dios, y pueden además encontrarse en cualquiera apolo-gética, permítanos el lector, aun a trueque de alargar un poco la nota, copiar las palabras de un célebre publicista, en las cuales se compendian los principales argumentos. Después que el insigne escritor había demostrado palmariamente que el hombre, y lo que del hombre se dice, se aplica a toda entidad finita, no puede ser una serie de fenómenos sin sujeto, contra el agnosticismo ni una parte, un accidente o manifestación de un todo único y absoluto, contra el panteísmo, ni la concreción y el desarrollo de una fuerza primitiva, contra el positivismo y que no queda más que un último término: que sea efecto de una causa infinita, creadora, continúa: «La realidad actual de que nosotros formamos parte no puede tener más que dos antecedentes únicos y no caben más hipótesis: suponer que esa realidad es precedida de la nada, o de otra realidad que ha existido siempre; no hay término medio: o hay una realidad que ha existido siempre, o ha habido un momento en que la nada, la negación total ha precedido al ser. Esto último sería un absurdo, por que si no hubiera nunca nada, nada podría salir de un seno oscuro y tenebroso. ¿Ha existido algo? Ese algo ha existido por sí mismo o por otro, por que no hay más maneras de ser. El ser que existe por sí mismo es absoluto, independiente: independiente en su ser y en su obrar, no puede estar limitado por nadie por existir él solo; si tiene esa independencia absoluta, es el ser ilimitado, infinito, Dios. Y como nosotros y todo lo que nos rodea es finito, compuesto y sujeto a la ley de sucesión y el universo en que vivimos está sellado por una limitación de energía y por una cantidad fija de materia, dentro de ella nos movemos, cambiamos, nos transformamos, y el límite no puede existir por sí mismo y tiene que existir por la acción de otro que sea absolutamente independiente. En suma, no puede proceder de la nada; no puede proceder de una realidad inferior y vacía, donde no existe lo que él posee; no se puede producir a sí mismo, luego es creado por el Ser infinito: Dios. Luego existe Dios.» Juan V. Mella, *Confía. Solo el espiritualismo católico salvará a la Sociedad*. Abril 1920.

lo cierto si no también evidente? Santo Tomás cuando trata de probar la existencia divina emplea siempre la palabra *demostración*; para el Angélico el conocimiento *cierto* lleva consigo la evidencia mediata, si es por la argumentación, como en el caso presente, y, por ende, se puede sin faltar a la claridad y precisión, llamar conocimiento demostrativo, o demostración. Y como el que de Dios tiene nuestra facultad es cierto y lleva consigo la evidencia mediata, el grado que alcance será el de certeza demostrativa. (1)

Esta es la razón por que algunos teólogos defienden que, si bien el Concilio no quiso emplear la palabra demostración, pues se presta a interpretaciones muy diversas, y explícitamente no definió que el conocimiento de Dios por la criatura era evidente, sino sólo cierto, implícitamente sí se afirma en la definición dogmática. (2) Y que esta era la mente de los Padres del Vaticano, no ofrece la menor duda; la misma Iglesia se ha encargado de manifestarlo.

La escuela llamada modernista, renovó a principios de esta centuria todos los errores del pasado siglo. Siguiendo, por una parte, las teorías del agnosticismo, extendía el velo de lo *incognoscible* sobre cuanto no fuera objeto de las potencias exteriores. La humana razón, decía, es impotente para conocer lo que excede el orden fenoménico, y como quiera que la Divinidad no cae bajo la acción de los sentidos, la humana inteligencia, concluía, «ni puede levantarse hasta Dios, ni puede conocer su existencia, deducida de las cosas que aparecen exteriormente.» (3) Admiradores, por otra, de la filosofía kantiana y tomando sus hipótesis y aseveraciones por verdades y principios inconcusos, establecieron la ley y método de la *inmanencia* en el procedimiento cognoscitivo. Si en virtud del agnosticismo no podemos conocer lo que excede los sentidos, en virtud de la inmanencia, sólo nos es dado tener conocimiento, en las cuestiones religiosas, de lo que encerrándose dentro de nuestra alma, surge, por movimiento de aspiración y exigitivo, de los pliegues de la subconsciencia. Dios viene a ser, como en la filosofía kantiana, un postulado de la razón; el alma, sin conocerle, experimenta, por

1 L. C. c. XII.

2 Honorato del Val, L. C. c. I, a. I.

3 Encyclica Pascendi, 8 de setiembre de 1907.

medio del *sensus religiosus*, la necesidad de El; y este sentimiento es la única prueba que tenemos, y que podemos tener de la existencia divina (1) en el orden natural. El alma, dicen, aspira a Dios como a piélagos infinito de dulcedumbres, donde ha de embriagarse; he ahí la prueba de su realidad. Luego Dios existe. Con estas doctrinas involucran no poco las verdades dogmáticas, y llevaban la confusión a innumerables inteligencias. (2)

El Pontífice Pío X, de feliz memoria, martillo de la herejía, que es, según él mismo la definió «la síntesis de todos los errores y herejías pasados», después de haber promulgado la sapientísima e inmortal encíclica *Pascendi*, la cual, al mismo tiempo que era la más completa exposición de las doctrinas modernistas, era la refutación más admirable y contundente de las mismas, el 10 de septiembre de 1910, publicó su *Motu proprio Sacrorum antistitum*. En este documento pontificio se interpretaban las palabras del Concilio Vaticano y se declaraba solemnemente: «Que Dios principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza, *adeoque demonstrari etiam*, por la luz natural de la razón, mediante las cosas que fueron creadas, esto es, por las obras visibles de la creación. (3)

Después de estas palabras del juramento contra el modernismo, ya no hay lugar a duda sobre el grado de certeza que alcanza el conocimiento que de la existencia divina tenemos; es un conocimiento cierto y evidente con evidencia mediata.

Ni el Papa Pío X, ni el Concilio Vaticano al afirmar que nuestra razón natural puede conocer a Dios sirviéndose de las criaturas, excluyeron la existencia de otro medio cognoscitivo, antes al contrario, expresamente lo declararon. Decían los Padres del Concilio: «Plugo a su Infinita Sabiduría y se dignó su Eterna Bondad manifestarse a las criaturas por otro medio que el de las obras visibles; por el medio sobrenatural de la revelación, como ya lo enseñó el Apóstol.» (4)

Finalmente, el Concilio afirma la verdad que, como consecuencia necesaria, se deduce de las pruebas cosmológicas y te-

1 Billot, L. C. Thes. III. § 2.^o

2 Lejos de haber desaparecido la escuela modernista, después del letargo sufrido por el golpe de la Encyclica, estos últimos años ha despertado con nueva vida y llena de vigor.

3 Acta Apost. Sed. vol. 2.^o, p. 669.

4 Sess. III, c. 2.^o

leológicas: que Dios es eterno, infinito, necesario, absoluto, inmutable, existente por sí mismo y que tiene la supremacía sobre todos los seres.

Con esto queda expuesto brevemente el sentir de la Iglesia y dada a conocer su doctrina acerca de la tesis fundamental: ¿Hay Dios, o no? Su existencia ontológica y lógicamente ¿puede afirmarse con certidumbre? ¿Y qué dice el espiritismo en esta cuestión?

ARTÍCULO II

LA EXISTENCIA DE DIOS EN EL ESPIRITISMO

ENOJOSA TAREA.—ESPÍRITUS LIGEROS.—EN EL LABERINTO.—¿DÓNDE ESTÁ ARIADNA?—INFANCIA DEL ESPIRITISMO.—ETERNA VACILACIÓN.—DIFERENTES PARECERES.—¿QUÉ SIENTEN EN LA CUESTIÓN FUNDAMENTAL?—ALLAN-KARDEC AFIRMA Y DESPUÉS NIEGA.—LO INFINITO E INMATERIAL.—JACKSON DAVIS.—SUS TEORÍAS Y LAS DE SUS DISCÍPULOS.—VERDADERA AFIRMACIÓN ESPIRITISTA.—EL ESPIRITISMO MODERNO ES ATEISTA.—LO QUE DICEN GONZÁLEZ SORIANO Y MATEO LUJAMBIO.—UNA MANVANTARA.—¿QUÉ DICE EL SR. CORIS.—DISCÍPULO APROVECHADO.—FRENTE AL SEÑOR MONTERDE, PRESBITERO.—NIEGA LO QUE LA IGLESIA AFIRMA.—SU DIOS, EL DIOS HILOZOISTA.

Difícil tarea la del filósofo y teólogo que deseen conocer las doctrinas espiritistas, y presentar los artículos orgánicos por los que se regula el espiritismo. Después de largas vigiliass y enojosos trabajos para penetrar en sus arcanos, tendrán que desistir de su intento y escribir las palabras del Dante Alighieri: «*Lasciate ogni speranza*» (1).

El espiritismo, dice su protagonista Allan-Kardec, tiene como principios las relaciones del mundo material con los Espíritus o seres del mundo invisible» (2); es decir, que tiene por único fundamento de todas sus doctrinas, o teorías hipotéticas, la supuesta pero improbable, comunicación con los espíritus. Ahora bien; como al decir del mismo Allan, hay: *espíritus impuros, espíritus*

1 *La Divina comedia. El infierno*, canc. III.

2 *El lib. de los espíritus*, Introd., § 1.º.

ligeros, espíritus de falsa instrucción, espíritus neutros, que «dan consejos péfidos, promueven las discordias y la desconfianza, y para engañar mejor, toman todas las apariencias. Se apoderan de los caracteres bastante débiles para seguir sus excitaciones, a fin de arrastrarlos a la perdición». Hay espíritus que «son ignorantes, malignos, inconsecuentes y burlones, y en todo se entrometen, y responden a todo sin cuidarse de la verdad. Se complacen en ocasionar pequeños pesares y alegrías, en chismear, en inducir maliciosamente a error por medio de mixtificaciones y en hacer travesurillas». (1) Espíritus que tienen conocimientos bastante vastos; pero creen saber más de lo que realmente saben. Y habiendo progresado algo en diversos sentidos, su lenguaje tiene cierto carácter grave que puede engañar acerca de su capacidad y ciencia; pero no pasa de ser, con frecuencia, reflejo de las preocupaciones y de las ideas sistemáticas de la vida terrestre; una mezcla de verdades y absurdos». Espíritus que «no son ni bastante buenos para practicar el bien, ni bastante malos para hacer el mal; se inclinan igualmente al uno y al otro, y no se sobreponen a la condición vulgar de la humanidad, ni moral, ni intelectualmente» (2).

¿Quién será, o dónde estará la Ariadna que tienda el hilo en este laberinto? (3) Los mediums, responde el propio Allan-Kardec. Pero los mediums influidos por los espíritus reveladores; o mejor expresado, los mismos espíritus mediante los mediums. (4) La contradicción en que incurre el corifeo espírita al dar esta respuesta no puede ser más palmaria. Para eludirla en lo posible y dar alguna explicación al misterio oculista, escribió el mismo Allan: El espiritismo ha tenido, como todas las cosas, su periodo de infancia y hasta que todas las cuestiones que abraza, principales y accesorias, estén resueltas, no puede ofrecernos más que resultados incompletos» y «no se puede exigir de un niño lo que de un adulto. El espiritismo, en vías de formación, y elaboración no puede dar más que resultados individuales. El espiri-

1 «A esta clase, dice Kardec, pertenecen los Espíritus llamados vulgarmente *duendes, trasgos, gnomos y diablillos*.» n.º 105, *personajes de las antiguas leyendas*.

2 El lib. de los Esp. n.º 102-106.

3 «El espíritu no llevará en la frente una marca por la que podamos reconocerle». Obras post. p. 316. Allan-K.

4 El Evan. según el Espi., c. XXVIII, n.º 9, y Obras post. Prel., § VI, n.º 35.

tismo no ha dicho su última palabra». Para decirla tendría que poseer una verdad absoluta, y, «la verdad absoluta es eterna, y por eso mismo invariable; pero ¿quién puede vanagloriarse de poseerla por entero? En el estado de imperfección de nuestros conocimientos, lo que hoy nos parece falso podemos mañana reconocerlo verdad». Por eso «la cualidad de espírita, aplicada sucesivamente a todos los grados de creencia, comprende una infinidad de matices.» (1)

Por su parte, el Congreso espiritista de 1890, declaraba: «que los estudios sucesivos habían puesto de relieve cuestiones nuevas, y según la enseñanza preconizada por Kardec, algunos de los principios del Espiritismo sobre los cuales el maestro había basado su enseñanza, debían ponerse de acuerdo con la ciencia en general (2)», o, dicho sin eufemismos; algunos de los «*Principios fundamentales de la doctrina espírita, conocidos como verdades adquiridas*», debían de borrarse del programa del espiritismo.

Recientemente un conspicuo discípulo de Allan, ansiando el *suvenir* de los «artículos orgánicos» que regulen el desorden, escribía para alentar a los espíritus descorazonados, porque no ven llegar «el momento de que tenga una base sólida y permanente (3)»: «La base indestructible de nuestra ciencia, como medio infalible de comunicarse segura y constantemente con los espíritus de los finados, está en la teosofía; a ella debemos recurrir seguros de triunfar.» (4)

Después de lo escrito por los mismos amadores de la *ciencia oculta* ¿quién será el que se atreva a lanzarse al abismo «de las más disparatadas teorías que ha visto el mundo desde el caos del Génesis (5) con esperanzas de encontrar la perla de la verdad? No obstante, como tenemos que hablar, tratemos de buscar alguna luz.

¿Qué nos dice el espiritismo, o los espiritistas, acerca del primer principio fundamental? ¿Qué doctrina mantiene sobre la existencia de Dios? ¿Conviene con la Iglesia católica, o disiente de sus dogmas?

1 L. C. Constit. del espí., Exp. I, II, VIII.

2 L. C. p. 355.

3 L. C. p. 310.

4 *Diario de la Marina*, 16-5-1922.

5 *Diario de la Mar*. L. C.

Donoso Cortés decía que «todo lo que sea afirmar un Dios, es ir a caer en las manos del Dios de los católicos» (1), pues, siendo el Dios de los católicos el Dios verdadero, y no pudiendo existir más que uno y único, o se niega en absoluto, o cualquiera afirmación tendrá que reducirse a la de la Iglesia. Colocados en estas alturas del insigne publicista español, la cuestión varía mucho y podíamos asegurar, en parte nada más, que el espiritismo conviene con el dogma católico. Pero no es en esas generalidades donde la hemos de contemplar, sino en los matices que presenta; matices que en la teoría espiritista, dejan de serlo para convertirse en algo substantivo.

Allan-K., en la introducción a «El libro de los espíritus», al enumerar los puntos más culminantes del espiritismo, empieza por afirmar la existencia divina. «Dios, dice, es eterno, inmutable, inmaterial, único, todopoderoso, soberanamente justo y bueno». Esta misma afirmación la repite en todas sus obras; y en las póstumas, añade: «Hay un Dios inteligencia suprema y causa primera de todas las cosas». (2) Ese Dios no sólo goza de existencia en el orden ontológico, sino también se revela a la inteligencia humana. «¿Dónde puede encontrarse la prueba de la existencia de Dios?» pregunta Allan. Y su mentor *la verdad*, nos dice él que le respondió: «En un axioma que aplicais a vuestras ciencias: no hay efecto sin causa. Buscad la causa de todo lo que no es obra del hombre, y vuestra razón os contestará». A continuación agrega por su cuenta. «Para creer en Dios basta pasar la vista por las obras de la creación. El universo existe; luego tiene una causa. Dudar de la existencia de Dios, equivaldría a negar que todo efecto procede de una causa y sentar que la nada ha podido hacer algo» (3). Las palabras copiadas apenas se diferencian de las del Concilio Vaticano.

Pero Allan-K., a fuer de buen espiritista, y por haber sin duda recibido respuesta de contradictorios espíritus *Verdad*, niega, o atenúa en parte sus propias afirmaciones en otros lugares de sus obras.

Sin pretender adelantar la doctrina, que ha de ser objeto del capítulo siguiente, diremos que la divinidad de Rivail, no tiene existencia ontológica y carece de la lógica. Para él «Dios es lo

1 L. C. lib. III, p. 355, edic. 3.^a

2 Razonada profesión de fe espiritista, § 1, n.º 10.

3 El lib. de los Espi., n.º 4.^o

infinito; pero lo infinito es una abstracción; lo que no tiene principio ni fin; lo desconocido, porque todo lo desconocido es infinito». (1) Y como siendo abstracción ha de ser la abstracción suma, sin sujeto determinado en el que pudiera de algún modo radicar, pues antes de El nada goza el privilegio de concreto; Dios es menos que el ente de razón de los escolásticos, es nada, no se le concibe, no existe. «Nada, dice el propio Allan, sabedlo bien, nada es la nada, y la nada no existe». (2) Si esta consecuencia pareciera demasiado dura y que adultera el pensamiento del protagonista del espiritismo, otros lugares de sus obras se encargan de salir por los fueros de la verdad.

«Dios, escribe, es *inmaterial*; es decir que su naturaleza difiere de lo que llamamos materia (3).» Y un entusiasta discípulo de Kardec, comentando sin duda, el pensamiento del maestro, pregunta: «¿Pero hemos de admitir la palabra inmaterial en su sentido absoluto? No, porque la inmaterialidad verdadera sería la nada». (4) Y como si alguna inmaterialidad hay que merezca los honores de tal, será, ciertamente, la divina, resulta que Dios, o es materia, o es la nada; en uno y otro caso se niega la verdadera Divinidad.

Dios es eterno e infinito; pero, junto a este infinito, Allan-K. coloca «el infinito del espacio universal, y lo infinito en todas las cosas»; (5) y junto a ese eterno, pone el eterno del mundo de los espíritus; (6) coloca la inteligencia que puede ser «una emanación de la Divinidad». (7) Nos cuenta además que el *Guía* dijo: «Dios existe, no podéis dudarle, y esto es lo esencial. Creedme, no paséis nunca más allá; no os extraviéis en un laberinto del que no podríais salir». (8) Siendo Dios lo desconocido, y sin otra noticia acerca de El, resulta que quedamos sin conocer su existencia y envueltos en el dédalo sin salida. He ahí a lo que viene a reducirse toda la filosofía allan-kardeciana con respecto al dogma fundamental.

Otro de los voceros espiritistas, y que contribuyó grande-

1 L. C. n.º 2-3.

2 L. C. n.º 23.

3 L. C. n.º 13.

4 Gabriel Delanne. *El Espirit. ante la ciencia*. 4.ª part. c. 1.

5 L. C. n.º 35.

6 Fr. Valen. Zubizarreta. *Instrucción sobre el Espirit.* n.º 1.

7 L. C. n.º 28.

8 L. C. n.º 14.

mente a la propagación de las doctrinas y prácticas de la secta; principalmente con su obra *The principles of nature*, Mr. Davis, (1) se separa abiertamente del involucrado pensar de Allan-K. Partidario por una parte de las teorías del naturalista inglés Carlos Darwin, y seguidor por otra de las doctrinas panteístas, Mr. Jackson, al tratar de la cuestión fundamental, sin ambages ni rodeos niega la existencia de la Divinidad personal (2). Ahora bien, la Divinidad que carece de personalidad y que por ende no es subsistente, sino que está como en la filosofía de Hartmann, en perpetua evolución, en eterno *fieri*, carece también de existencia, porque no puede menos de ser una abstracción.

El espiritismo, pues, desde los primeros instantes de su aparición real se alejaba del sentir de la Iglesia en la cuestión básica. En los albores, de un modo encubierto y velado, poco después lo hacía ya sin paliativos, ni atenuantes, ni absurdas antilogías. Dios ni es eterno, ni inmutable, ni omnipotente, ni infinito y consiguientemente, no existe. He ahí la verdadera afirmación espiritista.

Pasados los primeros instantes de efervescencia, ¿adquirió más solidez la teoría de Allan-K., y se defendió paladinamente la existencia de un Dios verdadero, o se llegó a la más rotunda negación?

«El espiritismo, escribe G. Delanne, enseña en primera línea, la existencia de Dios, motor inicial y único del Universo; en él se resumen todas las perfecciones elevadas al infinito: es eterno y omnipotente» (3). No obstante, unas líneas más abajo agrega: «Dios es la iniciativa creadora por excelencia, la fuerza incalculable, la armonía universal». Por estas palabras y otras semejantes

1 Andrés Jackson Davis nació en Blooming Grove el 1826; aprendió de zapatero, según unos, o dedicado a las faenas del campo, en sentir de otros, carecía de toda instrucción; en 1845 empezó a demostrar grandes cualidades para las comunicaciones mediúnicas. Guillermo Levings-ton, que le conoció por aquel tiempo en Nueva York, entró con él en sociedad como médico sonámbulo, para diagnósticos y recetas. Desde entonces Jackson se dedicó a la medicina. En 1847, dictó, pues parece no sabía escribir, al pastor Fishbough su célebre obra *Arcanos de la Naturaleza, revelada por el cielo, her divine revelations and a voice to mankind*, decía él. Pero es de notar, lo que advierten algunos escritores; que desde que se consagró a la escritura abandonó las prácticas magnéticas o espiritistas. Su revelador no sería Mr. Levings-ton? Enciclo. Uní. Europ.—Ameri. T. 17, L. D. Diccio. Hisp.-Ameri. T. 5. Let. D.

2 Cfr. Willems. L. C. Vol. II. D. Spirit. p. 250.

3 L. C. 5.ª par., c. III, p. 154.

llegamos a convencernos que la involucrada afirmación kardeciana, en lo que tiene de positivo, lejos de irse consolidando ha perdido la poca estabilidad que presentaba en los días de su asertor, y que la corriente de la doctrina de Jackson, es la que ha invadido los centros de las mesas rodantes, de las canastillas escribientes y de los mediums psicologizantes, (aunque algunos inocentes y cándidos discípulos de Kardec, nacidos más para el limbo, o espíritus que del limbo hayan venido, que para moradores del planeta terrestre, donde tanto pícaro existe, y vive del fraude, aún piensen que los golpes de pecho y las oraciones recomendadas en el ritual espírita, van dirigidas a un Dios eterno, infinito y existente).

El espiritismo moderno es francamente atea. He aquí como concibe la Divinidad y su existencia el espiritista Manuel González en su obra «El espiritismo es la Filosofía». Para el espiritismo razonador, dice, la verdadera extensión del espacio, es infinita, lo Infinito.» «Lo Infinito real es lo que se encuentra contenido en sí mismo; lo que siendo en sí y por sí, de nada necesita para existir y para realizarse. Lo Infinito *absoluto* es uno, substancial, no cabe más que el mismo Todo. El Infinito *absoluto* es a sí mismo su propia unidad, su propia relación, su comparación propia; porque fuera de él no existe unidad ni ser, ni cosa relativa, ni comparable. Lo es todo en sí y por sí.» «La realidad de lo Infinito, existe para el hombre en la razón de su necesidad.» «La verdadera realidad, es la realidad absoluta. La realidad absoluta, es el verdadero ser. El verdadero Ser, es el ser de toda substancia y de todo ser: el que es por Sí, por su sustancia y por su ser. Luego, el Ser de toda sustancia y de todo ser, será lo Infinito absoluto».

«La realidad de lo infinito absoluto substancial, nos afirma la realidad de la existencia de Dios.»

«La negación de la existencia de Dios, implica la negación de la realidad del Infinito absoluto substancial».

«Porque la realidad del infinito absoluto substancial, es la realidad del Ser; y la realidad del Ser es la realidad de Dios.»

«De existir Dios, tiene que ser la realidad de lo Infinito absoluto substancial.»

«¿Existe esa realidad?» Sí.

«Pues Dios existe.»

«De existir Dios, tiene que ser la realidad del absoluto Ser».

«¿Existe esa realidad?» Si.

«Pues Dios existe».

«La realidad de la existencia del Infinito absoluto sustancial, y la realidad de la existencia del absoluto Ser, son la realidad de Dios. Sabemos que Dios es. Este conocimiento es una legítima evidencia del raciocinio...

«Hemos dicho, que Dios es el Ser de toda realidad. Lo que realiza al ser, es la sustancia que lo constituye. Luego Dios es el Ser de toda realidad sustancial. Luego toda la sustancia constitutiva del Todo, o sea lo Infinito absoluto sustancial, es sustancia divina. Luego no existe otra sustancia que la divina.» (1)

Con radicalismo más crudo y menos filosofía que el anterior, se expresa el espiritista Mateo Lujambio Ugarte. Dice este buen señor: «Esa perenne acción del elemento COSMICO que actúa en todo y lo llena todo en el cual existían la vida y la inteligencia en estado de potencialidad latente, y se manifestaba y sigue manifestando en forma de movimiento vibratorio, antes que a efecto de una de tantas modificaciones que le son inherentes tendiera a objetarse bajo la forma de una nebulosa para constituirse en individualidades, es a lo que se ha designado con el nombre de Dios, que se dice actúa en todas las cosas lo mismo en las animadas que en las inanimadas, o sea lo mismo en la materia inorgánica que en la que está organizada, puesto que esta última no es otra cosa que la resultante de una lenta modificación originada o derivada de la primera.» (2)

En otra parte escribe: «Se dice de Dios, que es Infinito, por ser Infinita la sustancia que lo constituye: y como no existe más que un Infinito, acontece, que todo cuanto existir pueda en el Universo, bajo mil formas variadas determina a Dios.» (3)

A su vez J. Alonso Aladro dice: «Y si se admite la existencia de Dios, de algo supremo con vida y con Potencia generadora de Vida, antes, en y después, está negada también la NADA, por que este Dios, este algo supremo con vida y Potencia generadora de Vida, o no hay lógica posible, o nadie puede negar que era ALGO, y este ALGO es negación de la NADA, antes,

1 p. 66-75.

2 *Materio-Espírita. Obra científico-filosófica Moderna. Sobre Materio Espiritismo y la Vida Universal*, p. 75.

3 L. C. p. 52.

en y después. Este ALGO sería *efluvio vital, soplo de movimiento, germen de vida*, pero era ALGO.» (1)

A qué se reduzca esta divinidad panteística, abstracta, indeterminada es el propio espiritismo quien se encarga de decirnoslo. «Esta doctrina, tan profundamente espiritualista, se dice en un escrito contemporáneo de la secta, coincide con el ateísmo en negar la existencia de un Dios personal, que creó el mundo de la nada y que interviene en él por actos sucesivos de la voluntad.» (2)

La única divinidad espiritista es la del teosofismo, con quien el espiritismo guarda tan íntimas relaciones que llega a descansar en él como en su base. Y para los teosofistas la Divinidad es algo mitológico. «Rechazamos, dice, la noción de un Dios personal y extracósmico... Creemos en un principio Divino Universal... El no existe, puesto que se define el Be-ness, el No-ser. Nuestra divinidad es lo eterno en absoluta evolución, no el criador y arquitecto del universo». (3)

El Dios del espiritismo es el *Nirvana* budista, la eterna Penélope. «Al principiar una *Manvantara*, se escribe. «En la frontera del otro mundo,» «emanan de la divinidad los universos manifestados y regidos por leyes inmutables; en ellos se desenvuelve la vida; innumerables almas empiezan su evolución. En el comienzo de una *Pralaya* todas las cosas objetivas vuelven al seno de la sustancia única». (4)

El Dios del espiritismo es la divinidad panteísta más absurda; es lo abstracto y lo concreto, lo indeterminado y lo determinado, lo universal y lo particular, el no ser y el ser, lo contradictorio, lo utópico.

La doctrina de nuestro adversario, el Sr. Coris, ¿presenta más diafanidad que la de sus compañeros mediúmnicos?

En la página 12 de su libelo, nos habla de la «creencia en Dios bueno, misericordioso, afable, justo y grande en todas y cualquiera de sus manifestaciones», lenguaje realmente ortodoxo y propio de la Iglesia católica. Pero en su «Advertencia del Autor», nos presenta a «esa entidad que llamamos Destino.» ¿Quién

1 Materio-Espírita; L. C. p. 55.

2 *En la frontera del otro mundo*, año 1915, apud Rodríguez, Apolo, T. II. c. XLII, p. 185

3 *Key to Theosophy de H. P. Blavatski*. p. 61-66. La misma doctrina defiende Annie Besant. en su *Manual Teosófico*.

4 L. C.

es esa entidad que goza de una existencia real, física y verdadera? ¿Es una criatura como las demás? ¿Es una persona finita? Y entonces, ¿por qué se le atribuye el dominio, y dominio despótico sobre las demás? ¿Es algo que escapa a nuestra actividad, que no está sujeto a las leyes de lo contingente de lo relativo, de lo finito, de lo que ha recibido el ser de otro? En ese caso será Dios. Y ¿por qué se le atribuye el fatalismo? Un Dios *Destino*, un Dios fatalista, es un absoluto que no es absoluto, un Dios que no es Dios, es pura negación de la existencia de un Dios eterno, infinito, misericordioso, afable y justo. ¿Qué afabilidad, justicia y misericordia ha de tener si todo lo somete a la ley de la necesidad y a la corriente fatalista? ¿Cómo puede concebirse la existencia de semejante Divinidad? Habría que reconocerla en las rítmicas armonías de la naturaleza; en la corola de las flores, en el perfume de la rosa, en el fulgir de las estrellas, en la transparencia de las aguas cristalinas, en los movimientos fisiológicos de todos los organismos; habría que predicarla de todos los seres. La *entidad Destino* sería todas las cosas y todas las cosas serían *entidad Destino*. Una es la ley que todo lo regula, en este caso, sin ordenación previa debida al acto consciente y libre; la *necesidad*: he ahí el único impulsor, el único Dios. A estos extremos conduce la doctrina y el lenguaje de balancín de los espiritistas.

Menos preciso y más caótico en la doctrina se nos presenta el epilogoista Sr. Tomás Bazán Monterde, *Presbítero*. (1) Escribe

1 Lo que vamos a decir aquí, y diremos en el curso de la obra, acerca de la doctrina del Sr. Monterde, tal vez cause no poca admiración a muchos de los lectores que tengan conocimiento de su obra: «Mundo, Demonio y Carne, Socialismo, Espiritismo, Celibato.» ¡Cómo!, se dirán, ¿el presbítero D. Tomás Bazán Monterde confundido entre los espiritistas? ¿No es él, por ventura, el celoso misionero que recorrió las selvas vírgenes de las Américas en busca de la oveja perdida para traerla cargada sobre sus hombros al redil de Jesús el divino Redentor?..

Confesamos que a nosotros es a los primeros a quienes causa inefable admiración; con todo, la admiración no embarga el ánimo ni alucina las potencias.

Hemos leído su obra «Mundo, Demonio y Carne» con detenida reflexión y hemos releído y reeditado lo que escribe en «Santa Teresa Medium». Si la primera nos llevaba a la conclusión del catolicismo del autor, aunque con ribetes de naturalismo, la segunda nos convence de su afinidad con las doctrinas espiritistas y su identificación con las naturalistas y aun pudiéramos decir con las animistas y pantéistas.

Sólo nos vemos compelidos a exclamar: ¡*Quantum mutatus ab illo!*, mas no podemos dejar de apreciar sus doctrinas como las apreciamos. La Providencia haga que nuestros juicios sean fallidos; gustosísimos los rectificaríamos tan pronto como de ello estuviéramos ciertos.

en la página 123: «Tenemos plena convicción de que el Supremo poder absolutamente (porque es absoluta su esencia) nada ha dejado de exponer en el todo ni en la parte de su infinita esencia de ser en una cantidad y cualidad esencial y específicamente igual que le facultó ser para la vida, y que esta no es más que la acción de la fuerza psíquica evolutiva en sus infinitas adaptaciones. Y no ha podido ser, ni más ni menos: más porque es el todo, y menos, porque implicaba la existencia de otro poder en su acción creadora.» Subidos a la cumbre de la crítica, ¿otearon los lectores qué es lo que el señor Presbítero, Tomás Bazán Monterde, hace desfilar por esas lomas del espiritismo?

Del párrafo anterior se deduce, según *nuestro leal entender*; que el Supremo, (1) después de exponerse a sí mismo totalmente, en el todo y en la parte, nada ha dejado de ser (2) en una cantidad y cualidad esencial y específicamente igual. (3) De donde se sigue que Dios es cantidad, pero al mismo tiempo es también cualidad, «esencial y específicamente igual». No sabemos si estas palabras se refieren a la cualidad, a la cantidad o al Supremo; aunque poco nos importa; porque si Dios se expone totalmente a sí mismo, Dios es cantidad y es cualidad total, «pues es absoluta su esencia», y podemos aplicar el axioma filosófico: dos cosas que son iguales a una tercera, son iguales entre sí. Dios, en consecuencia, es cantidad y cualidad y esta y aquella son el Supremo «específicamente igual».

Añade el Sr. Presbítero: «El Supremo nada ha dejado de ser en una cantidad, etc., específicamente igual *que le facultó ser para la Vida*». Como ningún signo divide las palabras subrayadas de las precedentes, el sujeto de la oración ha de ser, *una cantidad* etc., y el término, *el Supremo*. De donde resulta, que la cantidad etc., le facultó, al Supremo, ser para la Vida, es decir, que le dió el ser, le hizo sujeto apto para vivir, le comunicó la misma Vida. La Vida con mayúscula no puede ser otro que la Divinidad, o el agente vital de Allan-Kardec, flotando sobre la materia y al unísono, originándose, no de «un agente primitivo distin-

1 No sabemos si es el Supremo *Poder*, pues, esta palabra aunque no está separada sintácticamente, se encuentra con minúscula y, por tanto, es verbo en tiempo indeterminado, con relación al adverbio que lo modifica.

2 Este verbo rige a las dos oraciones.

3 Dios no se compone de partes, como veremos en el capítulo siguiente.

to», sino de la misma materia, o «fluido universal» (1), con lo que vienen a refundirse los dos términos. Por consiguiente, la cantidad capacita a Dios para ser Dios. Si esto, además de ser inconcebible y absurdo, no es el monismo mecánico más crudo que darse pueda, venga el Supremo, o la cantidad, y véalo.

Dice D. Tomás Monterde: «Y que esta (la Vida) no es más que la acción de la fuerza psíquica evolutiva en sus infinitas adaptaciones». El Supremo que se identifica con una cantidad y cualidad; la cantidad que faculta al Supremo y que es el fontanal de la Vida. La Vida, Dios, que no es otra cosa que la acción de la fuerza psíquica evolutiva en sus infinitas adaptaciones. (2)

¿Habrá quién se atreva a decir que no es diáfana la expresión del Sr. Monterde?; ¿que falta precisión filosófica en los conceptos y que no se defiende y afirma claramente la existencia de la Divinidad? Existe Dios; sólo que es el Dios del Monismo, el de los Hylozoístas y Panpsyquistas. (3) Y semejante Dios es... una quimera, una utopía.

Muy tranquilo puede escribir el Sr. Epilogoista: «Expuesto en síntesis más concreta nuestros modestísimos juicios, respecto de Dios.» (4)

Y muy orondo puede decir también el Sr. Coris: ¡que uno mismo es el sentir de la Iglesia y del espiritismo, con relación al dogma fundamental de todas las cosas; la existencia de un Dios, eterno, infinito, inmenso y absoluto!

Otros espiritistas se encargarán de hacer la afirmación con-

1 L. C., n.º 63 65.

2 Pudiera ser que alguien oponga; que la palabra Vida no tiene significado tan restringido. Se lo concedemos, enhorabuena, pues la cuestión no cambia un ápice. En la página 128 escribe: «La vida, aquí ya está con minúscula, que únicamente es en su síntesis y en toda su real efectividad la acción de la fuerza psíquica evolutiva en sus infinitas adaptaciones, producto emanado de un Sér único Supremo Omnipotente». ¿Qué diferencia sustancial existe entre este lenguaje y el arriba notado? Si es fuerza evolutiva con *infinitas* adaptaciones, sólo puede convenir al Ser que denomina Dios. Si es un producto *emanado*; lo que emana es de la misma naturaleza que aquel de quien emana.

3 Nadie piense que deducimos mal las consecuencias. El propio Sr. Monterde escribe: «¿Acaso todavía existe en el mundo intelectual quien pueda negar que todo lo que denominamos actos humanos, producto de la continuidad del proceso de la mencionada fuerza en los seres y cosas que entendemos que todo es ser porque no hay inercia absoluta, todo es vida? P. 128-129». Si todo es vida y la vida es la fuerza psíquica evolutiva en sus infinitas adaptaciones, emanada de la Divinidad» p. 128-129, y es la misma Divinidad; todo es Dios y Dios es todo.

4 p. 124.

traria y expresar con más franqueza la verdad del espiritismo. «No debemos extrañar, escribe el Sr. Mateo Lujambio, los que sentimos arder en nuestros pechos el amor purísimo de la verdad, que ellos (los sacerdotes católicos) hayan desfigurado las cosas más esenciales al conocimiento y bienestar de la Humanidad y desvirtuado el verdadero sentido que entraña la idea que significa a Dios o Gran-*Todo*, la que en vez de representárnosla como entidad substancial, que sintetiza las múltiples formas, e infinita variedad de cuerpos y seres que contiene el Universo, nos la hacen concebir bajo la forma *de un ser personal dotado de todos los atributos* que sus extraviadas inteligencias han podido imaginar.» (1)

De manera que el Dios personal no existe, y los atributos inherentes a su naturaleza son pura fantasía, y hasta el concepto de la misma existencia divina es puramente subjetivo, sin que la realidad le preste objeto y responda con exactitud al significado. El hombre ha hablado de Dios sin que el verdadero Dios exista.

«Es el sol, la causa a quien deben la existencia esos Mundos (los de nuestro sistema planetario), por haber estado incluidos en él, antes de haber surgido a la vida individual, así como a todo principio de desenvolvimiento evolutivo, para los gérmenes de la inteligencia contenidos en la sustancia o materia que los constituye; cuyos gérmenes, modificados y perfeccionados, con el transcurso de milenarios siglos, han venido elaborando la benéfica influencia de ese Sol, las múltiples individualidades que existen en esos Mundos. Es debido a eso sin duda, la causa por lo que, la Humanidad en general, ha dirigido en todo tiempo, su mirada hacia ese Sol, por reconocer en él, ser el prodigador de todo bien; y *ser de él de quien se deriva la primitiva idea de Dios*». Luego «la idea de Dios es originada del simple concepto del Sol», como la palabra Dios, no es otra cosa que «un atributo del Sol», (2) Esto nos dice el espiritista Mateo Lujambio Ugarte.

Su íntimo amigo, Sr. J. Alonso Aladro, que se ha encargado de dar publicidad a esos dislates, nos dice con más laconismo y más claridad: «No creo en ningún Dios, Creador y Finalizador de las cosas y de los mundos. Mi dios está en el súmun de la

1 L. C., p. 60.

2 L. C., p. 96-97.

PERFECCIÓN DEL BIEN. Si venimos de la Esencia de la Vida vamos a la Vida de la Esencia. LA VIDA UNIVERSAL, o de los universos, como quiera entenderse, con todo lo que ella y ellos contienen, desde lo más pequeño hasta lo más grande, desde lo más etéreo-flúidico hasta lo más gaseoso y lo más sólido, desde lo más sutil e impalpable a nuestra corta presente *visualidad* y *tactilidad*, hasta lo más tosco y lo más bultoso a nuestra vista y a nuestro tacto material, FUE ES Y SERÁ ETERNA. NUNCA TUVO PRINCIPIO, JAMÁS TENDRÁ FIN. ¿Negará el espiritismo este criterio mío?» (1) Esto es hablar sin eufemismos retóricos, transmitiendo sencillamente lo que entre bastidores comunican los *espíritus*. No existe Dios. El único Dios es la Vida universal. Esta es la verdadera tesis espiritista, aunque no siempre tenga la franqueza de presentarla con toda claridad.

1 L. C., p. 55-56.

CAPITULO III

LA ESENCIA DIVINA

EL POETA HELÉNICO.—ES DE ADMIRAR PERO NO DE IMITAR.—
EL AGNOSTICISMO.—SU FALSA POSICIÓN.—PODEMOS CO-
NOCER LA NATURALEZA DE DIOS.—CONOCIMIENTO QUIDI-
TATIVO Y ANALÓGICO.—AECIO Y LOS BEGARDOS.—ONTO-
LOGISTAS.—LA IGLESIA FRENTE A ELLOS.—PANTEÍSTAS Y
MODERNISTAS.—APARATO CIENTÍFICO.—¿QUÉ DICE LA
IGLESIA?—AXIOMA DE LA ANTIGUA ESCUELA.—EL DAMAS-
CENO.

Refiere el Orador romano que el tirano Hierón interrogó un día al poeta Simónides, qué era Dios y cuál su naturaleza. El poeta conmovido ante la sublimidad de la idea a que debía responder, pidió un día de plazo para pensarlo, transcurrido este, suplicó otro, y después otros muchos, sin que llegara el deseado en que debía comunicar la respuesta. Maravillado el tirano, le preguntó el por qué de su conducta. Y nos dice que Simónides hubo de responderle: porque cuanto más medito en ella más oscura me parece la cuestión. (1)

Al abordar nosotros esta misma cuestión no hemos de seguir el camino del poeta helénico, no sólo por conceptuarle menos procedente, sino porque más que nuestro parecer, es el sentir de la Iglesia, y su doctrina lo que intentamos exponer.

Seguirle sería renovar la teoría de una antigua filosofía, la de los Gnósticos; y, sobre todo, la del agnosticismo kantiano, positivista, y de Heriberto Spencer, que aceptación tanta ha tenido

1 *De nat. deor.*, L. I. n.º 22.

entre los llamados modernistas. Según estas escuelas, toda noción de la esencia divina es terreno vedado; en él la humana inteligencia no puede penetrar; entre ella y el ser divino se interpone el brumoso espacio de lo infinito, y nuestra pupila formada para lo que exteriormente y en el campo de lo finito aparece, tiene que detenerse ante la barrera infranqueable. «Sólo una verdad hay, escribe Spencer, que cada día se ve más luminosa, es esta: que existe un ser inescrutable que en todas partes se manifiesta, cuyo principio y fin no pueden concebirse». (1)

Mas ¿quién a primera vista no comprende el falso raciocinio de todos estos pensadores? Conocemos la existencia de Dios, como se vió anteriormente, y la relación entre la esencia y la existencia es tan íntima, que el conocimiento de esta, por necesidad nos ha de llevar al de aquella. Es imposible, dice el Angélico, que se conozca la existencia de un objeto y que al mismo tiempo no se tenga noción perfecta, o cuando menos confusa de la substancia del mismo. (2) Si el conocimiento es intuitivo se presenta con tales caracteres de evidencia esta afirmación que habría de ponerse en tela de juicio el equilibrio mental de quien se atreviese o negarla; y si es discursivo, ¿por qué admitida la premisa de la existencia se ha de suspender el curso de la razón e impedir que llegue hasta el término del plano inclinado en que se había puesto?; ¿por qué no ha de deducir la legítima consecuencia?; ¿por qué se la ha de obligar que se niegue a sí misma?

Por eso los PP. del Concilio Vaticano, al sintetizar el sentir histórico y dogmático de la Iglesia, juntamente con la existencia de Dios, afirmaron, contra los Gnósticos y Agnósticos, el conocimiento de la esencia divina. «Reconoce la Iglesia, decían, que hay un solo Dios verdadero y vivo, eterno, inmenso, incomprendible, infinito en inteligencia, en voluntad y en toda perfección.» (3)

Las relaciones cognoscitivas de la humana inteligencia para con las substancias conocidas son muy distintas, según que se verifique el conocimiento por intuición o por abstracción, y muy diferentes las consecuencias que se deducen; o también según que la cognición sea comprensiva, quiditativa, o analógica. Co-

1 *Ecclesiastical Institutione*, § 16, n.º 660.

2 In Boeth. de Trin. L. 2.º, q. II, ad 5.

3 Ses. 5. c. 1, Hono. del Val, L. C., c. II, art. I.

nocer a Dios intuitivamente, o de un modo comprensivo, o quiditativo sería trasladar la cuestión del orden natural al sobrenatural; y hacer del estado de vía el de término. Inmenso y simplicísimo Dios, no se puede tener conocimiento quiditativo de su naturaleza, sin que al mismo tiempo sea intuitivo, y la visión inmediata llevaría a la humana inteligencia a la posesión total de su objeto, a la contemplación de la Verdad infinita en sí misma. (1)

Ahora bien; contemplar a Dios facialmente, ¿no excede la potencialidad de la humana inteligencia? Tan superior es, que el unánime sentir de los teólogos afirma que ni la omnipotencia divina puede formar una inteligencia a la que por naturaleza le convenga la visión divinal. (2) Contemplar a Dios *sicuti est*, ¿no significa la unión inmediata del entendimiento con la verdad absoluta?, la revelación total de los misterios y perfecciones que encierra el Infinito? Revelación, que, por lo mismo que es total e inmediata, hace que desaparezca toda penumbra en los actos cognoscitivos, y, les da por norma la infalibilidad, y ésta, juntamente con la eterna posesión del Infinito, engendran necesariamente la eterna beatitud. (3)

Aecio y Eunomio, a quienes más tarde siguieron los Be-guardos y Begüinos, con su extravagante teoría umbilical, propugnaron la tesis afirmativa; pero la Iglesia proscribió sus doctrinas en los Concilios Lateranense IV, y Vienense, (4) como contrarias a la razón y a la revelación. También Benedicto XII las condenó por su Constitución *Benedictus Deus*. Dogmáticamente enseñaba el Pontífice que la visión inmediata y facial es propia y exclusiva de los que han llegado a las mansiones del cielo, y que, disfrutándola, gozan de la eterna beatitud. (5)

Posteriormente, los Ontologistas resucitaron los antiguos

1 Urraburu, *Theodicea* Vol. I, n.º 195.

2 Fr. Valentín Zub, *Theo. Dog. L. C. q. XII, a. I. § 2.º*

3 Hon del Val, *L. C. c. II, art. I.*

4 Mansi SS. CC. Collect. T. XXII, c. 952, et T. XXV, c. 410.

5 No fijamos la atención en la doctrina que afirma el conocimiento comprensivo, porque sale de los moldes de lo racional y verosímil. El mismo Aecio decía; que su conocimiento de Dios era tan perfecto que igualaba al que tenía de su misma persona, y Eunomio afirmaba; que conocía a Dios tan perfectamente como el mismo Dios. En este punto estamos muy de acuerdo con Spencer: «Un Dios que fuese comprendido no sería Dios.» *Les premiers principes*, p. 47, Jaugey, L. C., Vol. I., p. 942.

errores, y, aun los más moderados, aseveraban que el inmediato conocimiento de Dios, cuando menos el habitual, es parte esencial del humano acto cognoscitivo. Rosminio, con su agudeza de ingenio, pretendiendo amalgamar las doctrinas de Kant y de Hegel, para fundirlas en un solo troquel, en su obra póstuma «Teosofía» propuso una muy afín a la de los ontologistas. Para él, el ente «ideal, virtual, inicial e indeterminado», que es el principio de Dios, como de toda criatura, y constituye la esencia divina, el mismo Dios, es igualmente el objeto primario e inmediato de la intuición. (1)

La Iglesia no ha proscrito la doctrina ontologista como herética y contraria a la fe católica, (2) pero en distintas ocasiones se ha servido de sus órganos oficiales para reprobado las proposiciones que encerraban las doctrinas del sistema y eran como la base sobre la que se levantaban. (3)

El panteísmo, con su absurda pretensión de convertirlo todo en Dios y hacer de la Divinidad el todo abstracto, o concreto, no sólo habría de sostener una teoría similar a la del ontologismo, sino que por necesidad tenía que avanzar mucho más. Y, efectivamente, avanzó: Para él el conocimiento divinal consiste en la intuición inmediata del ente absoluto o del abstracto; y como quiera que en una y otra hipótesis, nosotros somos partes constitutivas de esa entidad, contemplándonos a nosotros mismos contemplamos la Divinidad. Semejante teoría no precisa filosofías ni definiciones dogmáticas que la proscriban; se refuta por sí misma.

La escuela modernista recientemente suscitó una nueva hipótesis, o al menos ha tenido la habilidad de presentarla bajo un aspecto que reviste caracteres hasta el presente no estudiados en sus detalles. Desarrollando su actividad en el radio que se extiende desde la subconsciencia hasta los límites fenomenales, como la esencia divina no puede conocerse directamente por

1 Teos. I, n.º 287. Apud Willems, L. C., Vol. II, Theo. Nat. The. XIV, 3º

2 Algunos PP. del Concilio Vat. querían que dogmáticamente se la declarara opuesta a la verdad católica, y fundamento de múltiples errores modernos. Pero el Concilio estimó que no era cuestión para tratarla a la ligera, y sin la discusión sería no procedía una definición. Fr. Valent. L. C., p. 19. Hono. del V. L. C., p. 58. Collect. Lac. T. VII, p. 849, y Act. Con. Vat. p. 128.

3 18-9-1861, S. C. S. Officii, et a 1867, et 14-12-1887, S. C. S. O., et 27-7-1914. S. Studiorum C.

medio de estos, nuestra inteligencia la ve intuitivamente en la misma interioridad del sujeto; en el sentido religioso donde se refleja, luego que ha sido reclamada por las exigencias del mismo.

La superfluidad y falsedad de todo el aparato científico del modernismo quedó solemne y magistralmente expuesta en la sapientísima Encyclica *Pascendi*. Y en verdad, nada más digno de reprobación; pues si por una parte encierra todos los errores del agnosticismo spenceriano, por otra recopila las doctrinas kantianas sobre la inmanencia; e inertándolas después en el tronco racionalista quiere y espera se forme el gigantesco árbol en cuyas ramas busquen albergue todas las escuelas y creencias, y bajo su refrigerante fronda adquieran nueva vida.

Frente a estas doctrinas erróneas, la Iglesia católica afirma el conocimiento de la esencia divina *per ea quae facta sunt*, por el principio de causalidad, cuya veracidad es admitida aun por los mismos que la niegan.

«La santa Iglesia, nuestra Madre, decían los Padres del Conc. Vat., mantiene y enseña, que Dios principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza por las luces naturales de la razón, *mediante las cosas creadas*». (1) Este conocimiento abstractivo que la Iglesia afirma, es un conocimiento analógico y más bien negativo que positivo, por lo que inmediatamente diremos. Toda perfección y cualidad que se refleje en el efecto, necesariamente ha de encontrarse en la causa, de lo contrario habría que admitir la existencia de alguna entidad que hizo el tránsito del no ser al ser; es decir, que obró sin existir, y realizó no cualquiera operación, sino la más prodigiosa, la de la creación, que exige potencialidad infinita. Y ¿quién puede concebir semejante absurdo? No hay sujeto operativo, no hay materia para la operación y habría efecto producido.

De diferente naturaleza que la que llega a nuestros sentidos, la esencia divina, por una parte, habrá de contener toda la perfección que se acumula en las criaturas, mas por otra, habrá de contenerla de un modo muy distinto, dada la desproporción de los sujetos. Todas las perfecciones en Dios, se hallan formal o virtualmente, en el grado *más eminente*. De ahí el axioma de la escuela: El conocimiento de Dios es afirmativo analógico dedu-

1. L. C.

cido de la negación. (1) Y por eso los SS. PP. no dudaron en escribir como S. Agustín: «Dios es inefable; con más facilidad decimos lo que no es, que lo que es. Esto no es Dios, se responde a sí mismo el Santo, después de haber hecho desfilar todas las criaturas ante su presencia. Pues ¿qué es Dios? Lo único que yo puedo decir lo que no es. Pues Dios es más verdadero en sí que en nuestro pensamiento, y con más verdad pensado que nombrado. Se puede desear, se puede anhelar, se puede suspirar por Dios; pero no imaginarlo dignamente ni explicarlo con palabras». (2)

El Damasceno dice: «Hablando de Dios, más fácil es decir qué sea su naturaleza negando y removiendo las imperfecciones de las cosas aparentes, que afirmándola en sí misma, pues El no es nada de cuanto existe, no porque carezca de existencia sino porque se cierne sobre todo lo existente y sobre la misma naturaleza del ser» (3) Dios no es finito, contingente, relativo. ¿Pero qué es en sí mismo considerado? Las negaciones no presentan diáfano el objeto que la inteligencia escruta, y en cuestión tan fundamental, es necesario llegar hasta donde llegarse pueda. Los SS. PP. no se satisfacían con sólo negar. Dios, ¿es substancia o accidente? ¿espiritual o material? ¿simple o compuesto? ¿Es una cosa misma con el mundo visible o es totalmente distinto? ¿Qué dice la Iglesia y qué los adversarios a quienes combatimos?

1 Se atribuye a S. Dionisio la introducción de este método, llamado negativo, porque a Dios se le conoce mejor negando y removiendo lo imperfecto de la criatura que afirmando. *Via affirmationis, excellentiae et remotionis*.

2 In psalm. LXXXV, n.º 12, 37, ML, 1090.

3 Lib. I, de *fide ortho*, c. 4, MG, 94, 799.

ARTICULO PRIMERO

LA ESENCIA O NATURALEZA DE DIOS, SEGÚN DIVERSOS SISTEMAS

LO NECESARIO PARA SEGUIR ADELANTE.—AFIRMACIÓN UNÁNIME DE LOS CONCILIOS.—MONISMO MATERIALISTA.—MONISMO MECANICISTA.—MONISMO IDEALISTA.—UNA OBJECCIÓN.—FÁCIL TRÁNSITO.—AQUEL ASCIENDE Y ESTE DESCIENDE.—ESCUELA INDIANA.—EL DIOS DE HERÁCLITO.—AMALRICO DE BENE.—ROSMINI Y ESPINOZA.—PANTEÍSMO LÓGICO.—FICHTE, SCHELLING Y HEGEL.—PANTELISMO.—UNA BUENA CITA.—EL EMANATISMO.—EL PANENTEÍSMO DE KRAUSE.—FOURIER Y EL SACERDOCIO.

La primera afirmación que se deduce del raciocinio, al tratar de la naturaleza divina es la que se refiere a la substancialidad, sin la cual nada puede concebirse. No admitida, el ser pensante y el acto de pensar no podrían contarse ni aun entre los posibles. Dios existe. Ahora bien; toda entidad ha de estar o en el encaillado de las substancias, o en el de los accidentes; es decir, en el orden de cosas que existen por sí mismas y en sí mismas, sin necesidad de sujeto que las sustente, o ha menester de otro que la sirva de base y de razón de existencia. Que la Divinidad no haya de ser reducida a la categoría de accidente es cosa evidente. Pertenece por tanto a la substancialidad, *transcendental* e infinita, como luego se dirá.

Es esta verdad tan elemental en la materia, que no hay divergencia alguna en los distintos pensadores de las escuelas; y aun los partidarios del agnosticismo se ven obligados a acatarla. ¿De qué manera conciben y explican esta sustancialidad los que como los de la escuela germánica admiten una divinidad abstrac-

ta, indeterminada, siempre *in fieri*, privada de toda personalidad? Es cuestión que nada nos importa en los presentes momentos. Baste decir que es la utopía más inconcebible, y que, lo utópico e inconcebible no admite explicación. Pero el propio Federico Paulsen (1846-1908), uno de los principales corifeos modernos, sino el principal, de los que afirman la divinidad evolutiva y destituida de personalidad, sostiene, como indiscutible la sustancialidad de Dios. (1) Otro tanto, poco más o menos, puede decirse del protagonista de la escuela sociológica, Durkheim, con su afirmación del Dios-Humanidad. (2)

La Iglesia Católica, por su parte, siempre ha expuesto el pensamiento con toda claridad. En el IV Conc. Lateranense decía: «Firmemente creemos y confesamos que el único solo Dios verdadero es una esencia, substancia o naturaleza». (3) La misma afirmación repetían más tarde los PP. del Vaticano, predicándole: «incomutable substancia espiritual». (4)

La verdadera divergencia se manifiesta al tratar de clasificar la naturaleza de esa sustancia. ¿Constituye por sí misma categoría suprema con exclusión de cuanto signifique potencialidad, composición e imperfección? ¿Es totalmente distinta del mundo espiritual y corpóreo y forma parte del mismo, ora como constitutivo integral, ya como forma que lo anima y vivifica?

Para el *Monismo materialista* que «quiere derivarlo todo de la materia inanimada, de los átomos en movimiento, hacer de la vida intelectual y moral un producto de causas materiales», (5) no existe otra sustancia que la material dotada de una potente energía intrínseca. (6) Ella es el fontanal que fluye eternamente y se riza en las cristalinas superficies, y se perfuma con embriagadores aromas, y se viste de matizada corola; ella la que se concreta en los cuerpos sólidos, se esponja en los líquidos, se

1 System II, 207, Willems, L. C. T. I, p. 506.

2 Cfr. *La Religión como hecho soc.* p. 18.

3 cap. Firmiter Mansi, I, c. T. XXII, c. 981.

4 Sess. 5, c. 1.

5 P. Schanz, *Apolo del Crist.* part. I, T. II, c. XIV, n.º 2.º

6 No nos referimos en el texto a los modernos monistas «que o no quieren hablar de substancia, sea esta espiritual o material; o positivamente enseñan que sólo hay fenómenos que, aunque reales, constituyen una sola naturaleza de seres no trascendentes, esto es, inmediatamente perceptibles». Enciclo. Europ. Amer. T. 56. Monis., Al menos a sí mismos no se tendrán por meros fenómenos; y si ellos son substancia, ¿cómo podrán emitir juicio negativo al tratar de lo que ellos mismos constituyen parte integral?

volatiliza en los vaporosos; se esfuma, desaparece al tacto y al órgano visual y llega como a espiritualizarse en los actos psicofisiológicos del hombre y en las relaciones de naturaleza y leyes que rigen sus rítmicos movimientos; ella es todo; fuera de su esfera nada puede concebirse ni existir. Como se ve, los distintos seres que componen la gama de lo existente son partes substanciales, integrales y modificativas de una misma, sola y única naturaleza, que es eterna, que es inmutable, en medio de la mutabilidad más vertiginosa; que es idéntica y distinta en sus desdoblamientos; que es, o ha de ser, infinita: Dios.

Compuesta es también la llamada divinidad del *Monismo mecanicista*, aun en el más crudo de Le Dantec, quien deseaba que su monismo fuera traducido al lenguaje vulgar con el epígrafe de: *Ateísmo científico*. Compuesta en el psicológico de Hoeffding conocido con el nombre de «*la Identidad*», por el modo como explicaba el paralelismo entre los fenómenos o actos internos y los externos; del entendimiento y del sentido, en el hombre, suponiéndolos efecto idéntico e indistinto en la realidad, aunque distintos en la percepción, de una *substancia* que se oculta eternamente para el entendimiento humano. Compuesta es en el Monismo que pretende dar una «*explicación integral del mundo de la materia y de los espíritus, reconociendo en la naturaleza un todo armónico y con su razón de ser en la divinidad, que es la suprema naturaleza.*»

El Monismo idealista que «*hace de lo absoluto, en su significación más general, el origen de todas las cosas, y considera el entendimiento como el grado supremo de la evolución del ser universal*» (1), no es ajeno a esta teoría. Para él no existe otra substancia que la espiritual, la Idea absoluta; pero una idea que, a semejanza de la del panteísmo, está en eterna evolución, en sempiterno *fieri* y en perpetua metamorfosis. Ella es la que piensa, quiere, se mueve, siente, habla; es activa en la fuerza, en la inercia pasiva, es luz en las vibraciones, obscuridad en el reposo, es espiritual y material, todo en un ser. El cuerpo humano, según esta doctrina, no es otra cosa que una idea del alma espiritual, por supuesto concrecionada; e ideas concrecionadas de la Idea absoluta son los cuerpos del mundo visible, como los astros y los planetas son la primitiva nebulosa condensada. Todo

1 P. Schanz, L. C.

es Dios para él; lo que aparece y lo que se oculta. «El monismo idealista hace del hombre, y otro tanto puede decirse de los demás seres, su Dios, pero un Dios que en el eterno proceso del llegar a ser, emerge como una onda de la superficie del Oceano para perderse rápidamente entre las olas, en lo absoluto, inaccesible e inconsciente.» (1) Divinidad de esta naturaleza es forma que anima y vivifica, es parte integral, es substancial y es el todo constitutivo del único ser que existe. «En esta unidad identifica la causa con el efecto, lo finito con lo infinito, la materia con el espíritu, Dios con la criatura; puro panteísmo y ateísmo con sus variedades de materialismo e idealismo.» (2)

Y no se diga u objete que hoy día «porque no hay la necesidad sentida por el hombre de ciencia de justificarse ante los defensores de la divinidad personal, sino sólo se siente la precisión de no mostrarse obstinados en negar una distinción de actos que salta a la vista, el panteísta moderno, llamado monista, sólo afirma una substancia, que no se cuida de determinar si hay que darle el nombre de Dios, de Espíritu o de Materia.» (3) Y que el monismo, en todas sus fases, sistema filosófico, más bien que teológico, de plano niega la divinidad.

Es Haeckel, protagonista del más radical monismo materialista, el que dice: «Se impone cada vez con más claridad la necesidad de colocar a la divinidad en el fondo del cosmos mismo como fuerza o espíritu motor», y nos asegura que, el monismo, en las extensas nociones que actualmente poseemos de la naturaleza «reconoce el espíritu de Dios en todas las cosas»; y llega a definir a Dios diciendo que es «la suma infinita de todas las fuerzas naturales y de todas las vibraciones del éter», y al éter universal y móvil, como divinidad creadora. (4)

No vamos a discutir ahora la verdad o falsedad de estas afirmaciones; están aducidas como prueba de que el monismo admite, al menos nominalmente, y esto nos basta, una divinidad, cuya substancia es esencialmente compuesta.

«De este animismo monístico al panteísmo propiamente dicho (y que ya de lleno entra en el terreno teológico), no hay más que

1 P. Schanz. L. C.

2 Enci. Euro-Amer., L. C.

3 Enci. Eur-Amer., L. C.

4 El Monismo, Coferen. en Altemburgo, 1892.

un paso, pues el panteísmo, a pesar de sus diferentes formas, empezando por el hilozoístico y terminando por el lógico, es, desde los tiempos de Espinosa, el fundamento de los sistemas modernos, y constituye la única ciencia y la única religión de la mayoría de las personas cultas que militan fuera del campo católico». (1) Como el monismo, afirma la unidad de ser. «La realidad del universo; escribe Federico Paulsen, es un ser único: las cosas singulares no subsisten en sí mismas, sino que su esencia y existencia radican en dicho ser, realísimo y perfectísimo, del cual son ellas miembros más o menos independientes» (2). El celebrado Wundt decía: «Así como todo principio en tanto fluye en su efecto, en cuanto *penetra* en él; así, en tanto es admisible la noción de Dios, en cuanto es concebido él como voluntad cósmica, y la evolución del mundo como desenvolvimiento de la voluntad y actividad divina» (3) Hegel no tenía empacho en afirmar: «Todo lo que existe no entraña verdad sino en cuanto que es idea que ha pasado al estado de existencia, porque la idea es la realidad verdadera y absoluta. La idea es la armoniosa unidad de este conjunto universal que se desarrolla eternamente» (4).

La principal diferencia entre el monismo y el panteísmo consiste en que aquel marcha descendiendo por la escala y no se detiene hasta llegar a las criaturas; y este marcha ascendiendo y tampoco se detiene hasta llegar a lo absoluto; para aquel todo era sér; y para este, como su palabra lo expresa, todo es un sér, pero divino. Y porque esto es cierto, muchas veces, en los últimos tiempos, se despoja de su propio nombre para presentarse con el de *monismo, evolucionismo, filosofía de lo absoluto o de lo inconsciente*, los cuales tienen, sin duda, más encantos para las generaciones que tuvieron su génesis en la pasada centuria. La naturaleza de Dios no puede consiguientemente salir en este sistema más purificada que en el anterior, ora se la considere en los partidarios del panteísmo perfecto, *real*, u ontológico, ya en los del lógico o ideal, o también en los del panteísmo imperfecto.

Los panteístas materialistas admiten la existencia de un Dios

1 P. Schanz, L. C. § 2.º n.º 7.

2 *Einleitung in die Philosophie*, p. 256, Stuttgart, 1909.

3 *Sistem der Philosophie*, T. I p. 455, apud Enci. Eur-Améri. T. 41, Pant.

4 Cfr. Balmes, C. a un Escep., c. IX, G. W. F. Hegel. Enci. de cien. fi. T. I. 3.ª Sec. de log. § Idea.

y predicán la substancialidad de un sér; pero guiados por el erróneo concepto que tienen de la entidad y de la substancia llegan a establecer como principio, la unidad de sér, para todas las existencias, dotada de los atributos de inmutabilidad y persistencia. Y como sólo la divinidad es la que puede poseer semejantes cualidades síguese que, cuanto existe, es Dios, y fuera de él, no es concebible realidad alguna. Ilusión es el mundo objeto de tantas experiencias en la ciencia física, ilusión el objeto de la astronomía, ilusión nuestras sensaciones, movimientos, tristezas y alegrías, ilusión el vivir, todo, todo es espejismo, absurdo y quimera; cuanto existe tiene que reducirse a la divinidad, y la divinidad en acto, no en potencia.

Así pensaba la escuela indiana para la que todo era *brahman*; y la de los *eleatas* en Grecia; así más tarde David de Dinant, el cual escribía: «Es, pues, manifiesto que una sola es la substancia, no sólo de todos los cuerpos, mas también de todas las almas, y que ella no es otra cosa que el mismo Dios.» (1) así Wiclef al que, se le atribuye la siguiente proposición: «Toda criatura es Dios. Toda entidad está en todas partes, porque todo ente es Dios;» (2) así Jacob Böhme, la escuela sansimoniana y cuantos de una u otra manera son defensores del *panphysicismo* moderno.

Para Heráclito, cuyas doctrinas han sabido ofrecérselas al público con distintos nombres y modificadas por las diferencias de la época, los evolucionistas de nuestros tiempos, todo y nada es Dios. Nada; porque para él no hay ningún *ser* al que se le pueda atribuir la existencia actual; todo son constelaciones en formación, sin llegar nunca a formarse; pues, cuando unas moléculas logran condensarse las otras se evaporan; todo se encuentra en eterna *mutación*, en eterno *fieri*, nada permanece fijo y estable. Todo es Dios; porque siendo una necesidad su existencia hay que predicarla, y como el *ser* en toda su línea de extensión presenta los mismos atributos, cuanto es, es divinidad; empero como el *ser* está siempre en evolución, Dios es un Dios evolutivo, en formación y en potencia. «El *dios*, es, según Heráclito, decía san Hipólito, día y noche, invierno y verano, guerra y paz,

1 Enci. Euro-Amer., T. 41, p. 857.

2 Cfr. Fr. Val. Zub. L. C., q. III, ar. 5.

hartura y hambre,» es decir, *todo y nada*. Su postulado favorito era: «Nada es; todo se está haciendo.»

Poco o nada, sino es en la forma, se diferencia de la precedente doctrina la teoría de los estoicos. Para estos, Dios es como la energía *viva* que movimiento y vida presta a todas las cosas; es como el alma de la cual reciben toda su vitalidad, toda su existencia. Dios, en este sistema hilozoísta, es el principio del *ser*, y el *ser* mismo. Entre los dos términos de divinidad y materia, dice esta escuela, no hay más diferencia que de grados; la materia es Dios y Dios la divinidad; ésta, la parte interna, vivificadora, aquella, la parte externa; las dos integran la única substancia que existe.

Idéntica en substancia a la de las escuelas jónica y estoica, era la doctrina que formulaba Amalrico de Bene. Dios para este realista exagerado, es el principio formal de cuanto existe. Y si Dios es el principio, o lo que es lo mismo, el «ser formal de cada cosa»; como Dios, según dice el Angélico, es su ser (1), a su naturaleza no se adiciona otra naturaleza.» Si, pues, el ser divino fuese *formaliter* el ser de todo, todas las cosas serían una sola *simpliciter* (2), habría una sola substancia. Y esta es la conclusión que sin ambages deduce Amalrico «Todo es *uno*: por que cuanto *es*, es Dios.» (3)

Un gran parecido con las doctrinas precedentes ofrecen las modernas de Rosmini. Admirador del *panenteísmo* krausista en su obra, «Teosofía,» estereotipó proposiciones como la siguiente: «La realidad finita no existe, sino que Dios la comunica el ser añadiendo limitación a la infinita realidad» (4); o lo que es lo mismo: el ser finito es el ser infinito limitado. En otra parte agregaba: «El ser que actúa las naturalezas finitas y que está a ellas unido es emanado de la de Dios.» (5)

Más que los precedentes llamó la atención de los sabios, y conmovió los espíritus, el judío báltavo, Espinoza, oriundo de Galicia. Inconsecuente, como todos los que militan en el campo

1 L. C. lib. I, c. XXII.

2 S. Tomás L. C., c. XXVI

3 Aunque esta proposición no se encuentre literalmente en los escritos de *Amaury de Chartres*, sí la manifiestan sus conceptos, y la defienden sus discípulos, en especial Godino, contra quien escribió Garnier de Rochefort.

4 Vol. I, n.º 681, 658.

5 L. C. Vol. III, n.º 1425, p. 346.

del error, ofrece a cada paso aseveraciones contradictorias y deja al estudioso sumido en la vacilación. En su *Ética*, donde parece condensó un poco más su pensamiento, hace una fusión de monismo y panteísmo troquelados en el propio sistema. De su exposición se deduce que «no hay ni puede haber sino una *substancia* única, eterna, necesaria, infinita, indivisible, que se llama Dios, *natura naturans*, causa inmanente del mundo, que está dotada de los atributos de pensamiento y extensión». Las ideas y pensamientos que como particulares aparecen en el hombre son *modos* de la intelectualidad divina; y los cuerpos extensos, *modos* de la extensión de su substancia. El universo o conjunto de todos los *modos*, llamado *natura naturata*, es algo inmanente al mismo Dios, aunque sea su efecto.

Diferente del panteísmo *ontologista y real*, del que acabamos de hacer una breve reseña, es el panteísmo *lógico o subjetivo*; pero más lo es, podemos decir, en las modalidades, que en su entidad, pues, el resultado de uno y otro es el mismo. Todo es Dios para el primero, y todo es Dios para el segundo; en aquel por la evolución e inmanencia formal extra subjetiva, en éste por la evolución e inmanencia formal subjetiva. Toda la doctrina de este panteísmo idealista se halla estereotipada en sus fautores; Fichte; Schelling, Hegel y Lessing.

Fichte, a quien su maestro Kant presentaba como el más tonto de sus discípulos, (1) apartándose de los *noumenos* kantianos excogitó la existencia del «yo absoluto», puro, infinito, y le constituyó como la entidad universal, porque era a modo de predicado con relación al acto intelectual; éste no puede verificarse sino es teniendo a aquel por sujeto absoluto de su actividad. No obstante, el *yo* trascendental, carece de realidad objetiva; es pura vacuidad y mera potencia; sólo llega a existir poniéndose a sí propio, o haciéndose, que es lo mismo, mediante la *conciencia absoluta*; esto es, que el *yo* trascendental brota de la conciencia. Pero en el momento de su posición, como en pulida superficie se refleja la imagen, en el fondo del *yo*, puro e infinito, se refleja, por una razón inversa, la negación, la limitación del *yo*, y, por un movimiento espontáneo, surge de aquel abismo el *no yo*, el mundo exterior, opuesto al trascendental y absoluto. Así es como

1 Fichte a su vez se tomaba la recíproca diciendo de su mentor que era un cerebro alienado.

este se hace consciente a sí mismo, y, al propio tiempo, finito y limitado. Ley que también rige al *no yo* con relación al *yo*, y, con la limitación mutua, resulta la tesis, la antítesis, y la síntesis. Orden real y lógico; todo una misma cosa.

Schelling, no satisfecho con la teoría de Fichte, inventó la de la *identidad absoluta*, bajo las mismas bases y sometida a las mismas condiciones que el *ego* de su antecesor. Es la fusión de lo subjetivo y objetivo, de la naturaleza material y del espíritu, y como la materia *prima* de los escolásticos, que sin ser cantidad, ni cualidad, ni esencia, era el *subtractum* de todo, esta Identidad absoluta, a la que su autor llama Divinidad, ni es sujeto, ni objeto, ni espíritu, ni materia, ni es nada real en sí misma, ni aun siquiera puede ser comprobada o conocida; es la eterna tela de Penélope en todas las cosas. Pura potencialidad que desde la eternidad se está formando a sí misma, seccionándose en dos partes aparentemente distintas, pero en la realidad idénticas. Por una se desdobra y aparece al exterior con la naturaleza visible; por otra, y bajo el mismo impulso de acción, se recoge, o se repliega a sí misma en el espíritu, de tal modo que éste forma como la naturaleza invisible. Conjuntamente, siendo incognoscible e inconsciente, es principio del conocimiento, y se contempla por la intuición interna. Esta es la enmarañada naturaleza del dios de Schelling que reduciéndolo todo a la nada, pretende darle unidad en la *Identidad*, carente de existencia real, pura potencialidad.

Mal avenido Hegel conque Schelling hubiera proclamado por Dios a un entendimiento que nada entendía, y a una identidad que nada identificaba, salió del molde de lo *concreto*, cuya verdad sólo está en la apariencia, y se levantó hasta lo universal, que es lo verdaderamente existente, y real y esencial. Pero como lo universal no puede existir fuera del orden lógico, y el concepto lógico sino es en el pensar; todo se identifica en ese acto. De ahí el único principio universal, absoluto, Dios: *el concepto lógico, la idea*. Esta es la divinidad proclamada por el célebre profesor, que supo imponer su filosofía en el imperio germánico. Como a simple vista se ve, esta divinidad no se diferencia de las anteriores en un grado.

El dios *panlogista* es la evolución del mundo, y, «el mundo entero no es más que la evolución de la idea», y la idea es el desarrollo del concepto lógico. Este, dice Hegel, como opera-

ción immanente no tiene realidad alguna; físicamente considerado es nada, el vacío. En ese estado de abstracción empieza la obra de araña; y este es el inicio del famoso proceso dialéctico mediante el cual, se despliega, se afirma y se niega; se particulariza permaneciendo universal. Cuando aquí llega representándose a sí mismo, se denomina la *idea* o *ser en sí*. Mas como no ha obtenido el desarrollo completo, continúa el proceso evolutivo, se proyecta al exterior constituyendo el mundo visible; y el concepto llega entonces a la segunda etapa; la *idea* o *ser fuera de sí*. Finalmente, por una serie de complicadas operaciones se repliega nuevamente en sí, y como al encuentro del eslabón con el pedernal se hace la luz, en este encuentro se ilumina, y se hace consciente a sí misma. Entonces llega al último grado de perfección; a la *idea* o *ser para sí*. Tal es el de la naturaleza humana. Aquí Dios, conociéndose, ya disfruta de actualidad, de realidad. (1)

Lessing, grande como poeta, valía muy poco como teólogo; en su juventud abandonó los estudios de la divina ciencia, porque se le hacían demasiado abstrusos para sus facultades de artista. Las doctrinas que expuso en los últimos años de su vida, únicos que consagró a las cuestiones religiosas, más son de un racionalista que de un teólogo; admitía empero una divinidad.

El pensamiento sobre la naturaleza de Dios lo presentó envuelto en la bruma del norte. Para Jacobi, Lessing era un espinocista; Mendelsohn le defiende de esta acusación; otros le consideran como panteísta idealista.

La divinidad, en su teoría, conociéndose a sí misma, produce, o el mundo, si sucesivamente va contemplando sus perfecciones, o el hijo de Dios, si las contempla simultáneamente, el cual no se distingue ni del mundo ni de Dios. (2) Según esto, el célebre autor del *Nathan der Weise*, no hizo más que escribir el prólogo de la obra que después habían de llevar a cabo los filósofos ya mencionados.

Con esta sucinta exposición que hemos hecho del panteísmo *perfecto*, puede verse cómo los ontologistas y los lógicos admiten la substancialidad de Dios, pero substancialidad compuesta, integrada por múltiples partes contradictorias que mutuamente

1 Cfr. Willems, L. C, T. I, part. 2.^a, c. II, § 3.

2 Willems, L. C, T. II, l. 2, § 2.

se destruyen, como se destruyen las afirmaciones y las negaciones. Por eso la característica del panteísmo es la negación de la existencia completa, o sea de la personalidad. «No se concibe la personalidad individual sumergida en la identidad universal; si la identidad existe, no existe la persona individual, y si existe la persona individual, no existe la identidad». (1) A excepción de Lessing, que por aumentar las contradicciones hasta en esto se contradice a sí mismo, todos los panteístas numerados están conformes en la afirmación característica, como lo han de estar los realistas y como también están los llamados *pantelistas*, los cuales atribuyen a la voluntad lo que los primeros dan al entendimiento. Dios, en todos estos sistemas, es una substancia impersonal, se pierde en el infinito vacío de la abstracción; nada en concreto se puede predicar, ni aun la propia existencia. Cuán absurdo sea este modo de concebir la naturaleza divina muy sabiamente lo demuestra el insigne Balmes en su filosofía fundamental.

«No sé, dice, cómo puede inclinarse al panteísmo ningún filósofo que haya meditado sobre el espíritu humano. Cuanto más se profundiza en ese *yo*, y quien dice *yo*, dice *identidad absoluta y concepto lógico*, de donde se quiere sacar tan absurdo sistema, tanto más se descubre la contradicción en que se halla el panteísmo, con respecto a las ideas y a los hechos más primordiales de nuestro espíritu.

«El panteísmo reduce todo lo existente a la unidad absoluta; la multiplicidad, o no existe realmente, o se limita a fenómenos que a juicio de algunos partidarios de dicho sistema no contienen realidad de ninguna especie, y que en opinión de todos los panteístas, no pueden contener ninguna realidad substancial. Según ellos, pues, la idea de número, o carece de toda correspondencia en la realidad, o se refiere tan sólo a modos de ser, a varias manifestaciones del mismo ser, y por tanto no se extiende a los seres mismos, pues que en dicho sistema no hay más que un ser solo. Si esto es así ¿cómo es que la idea de número existe en nuestro entendimiento? ¿cómo es que concebimos no sólo muchos modos de ser sino muchos seres? En el sistema de los panteístas no sólo no hay multiplicidad de seres sino que es imposible que los haya; ¿por qué, pues, habrá en nuestro enten-

1 Mella. Sólo el espi. cató. salvará a la sociedad.

dimiento este vicio radical que nos induce por necesidad a concebir posible la multiplicidad de *cosas*, cuando esa multiplicidad es absurda? ¿por qué este defecto ideal se hallará confirmado por la experiencia, la cual también por necesidad nos induce a creer que hay muchas *cosas* distintas?

«En el sistema panteísta nuestro entendimiento no será más que una modificación, una manifestación de la sustancia única; así será inexplicable ese desacuerdo entre el fenómeno y la realidad; ese error necesario a que un fenómeno de la sustancia nos induce con respecto a la misma sustancia. Siendo nosotros una pura manifestación de la unidad, ¿por qué hallamos en nosotros como un hecho primitivo, la idea de la multiplicidad?, ¿por qué esa contradicción continua entre el ser y sus apariencias? Si todos somos una misma unidad ¿de dónde nos viene la idea del número? Si los fenómenos de la experiencia no son más que evoluciones por decirlo así de esta misma unidad ¿por qué nos sentimos irresistiblemente inclinados a poner multiplicidad en los fenómenos y a multiplicar las *cosas* en que suceden?

«La idea de distinción, opuesta a la de identidad, es también fundamental en nuestro espíritu; sin embargo el panteísmo no le otorga ninguna correspondencia en la realidad. Luego la idea de distinción es absurda, luego uno de los hechos primordiales de nuestro espíritu es una contradicción.

«La idea de relación es también absurda en el sistema panteísta: no hay *relación* sin extremo de *referencia*, y no hay *referencia* sin distinción. Y así nos encontramos con otro hecho primitivo de nuestro entendimiento radicalmente absurdo, porque, según los panteístas, el sujeto referido y el extremo de referencia, son absolutamente idénticos.

«El sostén de todos nuestros conocimientos, el principio de contradicción carece de sentido, no tiene ninguna aplicación real ni posible, si se admite la doctrina panteísta. La idea de contingencia es también contradictoria admitido el panteísmo. Hemos aquí, pues, con otra ilusión primordial de nuestro espíritu; la cual nos ofrece como posible y aun existente, lo que en sí mismo es un absurdo.

«El sistema de la unidad absoluta destruye la idea del orden: en esta idea se encierra la disposición de cosas distintas, distribuídas de la manera conveniente para conspirar a un fin. En faltando la distinción no hay orden, y la distinción es imposible si hay

unidad absoluta. Ello es, sin embargo, que una de las ideas fundamentales de nuestro espíritu es la idea del orden.

«Excusado es añadir que el panteísmo mata la libertad de albedrío. En este monstruoso sistema, la unidad absoluta es inseparable de la necesidad absoluta. Entonces son inútiles las leyes, los premios y los castigos; y la historia de los individuos como de la humanidad entera, se reduce a la historia de las fases de la substancia única, que se va desenvolviendo eternamente con sujeción a condiciones absolutamente necesarias, que no tienen más fundamento que ella misma.

«El panteísmo no sólo mata la libertad de albedrío, sino que hace incomprendibles todas las afecciones que se refieren a *otro*. Si no hay más que un ser, ¿qué significan los sentimientos de amor, de respeto, de gratitud, y en general, todos cuantos suponen una persona distinta del *yo* que la experimenta? El hombre que ama a un hombre y aborrece a otro, será el mismo *yo* que se ama y aborrece a sí mismo. ¿Quién es capaz de devorarse semejantes absurdos?»

«Así el panteísmo, después de haber destruído al hombre intelectual, aniquila al hombre moral, después de haber declarado contradictorias las ideas más fundamentales de nuestro espíritu, nos arrebatara el hecho más precioso de nuestra conciencia; la libertad de albedrío; hasta destruye los sentimientos del corazón; negando nuestra individualidad nos arroja a todos en el abismo de la substancia única, del ser absoluto, confundiéndonos, identificándonos con él, disolviendo así nuestra existencia propia como se disipan las moléculas de un grano de polvo en la inmensidad del espacio». (1)

Además del panteísmo *perfecto* existe el panteísmo *imperfecto*, conocido generalmente con el nombre de *emanatismo*. Sistema de gran aceptación en pasados tiempos. «En la filosofía moderna apenas se encuentra formalmente, sino es algo en Böhme y en Schelling». (2) «Pero tal vez sólo ha desaparecido en cuanto al hombre, pues, en realidad la teoría de la evolución, profesada en toda su amplitud, como la profesada el monismo, tiene con la del emanatismo tal parecido que se puede llamar idéntica. Igualmente es una especie de emanatismo universal la doctrina del

1 T. IV, l. IX, c. XX, 5.ª edi.

2 Enci. Euro-Amer. T. XIX, Ema.

devenir, según se halla en algunos pasajes de la *Evolución Creativa* de Bergson». (1)

Sin presentar, pues, novedad y originalidad en lo que tiene de propio, y ofreciendo todos los inconvenientes del panteísmo perfecto, en lo que de él participa, no nos inmoraremos en su exposición.

El emanatismo, en su sentido propio, es la expansión y dilatación de la naturaleza; la corriente que fluye del manantial idéntica es cuando mansa y suavemente se desliza por el arenoso lecho, o prisionera marcha por entre las capas terrestres, que cuando se la considera íntimamente unida a su propia naturaleza, sin otra diferencia que la de haberse dilatado en el espacio y en el tiempo. Aplicada esta doctrina a la divinidad, tendremos que su naturaleza no sólo está en todas las cosas, sino que realmente es todas las cosas. Y ésto es el panteísmo de que acabamos de hablar.

Si a la substancialidad de los seres se la considera como algo emanado, fluído, naturaleza expansionada sí, pero disgregado, avulso de la naturaleza divina y a ella extrínseco, entonces tendremos los absurdos del panteísmo realista: substancia compuesta, múltiples partes que se identifican en la esencia y, sin perder la identidad, se distinguen entre sí; tendremos el infinito, sin dejar de serlo, convertido en finito; lo unipersonal, en multipersonal e impersonal. (2)

Por eso nada tiene de extraño que hoy los sabios y estudiosos generalmente le hayan hecho el vacío. Es doctrina que no satisface las aspiraciones radicales a que han llegado los espíritus, y estimamos muy atinada la observación de quien ha dicho que el emanatismo es «doctrina que en filosofía parece hoy vulgar y pasada de moda.» (3)

Lo que decimos del emanatismo, tiene más perfecta aplicación al *panenteísmo* de Carlos Cristian Federico Krause. Este aprovechado discípulo de Schelling, impulsado por el prurito de originalidad, se apartó un tanto de la corriente que establecieron sus maestros, hizo una amalgama de las abstracciones y concreciones, de monismo y panteísmo, e inventó un sistema propio: el *panenteísmo*, o todo en Dios.

1 Enci. Eur-Amer. L. C.

2 Cfr. Zigliara, *Summa filos.*, T. II, l. 1, c. II, a. 2.

3 Enci. Eur-Amer., T. 41, Pant.

Según esta doctrina, obscuramente concebida y confusamente expuesta, Dios existe, su substancia es superior al mundo y distinto de él; pero al mismo tiempo el mundo está en Dios como en el agua la esponja, saturado de la divinidad, más aún, viviendo su vida y formando parte de su existencia; pues el único *ser* que absorbe en sí toda la existencia, es el de Dios; fuera del *ser* de la divinidad no se concibe otro como no se concibe otra *idea* ni otro espíritu; el de Dios es el que presta unidad y actividad a cuantos en él viven. Después que las cosas tuvieron su principio en la divina substancia, con ella se vuelven a identificar, si es que por algún instante las podemos considerar como separadas. (1) ¿Y qué es esto sino un crudo panteísmo que se oculta en el brumoso bosque formado por la concepción y lenguaje de Krause?

Panteístas son igualmente las doctrina de Enrique de San Simón, Carlos Fourier y las de Pedro Leroux. Nada decimos acerca de ellas porque el *panteísmo místico* que encierran es tan repugnante, como las consecuencias socialistas y anarquistas que en el último lapso de tiempo hemos presenciado y estamos aún presenciando. Su finalidad es pragmatista. Y ya sabemos el significado de esta palabra en labios socialistas. Si «Dios es uno; Dios es todo lo que es; todo está en él, todo es por él, todo es él, como dice San Simón. La pasión es, existe; luego la pasión es Dios, está en Dios; vivan las pasiones. Y mal, muy mal hacen añade Fourier, los sacerdotes, legisladores y moralistas cuando las reprimen y mandan reprimirlas; pues son buenas, son divinas. Dios es el que «anima la materia y la hace vivir según las leyes matemáticas. «Gloria a Dios, y apoteosis a la materia. De ahí también la fórmula de San Simón: «Santificación en el trabajo y en el placer». (2)

1 Mella, Discr. parlamen., 15-11-1906.

2 Cfr. J. M. A. Vacant. Diccio. Apolo. de Jaughey, ar. Pant.

ARTICULO II

LA DOCTRINA DE LA IGLESIA

DOCTRINA CATÓLICA.—EL PRIMER CONCILIO TOLEDANO Y EL PRISCILIANISMO.—SENTENCIA DEL LATERANENSE IV.—DE NADA SIRVE EL MOVIMIENTO PARABÓLICO.—LA VOZ DE PÍO IX Y LA DEFINICIÓN VATICANA.—LA SUBSTANCIALIDAD DIVINA.—PRIMERO ES EXISTIR QUE OBRAR.—YO SOY EL QUE SOY.—HAY QUE DESECHAR LA MATERIA Y ACEPTAR EL ESPÍRITU.—CLAVE DE LOS MISTERIOS.—NO HAY RAZÓN PARA LIMITAR LA DIVINIDAD.—UNIDAD Y SIMPLICIDAD DE DIOS.—DIOS ES PERSONA.

Nos hemos detenido tal vez un poco más de lo que exige la naturaleza de la obra en la enumeración del panteísmo y sus diferentes fases; pero lo estimamos conveniente, para que de ese modo se pueda luego apreciar más fácilmente la doctrina espiritista.

Frente a los extravíos de la humana inteligencia, la Iglesia católica siempre ha expuesto claramente sus doctrinas sobre la naturaleza de Dios. Condenó los errores panteístas de los primeros días del cristianismo. «Si alguno dijere o creyere, decían los PP. del primer Concilio Toledano, (400) que fuera de la Trinidad (es decir, fuera del mismo Dios), puede extenderse la esencia divina, sea anatema», (1) «Así resonó en el año postrero del siglo IV bajo las bóvedas de la primitiva basílica toledana, la condenación valiente del *panteísmo*» (2). El célebre Sínodo no

1 Mansi. L. C. T. III, c. 1004. canc. 14.

2 M. I. P. L. C. T. II. L. I. c. II, § 5.

se dió por satisfecho con anatematizar los errores priscilianistas; hizo una solemne confesión dogmática en la que sintetiza las verdaderas doctrinas de la Iglesia». Creemos, decía, en un solo y verdadero Dios Omnipotente. Creemos que hay un solo Dios, y una Trinidad de la sustancia divina». Fuera de ésta no admitimos otra naturaleza *divina*, ni de ángel, ni de espíritu, ni de ninguna virtud o fuerza que digan ser *Dios*».

Honorio III condenó el libro *De divisione naturae*, de Escoto Erigena, en el que se habla de la *Naturaleza que no crea, mas es creada, como teofonía*, de la sustancia divina. El IV de los Concilios de Letrán, convocado por el gran Inocencio III, había ya, antes que el citado Honorio, anatematizado la panteística doctrina de Amalrico de Bene, más aun que como herética, como irracional, insana y utópica; al mismo tiempo afirmaba la doctrina de «un solo Dios verdadero... una esencia, sustancia o naturaleza simplicísima». (1) Condenada fué la teoría de David de Dinant, de Giordano Bruno y hasta la de Juan de Eckart fué también condenada.

Cuando con más claridad y minuciosos detalles presentó sus doctrinas dogmáticas fué en el pasado siglo. Desde que el protestantismo cortó el vínculo que unía lo natural con lo sobrenatural, la humana razón tuvo abierto el camino que conducía a la sentina de errores; y a donde antes sólo llegaban algunas extraviadas inteligencias, después fueron innúmeras las que penetraron. A la fe en Cristo en materias religiosas, y a la fuente de verdad, la Biblia, sucedió la autoridad de la humana facultad. Al protestantismo suplantó el kantismo; a éste se unió el enciclopedismo y «fué entonces cuando emergió y se propagó por todo el orbe, como reguero de pólvora, encendido por la mecha de la prensa, la doctrina del racionalismo y naturalismo, opuesta en un todo a la del sobrenaturalismo cristiano, y cuya finalidad era destruir el reinado de Jesucristo de las inteligencias y corazones de la vida y costumbres de los pueblos, para fundar el reinado de la *razón* y de la *naturaleza*. Abandonada y despreciada la religión cristiana, y negado el verdadero Dios y su Cristo», como la inteligencia del hombre «en Dios vive, en El se mueve y es en Dios» (2), y por más parábolas que describa siempre se encuen-

1 Mansi L. C.

2 Act. XVII, 28.

tra como el radio de la circunferencia, prisionera del círculo; contra las convulsiones reflexivas, la naturaleza suspira por la divinidad y la divinidad proclama; no siendo la del cristianismo, porque se le hace demasiado rígida y sombría, tiene que ser la que se avenga con todos sus extravíos, y por eso es, cuando no la del ateo, la materialística o panteística, que en la realidad se confunden; y «así es, añaden los PP. del último Concilio ecuménico, cómo multitud inmensa de inteligencias se vieron precipitadas en el bátraro del *panteísmo*, materialismo y ateísmo». (1)

Con el fin, pues, de levantar un dique de contención a las olas que invadían los pueblos, dejó oír solemnemente su voz el gran Pío IX, en la alocución *Maxima quidem* de 1 de junio de 1862, reprobando los modernos errores y principalmente el *panteísmo*, fundamento de los demás. Y al promulgar el célebre *Silabo*, lo encabezaba con la estigmatización de la siguiente proposición panteística: «No existe ningún Ser divino, supremo, sapientísimo y providentísimo, distinto del Universo; Dios es lo mismo que la Naturaleza, y está por ende, sujeto a mudanza, y Dios pasa a ser en el hombre y en el mundo; y todas las cosas son Dios y tienen la misma substancia de Dios; y Dios es una misma realidad con el mundo, y, por consiguiente, también lo son el espíritu y la materia, la necesidad y la libertad, lo verdadero y lo falso, el bien y el mal, lo justo y lo injusto».

En 1870, reunidos en el Vaticano los obispos de todo el orbe, renovaban la síntesis dogmática que había de ser propuesta a todos los fieles para contrarrestar el influjo de la filosofía naturalístico-panteísta. «La Santa Iglesia Católica Apostólica Romana cree y enseña que hay un solo verdadero Dios vivo, omnipotente, eterno, inmenso, incomprendible, infinito en su inteligencia, en su voluntad y en toda perfección; el cual como sea una substancia espiritual, singular o única, simplicísima e inmutable, se ha de predicar que es real y esencialmente distinto del mundo, beatísimo en sí y por sí, e inefablemente excelso sobre todo cuanto fuera de él existe o puede concebirse. Si alguien dijere que la esencia o substancia de Dios es idéntica a la de todas las cosas, o que los seres finitos, así corporales como espirituales, o al menos estos últimos, han emanado de la sustancia divina, o que la divina esencia por la evolución y manifestación pasa a ser to-

1 Constitui, Dei Filius.

das las cosas; o, finalmente, que Dios es la entidad universal e indefinida, que, determinándose, constituye el Universo con su distinción de géneros, especies e individuos, sea anatema.» (1)

La misma reprobación en el aspecto negativo y la misma enseñanza en el positivo repitió León XIII, el 14 de diciembre de 1887, al condenar las teorías de Antonio Rosmini-serbati. Y la renovó últimamente Pío X, en su decreto *Lamentabili sane*, de 3 de junio de 1907, al condenar proposiciones como la 84 que decía: «El progreso de las ciencias exige la renovación de los conceptos que la doctrina cristiana tiene sobre la Divinidad, la Creación, la Revelación, la Persona del Verbo encarnado y sobre la Redención.» (2)

La primera afirmación que se hace en las enseñanzas eclesiásticas, es la de la substancialidad divina. Dios es substancia. Defínese ésta: La entidad que existe por sí misma; *ens per se subsistens*; o también; el sujeto que permanece estable en las modificaciones accidentales a las cuales sustenta, *id quod substat accidentibus*. La primera de estas definiciones es la más propia, como nota Balmes, «porque se acerca más a expresar la cosa como es en sí» (3), y porque antes es la subsistencia propia que el servir de base y sujeto a otro; esto por otra parte, es obrar, aquello ser.

Ahora bien; ¿podrá existir alguna substancia tan perfecta que no esté sujeta a modificación alguna?

La proposición considerada en sí no ofrece dificultad en «que exista una substancia no sujeta a modificaciones ni a mudanzas de ninguna clase; y esta substancia, lejos de perder el carácter de tal por su inmutabilidad, le poseería en un grado mucho más perfecto. La perfección de la sustancia no está en las mudanzas, sino en lo permanente que encierra: no está en tener una sucesión de modificaciones inherentes a ella, sino en existir de tal modo que no necesite estar adherida a otro ser. La sustancia que reuniese esa permanencia, esa perfección que le diese fuerza para existir por sí misma, y que al propio tiempo no tuviese ninguna modificación, no experimentase ninguna mudanza, sería la

1 Sess. 3. cap. 1, y cap. 4. can 1.

2 Acta S. Sedis, vol. 40. pag. 470 y seq.

3 L. C. c. XIII.

sustancia por excelencia, infinitamente superior a todas las demás.» (1)

La realidad objetiva exige la existencia de esa sustancia que esté exenta de toda modificación, empezando por la de la misma existencia. De otra manera, no se podría concebir sustancia alguna. Porque si para explicar las modificaciones externas tenemos la permanencia del sujeto; ¿cómo se explicarían las modificaciones internas, y más que internas, intrínsecas? ¿Por la inmutabilidad del mismo ser sustancial? Precisamente es al que suponemos valanceado por el vaivén de las alteraciones. Es además, en esta suposición, relativo en sí mismo, y lo relativo nunca lleva en su esencia la última razón del por qué; el investigador solícito ha de buscarla en otra parte.

Y como quiera que todas las sustancias relativas son de la misma naturaleza, adolecen de iguales defectos, no pueden explicarse mutuamente; siempre llegaríamos a un punto donde la dificultad y misterio se presentaran en toda su pujanza; y no pudiendo continuar la serie infinita, pues repugna intrínsecamente, la inteligencia habrá de encontrar la sustancia absoluta, cuya esencia esté libre de toda alteración extrínseca e intrínseca, y que por naturaleza sea permanente, en sí misma, y en sus cualidades, y juntamente donde se contenga el último *por qué* de su sustancialidad y de todas las demás sustancias relativas.

Esta sustancia no sólo existirá por sí misma como acontece con todas las que matizadas por los accidentes desfilan ante nuestra vista en el mundo externo, o se presentan al mundo de las inteligencias a modo de fuegos fatuos, sino que llevando la totalidad de la existencia, toda la razón del ser, sin limitación alguna, en su propia naturaleza y perteneciéndole esencialmente, existirá además en sí misma, por su propia virtud; y esta sustancia independiente de toda otra, con independencia absoluta, será Dios. No otra fué la razón que dió la misma Divinidad cuando a sí propia se definió en la Escritura Santa: «Yo soy el que soy»; (2) soy el que existo, soy la existencia sustancial, el que lleva en sí toda la *aseidad*.

Esta sustancialidad absoluta, independiente y que es la entidad subsistente, es la que la Iglesia predica de la Divinidad.

1 Balmes, L. C.

2 Exod., 3, 13.

De lo dicho, fácilmente se colige que, esa sustancia, Dios, no puede ser materia. La materia no tiene el principio de existencia en su naturaleza, no es permanente; muy al contrario, si algo hay en los seres que esté sujeto a mudanzas y variaciones es precisamente lo que nuestras manos palpan; la materia. Esa sustancia ha de estar sobre ella; más sublime y excelso que la materia es el espíritu. Entre las dos entidades material y espiritual se reparten la existencia; fuera de ellas, nada existe ni puede existir; (1) la sustancia que disfruta la plenitud del ser es, por consiguiente, espíritu. Y ésta es la afirmación de los PP. del Vaticano; que el solo Dios verdadero es sustancia espiritual.

En las dos afirmaciones, o mejor, en una sola, en la primera, está la clave de todos los misterios; ella es la que nos revela cuanto aquí bajo es revelable, la naturaleza divina. El ser o sustancia que subsiste por sí misma con absoluta independencia, no puede menos de existir siempre; en cualquier instante que se le suponga, le conviene la sustancia absoluta por propia virtud; y ésto equivale a decir, que existe necesariamente, que es un ser carente de contingencias, un ser necesario. Esta es la cualidad primordial de la entidad que de ninguno otro recibe la existencia. Ahí, como las aristas que llegan al vértice tienen su fundamento en la base del cono, es donde tienen el suyo los demás atributos que son reclamados por la naturaleza subsistente. Siendo ser necesario por esencia, no sólo no hay razón para limitar las perfecciones proyectando la más tenue sombra en su naturaleza, sino que se levantará fúlgido y esplendente sol, libre de toda mácula. Cuanto pueda tener razón de existencia allí se encontrará en toda su plenitud, en toda su actualidad, sin que el factor tiempo, pretérito o futuro, ejerza alteración; siempre es ser necesario, siempre actualísimo; allí no se reconoce ningún género de potencialidad.

Síguese, pues, que la sustancia que contiene en sí toda la plenitud del ser, Dios, es acto purísimo. Si El es la más sublime expresión de todas las perfecciones, y la perfección esencial, habrá de ser también infinito en todos los órdenes: en la naturaleza, en los atributos, en la operación. ¿Qué razón sería suficiente para limitar cualquiera de las tres? Desde el momento que se

1 La inmaterialidad del alma de los brutos que defiende Balmes, Filo. Ele. Psico. C. X, y Filos. Fund., L. II, c. II, n.º 150, sig. nada importa, ya que ni es sustancia completa ni independiente.

hiciera ¿no se habría negado ya la primera cualidad, la de la existencia sustancial y acto purísimo?; más aún, ¿no se habría negado la aseidad?

Dios es infinito: y siendo infinito, es eterno. ¿Cuándo empezó a predicarse de El la infinitud?, ¿cuándo dejará de proclamarse? Si algún instante se concibe en que tal cosa pueda suceder, la subsistencia esencial no sería semejante subsistencia. Siendo infinito y eterno es inmutable por naturaleza; nada puede añadirsele y nada cercenársele; desde la eternidad es el que es. «Yo soy Dios y no me mudo», decía El en la Escritura. (1)

De aquí se deduce necesariamente el atributo de la unidad y unicidad. El ser subsistente, Dios, es uno y único. En sí mismo lleva la exclusión de lo que no es El, o de El tiene origen. ¿Quién sería capaz de imaginar dos infinitos existiendo cada uno con la plenitud de sér?, ¿dos eternos, dos absolutos, dos entidades que fueran existentes, con absoluta independencia? ¿Qué clase de infinito sería el que se encontraba limitado por quien no era él mismo; que mirando al exterior veía que no se podía gloriarse de sus atributos; antes bien, desde la eternidad había estado alucinándose, no ya con las caricias de fantásticas perfecciones, sino, lo que es más, de utópicas existencias, y al despertar eterno del eterno sopor ve que es nada, pues toda la plenitud del sér la disfruta el infinito rival? Y como cada infinito presenta las mismas dificultades respecto del otro, ¿podría existir algo? Existe, pues, un infinito actualísimo, derruyéndose por su base la doctrina de la escuela germánica y desapareciendo para siempre la abstracción indeterminada.

Con lo expuesto, dicho se está, que el sér subsistente por sí mismo, es una entidad simplicísima; que excluye de su naturaleza toda clase de composición, de lo contrario carecería de eternidad. Carecería de infinitud, «pues cada una de las partes componentes tendría limitada perfección, puesto que a cada una de ellas le faltarían las perfecciones reales y positivas de las otras.» (2) Carecería de aseidad: ¿en qué consistiría ésta siendo así que el compuesto es posterior a las partes componentes? El sér subsistente por sí mismo no puede entrar a formar parte de ningún otro sér ni como parte integral, ni como esen-

1 Malach. 3. 6.

2 C. Volsen, L. C. lib. III, c. II, y Sto. Tomás L. C. c. XVI.

cial material o formal. Las partes se limitan mutuamente, y Dios no es sér limitado, sino infinito.

Y así como por el infinito actualísimo que excluye toda potencialidad, desaparece el panteísmo idealista; por el infinito actualísimo que excluye toda composición, se reduce a la nada el panteísmo de Amalrico y Espinoza, el hilozoístico y el emanatista, y huelga decir que el materialista no tiene razón de ser. ¡Dios, el ser subsistente por sí mismo, terminado o completado por los agentes que se descomponen ante nuestra mirada, sufriendo las actuaciones del tiempo, apareciendo en la vida, ocultándose en la muerte; activo en la energía, pasivo en la inercia! Oh Dios, ¡ser subsistente, metamorfoseándose y siguiendo la serie de planos astrales con todo género de metempsicosis! ¿Qué subsistencia sería la suya? Mentira parece que la inteligencia del hombre haya llegado a semejantes desvarios, y que aun en la actualidad, haya razones tan extraviadas que defiendan las doctrinas monísticas con la serie de absurdos que por secuela arrastran!

Síguese finalmente, que la substancia, cuya razón de ser se encuentra en su propia esencia, es persona o supuesto espiritual, incomunicable a otra naturaleza; pues ya dejamos dicho que no puede comunicarse a los seres finitos deshaciendo su propia subsistencia y subordinándola a un tercero del que formara parte integral o substancial, y menos aún puede comunicarse a otra substancia infinita, cuya existencia es imposible.

No resta otra conclusión: Dios, entidad subsistente, no participada, acto purísimo que excluye de su naturaleza cuanto no es El mismo y cuanto implique imperfección; Dios, siendo la misma actualidad, es entidad personal. Nada significa ante esta lógica, la utópica doctrina de los Paulsen y Hartmann.

Semejante substancialidad es la que de Dios precifica la Iglesia católica. Los PP. del Concilio Vaticano, reprobando los errores *monísticos* de la moderna ciencia lo afirmaron palmariamente cuando definían: «que hay un sólo verdadero Dios vivo, eterno, inmenso, incomprendible, infinito en su inteligencia, en su voluntad y en toda perfección; el cual siendo una substancia espiritual singular o única, simplicísima e inmutable, se ha de predicar que es real y esencialmente distinto del mundo, beatísimo en sí y por sí, e inefablemente excelso sobre todo cuanto fuera de él existe o puede existir».

ARTÍCULO III

LA DOCTRINA ESPIRITISTA

QUÉ OPINA ALLAN-K. EN ESTA MATERIA.—CONSTANTE FLUCTUACIÓN.—SPENCER Y LITRÉ.—KARDEC Y AVICEBRÓN.—EL PRINCIPIO VITAL ¿ES PROPIEDAD DE LA MATERIA? MATIZ PANTEÍSTA.—JAKSON DAVIS ES MÁS CLARO.—SU DIOS EL DE LOS BRAHAMANES.—¿A QUIÉN SIGUE EL MUNDO ESPÍRITA?—EL AUTOR DEL «ESPIRITISMO ANTE LA CIENCIA» Y EL DE «EN LA FRONTERA DEL OTRO MUNDO».—BASE DEL EDIFICIO ESPÍRITA.—EL TEOSOFISMO ES PANTEÍSTA.—LO QUE DICE PERSONA CARACTERIZADA.—PINCELADA DEL SEÑOR CORIS.—LA TEOLOGÍA DE MONTERDE.—LO QUE DIRÍA BALMES DE TOMÁS BAZÁN.—MONTERDE ES PANTEÍSTA.—JUZGUE EL LECTOR.—QUINTÍN LOPEZ Y LUJAMBIO ALADRO.—SUS AFIRMACIONES PANTEÍSTAS.

¿Quién es Dios, según la doctrina espiritista? Es lo que predica la Iglesia católica?, o su naturaleza está formada por la nebulosa panteísta? Allan-Kardec, el gran mago de la *nueva ciencia*, responde concisa y llanamente: «Dios es la inteligencia suprema, causa primera de todas las cosas» (1) «Dios es eterno, inmutable, inmaterial, único, todopoderoso y soberanamente justo y bueno, Dios es infinito en sus perfecciones» (2).

De estas afirmaciones a las del Concilio Vaticano apenas va diferencia alguna. Dios eterno, inmutable, único, infinito, necesariamente ha de ser un Dios subsistente, personal, simplicísimo. Si Allan-K. al expresarse en tales términos hubiera estado en

1 *El lib. de los Espi.* n.º 1.

2 *Obras post.* § 1.

posesión de «la verdad absoluta (que es eterna y por eso mismo invariable)», como lo estaban los PP. del Concilio, la doctrina teológica que se deduce de sus aseveraciones fuera en todo conforme a la por nosotros expuesta. «¿Pero quién puede vanagloriarse de poseer la verdad absoluta?», dice el gran espiritista reencarnado por segunda vez. «Lo que hoy nos parece falso podemos mañana reconocerlo verdad» y viceversa. «El programa de la doctrina espírita no será, pues, invariable más que en los principios pasados al estado de verdades comprobadas; cuanto a los otros, no los admitirá, como hasta el día ha hecho, sino a título de hipótesis en tanto llega la confirmación. Si se le demuestra que está en un error acerca de un punto, se modificará en el sentido conveniente.» (1) La verdad presente no es, ni puede ser verdad comprobada.

De aquí la eterna fluctuación de Allán. A la afirmación de ayer sigue la negación de hoy; da una respuesta categórica, y en la siguiente interrogación se rectifica a sí mismo. Por eso después de haber establecido como tesis la doctrina teísta acerca de la naturaleza divina, se abraza con el agnosticismo. «Dios existe, no podéis dudarle; y esto es lo esencial. Creedme, no paséis más allá; no os extraviéis en un laberinto del que no podríais salir. Dejad a un lado todos esos sistemas.» (2)

Spencer no era tan radical en su exposición. «Aun cuando no se pueda conocer lo absoluto de ninguna manera, ni en ningún grado, si se toma la palabra *conocer* en sentido estricto, vemos, con todo, que la existencia de lo absoluto es un dato necesario de conciencia.» (3) Sólo M. Littré exclama con desenfado y soltura inimitable: «Nunca sabréis nada sobre esto... Dejad a un lado, pues, estas quimeras.» (4)

Allan-Kardec, después de haber dicho y sentado como verdad básica de su doctrina que «Dios es infinito en sus perfecciones, *porque* si se supusiera imperfecto uno solo de sus atributos, o se suprimiera la más pequeña porción de la *eternidad, inmutabilidad, inmaterialidad, unidad, omnipotencia o justicia y bondad* de Dios, daríase lugar a la suposición de un ser poseedor de lo que a aquel faltaría y este ser, siendo más perfec-

1 L. C. 2.^a part. p. 313 314.

2 *El lib. de los Espi.* n.º 14.

3 *Les premiers principes*, p. 104.

4 *Revue des Deux Mondes*. 1 junio 1865, p. 686.

to, sería Dios», (1); después de esto escribe: «Pero lo infinito es una abstracción. Decir que Dios es lo *infinito* equivale a tomar el atributo por la misma cosa, y definir una que no es conocida por otra que no lo es bastante. Todo lo desconocido es infinito». (2)

Con esta doctrina, ¿a qué queda reducido el conocimiento de la naturaleza de Dios?, ¿a qué la misma naturaleza y subsistencia?, ¿a qué la personalidad divina? A la pura abstracción de la escuela germánica, con la concreción y realización por el movimiento centrípeto. Allan-K. en ulteriores afirmaciones destruye la esencia de la naturaleza de Dios. Admite como probable que la inteligencia y aun los cuerpos inorgánicos, o sea la «materia inerte y la materia inteligente», pueden ser «una emanación de la Divinidad». (3) Admite junto a la eternidad de Dios la eternidad del mundo espírita. (4) Admite a semejanza de Averroes y Avicibrón (5) una especie de inteligencia o Espíritu («el espíritu es sinónimo de inteligencia», dice él), universal abstracto, separado de las inteligencias individuales, y al cual llama «el principio inteligente del universo» (6) ¿No será esto resucitar, en parte al menos, el «panteísmo audaz, que fué la gran herejía de la Edad Media, desde el siglo XIII hasta el XVI, y que se arrastró penosa hasta fines del XVII en la escuela de Padua»? (7)

Otro tanto puede decirse del principio vital, al que supone causa y efecto de la materia. «El principio vital, se pregunta, ¿reside en un agente particular o sólo es una propiedad de la materia organizada?, en una palabra, ¿es efecto o es causa? Es lo uno y lo otro, responde. La vida es un efecto producido por la acción de un agente sobre la materia y este agente sin la materia, no es la vida, de la misma manera que la materia no puede vivir sin aquel. Da la vida a todos los seres *que lo absorven y se lo asimilan*. Es uno de los elementos necesarios a la constitución del universo, pero él a su vez *tiene su origen en la materia uni-*

1 Obras post. § I, p. 8. y L. de los Esp. n.º 13

2 L. C. n.º 3-2.

3 L. C. n.º 28.

4 L. C. p. XX. «El mundo espiritista es el normal, primitivo, eterno, preexistente y sobreviviente a todo».

5 *D> intelligentiis*.

6 L. C. 23-25.

7 M. y Pelayo, L. C. L. III, c. I, § I, p. 104.

versal modificada. Es un elemento como el oxígeno y el hidrógeno, que no son, empero, elementos primitivos, porque todo eso deriva de un mismo principio. De aquí parece resultar que la *vitalidad* no tiene su principio en un agente primitivo distinto, sino en *una propiedad especial de la materia* universal debida a ciertas modificaciones. Esa es la consecuencia de lo que hemos dicho» (1) Y deponiendo el estado de fluctuación a renglón seguido añade: «El principio vital tiene su origen en el fluido universal; es el que vosotros llamais fluido magnético (supone Kardec que le habla un espíritu) o fluido eléctrico analizado. Este principio es uno mismo para todos los seres orgánicos, modificados según las especies. Pero esta vitalidad atributo permanente del agente vital» no existe por sí misma, «sólo con el cuerpo se desarrolla. Cuando el agente vital no está unido al cuerpo se encuentra en estado latente». (2) ¿Cómo se compagina todo esto con los atributos de la naturaleza divina?

¡Sin duda esperará a la tercera reencarnación (3), o a la cuarta, cuando ya la experiencia le haya enseñado algo más, y su espíritu más purificado haya recibido mayor número de verdades, para sacarnos del estado de intranquilidad en que nos dejó esta vez! Por ahora, las doctrinas (4) que en sus libros ha dejado diseminadas, entre un teísmo nebuloso, ostentan un matiz panteísta muy acentuado, neoplatónico unas veces y hegeliano otras, con ribetes del Monopsiquismo de la filosofía arábigo-hispana.

La nebulosidad de Rivail se encargó de disiparla su émulo en la propaganda de la ciencia oculta, Jakson Davis. Merced a la educación que recibiera y al ambiente en que vivió, una y otro muy diferentes de los en que se deslizaron los primeros años del discípulo de Pestalozzi, Jakson expuso su pensamiento sin fluctuación. Para él las doctrinas del cristianismo, y en especial las del catolicismo, no son conciliables con las del espiritismo; rechaza de plano los dogmas de aquel y se abraza con la teoría

1 L. C. n.º 63-64.

2 L. C. 65-67.

3 Como más adelante diremos, se asegura que ha vuelto a reencarnarse por tercera vez, empero nada nuevo nos ha enseñado.

4 Decimos doctrinas, si merecen este nombre, pues, lejos de obedecer a un plan preconcebido su desarrollo, son conceptos tomados de distintas escuelas, y dejados caer como al azar en una u otra parte de sus escritos, con tal que parezcan aptos para llenar el único fin que se proponía; la difusión del espiritismo.

panteísta. El concibe y admite la existencia de Dios, pero de un Dios cuya esencia ni es simple, ni se circunscribe al orden espiritual, ni es infinita, ni su perfección, excelsa sobre cuanto la pupila de nuestros ojos alcanza a percibir, no es subsistente, no es un Dios personal; el dios de Jakson es el dios de Amalrico, el dios hilozoísta, el dios de Espinoza y mejor aún el de Parménides, el de los brahmanes, el de Escoto Erígena. Para Davis la substancialidad de Dios es integrada y compuesta de la universalidad de las cosas; todo forma parte de la esencia divina; en realidad la única divinidad es el Universo, las distintas manifestaciones de los seres que lo componen, son simples modificaciones de la única divinidad que se presenta a sí misma bajo distintos aspectos; con vida latente en los seres al parecer inanimados y con vida más o menos perfecta en los animados, la diferencia no es específica, sino de grados. (1) La existencia del sér monístico, junto con la evolución darvinista, es el dogma fundamental de la doctrina de Jakson Davis. Nada de Dios personal. Y como la persona es el sujeto de libres operaciones y la naturaleza lo es de necesarias; no siendo la divinidad más que naturaleza, obrará y obrará siempre, sin descansar un solo instante desde la eternidad, y obrará con toda intensidad, sin tener en reserva energía alguna; lo que en otras palabras quiere decir: que Dios desde la eternidad se está reproduciendo a sí mismo. Vemos que en el exterior nada hay estable, y el exterior es obra de la divinidad y es por ende la divinidad misma.

Esta doctrina de Jakson Davis, más o menos larvada es la que ha prevalecido en el campo espiritista. El nombre de Dios *justo y todo bondad*, se repite en sus escritos hasta producir bascas a las inteligencias más serenas. Bien se deja ver que esa divinidad, con sus atributos les sirve de piedra angular para levantar el edificio de la religión y moral pragmatistas; pero fuera de ese radio, en vano buscaremos al Dios que reclama nuestra conciencia.

Unos, como Gabriel Delanne, le admiten en principio; mas en la realidad le niegan desde el momento que en su léxico no dan cabida a la palabra *inmaterialidad* tomada en su estricta acepción. Para ellos la perfecta inmaterialidad es sinónimo de no existencia, de la nada, y la nada, como con gran énfasis dice

1 Cfr. Willems, L. C. T. II, Thes. XLI, SchoI, § 2

Allán, «es la nada; y la nada no existe» (1). La naturaleza divina habrá, pues, de reducirse a la materialidad, no tan grosera como la que nuestras manos palpan y la que puede ser dominada por el microscopio y análisis espectral, pero al fin y al cabo, será materia. (2) Y ¿qué será un Dios cuya naturaleza está formada de materia, siquiera sea *en su quinta esencia*? ¿Cómo podría estar dotado de los atributos de eternidad, inmutabilidad, infinitud y los demás que se necesitan para concebir la existencia del verdadero Dios?

Otros, como el autor de *«En la frontera del otro mundo»*, después de muy compungidos rogarle a Dios para que dé copiosos frutos a sus propagandas, y hacerse defensores de la «doctrina profundamente espiritualista», afirman, como si se tratara de verdad demostrada: «Esta doctrina coincide con el ateísmo en negar la existencia de un Dios personal, de tipo humano, que creó al mundo de la nada. Existen, alternando, periodos de actividad, y de reposo. Al principiar el periodo de actividad emanan de la divinidad los universos manifestados y regidos por leyes inmutables, en ellos se desenvuelve la vida; innumerables almas empiezan su evolución. En el comienzo del reposo todas las cosas objetivas vuelven al seno de la substancia única.» ¿Se quiere más claridad en el lenguaje espiritista? Una sustancia única; divinidad, que es indeterminada, impersonal, y que al mismo tiempo, en el eterno flujo y reflujo está lanzando valiosas perlas a las playas arenosas y absorbiéndolas nuevamente en su seno para repetir constantemente la misma operación. ¿Qué divinidad es ésta? Ciertamente no es la infinita, inmutable, acto purísimo que excluye toda imperfección.

Utópico es el fundamento sobre el que la escuela germánica levanta el panteístico palacio que de albergue sirve a la divinidad por ella creada; pero a fe, que no va en zaga el inventado o renovado por estos buenos señores de la *nueva ciencia*; ellos mismos dicen que lleva el marchamo budista e indista. Si contradicciones inextricables presentan las *indeterminaciones* hegelianas determinándose a sí mismas; ¿qué diremos de la divinidad

1 L. C. n.º 25.

2 L. C. 4ª part. c. 1. Esta doctrina más que de los discípulos, es del maestro, el cual escribió: «La inmaterialidad absoluta es lo mismo que la nada. L. de los Esp. citado por Santiago Ojea y Márquez. El reinado de Jesucristo p. 256.

impersonal descentrándose al salir de una *Pralaya*, y replegándose nuevamente al terminar la *Manvantara*? Nada tiene de extraño que el Sr. Ildefonso Rodríguez, después de leer el folleto de los socios del Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos, diga, que el Dios del espiritismo, según definición propia, es el *Nirvana*, el silencio eterno, la paz de Dios, la única substancia, (1) y podía haber añadido; la destrucción de toda substancia infinita y finita. De aquella, porque siendo infinita como la suponemos, es evidente, diremos con el insigne Balmes, que no se pueden «afirmar de ella las finitivas realidades individuales sin caer en contradicción», o lo que es lo mismo, sin destruirla; pues, decir: «el ser infinito es un ser esencialmente corpóreo, equivale a esta otra:» «el ser *infinito* es un ser esencialmente finito». (2) Sería la destrucción de la substancia finita por idéntica razón sólo que invertida. Sería la anhilación de aquella, porque siendo la primera entidad, si carece de subsistencia, ¿de quién la recibiría? Sería igualmente la anihilación de la segunda, porque mal puede concebirse la emanación sino existe la fuente de donde emane, y además, porque en el sistema que nos ocupa la substancia finita no tiene razón de ser. Todas las cosas objetivas, se dice, vuelven al seno de la substancia única de la cual emanaron; son partes numéricamente distintas, pero específicamente iguales. Lo infinito convertido en finito y lo finito en infinito; a esto se reduce la teoría de la substancia única, que expresado de otra manera quiere decir: a la afirmación de la negación absoluta. Y esto ¿no es la tesis del monismo descarnado?

Si aún queda duda acerca de la verdadera doctrina espiritista, recuérdese lo que dijimos en el capítulo anterior, que «la base indestructible de la ciencia espírita, según un corifeo de los secuaces de Rosendo, está en la teosofía», a ella, dice, debemos recurrir seguros de triunfar».

Ahora bien; ¿cuál es el Dios de los teósofos?, ¿qué nos dicen éstos sobre la naturaleza de la divinidad? Su Dios, ¿es un Dios simple o compuesto, finito o infinito, personal o impersonal? «Rechazamos, contestan, la noción de un Dios personal y extracósmico... Nuestra divinidad es lo eterno en absoluta evo-

1 L. C. T. II, c. XLII.

2 L. C. lib. VIII, c. XVII.

lución... El principio Divino Universal en que creemos no existe puesto que se define el No-Ser». (1) «Nuestra teología es panteísta, dice Mrs. Besant, puesto que todo es Dios y Dios es todo». (2) En otro lugar nos dice: «Todos los universos, todos los mundos, todos los hombres, todos los animales, todos los vegetales, todos los minerales, todas las moléculas y átomos, todo lo que es, está sumergido en un gran Océano de Vida, Vida Eterna, Vida Infinita, Vida incapaz de incremento o disminución. Este gran Océano de Vida se llama Jiva; el universo es solamente Jiva manifestado, Jiva hecho objetivo, Jiva diferenciado.» (3) Y esta es la divinidad del moderno espiritismo; lo impersonal, lo imperfecto, lo abstracto, la pura potencialidad; lo No-Existente, la nada absoluta.

Se creará que la doctrina expuesta es propiedad exclusiva de algunos cerebros espiritistas, desequilibrados por el frecuente trato con los *espíritus chocarreros*, pero que nada tienen de verdaderos espiritistas (4); o a lo sumo, que será opinión de unos pocos, y no discípulos de Kardec. Mas la realidad, no es así. Aparte de que los espíritus que dan las respuestas han de ser unos mismos específicamente considerados, y no puede haber entre ellos doctrinas diametralmente opuestas aunque otra cosa diga Allan. Poco tiempo ha, semanas antes que esto se escribiera, por razón del ministerio hemos tenido oportunidad de tratar con un férvido discípulo de Allan-Kardec, persona de las más caracterizadas entre ellos, destinada, cuando el Ilmo. Sr. Fr. Valentín Zubizarreta escribió su *Instrucción sobre el Espiritismo*, para refutar las doctrinas dogmáticas que en él se exponían. En las diferentes conferencias que con él tuvimos, no sólo manifestó el concepto erróneo que tenía de la naturaleza divina, sino que

1 Key to Theo, de H. P. Blavi, p. 61-66. apud. Diar. Mar. mayo 1922.

2 Ana Wood, n. 1847, Conferen. en Londres, 1-7-1904.

3 Manual Teóso. Princi, III, p. 20

4 Cuando el triste suceso del «Valbanera», en 1919, unos cuantos discípulos de Rosendo, de los Centros habaneros, anunciaron el paradero del barco, y tan seguros estaban de encontrarle dando un mentís solemne a todo el mundo y acedia, do altamente sus doctrinas, que se comprometieron a marchar en su busca. Iria uno de sus Mediums, con un pliego cerrado, y el capitán del remolcador habría de seguir ciegamente las instrucciones de éste. Alguien les brindó barco; pero faltó piloto y dinero, pues nadie quiso exponer su persona y su capital... la expedición no se llevó a cabo... El fracaso fué ruidoso, y entonces de diversos centros espiritistas llovieron protestas a granel, sincerándose y aseverando que aquellos aventureros nada tenían de espiritistas.

hasta llegó a poner en duda la existencia de Dios. Y es de advertir que en todas sus palabras se reflejaba la doctrina del maestro; no ya con relación a la cuestión que ventilamos, sino también con relación a otras, como las del concepto evolutivo de la vida y de la inteligencia, tanto que no habiendo aún leído, por aquel entonces, las obras de Allan-Kardec, le teníamos por un perfecto darvinista.

Para terminar este capítulo, ya un tanto prolijo, veamos qué sienten sobre el particular el autor y el epílogoista del *Santa Teresa Medium*, si su opinión se conforma al dogma católico, o sigue el derrotero de sus camaradas mediúmnicos.

Por lo que se refiere al Sr. Coris, muy en armonía con su oficio, que no es el de colocar cimientos y levantar palacios doctrinales, sino de pintar acuarelas y decoraciones al óleo, se da por satisfecho con trazar unas cuantas líneas perfiladas, sin penetrar en el fondo. Habla del «Dios bueno, misericordioso, afable, justo y grande en todas y cualquiera de sus manifestaciones», al estilo del maestro, y de una *entidad* llamada *destino*, sin decirnos cuya será la naturaleza de esa divinidad Destino; si libre o estrechada en las mallas de la necesidad y privada de subsistencia.

No así el Sr. Monterde, presbítero, el cual como *versado en las ciencias divinas*, se las echa de consumado teólogo; éste penetra en el fondo de la cuestión y da pruebas de un buen pan-teísta. Veámoslo.

En la pág. 122 escribe: «El Supremo poder absolutamente nada ha dejado de exponer en el todo ni en la parte de su infinita esencia, de ser una *cantidad* y *calidad* esencial y específicamente igual que *le facultó ser* para la Vida y que ésta no es más que la acción de la fuerza psíquica *evolutiva en sus infinitas adaptaciones*. Y *no ha podido ser*, ni es más ni menos: más, porque es el todo, y menos, porque implicaba la existencia de otro poder en su acción creadora». Y en la 128 añade: «La vida, que únicamente es en su síntesis y en toda su real efectividad la acción de *la fuerza psíquica evolutiva en sus infinitas adaptaciones, producto emanado de un Sér único Supremo Omnipotente*, limitase, con respecto a todo lo creado, por sus relatividades (círculos concéntricos infinitos en que se desarrolla), en lo que se refiere a nuestra limitación (cognoscibilidad biológica de sensibilidad y percepción), sujeta en la síntesis a una ley eterna e

invariable, impuesta en virtud de ese Omnipotente, sabio e infinito poder de Aquel. Nada extraño es, pues, y por el contrario sumamente lógico, que en esas mismas evoluciones infinitas de la fuerza *psíquica evolutiva*, en tan complejísimas adaptaciones, como acontece en innumerables fenómenos (nuestra vista tan obtusa) fueran los de Santa Teresa, en sus excepcionales sensaciones, producto de sus extraordinarias percepciones.

¿Acaso todavía existe en el mundo intelectual quien pueda negar que todo lo que denominamos actos humanos, producto de la continuidad del proceso de la mencionada fuerza en los seres y cosas que entendemos que todo es ser porque no hay inercia absoluta, todo es vida? Ahí están esa multitud [de instrumentos físicos, aparatos y reactivos químicos que nos han servido y sirven al mundo para comprobar que está sujeto a las leyes de la fuerza en su constante acción].

De las precedentes líneas del Sr. Tomás Bazán, que a ser juzgadas por nuestro insigne filósofo de Vich, diría lo que de las de Hegel: «desearía que se me explicase qué necesidad hay de tantos rodeos para llegar a decirnos que en el mundo no hay más que un ser o una sustancia, que esta sufre diferentes modificaciones, y que todo cuanto existe no es más que uno de los accidentes del conjunto universal que sin cesar se transforma», (1) resulta que la substancia del Sér Supremo, Dios, es una substancia compuesta; «nada ha dejado de exponer en la parte»; y que es compuesta de partes cuantitativas, «nada ha dejado de ser en una cantidad»; que es una substancia potencial, no por el mero hecho de constar de partes, sino con relación a la existencia, pues, dice que «la cantidad y cualidad esencial y específicamente igual le facultó ser para la Vida». A quien se faculta, o cuando se faculta para algo, es signo evidente que aquel algo no lo poseía en la actualidad. Consiguientemente el Sér Supremo no poseía o tenía la Vida para la que se le *facultaba*. Que esa Vida «que no es más que la acción de la fuerza psíquica evolutiva en sus infinitas adaptaciones», o lo que da lo mismo, en eterna evolución, es, en cuanto a las cosas exteriores, una emanación divina», producto emanado de un Sér único Supremo Omnipotente»; que la Vida fuerza psíquica o producto emanado de Dios, y

1 Cart. a un escep. c. IX.

por ende Dios mismo, es la que constituye los actos del hombre; «¿existe en el mundo intelectual quien pueda negar que todo lo que denominamos actos humanos, *producto de la mencionada fuerza en los seres*»; que esa fuerza o Vida de Dios es la que constituye intrínsecamente los seres y es la vida formal de todos, «producto de la continuidad del proceso de la mencionada fuerza en los seres y cosas que entendemos que todo es ser porque no hay inercia absoluta, todo es vida?»... y sirven, los instrumentos físicos y químicos, al mundo para comprobar que todo está sujeto a las leyes de la fuerza en su constante acción».

¿No es ésto panteísmo puro, estilo indiano, eleático, amalricano y espinocístico, aunque no se tenga la valentía de confesarlo? Si no existe más que una Vida con infinitas adaptaciones, pero idéntica y específicamente igual en todos los seres; en el Supremo del que emana y en los inferiores emanados, ¿qué diferencia esencial puede haber entre ellos?; máxime que el señor Monterde dice que «esa vida acción de la fuerza psíquica, con respecto a todo lo creado (o emanado) se desarrolla en círculos concéntricos infinitos». ¿Qué son esos círculos concéntricos? En la hipótesis de que no repugnara intrínsecamente su existencia, ¿se conciben fuera de la naturaleza y esencia divina? Si esa vida es evolutiva en infinito, pues puede tener infinitas adaptaciones, ¿será aplicable a una simple criatura y no exclusivamente a la substancia divina? Más aún, ni siquiera puede ser aplicable al Ser Supremo, y por eso no tememos afirmar que el Sr. Monterde además de profesar un crudo panteísmo, es ateísta; niega de hecho, como ha de negar todo panteísta, la existencia de Dios.

¿Nos querrá decir D. Tomás qué clase de divinidad es la que consta de esencia compuesta, pues tiene partes, y al mismo tiempo infinita?, ¿compuesta, y al mismo tiempo acto purísimo, que excluye toda potencialidad en el verdadero Dios?, ¿esencia infinita, y juntamente cuantitativa?, ¿infinita, y sujeta a perpetuas evoluciones?, ¿infinita, y emanándose a sí misma en el tiempo?, ¿infinita, y facultándosele sér para la Vida?, ¿infinita, y estar en eterna potencialidad? ¿No es esto contradictorio?, ¿no pugna en los términos?, ¿no es afirmar lo finito de lo infinito y viceversa, y en consecuencia destruirlos ambos?, ¿dar carta blanca al escepticismo absoluto y erigir en monumento la absoluta nada?

Por si alguien conservara aún la más leve duda acerca del

panteísmo de los espiritistas copiamos a continuación algo de lo que modernamente se ha escrito sobre esta materia.

Dice el Sr. Quintín López: «Dios es para el espiritismo la *primera realidad absoluta* que existe... Dice de El que es *infinito absoluto en todo orden de extensión y potencia*.» Es decir, infinito en el orden material y en el espiritual, en el de actualidad y en el de potencialidad. «Lo *infinito absoluto*, añade, debe abarcar por igual el orden de la materia que el de la inteligencia; y debe ser solo, único, eterno de toda la eternidad en este mismo modo de ser, sin la más leve interrupción de serie ni modo. No de otro modo concibe a Dios el Espiristismo. Si, como quieren algunas escuelas teístas, sólo al Todo se le puede denominar con propiedad infinito, y si éste es idéntico a sí mismo en esencia y propiedades, no cabe ninguna otra manifestación que las infinitas de su propio ser; no caben las series, y la creación desaparece, como finita que es, porque no puede formar parte por su naturaleza del infinito absoluto, de ese Dios idéntico a sí mismo en esencia y propiedades. En cambio admitamos por un momento la *dualidad en la substancia divina*; supongamos un Dios en quien concurren dos elementos el uno absolutamente perfecto el otro absolutamente perfectible, y veremos la posibilidad de realidades parciales en la realidad perfectible de lo absoluto, veremos la manifestación en el Dios perfecto de la criatura perfectible.» (1)

La doctrina expuesta no puede ser más palmaria. Verdad es que este buen señor quiere despojarse del panteísmo, para refugiarse en el panenteísmo, mas nada consigue con esto; porque en realidad de verdad, uno y otro si algo significan, vienen a identificarse.

El antes citado Mateo Lujambio escribe: «Toda persona que se halle, aunque medianamente, iniciada en la ciencia cosmogónica deberá convenir en que existe un fluido sutil o substancia increada denominada ÉTER CÓSMICO, en la que estuvieron siempre contenidas las fuerzas universales. Este ÉTER CÓSMICO penetra y envuelve todos los cuerpos como un inmenso océano en el cual reside el principio vital que da la vida a todos los seres, siendo esa susceptible de sufrir lenta y paulatinamente diversas modificaciones, y transformaciones que la van haciendo

1 *El Catoli. Romano y el Espir.* 2.ª part. c. II.

apta para que se manifieste en forma de inteligencia muy rudimentaria entre los más embrionarios seres mediante órganos adecuados que irán desarrollando en ellos y ensanchando sus poderes en razón siempre directa del progreso y perfección que a través de los siglos y de múltiples transformaciones vayan teniendo lugar en ellos.

«El mundo visible es una manifestación originada y sostenida por la acción constante y directa de ese elemento CÓSMICO, sin cuya acción toda forma o manifestación de vida e inteligencia hubieran permanecido eternamente en estado latente. Esa permanente acción del elemento CÓSMICO que actúa en todo y lo llena todo en el cual existían la vida y la inteligencia en estado de potencialidad latente, y se manifestaba y sigue manifestando en forma de movimiento vibratorio, antes que a efecto de una de tantas modificaciones que le son inherentes tendiera a objetarse bajo la forma de una nebulosa para constituirse en individualidades, *es a lo que se ha designado con el nombre de Dios*». (1)

«Esa Humanidad, dice en otra parte, exenta de dogmatismos y de aceptar falsos dioses, no concebirá otra idea, *acerca de lo que se designa con el nombre de Dios, que la de que es la Unidad absoluta, Vida universal y eterna, de donde parten todos los todos menores, y el gran todo o conjunto de todas las partes*.

«Es la Unidad absoluta manifestada en la multiplicidad, y representada en la Universalidad de los seres y de todo cuanto existe. Bajo este principio, se advierte esbozada la más genuina expresión de solidaridad, del Todo con la parte, al igual que de la parte con el Todo; sin que quede excluido de estar comprendido, dentro de ese gran concierto Universal, ni el más insignificante átomo.» (2)

Después de estos conceptos, sobre la esencia deífica, que comprenden todos los matices de panteísmo material, panenteísmo y monismo el más radical, nada tiene de extraño que el mismo espiritista agregue: «Dicen que Dios es infinitamente sabio, que Dios es infinitamente misericordioso, dicen, y jamás se ha detenido a reflexionar que el hecho de que la substancia Cósmica que denominan Dios llene o comprenda el infinito y la eternidad no quiere decir que posea los atributos que gratuitamente le son

1 L. C. p. 74-75.

2 L. C. p. 91.

concedidos, puesto que estos atributos no existen en otro estado que el de potencialidad latente, y es sólo en los seres o individualidades que parten de esa substancia generadora y causal de todo lo existente en los que se irán desarrollando en el transcurso de miriadas de siglos.» (1)

Fácil es comprender cómo haciendo consistir la esencia divina en el imperceptible e imponderable *éter cósmico*, se niega la personalidad y la real existencia de Dios, según vimos en el capítulo anterior.

Después de lo expuesto, parangónense las doctrinas espíritas con las de la Iglesia católica y dígasenos si guardan semejanza alguna entre sí, o si más bien la *nueva ciencia* no es burda reproducción de vetustos errores, presentados algunos de ellos, en los modernos tiempos, bajo distintos matices.

Esta consecuencia más claramente se irá evidenciando en capítulos posteriores.

CAPITULO IV

LA TRINIDAD

NUEVAS INVESTIGACIONES.—EL ESPIRITISMO Y LAS SECTAS MASÓNICAS.—SIGUIENDO LAS HUELLAS DE LA IGLESIA.—EL CONOCIMIENTO ANALÓGICO.

Expuesta brevemente y estudiada con la rapidez que el género de la obra exige, la cuestión de la naturaleza divina, no hemos de parar aquí nuestra marcha, ni nuestras investigaciones han de hacer alto, como si todo estuviera descubierto, y la idea que de Dios nos formamos fuera completa.

El espiritismo monístico apenas si hace una afirmación más acerca de la esencia divina; se preocupa muy poco de las contradicciones en que pueda incurrir, confirmando, con este proceder, el sentir de los que afirman y dan por cierto «las relaciones existentes entre las logias masónica y las sectas que se dedican al espiritismo, a la brujería, a la magia y demás artes diabólicas con que el espíritu de las tinieblas ha extraviado a tantas almas», (1) y la afinidad que guardan con todas las doctrinas deístas y aun ateístas. Allan-K. algo habla de la materia que se

1 La Lectura Domin. 25-3 1916. En el periódico espiritista, *Ipooy*, hoy se dice: «Todo masón es espiritista y todo espiritista consciente de lo que es el espiritismo es masón, puesto que los fines nos conducen a lo mismo. (11-7-1923).

El Congreso Antimasónico Internacional, celebrado últimamente en Trieste, afirmó esta conclusión; «4º. Que el medio particular de que se sirve la masonería para perder las almas afanosas de lo *sobrenatural*, pero no suficientemente preparadas para el *maniqueísmo luciferiano*, es excitarlas a que se entreguen a las prácticas perversas del espiritismo. Cfr. Misterio, por el Ilmo. Sr. Dr. José María Caro. Obispo Titular de Milas y Vicario Apost. de Tarapacá, 1924, p. 164, y otros lugares de la misma obra.

va a tratar, pero en un sentido totalmente ajeno a la cuestión; no mucho más explícitos se muestran sus discípulos.

Nosotros, muy al contrario, siguiendo a la Iglesia católica, penetraremos más en el fondo de la cuestión. Sólo se han trazado las líneas generales. Por el conocimiento analógico de *causalidad, eliminación y supereminencia* llegamos a afirmar no solamente la existencia de Dios, sino la naturaleza de su esencia.

Este mismo conocimiento analógico es el que nos lleva a hacer nuevas afirmaciones al estudiar la naturaleza divina. Afirmaciones totalmente insólitas para los racionalistas y los que con ellos comulgan como nuestros buenos espiritistas, pero absolutamente ciertas según se demostrará.

ARTICULO PRIMERO

EL MISTERIO DE LA TRINIDAD ES ALGO ESENCIAL A LA NATURALEZA DIVINA

MR. COUSÍN.—SERES SOLITARIOS EN PERPETUO SILENCIO.—SERES ACTIVOS Y FECUNDOS.—¿DIOS NO HA DE TENER LO QUE ESTOS?—LEYES PSÍQUICAS.—APLICACIONES A LA SUBSTANCIA INFINITA.—NO PUEDE HABER DOS INFINITOS.—LAS DOS SUBSISTENCIAS.—UNA TERCERA SUBSISTENCIA.—DOCTRINA DE LULIO.—RACIOCINIO DE A. NICOLÁS.—APODICTA ARGUMENTACIÓN DE MELLA.—DEMOSTRACIÓN INDIRECTA DE LA TRINIDAD.—CABO SUELTO.—NUESTRO PARECER.—O TRINIDAD O ATEÍSMO.—LOS SÍMBOLOS Y LA DIDACHÉ.—EL PRIMER CONCILIO TOLEDANO.—EL BRACARENSE.—SUBLIMIDAD DEL AUGUSTO MISTERIO.—NO PUEDE VENIR SINO DEL CIELO.—LA TRINIDAD EN LA HISTORIA.

Mr. Cousín ha dejado escrito: «O Dios es inferior al hombre, o posee al menos cuanto hay de permanente y de substancial en el hombre *con la infinidad además*» (1) Este pensamiento se podía ampliar haciéndolo referir a otras criaturas y en parte a lo que de accidental existe en el hombre.

En la naturaleza física vemos que hay seres que disfrutan de la existencia sin reflejar ulterior perfeccion, aislados por la ley

1 *Pensamientos de Pascal. Memoria presentada a la Academia francesa por Mr. Cousín, prolo. p. 44.*

de la inercia (1) viven cual si fueran solitarios de las regiones de la muerte; lo que en el primer instante recibieron eso conservan constantemente, sin acrecentarlo ni disminuirlo, a no ser cuando algún agente exterior altera la monótona existencia; tampoco transmiten su naturaleza reproduciéndose a sí mismos. Carecen de vitalidad.

Hay otros, empero, que a la perfección de la existencia substancial añaden otra, la de la actividad y fecundidad; se reproducen y multiplican a través de los tiempos. Esta actividad y fecundidad la vemos en la verdeante hierba, en la matizada flor, en la admirable y misteriosa urdimbre que presenta la vida sensitiva; la vemos en el prodigioso desarrollo de la vida del hombre, en las obras del arte, de la ciencia, del genio, de la elocuencia elevada en sus principales representantes Fidias, Praxiteles, Murillo, Miguel Angel; Platón, Aristóteles, S. Agustín, Sto. Tomás, Balmes, Menéndez y Pelayo; Alejandro Magno, César, Napoleón, Demóstenes, Cicerón, Donoso Cortés y otros múltiples personajes a tan excelso grado que apenas la fantasía puede darse cuenta de la realidad que ante ella desfila; la vemos en Dios, pero no reflejada directamente en su naturaleza, sino en la maravillosa obra de la creación, la cual por ninguna otra actividad y fecundidad puede haber sido producida que por la de la infinita y eterna sabiduría.

De esta actividad y fecundidad que vemos en las criaturas y en la naturaleza de Dios, en cuanto se relaciona con el orden exterior, el conocimiento analógico llega a predicarla, en virtud de legítima conclusión, de la naturaleza divina en cuanto se relaciona consigo misma, o en sus operaciones *ad intra*, pues de lo contrario; ¿cómo un ser inactivo, inerte, con absoluta y eterna

1 Sabemos que hay muchos físicos para quienes la palabra inercia es un contrasentido y una utopía. Nada está inerte en la naturaleza, dicen; afirmación que equivale a la siguiente: Todo es vida en la naturaleza. Cfr. *La matière vivante et la Vie*, de A. Jacquemin, p. 145 y sig., apud Rodríguez, L. C., T. I. p. 137 y sig. Pero el contrasentido y la utopía es el postulado que ellos establecen, en pugna con la experiencia y con la razón y contra todas las leyes de la misma física. Cfr. Degenhardt, *Los cuatro Arcanos del Mundo*, c. V. Otros la rechazan por razón muy diversa «Llamar materia inerte a la que no se mueve porque se halla en equilibrio estable, es hacer frases sin sentido y desconocer lo más elemental de la física. Materia inerte o sin fuerza será siempre una frase absurda. Ildéf. Rodri. L. C. p. 112. No es este, empero, el sentido en que la tomamos, sino en el de que carecen de motor intrínseco y todo el impulso lo reciben del exterior agente.

inercia, infecundo, pudo ser causa de fecundidad y actividad tanta?

Dios, pues, goza de estas propiedades. Y como ya dejamos sentado en las páginas anteriores que la naturaleza de la divinidad no consta de partes, aunque sean accidentales, sino que es simplicísima, Dios no sólo posee la actividad, sino que es la misma actividad sustantiva.

De aquí, el conocimiento analógico llega a otra conclusión. Descartadas la actividad y fecundidad materiales, que en Dios no pueden concebirse, como esencia purísima que es, resta solamente la espiritual. La analogía de nuestro espíritu da también aquí la clave para penetrar en el de Dios, cuya imagen es; a la manera que proceda el nuestro procederá también el divino, salva la diferencia que existe de naturaleza. Las leyes substanciales que rigen a las potencias psíquicas en sus operaciones son aplicables a todas las entidades espirituales, finitas e infinitas.

Hay en el hombre una inteligencia y una voluntad con la substancia espiritual de la que son propiedades; inteligencia, voluntad y substancia espiritual ha de haber en la naturaleza divina, sólo que en la divina son la misma substancia. En el hombre, el alma desarrolla su actividad mediante las facultades; piensa el entendimiento y ama la voluntad; una y otro ejercen sus funciones sobre objeto determinado y propio, el cual, en cuanto objeto, es por una parte distinto realmente de la potencia operativa, y por otra, como la substancia y facultades finitas no crean sino que suponen el objeto, con él dicen especiales relaciones. Si el acto de la inteligencia fuera viviente y vida tuviera el de la voluntad, observaríamos que radicando en el alma, eran distintos de ella, y que una la relación mutua entre la inteligencia y su esencia, la relación de la voluntad, o sea, el acto del amor duplicaba las relaciones, con la substancia y con la facultad intelectual, cuyo acto supone la potencia afectiva, pues no se puede amar sino lo que antes se ha conocido, y sino es cooperando la inteligencia.

Aplicando estas analogías a la substancia infinita y simplicísima, tendremos que la substancia divina activa con actividad intelectual (1) estará siempre, pensando o entendiendo; y como el

1 Tan esencial es a la Divinidad la inteligencia vital que los Salmaticenses y algunos teólogos de nota, afirman que el constitutivo metafísico de la esencia divina consiste en la intelección elevada al último grado de actualidad y subsistencia. Cfr. Salma. Tract. 3 disp. 4, n.º 43.

que piensa, en algo piensa, con algo se relaciona, el término de la relación, el objeto pensado, en cuanto pensado, será distinto realmente, del sujeto pensante; por otra parte será a él idéntico. La substancia divina como infinita, no supone, forma su objeto, le engendra; es ella misma como intelecta; como infinita, excluye la existencia de otro infinito, único que podría ser término de su operación, si de ella propia no brotara, y además no fuera contradictorio; como infinita, contiene en sí toda perfección. Luego podremos afirmar la realidad de dos subsistencias relativas, y quien dice subsistencia dice persona, de dos personas distintas entre sí; la que engendra o piensa y la engendada o pensada, bajo una misma e idéntica substancia. Al acto de la inteligencia necesariamente sigue, no con posterioridad de tiempo ni de naturaleza, que repugnan a la Divinidad, sino de orden, el acto de la voluntad que se verifica de idéntica manera, con la diferencia de que éste es producido por las dos personas por la substancia en cuanto sujeto pensante y en cuanto objeto pensado, y resultará una tercera subsistencia, personalidad distinta de las otras dos, a las que dice relación de procedencia; y al mismo tiempo idéntica a ellas, en lo que dice de substancialidad absoluta. Y henos aquí ya en presencia de la trinidad de personas y unidad de esencia, sin que pueda admitirse ni una más ni una menos. No más; porque la substancia infinita y que obra por naturaleza agota en un solo acto toda su potencialidad entendiéndose y amándose a sí misma desde toda la eternidad; no menos; porque Dios ni puede carecer de inteligencia ni de voluntad.

Esta analogía de la que venimos hablando, es la que hizo decir al gran Lulio: «Si la bondad finita es razón para producir naturalmente y de sí el bien finito, la bondad infinita será razón que produzca de sí naturalmente el bien infinito: Dios es infinita bondad: luego producirá el bien infinito, igual a El en bondad, esencia y naturaleza. Entre lo que produce y lo producido debe haber *distinción* de supuestos, porque nada se produce a sí mismo (en cuanto producido). A estos supuestos llamamos personas... El acto puro, eterno e infinito obra eterna e infinitamente lo eterno y lo infinito: sólo Dios es acto puro: luego obra eternamente lo eterno e infinito... El acto es más noble que la potencia y la privación, y Dios es acto puro y ente nobilísimo: luego obra eternamente lo perfecto y absoluto... A la persona que produce la llamamos *Padre*, a la producida *Hijo*... Resta probar

la tercera persona, es decir, el *Espiritu Santo*. Así como es natural en el Padre engendrar, así es natural en el Hijo amar al Padre... Todo amor verdadero, actual y perfecto, requiere de necesidad, *amante, amado y amar*... Imposible es que el amor sea un *accidente* en la esencia divina, porque es simplicísima: luego el amor de Padre e Hijo es *persona*. Tan actual y fecundo es en Dios el amar como el engendrar.» (1)

La misma analogía es la que movía la pluma de A. Nicolás cuando decía: «Todo lo que la razón puede imaginar del carácter de Dios consiste en representárselo como espíritu soberano, esencialmente dotado de pensamiento y de amor en el grado más infinito... No basta reconocer en Dios ésta propiedad, este fondo esencial de su naturaleza esencial; es menester además admitirla en constante actividad, y por consiguiente dotada de un objeto sobre que pensar y de un movimiento de amor, en los cuales se ejerza con toda su plenitud; de otra manera sería forjarse una concepción de la Divinidad para verla desvanecerse en seguida; sería negarle luego lo que antes le habíamos concedido. Es además preciso que ese objeto sobre que pensar y ese movimiento de amor, en quienes ejerce Dios su naturaleza pensadora y amante, sean correspondientes y adecuados a la infinitud de esta naturaleza; porque no puede concebirse el Sér eterno e infinito, ni un solo instante, ni sobre ningún punto, desprovisto de actividad de pensar y de amar; pues siendo todo inteligencia y amor, equivaldría a decir que no es eterno e infinito. Dios ha debido pensar siempre, Dios ha debido de amar siempre; por consiguiente, lo que en El es pensamiento y amor, debe serle coeterno, coexistente y coinfito... Fácil es ver ahora que su concordancia no es otra cosa que el misterio católico de la Trinidad; y que supone necesariamente en Dios unidad de naturaleza entre él, su pensamiento y su amor, en esta unidad supone Trinidad.

«No puede haber más que un infinito; dos infinitos implican contradicción porque se *fnitan*, es decir, recíprocamente se destruyen. Si, pues, lo que es pensamiento y lo que es amor en Dios

1 *De articulis fidei*, apud M. y Pelayo. *Ensayos de crit. filosófica*, R. Lulio, y Heier. Español. T. III, l. 3, c. V, § 2.º. Como la doctrina luliana citada es totalmente exacta en cuanto a la substancia, aunque en los Artículos de la fe no se encuentra literalmente, no creemos necesario modificar lo de Men. y Pelayo, y damos por buena la cita.

deben ser infinitos, es necesariamente indispensable que sean de la misma naturaleza que Dios, consubstanciales a Dios, Dios mismo, supuesto que sólo Dios es infinito. Pero por otra parte es necesario que este pensamiento y este amor sean *distintos* en él de la facultad que tiene de pensar y de amar. Toda actividad supone una relación, y esta relación supone dos términos: el sujeto y el objeto. No concebimos el pensamiento sino como un *product*o de la inteligencia, y por consiguiente distinto de la inteligencia... Lo que decimos del pensamiento puede decirse también del amor, con la única diferencia que cuando este es recíproco, procede a la vez de dos seres a quienes reúne... Es preciso, pues, que lo que es pensamiento y lo que es amor en Dios sean idénticos a Dios mismo, en cuanto a la substancia, y sin embargo distintos en él de la misma facultad que tiene de pensar y de amar. He aquí, pues, el misterio de la Trinidad que nos descubre tres personas en un Dios: el *Padre* engendrando un pensamiento eterno, que es su *Hijo* y que lo ama y es amado por él con un amor que procede igualmente del uno y del otro y es el *Espíritu Santo*» (1).

Esta analogía es la que inspiró al más elocuente y sabio orador hispano de nuestros días la página sublime que a continuación copiamos: «Es claro que la razón humana... puede, por principios y analogías del orden natural armónico con el sobrenatural, demostrar a *posteriori e indirectamente* la existencia de sus términos, y tratándose de la existencia del primero de todos los misterios, del que se refiere a la vida íntima de Dios, le puede proclamar por la huella que ha dejado grabada en todas las cosas, y la semejanza estampada como una imagen borrosa, pero imagen al fin, en el espíritu del hombre... La actividad es proporcionada al ser, el ser es la medida de la actividad. Todo ser obra conforme a su naturaleza, su naturaleza es ejemplar y dechado de sus obras. Puede producir un efecto mínimo que sólo refleje como causa; pero puede producir algo semejante que le reproduzca como substancia. Esta relación entre la actividad y el agente en el ser infinito tiene que ser de identidad, porque es *acto puro* que excluye toda potencialidad. En los seres finitos es de igualdad proporcional. Si se niegan estos principios el mundo sería el caos, y la ciencia un imposible, porque como no conoce-

1 *Estudi. filosóficos*, T. II. c. XI.

mos intuitivamente la esencia de ninguna cosa, ni siquiera la esencia propia, sino las podemos conocer discursivamente por sus acciones, lo único que podríamos saber es que no sabíamos nada.

«Aplicando estos principios que tienen el carácter de axiomas, puesto que no pueden ser negados sin caer en contradicción, a la vida divina, he aquí las consecuencias. Si la actividad finita produce resultados y efectos finitos, la actividad infinita debe engendrar lo infinito, porque si no fuese así habría una *desproporción entre la actividad y el ser*, y por lo tanto una diferencia y un límite, y no sería infinita. Pero el ser infinito engendra su semejante fuera de sí, *ad extra*, o dentro de sí, *ad intra*; lo primero es imposible porque habría tránsito de la posibilidad a la existencia, lo producido empezaría en el tiempo, sería dependiente, limitado, finito, un efecto que reflejaría la causa, pero que por perfecto que fuese, no la reproduciría como causa adecuada. Luego tiene que engendrarle en sí mismo *ad intra*, no por su acción transitiva, sino inmanente, no sucesiva, sino eterna, porque en la esencia divina no hay tiempo.

«El resultado de esta acción no puede ser más que uno de estos tres términos: *accidentes o modos, substancias separadas, o substancias distintas*, pero consubstanciales con la naturaleza divina. Los dos primeros extremos implican la negación de Dios, que se confunde con lo finito sino es todo substancial. Una substancia modificada por accidentes y modalidades, o multiplicada en substancias separadas, es finita, y aunque se la suponga infinita tiene por resultado de su acción lo finito, y ya se niega la proporción entre la actividad y el ser, y, por tanto se limita. Luego el resultado de la acción tiene que ser real, subsistente, y consubstancial, o hay que admitir un infinito infecundo y limitado, es decir, contradictorio.

«¿Pero es posible la existencia en la esencia infinita de una o más subsistencias distintas, y a la vez consubstanciales y coeternas? Para examinarlo es preciso comparar nuestra psicología, las facultades superiores de nuestro espíritu, que es el efecto que mejor refleja en el mundo visible la causa primera, con lo que pudieramos llamar, con libertad excusable de lenguaje, *psicología divina*, porque siendo Dios espíritu puro, no puede haber en él más operaciones inmanentes que las de la inteligencia y voluntad, y el ser infinito tiene que poseer las dos.

«Tiene que poseer *inteligencia*, porque un ser que se ignora a sí mismo y a sus actos, que no es capaz de conocerse, está señalado con una limitación de inferioridad que le coloca en la última escala de los seres, en vez de ser el primero y la causa de todos y de todas las inteligencias. Y si tiene inteligencia tiene que tener *voluntad*, porque conocer y no querer lo que se conoce, es carecer de la perfección que poseería el que tuviera las dos cosas. El conocimiento divino no puede ser discursivo, ni proceder como el nuestro por inducciones y deducciones, lo que supondría la ignorancia y el límite, luego tiene que ser intuitivo por visión inmediata. Pero si no se conoce adecuadamente a sí mismo, el conocimiento sería inferior al objeto y, por consiguiente limitado, luego debe tener una ecuación perfecta y ser como él infinito. Si no pudiese querer lo que conoce, tendría una limitación en la voluntad que no estaría en su ser y en su inteligencia, y sería y no sería infinito. Luego es evidente que el objeto de su voluntad es como el de su inteligencia, infinito. Si se quisiese libremente a sí mismo podría no quererse, y entonces el ser infinito no sería el sumo bien, puesto que no llenaba por completo la voluntad. Luego se quiere necesariamente.

«Nosotros tenemos también entendimiento y voluntad, pero sujetos a la sucesión y al cambio... *Las perfecciones que son accidentales en nosotros, son substanciales en Dios*, en quien el entender y la substancia que entiende son una misma cosa. El entendimiento divino no obra por excitación exterior; como es actividad pura no pasa de lo potencial a lo actual, no tiene ideas múltiples de objetos diferentes de su esencia, porque todos los seres son como reflejos e imitaciones imperfectísimas de ella, y como existe en una substancia, que *toda es substancia*, y la conoce necesaria y adecuadamente, su idea, su *Verbo*, sería accidental, mudable, limitado, opuesto y contrario al ser infinito, sino fuese expresión substancial, adecuada y perfecta de la naturaleza divina, o para decirlo con la frase inspirada e insustituible de San Pablo, si no fuese: *Su imagen, el esplendor de su gloria y la figura de su substancia*.

«Y como todo ser produce su semejante, y cuando se trata de seres vivos la producción por semejanza de naturaleza, se llama *generación*, el Verbo, imagen perfecta de la naturaleza divina, es engendrado. Y como en la generación finita más perfecta, en la humana, entre el que engendra y el engendrado hay relacio-

nes variables que extingue la muerte, y separación substancial, y la semejanza por comunicación de naturaleza es sólo específica, tratándose del ser y de la generación infinita, so pena de negarle y reducirle a efecto creado como nosotros, las relaciones serán fijas y eternas, existirá identidad substancial, y como Dios no está comprendido en ninguna *especie*, la naturaleza comunicada no será específica, sino individual.

«Pero la operación inteligible de Dios no puede ser el término de la fecundidad infinita, porque a la acción inmanente de la inteligencia sigue lógicamente la de la voluntad por el amor. Y entre un poder infinito que engendra su Verbo adecuado comunicándole toda su perfección, y el Verbo sustancial que la posee, la semejanza de bondad y de belleza infinitas produce el amor del poder que engendra a la imagen viva engendrada, y de esta a su principio, porque el amor procede también del Verbo, pues sólo se ama en cuanto se conoce, y como las acciones inmanentes de Dios no pueden ser diversas ni accidentales, ese amor procederá por un acto del Poder y del Verbo, y será, como ellos, subsistente, y con ellos coeterno y coesencial...

«Pero si tres subsistencias que se conocen, *indistintas entre sí y distintas por el origen, son personas* y en un concepto de altísima elevación sobre el que formamos de la persona humana, no habrá más que llamar *Padre* al que engendra, *Hijo* al Verbo engendrado y *Espíritu Santo* al producido por las dos para que resulte deducida la fórmula del dogma: unidad de substancia y de esencia, trinidad de personas distintas por el origen; idénticas por naturaleza, iguales en atributos. Y como esas personas son originadas por dos *processus* que corresponden a dos acciones inmanentes, y por los términos de comparación son dos las relaciones opuestas de cada uno de esos *processus*, que llaman los teólogos *procesiones* divinas, *cuatro* serán las relaciones... Unidad de esencia, trinidad de personas, dualidad de procesiones inmanentes, duplicadas por los términos en las relaciones... Unidad en la pluralidad, pluralidad en la unidad. Tal es la conclusión sintética», (1)

¿Infiérese de todo lo expuesto que la humana inteligencia, valiéndose del conocimiento analógico, pueda demostrar o pro-

1 J. V. de Mella. *Examen del Nuevo Derecho a la ignorancia religioso*, Confca. 17-5-1915.

bar con certeza, la unidad de esencia y trinidad de personas en la naturaleza divina? Tal parece fué el sentir de Lulio, > pues si el hombre no pudiese probar su fé, los infieles, decía, se podrían quejar justamente de Dios, porque no permitía que la mayor verdad fuese probada, para que el entendimiento ayudase a amar la Trinidad.> (1) Pero para juzgar al Doctor iluminado, cuyo fin, después de su sincera conversión, no fué otro que dar a conocer a los infieles las verdades reveladas, se ha de tener muy presente lo que advierte el eminente polígrafo M. y Pelayo: que el error de Lulio es de método: él no intenta dar explicaciones racionales de los misterios; lo que hace es convertir en positiva la argumentación negativa.> (2) A. Nicolás después de emplear la argumentación que, en parte, hemos copiado, escribe:> Nos parece de tanto peso esta reflexión, lo decimos ingenuamente, que aun cuando jamás se hubiera recibido noción ninguna de la Santísima Trinidad, bastaría tener la verdadera noción de Dios para llegar de deducción en deducción, al descubrimiento de este misterio; tan cierto es que la idea de Dios lo contiene necesariamente.> (3) No tendríamos ningún inconveniente en subscribir la afirmación del sabio escritor, si no nos pareciera que deja un cabo suelto, que debía haber recogido; el de suponer que se pueda «tener la verdadera idea de Dios» en sus relaciones íntimas, sin que preceda la revelación, lo cual no lo prueba en ninguno de sus escritos. La filosofía pagana, empezando por la de los indios y continuando por la de los chinos, egipcios, persas y helenos para terminar por la de los romanos, se encarga de probar lo contrario. Si con esto no se aquieta la fantasía del solícito investigador puede continuar por la escala de los tiempos, desde Filón (4), seguir por los neoplatónicos hasta los sabios heterodoxos de los últimos tiempos; y el resultado en todos los casos será idéntico: que si la razón puede demostrar la existencia de Dios, no puede tener un conocimiento cierto del constitutivo íntimo de su naturaleza.

Al afirmar, pues, nosotros que el conocimiento analógico, además de enseñarnos la existencia de las perfecciones absolu-

1 Desconurt, apud. M. P. L. C.

2 L. C.

3 L. C.

4 Cfr. *De Monarquía*, lib. 1.

tas de la Divinidad, nos da noticias de las perfecciones *relativas*, lo hacemos en el sentido de los teólogos católicos, supuesto un principio, que sólo la revelación ha podido establecer; el del conocimiento *verdadero*, aunque extrínseco, de la íntima naturaleza divina. «Es claro, dice el doctísimo Mella, que la razón humana no puede descifrar el misterio; pero una vez revelado puede, por principios y analogías del orden natural armónico con el sobrenatural, demostrar *a posteriori* e indirectamente la existencia de sus términos. Sobre el fundamento de axiomas, añade, que la razón no puede negar sin suicidarse, y guiada por la revelación que le descubre horizontes que ella sola apenas tenía fuerzas para sospechar, podemos establecer la sólida argumentación. La razón, guiadas y multiplicadas así sus escasas luces, sigue este itinerario: de la existencia finita y relativa actual va al ser primero, que existe por sí con absoluta independencia y que es, por lo tanto, infinito: de la proporcionalidad entre la actividad y el agente a la fecundidad interior y adecuada de lo infinito en las operaciones inmanentes de su poder; de la contemplación de su imagen substancial perfecta engendrada a la producción subsistente del amor; de la comparación con los términos engendrado y producido, a sus relaciones». Y cuando aquí ha llegado, después de demostrar *ad absurdum*, que no se puede negar ninguno de los términos de la Trinidad sin negar la misma Divinidad, la razón saca «la consecuencia en esta disyuntiva inexorable: O se admite la Trinidad tal como la formula la Iglesia católica, o directa o indirectamente es preciso negar a Dios. O Trinidad o ateísmo. Luego es *evidente* que la Trinidad es esencial en la vida íntima de Dios cuando no se la puede negar ni alterar sin negar a Dios». (1)

Y ¿cuál es la doctrina revelada base del humano discurso? Dando de mano a los testimonios de la Escritura Santa, como el de S. Mateo: «Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. (2) y el de la epístola de S. Juan: «Tres son los que en el cielo dan testimonio, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa», (3) con otros similares, en los que claramente

1 L. C.

2 XXVIII, 19.

3 I, V. 7. Prescindimos del valor crítico del texto. El dogmático, sino escriturístico, siempre será tradicional, como advierte Hon. del Val. L. C. c. I, n.º 19.

se afirma la Trinidad de personas en la unidad de esencia, nos fijaremos brevemente en las enseñanzas de la Iglesia. Ninguna otra doctrina ha sido expuesta con tanta claridad, como que es el fundamento y la esencia del Credo católico; porque si Jesucristo, la segunda persona de la Trinidad, no es Dios, su obra no es divina; la economía providencial que todo lo armoniza en el orden presente se convierte en el caos, y la noción de Dios con su propia existencia desaparece de la facultad humana; todo se desequilibra.

Desde los primeros instantes de su existencia presentó diáfano el pensamiento. La *Didaché*, documento fidedigno que data del primer siglo de la era cristiana, dice: «Bautizad en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo... Derrama tres veces el agua en la cabeza en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». (1) En el Símbolo apostólico, el cual según confesión del mismo Harnack (2) ya se había divulgado a principios del segundo siglo, se afirma esta verdad: Creo en Dios, Padre omnipotente, y en su único Hijo y en el Espíritu Santo. La misma fórmula más explícita se repite en el Niceno, llamando al Verbo, Hijo unigénito de Dios engendrado de la substancia del Padre, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no hecho, *consustancial al Padre*; y en el Constantinopolitano se añade: «Creemos en el Espíritu Santo, Señor y vivificador, que procede del Padre y con el Hijo es juntamente adorado».

Los Padres del primer Concilio Toledano expusieron sublimemente la doctrina del augusto misterio «Creemos, decían en un solo y verdadero Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Creemos que hay un solo Dios, y una Trinitad de la substancia divina: que el Padre no es el Hijo; que el Hijo no es el Padre; pero el Hijo de Dios es de la naturaleza del padre: que el Espíritu Santo, el Paráclito, no es el Hijo ni el padre, pero procede del Padre y del Hijo. Es, pues, no engendrado el Padre, engendrado el Hijo, no engendrado el Espíritu Santo, pero procede del Padre y del Hijo... Afirmamos esta Trinidad distinta en personas, una en substancia, invisible y sin diferencia en virtud,

1 Cfr. F. Valbuena, *Arqueolo. Greco-Lati. T. II, c. VI, F. Valentij. L. C p. 347.*

2 *Chronologie der altchristigen. Literatur bis Eusebius, t. I. 3, Lipsiae 1897, p. 532.*

poder y majestad. Fuera de ésta no admitimos otra naturaleza divina». En el Concilio Bracarense los doctos Obispos allí reunidos decían: «Si alguno niega que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres personas, de una sola substancia, virtud y potestad, y sólo reconoce una persona como dijera Sabelio y Prisciliano, sea anatema». (1) Pero donde se encuentra la fórmula de la Trinidad más explícita es en el Símbolo español, llamado comunmente atanasiano, cuya doctrina siempre la Iglesia ha considerado como verdadera definición dogmática. «Esta es la fe católica, dice, que se venere a un Dios en la Trinidad, y a la Trinidad en la unidad. Sin confundir las Personas, ni separar la substancia. Pues una es la persona del Padre, otra la del Hijo y distinta la del Espíritu Santo; pero una misma es la divinidad de las tres personas, igual su gloria y coeterna la majestad. Cual es el Padre es el Hijo y el Espíritu Santo. Increado el Padre, increado el Hijo e increado el Espíritu Santo. Inmenso el Padre, inmenso el Hijo, e inmenso el Espíritu Santo. Eterno el Padre, eterno el Hijo, y eterno el Espíritu Santo y sin embargo no son tres eternos, sino uno solo; como no hay tres increados ni tres inmensos, sino un solo increado y un solo inmenso. Igualmente el Padre es Dios, y Dios el Hijo y el Espíritu Santo; pero no son tres dioses sino unó solo. El Padre, de nadie es formado o engendrado; el Hijo, es del Padre no hecho o creado, sino engendrado; el Espíritu Santo, es del Padre y del Hijo no hecho o engendrado, sino procedente. Y en esta Trinidad no hay prioridad o posterioridad, mayor o menor; todas las tres personas son coeternas y coecuales. En todo, como se ha dicho, hase de venerar la unidad en la Trinidad y la Trinidad en la unidad. El que quiera salvarse, así es como ha de concebir el misterio de la Trinidad».

Esta es la verdadera doctrina de la Iglesia católica, el dogma sublime sobre el que ella se levanta vaporosa, nimbada de gloria y majestad *divinas*. Sentada en el deífico trono, inconmovible, observa el desfile de la humana razón con la linterna de la luz natural en la mano, la insuficiencia de su energía para internarse en los abismos de lo infinito y escrutar sus reconditeces, y ve la confusión de la razón entre abismos tanta envuelta. Para contemplarse a sí misma como divina y probar a los adversarios su

1 Mansi. L. C. T. III, c. 1005.

origen del cielo y que su doctrina es revelada le basta ver la claridad esplendorosa que irradia. ¿Cuándo de la inteligencia del hombre brotó esa llamarada tan gigantesca que esclarece toda la economía de Dios e ilumina sus interioridades deíficas?, ¿cuándo la facultad humana supo armonizar la variedad con la unidad y la unidad con la variedad, tipo ideal de la belleza, identificándolas sin confundirlas y distinguiéndolas sin separarlas. «La ley de la unidad y de la variedad, esa ley por excelencia, sin la cual nada se explica, y con la cual se explica todo?» (1) Pues, «allí la unidad dilatándose, engendra eternamente la variedad; y la variedad, condensándose, se resuelve en unidad eternamente. Dios es tesis, es antítesis, y es síntesis; y es tesis soberana, antítesis perfecta, síntesis infinita. Porque es uno, es Dios, porque es Dios, es perfecto; porque es perfecto, es fecundísimo; porque es fecundísimo, es variedad». (2)

Estúdiense las escuelas Persas, Egipcias, Sinenses y Helénicas; ¿qué semblanzas tienen sus concepciones con el sublime dogma católico? El Ormuzd zoroástrico, dado que en su síntesis triteísta no sea un mal plagio de la Trinidad cristiana, como quieren muchos críticos, ¿qué relaciones guarda con Mithras y Sraosha? Pone separación de entidades, no diremos personas, porque la idea panteísta flota en toda la doctrina, sin lazo alguno en la naturaleza, sino es el de dependencia: falta la identidad de esencia, son tres dioses subordinados entre sí. La trinidad egipciaca es de puro nombre, pues en realidad, sólo *Amón* es quien disfruta de existencia. Y ¿qué diremos del Brahma, Vishnu y Çiva, la famosa Trimurti, donde a excepción de Brahma todo es pura fantasmagoría, mezclado con mil chocarrerías y deshonestidades? (3) ¿Qué del *I-hi-wei*, de Lao-tse, fantástica evolución de su *Tao* panteístico? (4) Los helenos, preteriendo las divinidades de la edad heroica, de las que dice el Sr. Valbuena parodiando a Virgilio: «Los dioses de Homero son hombres idealizados, que tienen la forma, la faz, y los miembros como los simples mortales, aunque ya más afinados; y por sus venas corre un líquido misterioso que les proporciona la inmortalidad... El Olimpo de

1 D. Cortés, Ensayo, I. I. c. IV.

2 D. Cortés, L. C. c. II.

3 Cfr. F. Valbuena, *La Reli. a través de los sig.* T. II. I. V. c. I, a. 1-2 y c. II, a. 5. § 2.º y T. I, I. I. c. II. a. 2-3.

4 F. Valbue., L. C. T. III, I. V. c. VI, a. 2, y F. Valentí L. C. q. 31, a. 1.

Homero es una monarquía, cuyo soberano Zeus asusta al mundo con solo fruncir sus cejas», (1) ¿qué género de Trinidad admitían?; ¿la platónica, tan decantada por los enemigos del catolicismo (2) como fontanal de nuestro dogma? Zenón y Cleantes con muchos platónicos, niegan de plano que existiera semejante trinidad, y no hablan más que de un simple dualismo. Admitida; ¿qué son el *Pater*, *Logos* o *mens* y el *Anima mundi*? Son tres personas divinas distintas, idénticas en naturaleza y consubstanciales? De ninguna manera; la única divinidad es el *Pater*, el *Logos* no es dios, es esencia distinta e inferior a la del Padre; su *razón ideal* que le sirve para formar el mundo inferior pero nada más: e inferior al *Logos* y de distinta naturaleza que él, y que el Padre, es el *anima mundi*. En la concepción platónica no hay, pues, unidad de naturaleza; ¿cómo se concebirá la trinidad de personas? Se dirá que en la esencia deífica obrando por su *Logos*? Y en este caso, el acto de la voluntad al que corresponde la tercera persona, ¿dónde se encuentra? Jamás Platón habló de él. (3)

Los neoplatónicos no introdujeron notable novedad con las doctrinas que plagiaron del catolicismo. La Trinidad augusta del cristianismo no fué ideada, no pudo serlo, sin una revelación; viene del cielo. (4) ¿Qué dice y siente el espiritismo sobre la naturaleza íntima de Dios?

1 L. C. T. III, l. V, c. IV, a 2.

2 Luego veremos a los espiritistas haciendo coro.

3 S. Tomás, l. p., q. 52. a. 1, ad. 1, y Hon. del Val, L. C. c. III, n.º 86.

4 Mi Santa M. Teresa de Jesús dice a este propósito: «Estando una vez rezando el salmo *Quicumque vult*, se me dió a entender la manera cómo era un solo Dios y tres personas tan claro, que yo me espanté y consolé mucho. Hízome gran provecho para conocer más la grandeza de Dios y sus maravillas, y para cuando pienso u se trata de la Santísima Trinidad, parece entiendo cómo puede ser, esme mucho contento. V. c. 39, y en el capítulo 26 dice que el alma «ve tan declarado el misterio de la Santísima Trinidad, que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar».

ARTICULO II

LA TRINIDAD Y EL ESPIRITISMO

SILENCIO ESPIRITISTA.—LO PROHIBEN LOS ESPÍRITUS.—EL ERROR, SU PROPIO SEPULTURERO.—¿QUÉ DICE ALLAN-KARDEC?—SUS CONDICIONES.—LEÓN DENIS.—SU DOCTRINA ANTITRINITARIA.—LAMENTABLE ERROR.—SIN LA TRINIDAD NADA SE EXPLICA.—O ABRAZARSE CON LA TRINIDAD O RENUNCIAR A LA VERDADERA NOCIÓN DIVINA.—LEY MATEMÁTICA QUE NO LO ES.—SEGUNDA OBJECCIÓN DE DENIS.—EL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO.—FARSA MAL TEJIDA.—LOS PADRES ANTIGUOS.—ORIGINAL TRINIDAD DE L. DENIS.—AFIRMA EL ATEÍSMO.

Los prosélitos de la *nueva ciencia*, para quienes no ha llegado el tiempo de que Jesucristo hablaba a sus apóstoles cuando decía: «Y al venir el Espíritu de Verdad, él os enseñará toda la verdad»; (1) «El Paráclito, Espíritu Santo, que en mi nombre enviará el Padre os dará a conocer todas las cosas y os sugerirá cuanto yo os hubiere dicho» (2); nada pueden decirnos acerca del sublime misterio y de las admirables relaciones internas de la naturaleza divina. Sus mentores, los espíritus, se lo prohíben. «Creedme: le dijeron a Allan-K.: Dios existe, no podéis dudarlo, no paséis más allá: no os extraviéis en un laberinto del que no podríais salir. Cuando su Espíritu [el del hombre] no esté ya ofuscado por la materia y cuando, por medio de la perfección, se haya aproximado a la Divinidad, la verá y la comprenderá» (3);

1 Joan. X^o 1, 15.

2 Id. XIV. 26.

3 Lib. de los Espi., n.º 14 y 11.

hasta entonces, condenado al ostracismo, nada sabe, nada puede saber, porque su razón es impotente; y sus *guías* encerrados en la concha del silencio, no dejan oír la voz iluminadora; y fuera de estos medios, no reconoce otros. Nada pueden saber los secuaces de Rivail, ni él mismo; porque su dios, como se vió, es el dios panteísta, que vale tanto como decir: indeterminado, abstracto, impersonal; y estas cualidades no se conciben si no es radicando en algo determinado y personal, y como el espiritismo lo que niega es la primera personalidad, nada existirá, a no ser la utopía.

Nunca el error fué consecuente; porque la fuerza de la dialéctica sería la que le obligara a ser su propio sepulturero. El espiritismo, que no tiene por norma la verdad, rompe con la lógica, y a renglón seguido de hacer la profesión agnóstica y declararse impotente para terciar en el asunto, interviene en él, negando o afirmando a su modo.

Según Allan-K., hemos de admitir una trinidad, pero no la Trinidad divina, tal cual se nos presenta en la revelación cristiana, sino otra que presente menos *obscuridades y sea más proporcionada a la naturaleza del hombre*. «Dos son, dice, los elementos generales que integran el universo, necesariamente unidos para que sea inteligente la materia, aunque mediante el pensamiento se puedan concebir el uno sin el otro: la materia y el espíritu, y por cima de todo, Dios, el criador, el padre de todas las cosas, y estas tres son el principio de todo lo que existe, la trinidad universal». (1) La materia, el espíritu y Dios, el padre de todas las cosas, constituyendo la trinidad universal. ¿Podrá concebirse nada más absurdo que esta doctrina del apóstol espiritista? O la materia y el espíritu son eternas con eternidad absoluta, concibiéndolas como partes integrantes de la divinidad, o sólo disfrutan de eternidad relativa, empezando a existir en el tiempo; no se puede admitir un tercer miembro. Y en cualquiera de los términos del dilema se niega la supuesta trinidad y se niega la esencia de Dios. Si se pretende que la materia sea eterna, además de pretender un imposible, pues ya se sabe que la cantidad eterna repugna, tendríamos un dios compuesto, o lo que es lo mismo, un dios negativo, un dios no existente. Y si la razón se acoge al segundo miembro, entonces hubo un tiempo en

1 L. C. n 25-27.

que la supuesta trinidad no existía, y si alguna vez no existió, jamás existirá; porque en Dios las operaciones necesarias e inmanentes son eternas.

Pero además, se niega la esencia divina. En la doctrina de Allan-K., la materia y el espíritu constituyen juntamente con Dios *el principio de todo lo existente*. Sin los dos primeros la divinidad queda reducida a la impotencia; y un dios impotente no es dios. ¡He ahí a lo que vienen a parar las revelaciones del espiritismo! El dios omnipotente, soberanamente justo y bueno condenado a la no existencia, y con él cuanto razón de ser presenta, incluso el propio Kardec con todo el séquito de espíritus y espiritistas.

León Denis, presidente del Congreso espiritista y *espiritualista*, celebrado en París el 1900, en su obra «Cristianismo y Espiritismo», (1) donde compendia todas las doctrinas de la secta, se declara contrario a las doctrinas de la Trinidad tal como las hemos expuesto. «La doctrina, tan sencilla como grande [que] debía elevar al espíritu humano, dice, hasta las imponentes alturas, hacia el foco del cual todos los hombres pueden sentir en sí mismos la irradiación, es la doctrina de un solo Dios, Creador y Padre, por quien todos los hombres son hermanos, y en cuyo nombre todos se deben asistencia y cariño. Esta doctrina, que según él, es la predicada por Jesucristo, hacía y hace posible la comunicación con el Padre por la unión fraternal de todos los miembros de la familia humana. Abría y abre a todos el camino de la perfección por medio del amor al prójimo y la abnegación

1 Da principio a la introducción con estas palabras: «No es un sentimiento de hostilidad o malevolencia el que ha dictado estas páginas. No sentimos malevolencia hacia ninguna idea ni hacia ninguna persona». Y una rápida ojeada es suficiente para convencer al más incauto lector que apenas hay página en el libro donde no se refleje el espíritu de adversidad. Baraja la historia y las doctrinas sin escrúpulo ninguno como le viene en talante. Una simple cita sirva de ejemplo «Este es el secreto de su adopción (el de que la Iglesia reconozca la Trinidad para admitir la divinidad de Jesús: por el contrario de Nacianzo después de las discusiones y perturbaciones que agitaron a los espíritus durante tres siglos. Las discusiones no cesaron hasta la proscripción de los obispos arrianos, ordenada por el emperador Constancio, y el destierro del Papa Liberio que se había negado a sancionar la decisión del concilio». p. 69, 2.ª edic. ¿Qué concilio se negó a sancionar S. Liberio?, ¿Qué emperador Constancio decretó la proscripción de los obispos arrianos?, ¿Qué tres concilios fueron los que rechazaron la divinidad del Cristo? ¡Tales cosas escriben los que no sienten malevolencia hacia ninguna idea ni hacia ninguna persona!

por la humanidad». (1) Pero «esta concepción trinitaria, tan obscura; tan incomprendible» no puede ser la que nos de a conocer la íntima naturaleza del Dios soberano y omnipotente, no puede ser la doctrina verdadera, dice el Sr. Denis. Fué obra de la Iglesia, la cual «empieza (sus dogmas) por la extraña concepción del ser divino, de la cual resulta el misterio de la Trinidad, un solo Dios en tres personas, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo. Tomada esta noción de la Trinidad de una leyenda india que era la expresión de un símbolo, vino a obscurecer y a desnaturalizar, después de la muerte de Jesús por los intereses materiales que entraron en acción en el mundo cristiano, esta alta idea de Dios. La inteligencia humana podía elevarse hasta la concepción del Ser eterno que abraza el universo y da vida a todas sus criaturas. Pero no puede explicarse cómo tres personas se unen para constituir un solo Dios. La cuestión de consubstancialidad en nada dilucida el problema. En vano se nos haría observar que el hombre no puede conocer la naturaleza de Dios. Aquí no se trata de los atributos, sino de la ley de los números y de la medida, ley que lo rige todo en el universo, hasta las relaciones que unen la razón humana a la razón suprema de las cosas. Pero esta concepción trinitaria, tenía una gran ventaja a los ojos de la Iglesia. Le permitía hacer de Jesucristo un Dios. Daba al poderoso espíritu, a quien llama su fundador, un prestigio que se reflejaba en ella y aseguraba su poder.» (2)

Lamentable es el error que padece el espiritismo. Descartado lo que a la génesis histórica se refiere, pues acabamos de probar que el augusto misterio no puede originarse de ninguna *trimurti* pagana, nos detendremos breves momentos a considerar la doctrina en sí misma.

¡Que la noción de la Trinidad desnaturaliza la alta idea de Dios! ¡Si precisamente hemos visto que sólo ella es la que nos ofrece la concepción sublime de la Divinidad! ¡Si es la noción de la Trinidad, la Trinidad misma «el foco» que irradia el piélagos de la esencia deífica y nos da a conocer las relaciones infinitas, constituyendo la ley grandiosa y suprema que todo lo explica! ¡Si negada la Trinidad no se explica la historia, que jamás ha podido vivir sino es nutriéndose de esa noción sublime, y

1 L. C. p. 68.

2 L. C., p. 68-69.

ella era la que aquietaba las nostalgias de los pueblos antiguos!; ¡no se explican las teogonías de pasadas épocas, las cuales unánimes reflejan directa o indirectamente y de modo más o menos imperfecto la noción de la Trinidad!; ¡no se explican los misterios de la humanidad doliente!; ¡no se comprende la economía divina en su acción providencial!; ¡no se concibe la Divinidad, a la que «el misterio de la Trinidad es tan necesario como la propia naturaleza de Dios»! (1)

Y efectivamente; si se niega la Trinidad hay que negar el amor divino, pues no se concibe éste, sino es unido a la naturaleza del amante y de ella juntamente separado en cuanto objeto; es ley intrínseca del amor: sino se admite la distinción, se destruye el amor, e igualmente se anula sino se predica la identidad; pero no se puede proclamar la identidad absoluta, ni la absoluta distinción, pues se llegaría al mismo término; habrá por tanto que reconocer la una y la otra. Y como en Dios nada puede haber imperfecto, lo relativo no podrá ser accidente, sino subsistencia, idéntica a la naturaleza en lo que de sustancia tiene. Si se niega el amor habrá que negar su potencia, la voluntad, que no existe sino es para amar. Rechazada la potencia afectiva hay que negar la intelectual con su operación; y un Dios sin Amor y sin Verbo, sin voluntad e inteligencia «estaría colocado en la última escala de los seres finitos», no sería Dios, no sería nada. Si se niega la Trinidad hay que negar la fecundidad divina; porque de existir, la ley de la proporción entre ella y el sujeto nos conduce necesariamente a la afirmación que venimos defendiendo. Y un Dios sin fecundidad ¿a qué se reduce? La inteligencia del hombre mirando al cielo se encuentra prisionera entre las mallas del dilema; O Trinidad o ateísmo. O abrazar la verdad con la majestad, gloria y esplendor que la presenta el credo católico, o renunciar a la verdadera noción divina y abrazarse con la negación.

En vano a estas demostraciones de la razón confirmando la revelación opone León Denis y cuantos como él piensan, lo que él quiere llamar *ley* matemática, más indestructible que la de la inteligencia. A pesar de toda la evidencia que presenten los argumentos «no puede explicarse, dice, cómo tres personas se unen para constituir un solo Dios.» «Aquí se trata de la ley de

1 Ilmo. Fr. Valentín, *Instrucción sobre el Espí.*, § 2.

los números y de la medida, que rige todo el universo». A esta objeción tantas veces propuesta y tantas ya resuelta, responderemos que no es exacto que se trate de números. ¿Quién y cuándo, al *uno* le ha hecho *tres* y al *tres* le ha identificado con el *uno*? «La Iglesia católica, diremos con Hermann Vosen, no enseña que la esencia divina esté *dividida* en tres personas, y que cada una de ella sea *toda* la divinidad. Ni enseña tampoco que la esencia divina sea *tres* esencias, de tal modo que en Dios *uno* sea igual a *tres*, tomando el *tres* y el *uno* en igual acepción y sentido. Nada de esto; en Dios la unidad se toma en un sentido, la Trinidad en otro. Cuando de unidad se habla, nunca se dice que sea unidad de personas, sino de esencia, o de naturaleza. Al hablar de triplicidad, jamás mentamos la naturaleza o la esencia, sino las personalidades. Ahora bien; si la doctrina católica de tal modo y con tanta precisión distingue los campos de la unidad y de la pluralidad, ¿será justo borrar estas distinciones, barajar los términos, y fundándose en estas arbitrariedades decir que la Iglesia enseña que *uno* y *tres*, tomados en idéntico sentido, son una misma cosa? Esto es contrario a la lógica y a las matemáticas». (1)

Otra dificultad no pequeña se le ofrece al espiritista L. Denis, y le confirma en que el dogma de la Trinidad es doctrina inventada por la Iglesia, por supuesto con miras pragmatistas. «La Biblia, dice, sienta como principio el monoteísmo mas absoluto. No se trata en ella de la Trinidad.» (2) Si tan cierto es que en la Divinidad del Antiguo Testamento se excluye la pluralidad, y no hay vestigios de la Trinidad; ¿cómo explica el Sr. Denis: el versículo 26 del capítulo I del Génesis: «Hagamos al hombre a *imagen y semejanza nuestra*?» ¿A quién se refiere esa alocución, a los ángeles o a los espíritus? La exégesis más elemental rechaza semejante interpretación. ¿O es que hablaba en plural sirviéndose de la forma mayestatica o empleando la de invitación? La primera interpretación pugna con todo el lenguaje escriturístico; y la segunda no es admisible; porque además de no tener paralelo en todas las páginas de la Biblia, es un lenguaje que esencialmente dice relación a otro, y no precisamente a las potencias del mismo sujeto, o a los ángeles, como quisiera Filón (3), sino

1 L. C. I. IV, c. II, p. 495-496.

2 L. C. p. 287.

3 *De mundi Opificio*.

a otra persona. (1) ¿Quién sería esta persona fuera de Dios? Sólo queda, pues, como razonable el admitir pluralidad en Dios; y como esta pluralidad no puede ser más de tres y menos del mismo número; vea el Mr. L. Denis si es tan cierto que nada se dice de la Trinidad en la Biblia.

Omitimos otros lugares en los que se habla con más claridad sobre el particular, pero no hemos de pasar por alto el del salmo segundo, versículo 7: «Díjome el Señor: Tu eres mi Hijo, hoy te he engendrado; ni el del salmo 109, verso 1; «Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi diestra.» ¿Cómo interpreta estos pasajes el espiritismo?; ¿dándoles un sentido antropomorfista, o atribuyéndolo a las criaturas? De ninguna manera evitaría la contradicción; y a ello se opone además el Nuevo Testamento (2). Palmariamente se destaca el Verbo, segunda persona de la Trinidad. Si, pues, se habla del Verbo ya tenemos la Trinidad, por las razones antes manifestadas, aunque nada diga expresamente la Biblia. Mas no sucede así. La tercera persona también se halla insinuada con bastante precisión en los profetas Isaías y Joel. (3)

Pasando del Antiguo al Nuevo Testamento; ¿no se habla de la Trinidad cuando en S. Lucas se dice: «El Espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cobijará: por lo cual también lo santo de tí nacido será llamado hijo de Dios». (4) «Y aconteció, bautizándose todo el pueblo, y Jesús habiéndose también bautizado, y estando en oración, abrirse el cielo; y descender el Espíritu Santo en figura corporal como paloma sobre él, y venir voz del cielo: Tu eres el hijo mío, el amado, en tí me agradé?» (5) No se trata de las personas del augusto misterio en S. Mateo: «Id, pues, y amaestrad todas las gentes, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo» (6); y en S. Juan: «Y rogaré al Padre, y os dará otro abogado, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad, que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce;

1 Hetznauer, Theo. Bibl. § 4.º et Comm. in Gen., 1. 26 y Fr. Valen. Theo. q. 21, § 1.

2 Hebr. I. 5. Luc. XX. 42.

3 XLIV, 5, II, 28.

4 I, 35.

5 III, 21-22.

6 XXVIII, 19.

pero vosotros le conoceréis, porque con vosotros morará y en vosotros estará... Pero el Paráclito; el Espíritu Santo, que mandará mi padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os hará recordar todas las que yo os he dicho»? (1) ¿Qué opone a ésto el espiritista León Denis? ¿Se excluye la Trinidad?, no se dice nada de las tres personas divinas? ¿Dirá que aquí no se trata de la Divinidad? El contexto escriturístico y estas palabras del mismo S. Juan: «Mas cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de parte del padre, el Espíritu de la verdad, que procede del padre, él dará testimonio de mí» (2) palmariamente demuestran lo contrario.

Con ésto queda demostrado que es una farsa mal tejida lo de que la Iglesia fué inventora de la concepción trinitaria, como también que carece de toda verdad lo que en otro lugar de su obra escribe el Presidente del Congreso espírita: «Esta palabra (pneuma) S. Gerónimo la ha traducido por «spiritus», reconociendo con los Evangelistas que hay buenos y malos espíritus. La idea de divinizar al Espíritu no se ha presentado hasta el siglo III. Fué tan sólo después de la «Vulgata» que la palabra «sanctus» fué unida constantemente a la palabra «spiritus», sirviendo únicamente esta combinación, en la mayor parte de los casos, para hacer el sentido más obscuro, y a veces hasta ininteligible... La Vulgata no habla de ningún modo del espíritu santo. El primitivo texto griego es aún más preciso, y no podría ser de otra manera, puesto que el espíritu santo, como tercera persona de la Trinidad, no ha sido imaginado hasta fines del siglo II». (3)

Sin duda S. Clemente Romano, S. Ignacio Mártir, S. Policarpo eran de fines del segundo siglo, o del tercero cuando escribían: «¿Acaso no tenemos un Dios, y un Cristo, y un Espíritu Santo de gracia?» (4) Sean confirmados los cristianos «por la fe y la caridad en el Hijo y el Padre y el Espíritu Santo». (5) «Oh Dios veraz y verdadero, te glorifico con el eterno y celestial Je-

1 XIV, 16 26 Hemos tomado la traducción del texto griego según la 3ª edic. crit. de Federico Brandscheid, ver. espa. del P. J. José de la Torre, S. J., porque al griego apela el espiritismo.

2 XV, 26.

3 L. C. p. 298.

4 Ep. I ad Cor., 46; MG 1, 504.

5 *Ad Magnesios*, 15; MG 5, 672.

sucristo, al que como a Tí y al Espíritu Santo sea dada la gloria ahora y en los siglos venideros» (1) De la tercera centuria serian el Símbolo de los Apóstoles y la Didaché, donde, como ya hemos visto, se profesa la creencia en la Divinidad del Padre y del Hijo y el Espíritu Santo (2) De fines del tercer siglo sería Atenágoras que dejó escrito en su «*Legación por los Cristianos*»: «¿Quién no se admirará al oír que son llamados ateos los que afirman al Dios Padre, al Dios hijo y al Espíritu Santo, y demuestran su unidad en la esencia o potencia y la distinción en el orden?» (3)

El Sr. Denis no satisfecho con llamar tan obscura, tan incomprendible a la grandiosa concepción de la Trinidad que nos presenta la revelación y la razón confirma, defiende una trinidad sabeliana. «Despojando, dice, al dogma cristiano de su carácter sobrenatural, se podría casi siempre hallar en él una idea filosófica, una enseñanza substancial. Por ejemplo, la Trinidad definida por la Iglesia, «un solo Dios en tres personas», no sería, considerándola así, más que un concepto del espíritu representando la divinidad bajo tres aspectos esenciales: La Ley viva e inmutable, es el Padre; la Razón o sabiduría eterna, es el Hijo; el amor, potencia creadora y fecundante, es el Espíritu Santo. Así se podrían explicar, de una manera clara, sencilla, racional, todos los dogmas antiguos del cristianismo, los que se desprenden de la doctrina secreta enseñada en los primeros siglos y de la cual se ha perdido la clave, (4), desconociendo su sentido». (5)

Con esta noción trinitaria, que tan sencilla, clara y racional parece a los espiritistas, resultaría «la idea pura de la divinidad, que podía regenerar al mundo; el Dios, padre de la humanidad, en quien todo vive, se agita y respira, por quien todos son hermanos y en cuyo nombre todos se deben asistencia y cariño.» (6)

Muy lejos de ser verdad belleza tanta, resultaría el caos más

1 *In acta martyrii*, c. 14, MG 5, 1039.

2 L. Denis en la p. 301 de su obra cita la Didaché, pero abusa miserablemente de los textos; dice: «Se recomienda la observancia del domingo; da reglas para discernir los verdaderos profetas, (léase mediums) de los falsos». El lector medianamente versado en historia sabrá si la Iglesia ha identificado a los mediums con los profetas.

3 n.º 10; MG 6. 909.

4 ¡Los espiritistas son los diputados para encontrarla!

5 L. C. p. 68.

6 L. C.

horrisono, «lo incomprendible», desde el momento en que esa noción trinitaria, como la de Sabelio, con la que guarda tan afines relaciones, implica necesariamente la negación de Dios, el ateísmo, como ya se ha demostrado.

He ahí el Dios soberano, omnipotente, el Ser eterno de los espiritistas a lo que viene a parar.

La misma consecuencia deduciríamos analizando los conceptos del epiloguista de *Santa Teresa Medium*, y los de otros espiritistas, pues, todos después de hacer trizas la lógica y abrazar el panteísmo, profesan, poco más o menos, idénticos absurdos. Nos parece, pues, suficiente con lo expuesto. No queremos, sin embargo dejar de mencionar uno por la singular manera de concebir la Trinidad.

Para este buen espiritista la primera persona de la trinidad es la masa cósmica de donde todo procede; la segunda, es el alma humana, resultante de la creación o concreción de una parte de esa Masa; y la tercera, es la misma alma purificada en los estados de desencarnación.

«Estando considerando, dice, ese elemento como infinito y eterno ha sido representado en sentido alegórico para significar la eternidad en él, bajo la figura de un anciano y como todo cuanto existe en el universo afectando infinidad de formas, se deriva de ese elemento, de aquí que la religión cristiana o pagana, le haya dado la denominación de Dios Padre, o causa creadora y la haya representado bajo la simbólica figura de un anciano significado en la primera persona de la Trinidad...

«De aquí que siguiendo el principio planteado de que siendo el ÉTER CÓSMICO o substancia inorgánica primordial la causa o base de cuanto existe, podamos decir que siendo esa substancia a la que convencionalmente se ha designado con el nombre de Padre o substancia creadora, es de inferirse que la cosa creada representada en el Hijo no es otra cosa que esa misma substancia, que al ser impelido por un principio evolutivo que le es inherente tienda a modificarse y transformarse en forma de coeión molecular para pasar del estado inorgánico, hasta hacerse organizada y apta para la manifestación y desarrollo de la inteligencia en ella mediante órganos apropiados al efecto; pues sin la unión entre uno y otro estado de la substancia, nunca hubiera adquirido el alma su individualidad y sí hubiera permanecido eternamente en estado de germen de inteligencia, contenido en

la substancia rarefacta que forma el ÉTER CÓSMICO... Siguiendo esa substancia el mismo progreso evolutivo, llegará un tiempo en que alcance producir en las individualidades o almas que la representan el exquisito fruto de la sabiduría y *el amor* que representa o simboliza el espíritu santo, advirtiéndose uno, desde luego que aunque la substancia en sí deba ser considerada eterna, las formas que de ella emanan son por ende transitorias. Se puede agregar a lo expuesto que la cualidad que determina la eterna sustancia cósmica simbolizada en el padre es la infinidad potencial; esa misma substancia modificada y transformada simbolizada en el hijo representa la potencia y la inteligencia, y la que con mayor depuración y progreso simboliza al espíritu santo, es la que resume en sí los tres poderes, a saber: el de la POTENCIA el de la INTELIGENCIA y el del AMOR*. (1)

El mejor juicio y sentencia de lo que antecede es el de su exposición.

1 Lujambio, L. C. p. 75 80.

CAPITULO V

DIOS Y LA CREACIÓN

SUPUESTAS ANTILOGIAS.—QUÉ DICE EL C. VATICANO.—ESTÉRIL
EMPEÑO DE LOS ESPIRITISTAS.—IMPOTENCIA DE LA RAZÓN.
—SOLIPSISMO Y NIHILISMO.—DIVINIDAD ESTÁTICA Y DINÁ-
MICA.—INFINITO POSITIVO E INFINITO NEGATIVO.—TESIS
FUNDAMENTAL.—UN POCO DE FERMENTO.—HUELGAN TO-
DAS LAS RELIGIONES.—CUATRO RELACIONES DIVERSAS.

La unidad de esencia divina, que en sí misma encierra cuanto razón de ser tiene, lleva a formular el postulado de la unidad de fin y de orden, y a convertir las contradicciones en puras anti-logías. Múltiples pueden ser los medios que a la humana inteligencia se le presenten en la realización de sus planes y los de la economía divina; pero entre ellos no media, no puede mediar discrepancia, como no la hay entre el microscopio, que sirve al naturalista para penetrar los misterios del mundo que pudiera- mos llamar infinitesimal, y el telescopio que utiliza el astrónomo para hacer desfilar por el juego prismático las costelaciones de los espacios insondables «Una misma es, dice el C. Vaticano, la fuente que produce y engendra las corrientes subterráneas y las atmosféricas, uno mismo el foco lumínico que de cambian- tes matices irisa la naturaleza de la floresta y de aurífero color viste la arcilla; de la esencia deífica es donde reciben su luz los esplendores de la revelación y los fulgores de la razón; y como la luz no puede negarse a sí misma, ni así misma contradecirse no es posible el conflicto entre el conocimiento que a la autoridad de Dios debemos y el que de la facultad racional procede». (1)

Estéril empeño el de los prosélitos de la *ciencia oculta* que pretenden hallar antagonismo entre lo sobrenatural y lo natural, y que para deshacerse del enojo que la sola presencia de aquellos causa niegan de plano su existencia. Muy lejos de empañar en lo más mínimo la claridad que irradia la inteligencia humana, viene a esclarecer las regiones que no pueden ser iluminadas por aquellas, a servir de faro esplendente que fulgure en los abismos que ante el hombre se abren y guíe los pasos del que bogando marcha sin timón y sin piloto expuesto a estrellarse contra los arrecifes.

Esto es lo que hemos visto en las cuestiones anteriores; la razón abandonada a sus recursos, siquiera fuese la de Platón, Aristóteles y Cicerón en el mundo antiguo, o la de Kant, Paulsen y Hegel en el moderno, no ha sabido ni podido librarse de los escollos que presenta el infinito; pues, o ha caído en el solipsismo y nihilismo, o ha concebido una divinidad que se esfuma y pierde en la abstracción sin real existencia, reducida a la categoría de las imposibilidades metafísicas y que no obstante era principio de toda determinación; o cayendo en el polo opuesto la ha condensado hasta el punto de identificarla con la deleznable materia; o ha defendido el monismo ideal o partrocinado el material. Y cuando alguna vez se ha levantado a una concepción más noble, ¿qué divinidad es la que nos ha ofrecido? Una que nada tiene de divinidad; porque o es un sujeto estático privado de acción, muy inferior al hombre, o es dinámico pero eternamente afectado por las modificaciones y accidentes, y supeditado a otro ser que vive conjuntamente. Nunca la razón ha podido presentar la sublime concepción de una divinidad que a la eternidad e inmutabilidad de esencia uniera la flexibilidad de operación; que siendo la perfección infinita no excluya la cuantitativa y numérica; ni teniendo por necesidad que originarse de ella, la identifique consigo misma.

Al mismo tiempo que la inteligencia iluminada por la luz procedente de lo alto atisva los secretos de lo divino, observa que no cuanto a ella se presenta reviste las mismas perfecciones. Con la afirmación del infinito positivo queda excluido el infinito negativo. Lo relativo y contingente, el número y la cantidad, el universo «sitiado por el límite en sus fuerzas y facultades y en su comienzo y en su término» es lo que ofrece a la razón el mundo objetivo que por doquier la circunda. Entre el mundo de

lo relativo y finito que llamaremos de naturaleza, y el de lo absoluto e infinito, ¿ha de existir alguna correspondencia?; ¿qué género de relaciones es el que existe?. He aquí la tesis fundamental que de clave sirve para la resolución de misterios e incógnitas que a cada momento se ofrecen en la marcha de estudios e investigaciones científicas; que da la pauta para fijar principios que, una vez admitidos, regulan toda arbitrariedad y hacen que la inteligencia no sucumba en presencia de abismos insondables ¿Qué importa que a veces tanto se dilaten los límites del horizonte que sean imperceptibles para la débil pupila de nuestro ojo, si la razón sabe hasta dónde alcanzan? ¿Qué importa que la inteligencia no perciba con claridad los detalles y matices de los objetos, el ritmo de la naturaleza, la génesis de cuanto existe, que haya fenómenos erizados de obstáculos, dificultando el discurso, si las premisas sobre que se apoya son ciertas, y ciertos igualmente los objetos y la existencia del orden que obedece leyes fijas aunque ocultas?

Los espiritistas, como tantos otros, confundiendo la hipótesis con la ciencia, y con el error las objeciones, divagan como bien les parece por campos que lógica y revelación prohíben. Convirtiendo lo secundario en primario y lo incidental en principal, quieren hacer pasar como erróneo el axioma que siempre se ha tenido como verdadero: que las dificultades de un sistema no implican la falsedad del mismo; sin fijarse que al hacer esta afirmación incurren en absurda equivocación. Por eso importa mucho sentar bien las bases; un defecto en la semilla, vicia todo el árbol, dice el adagio; la escuela expresaba lo mismo con diferentes palabras: el error acerca de los primeros principios especulativos o prácticos redundaba en toda la serie; la Escritura a su vez dice: «Un poco de fermento aceda toda la masa» (1) y la dialéctica añade: de falsas premisas no pueden deducirse consecuencias verdaderas.

De la solución que se de a la cuestión presente dependen todos los demás problemas; el de la ciencia, el de la religión, libertad, sociología, moralidad, el de los vínculos de los seres visibles entre sí, y de estos con los invisibles; todo no es más que secuela y corolario que por necesidad se ha de aceptar admitido el principio.

1- Ad. Gal. V. 9.

Si el hombre es Dios o una parte o modificación, ora substancial ya accidental de Dios, no sólo habrá que decir, como inconsecuentemente dice el panteísmo, que todas las religiones son buenas, verídicos todos los asertos, sino que huelgan las religiones, las ciencias sobran, o mejor; es imposible la existencia de la religión; de la ciencia.

Pero si el mundo «no es una serie de fenómenos sin sujeto, un accidente o una manifestación de un todo único y absoluto, ni la concreción y el desarrollo de una fuerza y de una materia primitivas, sino el efecto de una causa eficiente» (1), entonces la razón tendrá que aceptar las leyes que rigen la naturaleza del efecto y juntamente con ellas todas las consecuencias que de las mismas se deriban. Es la primera ley, la de dependencia absoluta, tratándose de la causa primera en el ser y en el obrar; la segunda, la de dependencia final. De estas dos leyes se deducen todas las afirmaciones en el orden religioso, moral y científico; en su presencia se disipan las tinieblas en que los secuaces de la *ciencia oculta* pretenden envolver todo lo existente.

Cuatro son las relaciones que el mundo exterior puede decir a la Divinidad: relación de identidad absoluta o parcial, relación de paralelismo y de dependencia, según que se le considere o identificado con Dios, de Dios procediendo por emanación, independiente de Dios, o de Dios dependiente. Las tres primeras excluyen la idea creacionista en el sentido estricto de la palabra (2), la cuarta la admite, y en ella se funda para la exposición de los sistemas teogónicos y cosmogónicos, las tres primeras, afirmando la divinidad, la niegan; son ateístas; la cuarta profesa el teísmo más aceptable, y es la única admisible, como iremos viendo. ¿Cuál es la doctrina del espiritismo en esta materia?, ¿cuál la de la Iglesia y sana filosofía? El espiritismo ¿es creacionista o anticreacionista? De la solución a esta tesis depende to-

1 Mella, Cof. Sólo el espi. etc.

2 Advertimos que en el sentido estricto, en cuanto que significa la producción total de un objeto sin presuponer materia alguna de la que haya podido ser formado, o como dice la escuela: la producción de una cosa de la nada de sí misma y de la nada del sujeto; porque si la creación fuera como pretendía Victor Cousin: la producción emanativa de la substancia del mismo agente; o la evolución de la realidad metafísica pasando a la realidad física, como la concebía la filosofía alemana, o la evolución material, según quiere el trasformismo de Haeckel, entonces la creación no establecería distinción entre el agente y el paciente, y tendríamos toda la serie de consecuencias panteístas, resultando que nada se crearía y que la *creación* nada significaría.

do. La metempsicosis, habitabilidad de los mundos, rotación de las mesas, materializaciones y hablas de los espíritus son cosas muy secundarias; nada ponen ni quitan, aunque para la inmensa mayoría de los espiritistas pesen más que la espada de Breno, con lo cual se hacen muy poco honor a sí mismos.

ARTICULO PRIMERO

LA ENSEÑANZA CATÓLICA

DISTINCIÓN ENTRE DIOS Y EL HOMBRE.—INVERSIÓN DE TÉRMINOS, E IDENTIDAD DE RESULTANCIAS.—LEY DE RELATIVIDAD.—SERIE INFINITA DE ALTERACIONES.—MR. W. OSWALD.—MR. FLAMARIÓN.—GEOLOGÍA Y PALEONTOLOGÍA.—ANATEMAS DEL C. VATICANO.—RELACIÓN DE DEPENDENCIA.—LA UNIDAD MÁS ADMIRABLE.—LA PRIMERA PÁGINA DE MOISÉS.—LOS PP. Y LA CREACIÓN.—LACTANCIO Y EL PANTEÍSMO MONÍSTICO.—S. AGUSTÍN Y EL DUALISMO.—DONOSO CORTÉS.—EL APÓSTOL Y LA IGLESIA.—EL ÚLTIMO CONCILIO.—LAS INMACULADAS DE MURILLO.—NEGACIÓN QUE SE CONVIERTE EN AFIRMACIÓN.—FINALIDAD DE LA OBRA DE DIOS.—ASTRÓNOMO FRANCÉS.—FILOSOFÍA KANTIANA.—EL ÁNGEL DE LAS ESCUELAS.—EL FIN MÁS SUBLIME.—¿QUÉ LE IMPORTA A DIOS?—BREVE ANÁLISIS.—PÍO IX.—SÍNTESIS FINAL.

Al tratar de establecer las relaciones del mundo relativo con el absoluto empieza la Iglesia por declarar la distinción que entre los dos reconoce. «Como quiera, dicen]los PP. del C. Vaticano, que Dios sea una substancia espiritual, *singular*, simplicísima e inmutable, se le ha de predicar real y esencialmente distinto del mundo, excelso sobre todo cuanto fuera de él pueda concebirse» (1) Con esta afirmación se elimina la concepción de identidad que defiende el panteísmo.

Según los partidarios de este sistema, el mundo exterior es,

sí, producto de la divinidad; pero como lo son las ramas del árbol, las hojas de las ramas y el fruto de la flor, sin que entre ellos haya diferencia de naturaleza; una misma es la raíz que comunica la savia al tronco y a la flor. Las diferentes criaturas que pueblan los espacios son otras tantas realidades de la substancia divina que se desarrolla eternamente sin experimentar mutación esencial; o determinándose y dilatándose en el panteísmo materialista; o determinándose y concrecionándose en el idealista; o todas las cosas son manifestaciones de la esencia divina, pero distinguiéndose de ella, al menos, parcialmente, al decir de los emanatistas, si bien, en realidad, tan idéntica ha de ser la substancialidad en los múltiples y variados aspectos del panteísmo moderado o emanatismo, como en las del panteísmo radical.

Lo absurdo de esta doctrina ya queda patentizado en los capítulos precedentes. Con sólo invertir los términos y las contradicciones y aplicarlas al mundo exterior se ve palmariamente la utopía. «Si el mundo interior o psicológico, y el exterior u ontológico, tiene su origen en una *unidad infinita*, que sea como su fuente, la unidad es primero indeterminada, indistinta y después determinada y diferente en los seres en que se desarrolla. Es infinita y se hace finita permaneciendo idéntica cuando era lo que no es y cuando es lo que no era. O hay que reconocerle en una *materia primitiva*, pero eterna de que sea evolución, y en este caso, lo que no era más que materia inerte y movimiento sin motor, produce la vida y la inteligencia que no estaban en ella y la superan. Pero como la existencia actual es incompatible con una *nada* que la hubiera precedido, hay que afirmar que ha existido *siempre algo*, y como no se admite más realidad que la materia, hay que declararla eterna y existente, y por sí, y no por la acción de otros, y así resultará que teniendo como parte lo limitado y siendo compuesta y mudable y adquiriendo perfecciones sucesivas, es infinita. Por la primera vía se llega a un *infinito finito*; por la segunda a un *finito infinito*, y con las dos a la identidad de los contradictorios y al asesinato de la razón y de la libertad». (1)

En el mundo exterior lo que rige es la ley de contingencia, relatividad, finitud y composición; y la de inmutabilidad, infinitud, simplicidad y absoluto es la que impera en la deífica esen-

1 Mella, Discurso. en Covadonga 28-10-1916. Correo Español.

cia; en aquel, la cantidad y el número son la medida de todas las cosas; en la substancia divina, una y otra se excluyen; en el mundo de la naturaleza los seres nacen, mueren y nunca permanecen en el mismo estado, como las fluviales aguas que se deslizan sin cesar por el arenoso álveo: en la divinidad, no puede haber lugar a mudanzas; en el mundo, la existencia de las cosas está sujeta necesariamente a la continuidad y sucesión: el germen y su desarrollo conocen prioridad y posterioridad, la matizada flor y el sazonado fruto, en distintos tiempos cautivan la mirada del observador; hasta los actos psíquicos del hombre van apareciendo rítmicamente; en Dios todo es simultáneo, esencia y operación, acto volitivo e intelectual, ¿Cómo, pues, podrá afirmarse que el mundo es idéntico a la Divinidad? La existencia de los dos es, no obstante inegable; ¿cómo explicarlas excluidos el panteísmo rígido y mitigado?; ¿por medio de las relaciones paralelas? También ésta concepción queda eliminada en las citadas palabras del Vaticano; porque los PP. no sólo afirmaron que Dios es real y esencialmente distinto del mundo, sino «inefablemente elevado sobre todo cuanto es y puede concebirse fuera de él.»

Hubo en el tiempo antiguo filósofos que no pudiendo explicar el delicado mecanismo de los seres con la unidad de principio, y no pudiendo concebir la idea del tránsito del no ser al ser, defendieron la dualidad de principio en la formación de las cosas. «Los sectarios del *dualismo*, dice Vacant, atribuyen el origen del mundo a los dos principios distintos, ambos eternos e increados; la materia y Dios. La materia, según ellos, proporcionó todos los elementos con que se formó luego el universo por la acción divina». (1) Entre estos filósofos, y, al decir de Vacant, fueron todos los que no profesaron el panteísmo o el ateísmo, hay que contar a Platón y a Aristóteles. El primero admitía además de la divinidad espiritual infinita, las ideas arquetipas subsistentes *ab eterno* y juntamente la eterna materia en estado informe. Las relaciones de Dios con el mundo eran las de ordenador, y podemos decir, las del artista para con su obra, él plas-maba, sí, la materia, la daba forma según el modelo de las ideas arquetipas, pero no la daba el ser, no la creaba.

Aristóteles aún concedía menos atribuciones a la divinidad.

1 Dic. Apol. Jaugey, ar. Crea.

Defensor de la materia y forma substancial como constitutivo de los seres compuestos, al predicar la eternidad de la materia independiente de Dios, la concibe en estado completo, sin que ninguno de los elementos constituyentes dependa de otro. «Según él, no ha necesitado el mundo de la acción divina, ni para existir, ni para alcanzar forma y ordenación». (1) Las relaciones de la divinidad con el mundo son las del maquinista con la locomotora; las de mero impulsor; existía el mundo pero sin movimiento, en eterno reposo; necesitaba de alguien que le pusiera en marcha, y ese alguien es Dios, el cual imprime el movimiento a la manivela de la máquina mundial. A diferencia, sin embargo, del mecánico, y en esto le es muy inferior, que libremente acelera, retarda o corta el movimiento, Dios lo produce necesaria, y al mismo tiempo inconscientemente, de un modo automático.

En los modernos tiempos, Stuart Mill ha renovado en parte las antiguas y anticuadas doctrinas cosmogónicas. Dios, según él, no formó, sólo dispuso, la materia lo mejor que pudo ante la resistencia que ésta presentó a la acción divina. (2)

Doctrinas son estas que repugnan igualmente a la razón que a las leyes físicas. Si el mundo es eterno e imparticipado tiene que ser infinito e inmutable, tiene que excluir la existencia de otro ser que no sea él mismo.

«Si por evitar el absurdo [del panteísmo], escribe el citado Mella, se afirma plenamente lo infinito, no como parte en que aumenta y se degrada, ni como atributo de un sujeto que tiene otros contrarios, sino como ser absoluto, que existe esencialmente y que posee todas las perfecciones posibles, y al mismo tiempo se afirma el mundo exterior en que nosotros vivimos como coeterno, los dos existirán por sí y serán por este respecto infinitos, y como los dos, por no deberse el ser y tener independencia recíproca se limitan, serán a la vez finitos e infinitos, es decir, contradictorios» (3), y como lo contradictorio es inadmisibles, inadmisibles es la doctrina de las relaciones paralelas y de identidad, la dualista y la monística.

Por eso los PP. del Vaticano, no satisfechos con rechazar ne-

1 C. Hermann V. L. C. I. III, c. III.

2 Jaugey L. C.

3 L. C.

gativamente y de modo indirecto toda clase de panteísmo, condenándolo directamente, decían: «Anatema a quien afirmare que no hay sino una sola substancia, y que es una misma la esencia de Dios y de todas las cosas. Al que defendiere que los seres finitos, sean corporales o espirituales, o los espirituales al menos, han emanado de la esencia divina, o que la esencia divina manifestándose y desenvolviéndose, da origen a todas las cosas; o, en fin, que Dios es el ser universal e indefinido, que, determinándose a sí mismo, constituye la universalidad de los seres, distintos unos de otros según los géneros, las especies y los individuos.» (1)

Si el mundo fuese eterno, rigiéndose por la ley de sucesión, el número de rotaciones y movimientos habría llegado ya hace tiempo al infinito, y ¿quién puede concebir la serie infinita de alteraciones? Además, por el mero hecho de ser sucesivas no pueden existir juntas, y son numerables, y el infinito excluye toda numeración. (2) Lo que se dice de los movimientos es aplicable a la actividad. Y ¿hay algo más contrario a razón?

Desde que las observaciones de Roberto Clausius analizaron las diferentes fases de la energía y pudieron precisar la falta de reversibilidad en las diferentes transformaciones, se ha llegado a aceptar como postulado: «que siempre en todo gasto de energía hay alguna pérdida, algo que desaparece o disipa, o bien, mucho que transformándose en una energía inferior, gastada o muerta, no es reversible a la ley que rige, a la energía disponible o para gastar» (3), o dicho por otras palabras; que el mundo está regido por la ley de la entropía. Según esta ley, en el universo todo tiende al equilibrio o reposo energético, y como es también un axioma físico que: la energía en reposo no se pone en movimiento por sí misma, sino «que una vez que la energía ha llegado realmente al estado de reposo, ella, advierte W. Oswald, permanece real y de un modo permanente en este estado. En otros términos; una vez que los cambios temporales han cesado en un sistema cualquiera, han cesado *para siempre*, al menos que una energía del exterior no se traiga o aplique a este sistema.» (4)

1 L. C., can. 3-4.

2 Cfr. Balmes, L. C. I. VIII, c. XIV.

3 Rodríguez, L. C. T. I., c. V, § 2.

4 *La energía*, p. 150, 3.^a ed. Paris 1911.

En la doctrina de la eternidad del mundo exterior existente por sí mismo, ¿cuánto tiempo haría que el «mecanismo colosal» del universo se hubiera desgastado?; ¿cuánto que la fúlgida luz del sol, la plateada de la luna, la oscilante de las estrellas hubiérase apagado para nunca más resplandecer?; cuánto que «los limpidos manantiales *que* tienden en las soledades de los bosques brillantes espejos guarnecidos con marcos de verde ramaje, los riachuelos *que* en canoro y acompasado murmullo descienden desde las colinas, los pequeños ríos *que* aportan sus plateadas aguas a los ríos grandes para penetrar juntos en majestuoso curso en el insaciable abismo de los mares, el flujo y reflujo *que* columpian de uno a otro continente la pesada e insondable masa de aguas que obedecen al impulso de la atracción celeste» (1) hubiéranse detenido, y el carmesí y esmeralda conque la naturaleza se engalana hubiera perdido sus encantos y todo se hubiera reducido al eterno silencio? La física demuestra que la energía del universo es finita, y como la energía es la medida del sujeto, el mundo no puede ser infinito, eterno.

Lo que la física demuestra, confirman la geología y paleontología. Según las observaciones de la primera, nuestro planeta, que es el mejor estudiado, tendrá de existencia; para Doly un millón de siglos, para Geikie de 120 a 1.000 millones de años, para Lord Kelwin de 20 a 40 millones, Darwin calcula su existencia en 56 millones, en 400 millones Rutherford (2), y otros geólogos señalan diversos tiempos; pero en medio de las divergencias accidentales todos fijan un periodo determinado como el inicio de su existencia. La paleontología enseña que los seres son de fecha relativamente muy reciente y que su aparición es sucesiva y gradual. ¿Donde está, pues, la eternidad?

La Iglesia a su vez, en conformidad con la Escritura, definió que la aparición del universo se verificó cuando el *prius* y el *posterius* empezaron a ser la medida de lo existente; al principio del tiempo, decía el IV. C. de Letrán. (3)

Descartadas por erróneas las hipótesis de identidad y paralelismo entre los seres finitos y el infinito, y teniendo, no obstante que admitir alguna, quedará sólo una tercera: ¿cual es ésta? El

1 Flamarión, *Dios en la naturaleza*, Biblio. interna. de obras famosas. T. XXII.

2 Conf. de D. Pablo Fábregas, Madrid 1911, apud Rodrí. L. C. p. 144.

3 Dencinger-Banwarl, n. 428. C. Vat. Se. III, c. 1.

eminente Mella la precisa de un modo admirable; «no existe, dice, el infinito solo, puesto que existe actualmente el mundo finito, compuesto de seres finitos como nosotros; no puede existir un infinito desarrollado y limitado en lo finito; no puede existir un ser finito por sí mismo y porque sería eterno y absoluto; no puede existir el infinito dual de dos seres coeternos; luego no existe realidad alguna, y aun el negarla es contradictorio, pues la negación supone cuando menos la realidad del que niega, o hay que concluir que existe el ser infinito y el finito, no como evolución y sujeto que tenga la infinidad como atributo, sino como *efecto* producido por su acción». (1) Es decir, que la única relación admisible entre lo relativo y absoluto será la de *dependencia*, como es la del efecto para con su causa.

El universo tiene, pues, su fuente en la Divinidad; de ella brota y no siendo por emanación, ni por una acción necesaria, porque en este caso implicaría todas las contradicciones enumeradas, es producido por una acción libre y omnipotente de la voluntad divina, que le hace pasar de la nada, o mejor, de la posibilidad, a la existencia mediante la acción creativa. (2) Así quedan relacionados los dos extremos; el contingente y el necesario, y afirmada la unidad más admirable, que sin convertir ni identificar los miembros, como hace el panteísmo, une lo finito con lo infinito y al mismo tiempo conserva la variedad que la naturaleza de cada uno exige. Este es el *monismo* más perfecto que darse puede, sin envolver contradicción alguna.

Dios, fontanal de infinita perfección no puede desligarse de su obra una vez creada, ni esta puede separarse de él un solo instante; aquel en que, por una ficción mental, los ideáramos disgregados, sería el de la anihilación de los seres, como lo es de la luz voltáica el instante en que se corta la corriente eléctrica. El universo saliendo de Dios por un acto de creación, y, en Dios en-

1 L. C.

2 No dejaremos de advertir que el concepto de creación jamás ha sido comprendido clara y distintamente por la filosofía heterodoxa; será ello, como nota Schanz, porque «la explicación de este concepto antes pertenece al conocimiento religioso que al natural». por eso «ningún filósofo ha podido aprender, sin la ayuda de la Revelación, esa verdad racional en toda su pureza.» Este «dogma fundamental de la fé» puede calificarse de «axioma evidente de la pura razón no turbada por imágenes sensibles o prejuicios heredados»; pero debe concederse que, a falta de analogía, es un «concepto racional puro y enteramente exclusivo», que sólo en la fé adquiere su plena certeza». Apol., part. I, T. II, c. XV. n. 1.

lazando la multiplicidad de hilos que tejen la complicada red del mundo, una en su inicio, matizada en sí misma y reducida nuevamente a la unidad en su fin; de Dios brotando, en la virtud divina descansando y en Dios terminando, como los ríos en el abismo oceánico del que primero nacieron. ¿No es esta la admirable síntesis que extasiaba la privilegiada inteligencia del Marqués de Valdegamas?; ¿no es ella la que le inspiró las sublimes páginas del «Ensayo sobre el catolicismo»? «En la esencia divina están, escribía, de una manera inenarrable e incomprensible, las leyes de la creación y los ejemplares de todas las cosas. Todo ha sido hecho a su imagen: por eso la creación es una y varia. La palabra *universo*, tanto quiere decir como unidad y variedad juntas en uno, (1) y como quiera que la suprema armonía consiste en que la unidad, de donde toda variedad nace y en la que toda variedad se resuelve, se muestre siempre idéntica a sí misma en todas sus manifestaciones, de aquí es que una misma es siempre la ley en virtud de la cual se hace uno todo lo que es vario; el amor omnipotente de Dios» (2) Esta es la concepción que esplende sus fulgores por doquier, la única sublime, grandiosa, digna de Dios y de la criatura igualmente. Y ésta la doctrina que siempre ha profesado la Iglesia Católica.

Es en la primera página de la narración mosaica, de la que dice Juan Pablo, que tiene más importancia que todos los libros en folio de los naturalistas y filósofos, «puesto que ella es, añade Hettinger, la base no sólo de toda la revelación, sino también de nuestro modo de ver a Dios y al mundo, y separa de ese modo profundamente nuestra ciencia de la mitología de los pueblos, y de los sistemas y delirios de los filósofos antiguos y modernos», (3) donde antes que en ninguna otra parte se escribió: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra»: (4) Desde aquel entonces el pueblo de Dios siempre afirmó la creación del mundo como se exponía en las páginas mosaicas. Y la Iglesia, que junto con las enseñanzas de Jesucristo recogió las de la *antigua ley*,

1 L. C. l. I, c. II.

2 L. C. c. IV.

3 Apol. del Crist. Conf. XXI.

4 Gen. I 1. Algunas dificultades han presentado a la interpretación de este pasaje. Cfr. Fr. Valentinus, L. C. *De Deo creatore*, q. XXII, n. 647, pero el común sentir de los exégetas la ha interpretado conforme al significado que damos en el texto.

desde el primer instante de su nacimiento en la era de gracia, la ha propugnado por medio de las definiciones de sus Concilios y de la doctrina de sus escritores.

«Ante todo has de creer, escribía ya Hermas, que hay un solo Dios, el cual ha creado y perfeccionado todas las cosas y de la nada formó todos los seres (1) «Un Dios existe, decía Tertuliano, que crió de la nada la gigantesca mole que desfila ante nuestra vista, con la variedad de las perfecciones que la integran, para ostentación y gloria de su majestad» (2) Orígenes, recogiendo las corrientes tradicionales escribía: «Las verdades que se nos transmiten por la predicación apostólica son varias, entre las cuales ocupa el primer lugar la de que hay un solo Dios, que creó y formó todo cuanto existe, y el cual, como nada existiera, hizo que todo recibiera el ser» (3) La doctrina patrística es unánime en este punto; si alguna vez algún padre de la Iglesia parece expresarse con menos claridad, se ha de tener presente, como advierten el Cardenal Mazzella y el sabio Arzobispo, Fr. Valentín Zubizarreta (4), que muy lejos de asentir los escritores eclesiásticos a la doctrina de los gentiles y negar la creación, se sirvieron de ciertas locuciones que precisaban mejor la cuestión en circunstancias determinadas, según que se refirieran a la causa, que impropriamente pudiéramos llamar material del mundo, a la eficiente, o a la formación decorativa.

Ni se dieron por satisfechos con afirmar la creación sino que directamente refutaron los errores panteístas, y así, con la sátira y lógica que le caracterizaba decía Lactancio: «Si Dios es mundo e inmortales son sus propiedades y las partes que le componen; luego el hombre es Dios; porque afirmáis que es parte del universo. Si el hombre, luego también son Dios los asnos, las ovejas, y todo género de bestias, y las aves y los peces; porque todas ellas igualmente sienten y son partes del mundo. Esto es admisible, pues todas estas cosas adoran los egipcios. Y siguiendo el raciocinio habremos de afirmar que son dioses las ranas, los mosquitos, las hormigas dado caso que disfrutan de sentidos y forman parte del mundo. Así es, concluye

1 Pas., Mand. l. 1, c. 1. MG 2, 914.

2 Apol., n. 17; ML 1, 451-452.

3 Princ. praef. n. 4, MG 11, 117.

4 *De Deo creante*, Disp. I, n. 55 y sig., y L. C. q. XXII, n. 647.

el apologista cristiano, cómo la argumentación fundada en falsos principios, alcanza absurdos y necios triunfos.» (1)

Todas las cosas, decía S. Agustín refutando el panteísmo emanatista, han sido *hechas*; no las engendró de sí mismo para que fueran lo que es él, sino que las hizo de la nada a fin de que no se identificaran, ni con él, de quien fueron hechas, ni con su Verbo, por quien recibieron el ser.» (2) El mismo doctor escribía contra la doctrina dualista: «Cuando algunos afirman que existe una naturaleza, no creada por Dios Omnipotente, y que de ella como de una cantera sacó los materiales para la formación del universo... de tal modo coartan su perfección y restringen su potencialidad que le creen impotente para hacer el mundo si no es sirviéndose de otra naturaleza subsistente e independiente de la suya.» (3) «¿Qué tiene de extraordinario y maravilloso, exclamaba S. Teófilo, si Dios hiciera el mundo de una materia preexistente? Los artistas de la tierra cuando con materiales adecuados cuentan, modelan primorosamente sus concepciones. La potencia de Dios ha de demostrar su grandeza en que de la nada haga cuanto pluguiere a su voluntad.» (4) S. Juan Crisóstomo condenaba la doctrina de la materia increada con las siguientes palabras: «Si algún maniqueo, marcionita o valentiniano se aproximare a tí diciéndote que la materia siempre ha existido respóndele con las palabras de la Escritura: En el principio creó Dios el cielo y la tierra.» (5) Esta unanimidad que nos ofrecen los doctores de la Iglesia era el reflejo de la doctrina eclesiástica.

«Al poner los ojos en el espectáculo que nos presenta la historia, el hombre no alumbrado con lumbre de fe, decía el Marqués de Valdegamas, va a parar forzosamente a uno de estos dos maniqueísmos: al antiguo que consiste en afirmar que hay un principio del bien y otro del mal, que esos principios están encarnados en dos dioses, entre los cuales no hay más ley que la guerra; o al proudhoniano, que consiste en afirmar que Dios es el mal, que el hombre es el bien, que el poder humano y el divino son dos poderes rivales, y que el único deber del hombre es

1 De Inst. I. II, c. VI; ML 6, 282-285.

2 De Gen. contra Mani., I. I, c. II, n.º 4; ML 54, 175.

3 De fide et simb. c. I; ML 40, 181.

4 Ad Autol. I. II, n.º 4, ope. S. Justin MG 6, 1091.

5 In cap. I, Gen., hom. II, n.º 3; MG 55, 29-30.

vencer a Dios enemigo del hombre.» (1) Incumbencia de la Iglesia católica, mensajera divina, era el hacer desaparecer la falsa concepción maniqueísta de la antigüedad, como hoy la moderna, que se trasparentaba más o menos claramente en todas las filosofías, y de las escuelas había llegado a las íntimas capas sociales. Las afirmaciones paganas tenían que ser destruidas con afirmaciones divinas, sencillas y claras. Esto es lo que hizo la Iglesia desde que apareció en el mundo.

En el mismo lugar que siglos antes pronunciara Demóstenes sus filípicas, sobre el cerro de Marte (2), en el Areópago ateniense y en medio de los filósofos de la Grecia, levantaba el Apóstol de las Gentes su vibrante voz hablando, con gran admiración del sabio auditorio, del *IGNOTO DEO, que hizo el mundo y cuantas cosas en él hay*. (3) El Símbolo de los Apóstoles formuló la doctrina dogmática en unas cuantas palabras, tan notables, dice Hettinger, por la claridad de los términos, como por la profundidad del pensamiento. (4) «Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra». Esta misma fórmula con alguna pequeña adición explicativa se encuentra en el Niceno-Constantinopolitano: «Creo en un Dios Padre omnipotente, hacedor del cielo y de la tierra, de todo lo visible e invisible» La misma empleaban los PP. del primer Concilio Toledano (5); y los del IV Lateranense decían: «Firmemente creemos y confesamos que existe un solo Dios verdadero; Creador de todas las cosas visibles e invisibles, corporales y espirituales, el que por su omnipotente virtud sacó de la nada, desde el principio de los tiempos, los dos órdenes de criaturas espirituales y corporales, angélicas y terrenas y en último término la humana, como lazo que une los dos órdenes, compuesta de alma y cuerpo». (6)

En nuestros días el C. Vaticano ha repetido la misma fórmula, pero adaptándola a las circunstancias de la época, no en cuanto que la haya alterado, pues, el dogma es como Dios, inalterable, sino sirviéndose de las expresiones que reclaman las doctrinas heterodoxas. A la concepción monística se unía la de la negación del orden teleológico y la de la libertad divina en sus ope-

1 L. C. I. II, c. III

2 Cfr. Valbuena Arqueo. Gre. Latí. T. II, I. V, c. IV.

3 Act. XVII, 24.

4 L. C.

5 Denzinger Wan. n.º 10, nota.

6 Denzinger Wan. L. C.

raciones extrínsecas; a unas y a otras había de combatir; por eso, después de condenar directamente todo género de panteísmo, afirma el dogma católico en toda su extensión. «La Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, dice, cree y confiesa que hay un solo Dios verdadero y vivo Creador y Señor del cielo y de la tierra, omnipotente», etc., con todos los atributos que antes mencionamos... «Este único y verdadero Dios, por su bondad y omnipotencia, mediante un acto libérrimo de su voluntad, desde el principio del tiempo formó de la nada dos naturalezas la espiritual y la corporal, esto es, la angélica y la terrena y luego al hombre compuesto de las dos haciendo un todo común, y las formó no para adquirir o acrecentar su beatitud sino para manifestar sus perfecciones en los bienes que imparte a la criatura. Si alguien dijere que no hay un solo Dios verdadero Criador de lo visible e invisible; o no confesare que el mundo y cuantas cosas en él existen, son creadas por Dios de la nada en toda su substancialidad, o dijere que no lo hizo por un acto de volición libre, exento de toda necesidad, sino tan necesariamente como se ama a sí mismo, sea anatema.» (1)

He aquí la relación que, según la Iglesia y la sana razón, dice el universo con la Divinidad, y ésta con el universo.

Lo escrito, hasta aquí no se extiende a la totalidad de la relación, sólo comprende una parte, la de dependencia que el mundo tiene de Dios como principio del cual procede; y esto no es suficiente para explicar la obra de la creación. Las *divinas* inmaculadas de Murillo y las melódicas composiciones de Palestrina nos hablan de algo más que de una híbrida concepción, nos hablan de arte genial ordenado a un fin determinado, y esta finalidad la vemos surgiendo no de las notas musicales o de los coloridos del lienzo, sino de la mente de los artistas; la relación que con ellos dice la obra es de finalidad, amen de la de origen. En el universo todo nos habla igualmente de teleología; sólo la obra por antonomasia, la producción de la inteligencia infinita ¿carecería de fin? La filosofía panteísta pretende sostener semejante afirmación, pero es de tal naturaleza el aserto que podemos decir de él lo que Donoso Cortés decía de la afirmación

1 Ses. 5.^a c. 1, can. 1-5.

proudhoniana: que ni aun siquiera llega a ser absurdo, porque falta el ingenio del absurdo y no reviste su majestad. (1)

Cuando el panteísta pronuncia esa palabra, ¿llena su oquedad con algún significado?, ¿es la representación del verbo de su inteligencia? Pues entonces inútil decir que carece de finalidad; la negación se convierte en afirmación necesariamente, y cuanto mayor sea el empeño en privar de finalidad al acto psíquico reflejado en la palabra hablada o escrita más categórica será la afirmación de finalidad: ¿no pretende convencer a su adversario? Y si la palabra de la inteligencia limitada lleva la finalidad en su misma naturaleza, ¿cómo se quiere que la palabra divina, aun en la doctrina panteística, carezca de significación y no envuelva relación de fin?

«¿Cuál es el fin de la obra de Dios? «De ese universo que en todas direcciones nos rodea, decía Flamarión un día después de haber contemplado las maravillas de la creación, no conoce el hombre casi nada, por más que en su orgullo crea conocerlo todo, al paso que por otra parte emplea su vida en muy diferentes preocupaciones; antes de la creación del hombre, todas esas armonías universales se ostentaban con la misma pompa con que hoy se verifican. ¿Para quién eran? ¿Qué objeto tenían? ¡Todo esto existía antes que él! ¡Todo esto existirá tal vez sin él! ¡Todo esto existirá después de él! ¿Para qué está aquí esa admirable creación? ¿Por qué mi pensamiento al sondear abismo tan profundo no recibe ninguna respuesta? ¿Con qué fin crió Dios esta tierra y la multitud infinita de otros mundos que vemos mecerse en el espacio? ¿Y por qué viendo la inquietud anhelante de mi alma la deja el Criador abandonada a sí misma y a su impotencia, en los abismos de la ignorancia, de la propia suerte que si el Criador desconociese de todo punto este pensamiento, que se ve tratado como un granito infinitesimal de polvo agitado y transportado violentamente de una a otra parte, o como una gota de agua que se pierde en el río que discurre debajo de mis pies? ¿Por qué existe todo esto? ¿Para qué sirve todo esto; qué puede importarle al gran Dios que haya un solo mundo o millares de ellos o nada? Permitásenos que repitamos una vez más estas preguntas: ¿cuál es el fin de esta obra asombrosa? ¿a

1 L. C. I. II, c. III.

quién y para qué sirve?, y ¡por qué, Dios mio! por qué la creación existe?» (1)

Hemos alargado un poco la cita porque las nostalgias del astrónomo francés son las que se escuchan en los escritos que no tienen por norma la revelación. ¿Cuál es el fin de la prodigiosa obra de la creación? Dios mismo. La doctrina que niega la verdad de esta proposición es ateísta, niega la existencia de la divinidad; porque o supone que la creación no es creación sino evolución materialista, y entonces Dios no existe, como ya se ha demostrado, o admite la creación como obra libre de una suprema inteligencia operando con fin determinado el cual es concebido en el Verbo interno con prioridad a la plasmación de la obra, y entonces si Dios no fuera el fin de su propia obra, estaría subordinado a otro que no fuera él mismo; y un Dios subordinado, dependiente, es un Dios limitado, finito, y semejante divinidad no es Dios. O Dios, pues, no existe, o admitiendo su existencia hay que confesar que la infinitud de la misma exige ser la última finalidad de la creación.

Sin embargo, esta doctrina, objeta la filosofía kantiana, y con ella otras muchas, implica igualmente la negación de la divinidad, por lo que se hace inadmisibile, pues que atribuye a Dios fines egoístas, lo cual es incompatible con la infinita perfección.

Poco habían meditado Kant y sus prosélitos cuando hacían semejante objeción. Ya el Angel de las escuelas había resuelto la dificultad: «Todos los seres imperfectos, dice, siendo a la vez activos y pasivos deben proporcionarse en sus operaciones la adquisición de alguna cosa; pero la causa primera que está toda ella en acto, no puede pretender la adquisición de ningún bien. Lo que se propone, sí, es comunicar su propia perfección, que es su bondad. Así que la bondad de Dios es el fin de todas las cosas. Y así se ve que Dios es enteramente desinteresado en sus dones, pues nada hace por su utilidad, sino que obra siempre a impulsos de su bondad.» (2) El Concilio Vaticano expresó esta doctrina con más claridad y precisión. «Dios, dice, al formar el mundo de la nada por un acto de su libre voluntad, no lo hizo *para adquirir o acrecentar su beatitud, sino para manifestar*

1 L. C., y en su obra *Dios en la naturaleza* l. V.

2 1.^a p. q. 44, a. IV.

su perfección en los bienes conque enriqueció a las criaturas. Si alguno, pues, dijere que el mundo no fué creado *para manifestar la gloria de Dios*, sea anatematizado.» (1)

La obra divina no podía tener otro fin más sublime, ni Dios podía asignarle otro más noble y que tanto la dignificara; *mecerse* eternamente en Dios, eternamente cantar su munificencia y su gloria. «Conviene observar, dice a este propósito el insigne publicista tantas veces citado, que toda la belleza de la creación consiste en que cada cosa es en sí como un reflejo de algunas de las perfecciones divinas; de tal manera, que todas juntas son un fiel traslado de su belleza soberana. Por esta razón, desde el globo encendido que ilumina los espacios hasta el humilde lirio que está como olvidado en el valle; y desde mucho más abajo de los valles que se coronan de lirios, hasta muy por encima de los cielos en donde resplandecen los globos, todas las criaturas, cada cual a su manera, se cuentan unas a otras las maravillas del Señor, atestiguan consigo mismas sus inefables perfecciones, y cantan con su cántico sin fin sus excelencias y sus glorias. Los cielos cantan su omnipotencia, sus grandezas los mares, la tierra su fecundidad, las nubes con sus altísimos promontorios figuran la peana en que descansa su pie. El relámpago es su voluntad, el trueno su voz, el rayo su palabra. El está en los abismos con su sublime silencio, y con su ira sublime en los huracanes bramadores y en los torbellinos tempestuosos. *El nos pintó*, dicen las flores de los campos: *El me dió*, dicen los cielos, *mis bóvedas espléndidas*; y las estrellas: *Nosotros somos centellas* caídas de su resplandeciente vestidura; y el ángel y el hombre: *Al pasar por delante de nosotros su hermosísima y gloriosísima y perfectísima figura quedó en nosotros estampada*». (2) He ahí el fin del Universo que por todas partes nos rodea: cantar las glorias de la majestad infinita. ¿Qué importa que el espectador apareciera en la escena al principio de la melodía o cuando ya había empezado?; ¿qué importa que no perciba con toda claridad los dulces acentos? Allí donde el órgano fisiológico nada oye, la inteligencia se recrea en extáticas armonías.

De las relaciones mencionadas dedúcese una tercera, que sin distinguirse de las dos no se identifica con ellas y es un corola-

1 L. C. can 5.

2 L. C., c. VII.

rio de ambas. Corolario que combatido acerbamente por la filosofía deísta, se ha hecho patrimonio del vulgo, y a él se alude en las nostálgicas aspiraciones de Flamarión. ¿Qué puede importarle al gran Dios que haya un solo mundo o millares de ellos o nada? Dios plasmó su obra, después ésta continúa su evolución y desarrollo sin ocuparse ella de Dios, ni Dios de ella; las acciones de las criaturas ninguna relación dicen para con el Criador.

Y ¿cómo puede defenderse semejante teoría afirmando la creación y admitiendo la finalidad? Si la criatura ha recibido la existencia substancial en su totalidad, si la razón de su existir se encuentra en Dios, ¿cómo podrá subsistir sino es recibiendo en todos los instantes la virtud del Altísimo? La acción conservativa es la misma creativa que continúa actuando a través de la existencia. Y si Dios conserva las cosas e interviene en su desarrollo; ¿puede negarse la acción gubernativa y providencial? ¿Qué significa en ese caso la prestación de la virtud, la conservación? Cualquiera de los dos términos que se recuse nos lleva al ateísmo. Si Dios no tiene providencia del universo, no le conserva; si no le conserva es porque no le ha creado, y si no le ha creado, ¿dónde está la Divinidad?

A la misma conclusión se llega analizando la relación de finalidad. Todo en la creación tiene un fin determinado, y tan esencial es, que nada puede concebirse sin él; si no puede concebirse sin él, luego no habrá un solo instante que de él carezca; si no puede carecer de él la naturaleza, tampoco podrá carecer la actividad de la misma, pues no es otra cosa que la potencia puesta en acto y ordenándose al fin preestablecido. ¿Qué son las acciones sino otros tantos pasos que la conducen al término?, ¿qué, si no la realización del fin?, ¿los medios con que se alcanza? ¿Y no se verifica todo esto en virtud de la finalidad establecida por la sabiduría creativa? Ahora bien; ¿qué es la providencia sino el mismo acto intelectual de la causa eficiente que ordena la obra al fin preconcebido? Decir por tanto, que Dios no se ocupa de la marcha del universo y de las acciones de las criaturas, que no existe la relación de dependencia actual, es afirmar que el mundo no se ordena a su fin; si a él no se ordena es porque carece de él; si carece de fin no ha sido creado por inteligencia suprema, no existe Dios. Y como esto, hemos visto, que es inadmissible; luego afirmando la existencia de un Dios criador, hay que afirmar junto con las relaciones de causalidad y finalidad, la de

dependencia actual, la acción providencial. Nada puede salir de la esfera divina.

No se da, no puede darse la casualidad. «La creación es a manera de un círculo; Dios es, bajo un punto de vista, su centro; bajo otro punto de vista su circunferencia: como centro lo atrae; como circunferencia lo contiene. Nada está fuera de ese continente universal: todo obedece a esa atracción irresistible» (1).

La Iglesia en breves frases expuso la doctrina providencialista; el inmortal Pío IX anatematizó la filosofía contraria en la siguiente proposición del *Syllabus*: «Se ha de negar toda intervención divina en las acciones del hombre y en la marcha del mundo» (2) El Concilio Vaticano dijo: «Cuanto Dios ha formado de la nada, lo custodia y lo gobierna con su amorosa y omnipotente providencia que alcanza del uno al otro polo, aun las acciones futuras que dependen de la libre voluntad del hombre, pues todo está patente a sus divinos ojos» (3).

Así es como la doctrina católica cierra el ciclo de la grandiosa obra que se presenta llena de misterios a las inteligencias no iluminadas por la fe.

1 Mella, L. C.

2 *prop.*, 2.^a

3 L. C. c. 1.

ARTICULO II

LA TEORÍA ESPIRITISTA

¿QUÉ DICE EL ESPIRITISMO?—NÚCLEO DE LA CUESTIÓN.—APLICACIÓN DE POSTULADOS.—JAKSON DAVIS Y LOS SUYOS.—ALLAN-K.—SU DOCTRINA CREACIONISTA.—PARECE QUE NO ES.—NO HAY LUGAR A DUDA RACIONAL.—EL PRESIDENTE DE UN CONGRESO.—PANTEÍSMO DE LOS ESPIRITISTAS.—PRUEBAS QUE ALGO VALEN.—PERIODOS DE ACTIVIDAD Y DE REPOSO.—MRS. BESANT.—M. SORIANO.—Q. LÓPEZ.—EL SR. MONTERDE.—ORDEN PROVIDENCIALISTA Y TELEOLÓGICO.—VESTIDO AJENO.—LA FORMACIÓN DE NUESTRO PLANETA.

¿Qué opina el espiritismo en la cuestión de relaciones entre el mundo de lo finito y el de lo infinito? ¿Las afirma o las niega? «La solidaridad, dice un entusiasta espírita, que une a todos los seres no tiene otro centro que esta Unidad universal y divina; todas las relaciones vienen a parar a ella para fundirse y armonizarse». (1) Los prosélitos del ocultismo admiten, pues, las relaciones entre lo relativo y lo absoluto; mas esto no es decir nada.

¿Qué género de relación es la que existe? ¿Es relación de identidad, que admite distinción numérica aseverando la igualdad específica?; ¿es relación paralela con la coexistencia de los sujetos, sin subordinación substancial?, ¿o es la relación de causalidad y finalidad?

Aquí se encuentra el núcleo de la cuestión. El espiritismo, ¿defiende las relaciones panteístas, abrazándose con el ateísmo

1 León Denis, L. C. p. 259.

real, o las relaciones teístas con la Iglesia católica? «La filosofía espiritista, dice Fernando Ortiz, arranca de la existencia de un Sér supremo, Dios,—creador de todas las cosas». (1) Este parecer del profesor lombrosista de la Universidad de la Habana, que sin declararse espiritista lo parece, como se vé, atribuye al espiritismo la relación de dependencia; pero dar por buena esta apreciación sería muy erróneo, por lo que el lector ya ha visto, e irá viendo en el decurso de la obra.

La lógica de los pasados capítulos nos ha llevado a reconocer el panteísmo en la teología espiritista; ahora bien, si al tratar del vínculo que une a los extremos, aplicamos sus postulados, ¿cuál será la conclusión? Queremos, sin embargo, olvidarlos como parece que los olvidan los defensores de la ciencia oculta, al pasar de uno a otro capítulo y aun de una a otra línea, y mirar la cuestión en sí misma escuchando lo que dicen los propios espiritistas.

Para Jakson Davis y sus prosélitos las únicas relaciones posibles son las de identidad. Mister Andreas no admite la creación, en su filosofía no cabe el Dios personal; la divinidad existente es un Dios abstracto integrado por las múltiples partes que componen el universo. Todos los elementos que pueblan los espacios son manifestaciones y partes esenciales de la naturaleza divina, están relacionadas entre sí como los miembros del organismo humano y como las moléculas de una gota de agua. Ninguna dependencia pueden tener las unas de las otras supuesto que todas se encuentran en el mismo plano. Nada se crea ni se causa; si es verdad que no todo aparece a la existencia en el mismo instante, no es por razón de dependencia. La noche y el día vienen una en pos de otra y no por eso implican dependencia intrínseca. Cuanto sucede obedece a la evolución fatalista; es la única ley que existe por sí misma, a ella está sujeta la Divinidad-Universo. Todo es Dios y Dios es nada en la filosofía de Davis, y como el universo es Dios, lejos de constituir una realidad será también pura abstracción. ¿Qué pensar de semejante doctrina espiritista?

Los *espíritus* de Allan-K., contrarios sin duda a los de Jakson, se encargarán de responder. «¿Qué ha de pensarse, se pregunta Allan, de la opinión según la cual todos los cuerpos de la natu-

1 La filosofía penal de los espiritistas, §. 2.

raleza, todos los seres y todos los globos del universo son partes de la Divinidad, constituyendo en conjunto la misma Divinidad, o de otro modo, qué ha de pensarse de la doctrina panteísta? Que «no pudiendo el hombre hacerse Dios, quiere por lo menos ser una parte de Dios». A lo que se le objeta: «Siendo infinitos los mundos, Dios es por la misma razón infinito; no existiendo en ninguna parte el vacío o la nada, Dios está en todas partes; estando Dios en todas partes, porque todo es parte integrante suya, da una razón de ser inteligente a todos los fenómenos de la naturaleza. ¿Qué puede oponerse a este raciocinio? La razón, responde; reflexionad detenidamente, y no os será difícil reconocer el absurdo. Esta doctrina, añade Kardec, hace de Dios un ser material que... sería en grande lo que en pequeño somos nosotros, no tendría estabilidad; estaría sujeto a todas las vicisitudes, carecería de la inmutabilidad. Las propiedades de la materia no pueden conciliarse con la idea de Dios. Este sistema está en contradicción con las más esenciales propiedades de la Divinidad. Confunde al Criador con la criatura. La inteligencia de Dios se revela en sus obras, como la del pintor en el cuadro; pero tan lejos están de ser las obras de Dios el mismo Dios, como está de ser el cuadro el pintor que lo concibió y ejecutó». (1)

Ya tenemos el autagonismo espírita en uno de los puntos fundamentales. Allan-Kardec rechaza por absurda, y tiene razón, la concepción panteísta de Davis; no reconoce esta la relación de dependencia, y Kardec la afirma; aquel se declara anticreacionista y este *parece* defensor acérrimo de la creación. ¿Es cierto empero que los secuaces de Allan-Kardec, capitaneados por su maestro, defienden la idea creacionista, o más bien son locuciones vanas, para que sirvan de anzuelo, e involucren el panteísmo y dualismo que encierran?

El corifeo espírita pregunta a este propósito: «Ha sido creado el universo, o bien es eterno como Dios. No cabe duda, dice, de que no ha podido hacerse por sí solo, y si fuese eterno como Dios, no sería obra de Dios. La razón nos dice que el universo no ha podido hacerse a sí mismo y que, no pudiendo ser obra del acaso, debe serlo de Dios». (2) La misma doctrina expone en otros lugares de sus obras; en las Póstumas escribe: «No

1 El lib. de los esp. n. 15-16.

2 L. C. n. 57.

hay efecto sin causa. Continuamente vemos una multitud innumerable de efectos cuya causa no está en la humanidad, puesto que esta es impotente para producirlos y aun para explicarlos; la causa está, pues, por encima de la humanidad. Estos efectos no se producen al acaso, fortuitamente y sin orden: desde la organización del más pequeño insecto y de la más diminuta semilla, hasta la ley que gobierna a los mundos que circulan por el espacio, todo indica un pensamiento, una combinación, previsión y solicitud que supera a todas las concepciones humanas. Por lo tanto esta causa es soberanamente inteligente. Todo enseña que Dios es el autor de todas las cosas». (1)

De las palabras copiadas y de otras similares que se leen en los escritos de Rivail, parece deducirse palmariamente el concepto creacionista, con las relaciones de verdadera dependencia; parecer que se firma con lo que dice al tratar del modo de la creación. Pregunta Kardec: «¿Cómo creó Dios el universo? Y se contesta: «Para servirme de una expresión: con su voluntad. Nada pinta mejor esa voluntad omnipotente que estas bellas palabras del Génesis: Dijo Dios: Hágase la luz y la luz fué hecha». (2) Tenemos, pues, al universo saliendo de Dios y saliendo por un acto de su voluntad; ¿qué más se desea para la verdadera comprensión de las relaciones creacionistas?

No obstante, lejos de presentarse diáfano el pensamiento del gran espiritista, seguimos poniendo en duda la claridad que ofrecen sus palabras; véase por qué. El universo, en la teología de Allán, brota de Dios por un acto de su voluntad; pero este acto ¿obedece a una libre determinación, como afirma la doctrina católica, o está impulsado por la necesidad, y es una acción evolutiva, como quiere el *voluntarismo* germánico? Si lo primero, el efecto que produzca esencialmente se distingue de Dios, y las relaciones que diga con la divinidad, han de ser las que se predicán en la verdadera afirmación creacionista; mas si la operación es un acto necesario entonces «el mundo sería tan necesario y eterno como el mismo Dios, y habría de tener todas las perfecciones que Dios tiene» (3), sería el mismo Dios, y ésto ya

1 § 1, n. 1, y § III, n. 11.

2 L. C. n.º 58.

3 Crist. H. Vosen L. C. I lil, c. I.I.

es crudo panteísmo y excluye toda relación que no sea la de identidad.

«¿La materia, dice Allán, es eterna como Dios, o bien fué creada por él en algún tiempo? Solo Dios lo sabe, contesta. ¿Hay, sin embargo, agrega, una causa que debe indicaros vuestra razón, y es que Dios, tipo de amor y caridad, nunca ha estado inactivo. Por lejano que podáis figuraros el principio de su acción, podéis comprenderle ocioso un segundo?» (1) Según esto la obra de la materia descansa no sobre un acto libre de la voluntad, sino sobre la actividad divina, y su actividad tiene por base la naturaleza, por eso a Dios no se le «puede comprender ocioso un *segundo*». Dios es esencialmente activo. Ahora bien; con esta premisa ¿es admisible la consecuencia de la creación? De ninguna manera. La actividad deífica obrando necesariamente desde la eternidad no sólo producirá una materia eterna, sino que, siendo esencial en Dios, la actividad obrará esencialmente, y como lo que procede de la esencia y en virtud de su naturaleza es a ella semejante, igual a ella específicamente, cuando la actividad no adecua a la esencia, como sucede en el hombre; y específica y numéricamente, cuando hay perfecta ecuación, como acontece en Dios; la actividad divina producirá un ser semejante a él, igual, idéntico, Dios como él, y tendremos por consiguiente una materia divina y divinidad.

¿Que esto es un absurdo, tan monstruoso que el propio Allán lo reprueba al tratar del panteísmo, y que se halla en contradicción abierta con lo que a cada paso dice en sus obras? Sea; y admitamos la contradicción; mas ¿qué culpa tenemos nosotros que el ecléctico Kardec afirme en una página lo que en otra niega, y en una tercera envuelva en la bruma la afirmación y la negación?

«¿Tienen principio los espíritus o son eternos como Dios?, se pregunta al tratar del origen de estos. Si no tuviesen principio, responde, serían iguales a Dios, siendo así que son creación suya; pero nada sabemos de cuando y cómo nos creó, y puedes decir, [habla el *guía*], que no tenemos principio, si entiendes dar a comprender que siendo eterno Dios ha creado sin interrupción.» (2) Aparte de que aquí se presenta el pensamiento tan

1 L. C. n.º 21.

2 L. C. n.º 78.

indeciso y obscuro como siempre, y de que se trata de creación eterna y al mismo tiempo ininterrumpida, estimarán los lectores que se afirma la existencia real e individual de los espíritus, pero se equivocan lamentablemente. En la misma página y en el siguiente número nos dice: «que los Espíritus son la *individuación del principio inteligente* como los cuerpos son la del principio material.» La misma idea repite en diversos lugares de sus escritos. De manera que, según esto, Dios no crea directa e inmediatamente los espíritus, sino el principio inteligente, y de él, como de la materia, forma el universo plástico, forma o se forman—no lo expresa claramente—los espíritus existentes; aquel será por tanto el que disfrute de verdadera existencia. Pero tampoco es así; porque el principio inteligente no es una entidad individual, sino abstracta, universal. «El Espíritu es, dice Kardec, el principio inteligente del universo, la inteligencia es un atributo esencial suyo, pero el uno y la otra se confunden en un principio común, de modo que para vosotros, los hombres, es una misma cosa.» (1) De esta cantera es de donde salen todas las demás substancias espirituales.

Que ¿cómo de lo abstracto puede salir lo concreto y de lo universal lo particular; y, cómo Dios puede hacer una objetividad individual, pues de lo contrario no se la puede concebir existente, y al mismo tiempo abstracta y universal? Y ¿cómo con esto puede admitirse lo que en la misma página dice, después de haber aseverado que la creación de los seres inteligentes es eterna, «que la creación de los espíritus es permanente de manera que Dios nunca cesa de crear»? (2) Allan-K. es maestro y al maestro le basta su palabra. Mas, como nosotros no somos sus discípulos, ante la carencia de pruebas que expliquen lo inexplicable, tenemos derecho a imputar a Rivail la tesis anticreacionista; máxime si se tiene presente la doctrina de anteriores capítulos y las palabras copiadas, «que la inteligencia tenga existencia propia, o que sea una propiedad, un efecto; que sea, según opinión de algunos una *emanación* de la Divinidad lo ignoramos», y las que escribe en la cuestión actual: «Se comprende que sea eterno el principio de donde los Espíritus *emanan*, (3)

1 L. C. n.º 23-24.

2 L. C. n.º 80.

3 L. C. n.º 83.

las cuales comparadas con las que en otro lugar escribe y ya también copiamos, que «el mundo espiritista es el normal, primitivo, eterno», no dejan lugar a duda racional de que el espiritismo niega las relaciones de dependencia entre lo finito e infinito, niega la creación, y su doctrina es panteísta, o dualista si la eterna existencia de los espíritus la considera independiente de la Divinidad.

Si alguno todavía se mostrase perplejo y se le ofreciere dificultad para abrazar consecuencia tan radical, fácilmente podrá disipar sus dudas y vacilaciones examinando lo que dicen sus discípulos. Es principio básico de la *ciencia oculta*, que la verdad absoluta es eterna; pero que como nadie puede poseerla por entero ha de irse perfeccionando en el conocimiento progresivo; de ahí el que los discípulos hayan explicado y corregido al maestro. ¿Qué dice, pues, el espiritismo de última hora?

Los secuaces de Allan no cesan de hablar de formaciones astrales, de creaciones; mas, a pesar de esto, que pudieramos llamar literatura creacionista del espiritismo, el espiritismo es anticreacionista, sus doctrinas son marcadamente panteístas o dualistas.

«Dios es infinito», dice el Presidente del Congreso espírita celebrado en París, el 1900; pero juntamente con esta confesión de la Divinidad, que parece establecer relaciones de superioridad, hace la siguiente: «La creación es eterna; la creación es incesante, el universo, inmutable en su totalidad, está en vía de transformación constante en sus partes» (1) ¿Qué significa, *creación eterna e incesante*, universo *inmutable en su totalidad*, y sin embargo *transformándose constantemente en sus partes*? ¿Se defiende la perfección absoluta de la Divinidad y la relativa del mundo como efecto del infinito, o se establece cierta igualdad entre una y otra, que no admite la idea de verdadera creación? Lenguaje confuso que encierra la inteligencia en complicado dedalo; por fortuna, el mismo autor se encarga de proyectar luz, y de romper la valla que impedía la salida.

«La astronomía moderna, escribe, ha destruido estas concepciones [las católicas]. Ella demuestra que nuestro globo es un simple miembro de la gran familia de los cuerpos celestes, y que las profundidades del cielo están pobladas de astros en número

1 L. C. p. 241-242.

infinito. En todas partes tierras, soles, esferas en vía de formación, de desarrollo o decrecimiento nos cuentan las maravillas de una *creación incesante; eterna*, en donde las formas de vida se multiplican, se suceden y se renuevan como las producciones de un pensamiento soberano». (1) Aquí, más que de una creación, se trata de una evolución, o de un embellecimiento de los seres, semejante al que se verificaba en el sistema de Platón, según el cual «Dios no había dado el ser a la informe materia, pero sí la ha ordenado y la ordena según las eternas ideas, y esto de un modo continuo y soberano» (2) Esta apreciación se confirma más al escuchar que el universo no se ha formado de la nada. «No podíamos ya creer en un mundo creado de la nada» (3) «Dios es infinito, la creación es eterna. No puede comprenderse la creación salida de la nada, porque la nada no existe. Dios no ha podido sacar nada de una nada imposible, ni crear nada *fuera de su infinidad*». (4)

Si Dios no ha podido crear el mundo de la nada y vemos que el mundo existe, para despejar la incógnita no tenemos más remedio que admitir una de estas dos hipótesis: O el mundo es una entidad subsistente, que lleva la razón de ser en su misma naturaleza, independiente de la divina, y entonces Dios no dice con él otra relación que la de paralelismo, y el mundo, no subordinado a la Divinidad es eterno, infinito, lo cual es afirmar la existencia de dos infinitos con la secuela de absurdos; o hay que suponerle como una parte de la divinidad; no es admisible un tercer miembro. En cualquiera de las dos hipótesis se niega la creación y se afirma el dualismo, o el panteísmo.

¿A cuál de los dos se inclina el espiritismo? Las palabras subrayadas y las que a continuación copiaremos nos dan la certeza de que su teología es la panteísta. «Hasta ahora, dice, los materialistas buscaban el secreto de la vida universal en donde no está, en los afectos; los cristianos, por su parte, la buscaban fuera de la naturaleza. Hoy comprendemos que la causa eterna del mundo *no es exterior al mundo; está en su interior*: es su alma, su foco, *como nuestra alma es en nosotros el foco de la vida*». (5) En

1 L. C. p. 112.

2 H. Vosen L. C. 1, III, c. III, § 54.

3 L. C. p. 116.

4 L. C. p. 241-242.

5 L. C. p. 241.

otro lugar añade: «Pero hasta que esté comprobado que en los seres creados hay inteligencia y conciencia para encontrarlas en el manantial creador, en esa Unidad suprema, *que no es la causa primera*, como dicen los unos, ni *una causa final* como piensan los otros, sino la *Causa eternamente activa de donde toda vida emana*». (1) ¿Se quiere una profesión de panteísmo más explícita? Una causa infinita que nada produce fuera de sí misma, una causa intrínseca al mundo, un mundo que no tiene causa primera y sólo sí una causa eternamente activa de donde toda vida emana.

Después de escrito lo precedente por quien ha escuchado y recogido las doctrinas y el sentir espírita de todo el mundo, y es, por ende, como el portavoz del espiritismo universal, ¿se atreverá alguien a tachar de exageradas y radicales las conclusiones que hemos deducido? El espiritismo es anticreacionista, defiende el panteísmo. ¿Qué importa que haciendo poco caso del principio de contradicción hable algunas veces cual si fuera acérrimo teísta, y que muchos de sus prosélitos, ignorándose a sí mismos y a su obra, canten la grandeza y solidez del edificio por el magnífico decorado que ostenta, si descansa sobre movediza arena, que la marea de las aguas en su reflujó arrastra a las profundidades del abismo?

Nada quiere con todo lo que presente matiz eclesiástico y como el catolicismo es el único que defiende la tesis creacionista en toda su extensión, el espiritismo tenía que recusarla. «Esta doctrina, tan profundamente espiritualista, se dice en una obra moderna de la secta..., igualmente coincide con el ateísmo en negar la existencia de un Dios personal, de tipo humano, que *creó el mundo de la nada*, y que interviene en él por actos sucesivos de la voluntad. Existen alternando, periodos de actividad, y otros de reposo. Al principiar los primeros *emanan de la divinidad los universos* manifestados y regidos por leyes inmutables; en ellos se desenvuelve la vida; innumerables almas empiezan su evolución. En el comienzo del reposo todas las cosas objetivas vuelven al seno de la substancia única.» (2)

«Yo creo, amigo mío, que la *materio-substancia* o *substancio-materia* de la vida universal no fué principio de la CREACION

1 L. C. p. 239.

2 En la frontera del otro mundo, L. C.

ni tendrá jamás fin. No creo en el Dios creador de lo existente de la NADA. La NADA es una palabra hueca, vacía, falta de sentido; ella no existió, no existe, no existirá. Si la NADA hubiera sido, tampoco hubiera sido Dios, a no ser que Dios hubiera sido y sea la Nada misma; y de ser esto así no habría *Creación*, por que la NADA no CREA, de la NADA sólo puede salir NADA. La afirmación, pues, de las religiones, de que el mundo o mundos fueron creados de la Nada, está muerta, es una aberración.» (1)

Manuel G. Soriano emplea el siguiente lenguaje panteísta: «Fuera de Dios, no hay ser, porque Dios es el Ser de todo lo que es. Luego, la *creación* no ha podido ser esencial.

«La esencia de la *creación*, era desde la eternidad en Dios. La creación verdadera sólo puede haber sido de forma o modificación. Dios ha *formado* el Universo de su propia esencia. Porque siendo el Universo, *esencial*, y no existiendo otra esencia que la que constituye a Dios y le realiza, no podría salirse de Sí mismo ni de sus propios elementos para verificar su obra.

«Luego Dios no ha creado la esencia de la insencialidad; no ha creado *algo* de *nada*; sino, ha *formado* el Universo de la esencia de Su Ser. Por eso Dios es el *principio* y el *fin* de todas las cosas. *Principio*, porque todo emana de su esencia, y se encuentra incluido en su Ser. *Fin*, porque todo tiende a la perfección manifestativa de su Ser, formando infinitamente parte integrante de su realidad.

«Siendo la esencia divina, *eterna*, y caracterizando a la esencia todas sus propiedades, desde que es, la esencia constitutiva del Universo, se realiza en las modificaciones que le son propias, desde la eternidad de su ser. Luego la ley universal de la esencia, se cumple desde la eternidad. Luego desde la eternidad existe el dictado divino de ley. Luego desde la eternidad es la *creación*, la formación del Universo. Limitar la creación a un principio, es limitar al Creador al mismo principio». (2)

Q. López aún es más explícito en su lenguaje. «Hay una sola Causa absoluta: Dios. De ella procede un absoluto efecto: la creación.

«*Crear es sacar algo de la nada*. Dios no sacó el universo de

1 J. A. Aladro, L. C., p. 55.

2 *El Espi. es la Filosofía*, 2.^a part. § 6.

la nada; por que siendo El lo *infinito absoluto*; todo cuanto es, fué, y será estaba contenido en su propia esencia. Luego Dios no creó.

«Y dicho se está también que la *creación* ha de proceder forzosamente de la esencia misma del absoluto Ser. Deribándose de aquí que la *creación* es en el Ser desde que el Ser es.

«Y siendo el Ser eternamente sin proceder de nadie, porque es el *principio* y el *fin*, la *creación* no en *esencia*, sino en *modalidades* como procedente de El, debe ser *desde el principio* y deberá realizarse *hasta el fin* en manifestación de la potencia divina. A la cual no puede suponérsela *inactiva* un solo momento.» (1)

En los escritos teosóficos, cuyas doctrinas ya hemos oído que son las más eficaces para despertar del letargo a los discípulos de Rosendo, se dice: «No existe la creación; existe tan sólo apariencias periódicas y consecutivas del universo, pasando del plano subjetivo al plano objetivo. (2) «El universo es creado, dice Mrs. Besant, por la emanación del aliento de la Unidad», que sin duda se cristaliza al pronunciar la palabra, de la que dice la misma Besant: «La palabra saltando del silencio es una Trinidad en un triple aspecto: la Primera es una substancia inconcebible y no imaginable; la Segunda es espíritu *en la materia*, energía en la forma, pero tampoco concebible por nuestra inteligencia; el Tercer aspecto es inteligencia, conciencia universal, existencia limitada por la existencia.» (3)

Anticreacionista es el escrito que ha motivado estas líneas. El Sr. Monterde, después de mostrarse tan panteísta como hemos visto, dice: «Negamos en absoluto la idea de nuevas creaciones» (4) ¿Por qué se ha de negar la idea de nuevas creaciones? Dos razones aduce el Sr. Bazán; «porque crear, dice, es constituir una cosa de la nada, y la nada para nosotros siempre constituirá un factor positivo, porque la nada es siempre algo, la menos nada no existe ni ha existido con respecto a Dios» (5) Si algo vale esta razón prueba no solo la imposibilidad de nuevas creaciones, sino de toda creación; por que si la nada siempre

1 *El Católi. Roma. y el Espí.*, 2.^o part., c. III.

2 *Key to Theosophy*. p. 83-85, L. C.

3 *Intro. to Theosophy*, p. 21 y sí. L. C.

4 L. C. p. 124.

5 C. L.

constituye un *factor* positivo; siempre es *algo* en el orden entitativo. e independiente de Dios, disfrutará de existencia eterna, será Dios. Y si el universo no ha existido eternamente por necesidad ha de proceder de la Divinidad, o como parte de su esencia, o como efecto de su virtud; lo primero es panteístico y lo segundo lleva a reconocer la pluralidad de creaciones.

La segunda razón es de menos fuste; por algo la pone en una nota; pero igualmente nos conduce al panteísmo. No es admisible la idea de nuevas creaciones «porque esto constituiría el límite de su infinita sabiduría y poder, que todos ellos son absolutos» (1) Sencillamente hemos de decir que no entendemos cómo la afirmación de nuevas creaciones significa el límite de la sabiduría y poder infinitos, cuando precisamente se dilatan más sus horizontes. En una sola hipótesis se puede verificar *algo* del absurdo afirmado; en la de que Dios obre por necesidad y por naturaleza; esto, empero, nos llevaría ineludiblemente al panteísmo.

A la conclusión panteísta no son ajenas las palabras del Señor Monterde; ¿qué significa sino el decir «que el *Supremo poder se ha expuesto en el todo y en la parte de su infinita esencia, de ser en una cantidad y cualidad esencial específicamente igual que le facultó ser para la Vida, y que esta no es más que la acción de la fuerza psíquica evolutiva en sus infinitas adaptaciones... producto emanado de un ser único, Supremo, Omnipotente?* (2)

Con lo expuesto hasta aquí hay más que suficiente para juzgar lo que el espiritismo siente acerca de las relaciones entre lo finito y lo infinito, y la verdad que encierran sus afirmaciones. Sentadas semejantes doctrinas, apenas si es necesario preguntar por el sentir providencialista y teleológico.

«Todas las fuerzas y los seres, los mundos y las humanidades, todo está gobernado por la inteligencia. El orden y la majestad del universo, el orden material y el moral, la justicia, el amor, la libertad, todo descansa sobre las leyes eternas, y no hay leyes eternas sin una razón superior que es la fuente de toda ley». (3)
«Lo bueno y lo bello no se encuentra en nosotros más que en

1 C. L.

2 L. C. p. 123-124-128. ¡Cuán diferente es la doctrina creacionista que expone en su obra «Mundo, Demonio y Carne»!

3 León D., L. C. p. 240.

estado parcial y limitado. No pueden existir sino a condición de encontrar su manantial, su principio, su plenitud en un Sér que los posee en el estado superior, en el estado infinito. Esto es lo que han sentido instintivamente todas las generaciones, todas las multitudes que descansan bajo el polvo de las edades, y he aquí por qué los vuelos de sus pensamientos se han remontado en todos los tiempos hacia el Espíritu divino que se cierne por encima de todas las regiones y de todos los sistemas; *hacia esa alma del mundo* honrada bajo tantos nombres diversos, pero que es siempre la Causa única, de donde todo *emana*, a donde todo vuelve eternamente» (1).

¿Qué significación tiene este lenguaje de la ciencia oculta?; es que realmente admiten sus propaladores la economía divina y la verdadera finalidad del universo. «Dios es la grande alma universal, de la que toda alma es una irradiación, dice el mismo autor a continuación de lo copiado, y hacia esa alma, principio *inmanente* del mundo, es a donde todo vuelve eternamente», para allí descansar en el Nirvana, única y verdadera divinidad del espiritismo. (2)

El sistema de Allan-Kardec, como el de todas las escuelas modernas cuando a la vida práctica se refieren, ni puede, ni quiere librarse del ropaje con que se presenta la verdad cautivando en su obsequio las inteligencias nacidas para de ella alimentarse. No puede; porque difícil cosa es, despojarse de la naturaleza; y la doctrina católica de tal manera ha cambiado la vida científica y moral, de tal modo se ha compenetrado con la humanidad, que los más aguerridos adversarios, hasta para impugnarla, a ese fontanal han de ir a beber, sobre sus principios han de levantar el aparatoso edificio de la ciencia impía. No quieren servirse del lenguaje propio, porque en ese caso, ¿cuántos serían sus prosélitos? Los pueblos de hoy no son los pueblos de la antigüedad; necesitan un Dios no sentado sobre el Sinaí, sirviéndole de palabra el trueno ensordecedor, de luz el relámpago y de peana la humeante montaña, sino levantado en la cumbre del Gólgota, con los brazos abiertos y el corazón rasgado, y los pies y las manos asentados en un madero, y ceñida la cabeza con corona de espinas y llagado todo su cuerpo, y ostentando sobre su frente el

1 L. C. p. 245-246.

2 Cfr. Rodríguez. Apol. T. II, p. 181 y sig.

INRI, el soy Rey de los pobres, de los desvalidos, de los necesitados, legible en todas las lenguas, y brotando de sus labios cárdenos, el: *venid a mí, yo os aliviaré; mi cuerpo es comida y bebida mi sangre; comed, saciaos, y cesen ya los sacrificios y las víctimas degradatorias*. Jesús, cargando sobre sus hombros con todas las iniquidades de la humanidad, es el Dios de amor que necesitan los corazones, que, por espacio de veinte centurias, de amores divinos se han nutrido.

Por eso los espiritistas no pueden ni quieren hablar otro lenguaje que el plagiado. El Dios bueno, el Dios justo y misericordioso; aunque por sistema abominen de esa bondad y misericordia, que sólo en el Calvario puede contemplarse en toda su plenitud, para caer de lleno en la inexorable justicia.

¿Cómo explicar la economía divina de Dios sin esa bondad y misericordia?; ¿cómo concebir la teleología de las almas y aun del universo? En la teología panteísta todo ha de estar sujeto al ciego fatalismo; y panteísta es toda la *ciencia ocultista*.

No nos inmoramos a deshacer las inculpaciones que a la Iglesia dirige el espiritismo, en el desarrollo material del universo, y en particular de nuestro planeta; pues, ni es cuestión dogmática, ni jamás la Iglesia ha condenado la teoría científica, aunque otra cosa digan los espiritistas (1); precisamente a la Iglesia se debe en gran parte el incremento de la Geología y Paleontología.

1 «La gran antigüedad de nuestro planeta y su lenta formación, establecidas por la ciencia, han sido por espacio de largo tiempo condenadas por la Iglesia como contrarias al relato del Génesis», dice León Denis, L. C. p. 115.

CAPITULO VI

EL ALMA

CORTEJO FÚNEBRE.—CAMILO FLAMARIÓN.—LAS TELARAÑAS DE LEÓN DENIS.—TRASNOCHADAS CANTINELAS.—INSOSTENIBLE POSICIÓN DE LAS DOCTRINAS ESPÍRITAS.—LA CLAVE DE LO INFINITO.—NECESIDAD DEL PRINCIPIO COGNOSCENTE.—AFIRMACIÓN DE GUTBERLET.—IMPORTANCIA DEL ALMA.—LA PRIMERA CAIDA.—LOS VALORES DEL ESPIRITISMO.—LA CIENCIA OCULTA GARANTIZA.—JORGE GENOVILLAT Y EL ESPIRITISMO.

Era la tarde del 2 de abril 1869; por entre los bulliciosos bulevares de París, triste y silenciosa marchaba una abigarrada comitiva, en severo ataud eran conducidos los restos cadavéricos del que en vida se llamó Hipólito León Denizart Rivail. Sale del oleaje humano que se agita en la populosa urbe y penetra en la Ciudad del *eterno silencio*: el cadáver descansa sobre el frío suelo; y en los aires, cuyas ondas no reciben más impresiones que las de la sigilosa respiración, vibra el eco de una voz: es la de Camilo Flamarión. «Asistimos, dice, a la aurora de una ciencia desconocida. ¿Quién puede prever las consecuencias a que, en el mundo del pensamiento, conducirá el estudio positivo de esta nueva psicología?» (1) Esta ciencia desconocida era la del espiritismo cuyo principal representante recibía en aquellos momentos los honores póstumos.

Desde aquel entonces varios lustros se han contado en el reloj de la historia. «La luz que derrama por la atmósfera el brillan-

1 Discurso pronundo. sobre la tumba de Allán-Kardec.

te sol, *el suave azul de la bóveda celeste, los efluvios de aire tibio que acarician los rostros*» de que hablara Flamarión en el discurso fúnebre, han continuado derramándose por la atmósfera, acariciando los rostros y recreando la vista del observador; y a pesar que un espiritista contemporáneo haya escrito: «El pensamiento moderno se aparta cada vez más de esos mitos, de estos espantajos pueriles, desgarras estas telarañas que se han querido interponer entre él y la verdad, toma cada día mayor vuelo, y en el espectáculo de los mundos y en el gran libro de la naturaleza cuyas páginas se abren a su alrededor, en el cuadro maravilloso de la vida en sus perpétuas evoluciones, en la ley del progreso inscrita en el cielo y en la tierra, en la ley de libertad y amor grabada en el corazón del hombre, ve la obra de un Ser que no es el Dios caprichoso de la Biblia, sino la Majestad soberana, principio eterno de justicia, ley viva del bien, de lo bello y de lo verdadero, que llena el infinito y se cierne por encima de los tiempos», a pesar que haya dicho: «imposible parece que el alimento dogmático de la Iglesia haya podido ser servido a las inteligencias populares, cuando el más ligero estudio de la naturaleza, cuando una sola mirada dirigida al espacio, podían darnos de la vida siempre renaciente, de la causa suprema y de sus leyes, una idea tan imponente, tan fecunda en grandes enseñanzas y en potentes inspiraciones»; (1) no obstante toda la fraseología espírita; ¿qué es lo que nos han enseñado la *ciencia oculta*?, ¿qué nuevas revelaciones ha hecho? Repetir viejas y trasnochadas cantinelas que por sí mismas cedieron el paso a las que habían de sucederlas en virtud del imperativo natural e histórico.

«Las manifestaciones de los espíritus de los muertos, al multiplicarse, nos abren ya una fuente de aclaraciones y de nuevos conocimientos que vienen a echar por tierra las afirmaciones del dogma». (2) Lejos de ser verdad estas afirmaciones del discípulo de Kardec, ya hemos visto lo insostenible y erróneo de las doctrinas espiritistas respecto a la Divinidad y a las relaciones que dice con su obra.

De vital importancia estas cuestiones, tanta, que pudiéramos poner punto final y desde la alta cima do se observa el desarro-

1 L. C. p. 116-117:

2 L. D. L. C. p. 115-116.

llo de todos los acontecimientos, contemplar el desfile de las doctrinas espiritistas viendo como unas en pos de otras van encerrándose en misterioso dédalo y sepultándose en abismos insondables, sin necesidad de los anatemas de la Iglesia; no desistiremos, sin embargo, de la obra comenzada; hay en ella otros aspectos que revisten mayor interés, sino absoluto, sí relativo. El estudio de lo infinito es la clave para explicar todos los enigmas; de las relaciones anteriormente analizadas dependen los problemas del *génesis* y *éxodo* de los seres; satélites de estos dos astros, cuanto, sin ser lo infinito, fuera de ellos existe, todo gira a su alrededor; según que a ellos se aproxime o de ellos se distancie así será la verdad o falsedad que encierre el sistema. Esto veíamos en el capítulo precedente. Pero el conocimiento de lo infinito, como cualquier otro conocimiento objetivo, supone la potencia y sujeto cognoscitivos. ¿Cómo se eleva hasta aquellos si no es mediante el auxilio de éstos?

«Dios y el alma desearía yo conocer, decía ya S. Agustín» (1); y hoy «las controversias sobre el alma constituyen, escribe Gutberlet, el problema más importante». (2) El alma es, prescindiendo ahora de su naturaleza íntima, la que nos ha de resolver el problema de la unidad y variedad que observamos en nosotros mismos, la que ha de dar solución al yo de ayer, al de hoy y al de mañana; la que nos pone en comunicación con el mundo externo, relativo y absoluto; en ella radican los grandes misterios de libertad y la necesidad que *arrastra* a la humana naturaleza; en ella descansan el bien y el mal moral, y el físico sólo en en ella encuentra satisfactoria resolución; la obra de la gracia divina y de la redención, la inmortalidad de felicidad eterna o eterna desventura; en ella la solución a la duda que atormentaba la conciencia del autor del *Fausto*, cuando decía: «Para igualarme a los dioses soy demasiado miserable; más bien me asemejo al gusano perdido en el polvo.»

¿En qué se fundan los espiritistas para negar la narración bíblica de la primera caída, base imprescindible, según la escuela tomista y en el orden presente de la Encarnación del Verbo, y única realidad que en todo caso puede dilucidar los misterios de lo grande y lo pequeño, sublime y miserable que ofrece la

1 Soli, l. II, c. 1, n.º 1, ML. 52. 885.

2 *Der Kampf um die Seele* 2, 1925, apud Schanz. L. C. t. II. c. XIII.

naturaleza del hombre? ¿Qué móviles les impulsan para rechazar la obra salvífica de la Redención y toda la economía sobrenatural? La única razón es la que brota de la idea que se han formado sobre las almas. No otra es la que les ha inducido a propagar la tan peregrina teoría escatológica, con la que piensan haber destruido para siempre los dogmas de la Iglesia y las doctrinas *contrarias a la razón*. Cuantos valores presenta el espiritismo, tienen su garantía en esa *ciencia psicológica*, y en ella la progresión y desarrollo cuasi infinito que se promete. «¿Quién puede prever las consecuencias a que, en el mundo del pensamiento, conducirá el estudio positivo de esta nueva psicología?»

«El espiritismo está llamado a jugar un papel inmenso sobre la tierra, decía el medium Mr. Jorge Genovillat; en 15 de abril de 1860,.. reformará la legislación, frecuentemente contraria a las leyes divinas; rectificará los errores de la historia; restablecerá la religión de Cristo, convertida en manos de los sacerdotes, en comercio y vil tráfico, instituirá la verdadera religión, la religión natural, aquella que parte del corazón y va derecha a Dios sin revestirse con fórmulas religiosas ni necesitar de las gradas de un presbiterio. Detendrá el vuelo al materialismo y ateísmo, en los cuales se han refugiado ciertos seres por el abuso incesante de los que se dicen ministros de Dios y predicán la caridad con una espada en cada mano, sacrificando a su ambición y a su sed de dominio los derechos más sagrados de la humanidad» (1) Y todo este papel inmenso depende de la *psicología*, que es donde tiene su fuente; de la existencia, *revelaciones y materializaciones* de las almas, *espíritus mentores*.

La *metempsicosis* y *polingenesia* son los ejes sobre que gira el fastuoso mecanismo de la *ciencia oculta*. Estudiemos brevemente esta parte del universo, la obra más sublime de la Divinidad en el orden natural.

1 Obras post. de Allan-K. p. 264.

ARTICULO PRIMERO

¿QUÉ ES EL ALMA? ¿CUÁNDO EMPEZÓ A EXISTIR?

ALLÁN-K. AFIRMA EL ALMA.—EL ESPIRITISMO Y EL MATERIALISMO EN LA PRESENTE CUESTIÓN.—BRUNETIERE Y BALMES.—NO ES AFIRMACIÓN DEL ESPIRITISMO.—COMPLEJIDAD DE LA AFIRMACIÓN DE ALLÁN-K.—EL ALMA ¿TIENE PRINCIPIO O CARECE DE ÉL?—QUÉ OPINA EL TRADUCIANISMO.—EL SENTIR DE PLATÓN Y DE LOS PLATÓNICOS.—ORIGINISTAS Y PRISCILIANISTAS.—TEORÍA DE LEIBNITZ, KANT Y STEFFENS.—BANDERA DE LOS ESPIRITISTAS. — ES UNA SIN RAZÓN, DICE PALMIERI.—¿ES POSIBLE LA PREEXISTENCIA EN EL ESPÍRITISMO?—AXIOMAS FUNDAMENTALES. — ¿ES EL ALMA UNA EMANACIÓN DE LA DIVINIDAD?—ABSURDOS INACEPTABLES.—UNIDAD MONÍSTICA DE LA MATERIA.—A DÓNDE NOS CONDUCE.—DAVIS Y HAECKEL.—EL ALMA ÉTER.—LAMARCH.—HAY QUE ABRAZARSE CON LAS CONSECUENCIAS.—LO QUE PIDE EL ACCIDENTE.—LA PREEXISTENCIA NO SE COMPAGINA CON LA ABSTRACCIÓN Y EL ACCIDENTE.

La afirmación del alma es el dogma fundamental en que convienen los espiritistas de las distintas ramas. El materialismo negando la existencia de las almas es, dice el espiritismo, anticientífico y antinatural. Moleschott, Buchner y Ch. Vogt hoy no tienen derecho a presentarse en el mundo científico y menos en el religioso; la corriente espiritualista producida hasta por la naturaleza que se ruborizó de sí misma al verse arrojada al fango, es tan avasalladora y tanto se ha propagado en nuestros días, que pudiera repetirse lo que Mr. Séailles decía en 1894: «La ciencia moderna (entendida la materialista) se encamina hacia la confusión del pensamiento que se pierde en el mundo que ella

había abierto ante él, y queda sepultada en su victoria» (1), y hasta suscribirse la frase de Brunetiere (2) a pesar de las protestas de Berthelot, Clemenceau y Julio Soury.

La existencia del alma es una cosa tan evidente que «la proposición *yo pienso*, no admitiendo el sujeto pensante, carece de sentido, y la filosofía pierde su punto de apoyo» (3); su evidencia radica, no en el discurso y raciocinio, sino en la intuición que surge de la conciencia ante los hechos que sentimos en nosotros mismos. (4)

Por eso estamos de conformidad con esta básica afirmación espiritista, afirmación para la que no puede reclamar la paternidad, pues, además de ser admitida por las principales filosofías antiguas, es la Iglesia católica quien, desde la escuela alejandrina hasta la de Lovaina, ha defendido esa tesis con mayor amplitud que ninguna otra, y es la filosofía católica la que no tiene inconveniente en aseverar con el filósofo de Vich que, rechazándola se «produciría el escepticismo más completo que ha existido jamás, extendiéndole a los dos mundos externo e interno». (5)

Empero esta afirmación simple en sí misma y cuya relación entre el sujeto y su verbo parece completarse perfectamente, salida de los labios de Allan-K. tiene un significado más complejo y ofrece más de una relación, al menos implícita e indirectamente. La existencia del alma, como la de toda entidad que no se esfuma en la abstracción, no se la puede concebir aislada en sí misma sin relación a algo que no sea su propia existencia; desde el momento que aparece a la inteligencia se ofrece también la cuestión de tiempo y duración. La existencia que disfruta ¿está limitada por el *prius* y el *posterius*, o cerniéndose sobre el movimiento y ritmo de naturaleza, lleva el sello de inmutabilidad, eternidad y aun infinitud?; ¿ha tenido principio o carece de él?; y si le tiene ¿cuándo ha empezado a existir? La cuestión origen es inseparable de la cuestión existencia. El alma humana ¿es congénita con el cuerpo, o puede contársela entre los vivos antes que las células del organismo empiecen a ser animadas?

Defiende el traducianismo la coexistencia del alma y cuerpo

1 Discr. pron. en la Facul. de Letras.

2 Cfr. Zacarias Martínez, *Estud. Biolo. Intro.* § 1. p. 13.

3 Balmes, *Filo. Fund.* I. IX, c. VII.

4 Bal. L. C. c. VIII.

5 L. C.

humanos; una y otro tienen su principio en la generación paterna; los dos proceden del mismo germen material, dice el traducianismo de la materia; el alma del alma paterna, y de su cuerpo, el cuerpo del hijo, afirma el traducianismo espiritual. Pero de este sistema no tenemos que ocuparnos; no es afín al espiritismo.

Platón admitió la existencia del principio inteligente en el hombre, pero al mismo tiempo negó que su génesis tuviera relación con el del organismo. Para el maestro de Aristóteles, como para los platónicos, la existencia de las almas es anterior a la de los cuerpos; éstos disfrutaban breve tiempo de la vida y luego caen en el reino de lo inanimado, hasta que nuevamente el soplo de vida vuelva a reanimar las *paralíticas* moléculas; no así las almas, sujetos inmunes de corrupción; su existencia ha de ser eterna como es inmortal; preexisten, pues, a los cuerpos desde toda la eternidad, y a ellos se van uniendo por períodos cíclicos de más o menos duración, tanto en la convivencia como en la ausencia. (1) La misma doctrina defendieron más tarde los maniqueos impulsados por la teoría de los dos principios eternos. (2)

Orígenes, al decir del Angélico (3) y de San Jerónimo (4), o los originistas, según la crítica moderna, (5) los priscilianistas, (6) y en posteriores tiempos Escoto Erígena, (7) sin admitir la eternidad absoluta de las almas afirmaron la preexistencia de las mismas. Su vida se cernía en las regiones célicas; cuando a morar a los cuerpos descendían era en pena de las faltas que cometieron apartándose de la ley divina y abusando de la libertad de su naturaleza; el cuerpo es para el alma una cárcel expiatoria, y el mundo visible no se hizo con otro fin que con el de recibir a los espíritus prevaricadores, los cuales desde el instante de aparecer en la morada que les sirve de prisión, son denominados almas, por la finalidad que llenan.

1 Santo Tomás, *Con. Gent.* I, II, c. LXXXIII.

2 Santo Tomás, *L. C.*

3 *L. C.*

4 *Ep.* 126; a Marcelino y Anasiquia; *ML* 22, 1085.

5 *Enci. Euro-Ameri.* T, LX, Orígenes y Origenismo.

6 Prisciliano y sus prosélitos más que entre los preexistencianistas han de contarse entre los emanatistas. «Si alguien cree, decía el C. Bracarense, que las almas humanas o los ángeles son de la sustancia divina como dijeron Maniqueo y Prisciliano sea anatema». *Denz-Wanwart*, n. 255.

7 *De divissione naturae*, l. I, n. 54 y sig.; *ML* 122, 497 y sig.

Mas tarde Leibnitz renovó la doctrina preexistencianística, si bien con tales modificaciones que la alteraban substancialmente. Fueron las almas criadas, decía este filósofo, en el instante mismo de la formación del mundo; pues encontrándose como en gérmen en la naturaleza del primer hombre, había de tener desde el principio su razón de ser en alguna célula orgánica; pero aquella existencia prehumana no excedía los límites de la sensibilidad y animalidad dotada de percepción sensitiva, mas destituida de conocimiento racional, y permaneciendo en ese estado cuasi embrionario hasta que llegase el momento de la generación del cuerpo humano que debía habitar; entonces, por un modo maravilloso, no fácil de comprender, el alma pasaba de sensitiva a racional. (1) Esta metamórfosis leibnitziana no excluye la acción divina en la generación del hombre, o como el propio Leibnitz dice, la *transcreación* del alma. De donde resulta que su preexistencia es una preexistencia muy singular. (2) Con la teoría del filósofo protestante guarda mucha afinidad la de Rosminio; aunque éste a decir verdad, circunscribió muchísimo más su pensamiento, y mejor debe contársele entre los generacionistas. (3)

Kant, Schelling, Steffens e Hirscher admitieron una especie de parodia de la antigua doctrina. ¿Quién iba a tomar en serio la doctrina pitagórica en la moderna civilización? «El preexistencianismo ha ido poco a poco perdiendo terreno y está hoy tan abandonado que ningún filósofo se atreve a defenderlo». (4)

Pues esta doctrina trasnochada y de todos abandonada y por nadie defendida, fuera de la escuela espiritista, advierte el docto Arzobispo, es la que el espiritismo ha tomado por *bandera* de sus *filosóficas* afirmaciones; con ella piensa «el Nuevo Espiritualismo hacer aparecer ante los ojos de los que buscan y de los que padecen, la poderosa visión de un mundo de equidad, de justicia y de amor, donde todo está regido con sabiduría, orden y armonía». (5)

1 *Tentamina theodiceae*, part. 1.^ª n. 91.

2 El P. Marcelo del N. J., C. D. afirma que la teoría de Leibnitz o es puro darwinismo, o necesariamente a él conduce. *Curs. filo.*, T. II, *Psico.* Disp. VI, q. I, ar. VI. § 1.

3 *Psico.* I, IV, n. 636 y *Teos.* Vol. I, n. 646.

4 Fr. Valen. Zubi. *El esp.* § 4.

5 L. Den. L. C. p. 12.

¿Qué razones tienen y en qué fundamentos se apoyan los espiritistas para afirmar la vetusta doctrina de la preexistencia?

Es una doctrina «contraria a toda razón» (1), y hoy día no cuenta con ningún apoyo, dice el sabio Palmieri. (2) De las razones, empero, o sin razones que puedan asistirle nos ocuparemos muy en breve; ahora queremos fijarnos en un aspecto de la cuestión al que parece que prestan muy poca o ninguna atención los apologistas de la verdad. Hablan los espiritistas de la preexistencia de las almas, y los adversarios del espiritismo parten, para combatirla, de esa afirmación como de un postulado cierto, suponen que la doctrina espírita es realmente preexistencianística; y estimamos que esto es una grave equivocación. Para nosotros, lo primero que ha de ventilarse es la certeza del postulado; saber si la doctrina espiritista es, o no, realmente preexistencianística, más aún, creemos que lo interesante y fundamental es conocer si puede, o no, ser preexistencianista; porque en el supuesto de resolverse negativamente, ¿qué valor tendría todo lo demás? Cuantas afirmaciones hicieran no pasarían de ser meras palabras vacías de todo significado, y su argumentación una argumentación paralogística.

¿El alma humana existe con anterioridad al cuerpo humano?, ¿puede existir antes que él? Para responder satisfactoriamente a esta pregunta, es preciso haber dado ya constestación a la siguiente: ¿Qué es el alma humana?; ¿Es un ser subsistente?, ¿es una substancia completa?, o ¿es una substancia incompleta, un modo, un accidente que tiene necesidad de otro para existir? Tan íntimamente se hallan enlazadas las dos cuestiones, que son inseparables; nada puede decirse de la una sin haber resuelto la otra, la esencia es antes que la existencia, y esta depende de aquella. ¿Qué nos dicen los espiritistas?

Aplicando el método que hemos seguido en los capítulos anteriores, llegaríamos muy pronto y muy fácilmente a concluir que el alma en la doctrina espiritista, es como un destello de la Divinidad, esplendente haz de luz que irradia de la esencia deífica; siendo no sólo una participación de su infinita virtud, sino algo de la misma naturaleza divina; luz de luz, y Dios de Dios, sin que entre el alma y la deidad haya más distinción que la que existe

1 Fr. Valen. Zub. L. C.

2 De Deo crean, et elev., Th. 28, II.

entre el foco y su cabellera lumínica. «Dios es la grande alma universal de la que toda alma humana es una irradiación, una centella. Cada uno de nosotros posee en estado latente fuerzas *emanadas* del foco divino». (1) «El alma es una individualidad de la esencia divina.» (2) Teniendo, pues, las dos la misma naturaleza específica, o para hablar en lenguaje aceptable por los que no entienden de distinciones específicas ni genéricas, Dios y el alma poseyendo una naturaleza común no admiten separación absoluta; las relaciones existentes entre uno y otra no son de efecto a causa sino de identidad; y el alma será, por consiguiente, no sólo una entidad superior a la materia, sino que será entidad divina, Dios.

Ahora bien; siendo la Divinidad el sér más admirable que se puede concebir y la naturaleza espiritual, más hermosa que la tosca materia; Dios será espíritu, y espíritu será el alma. Sin principio y sin término, sin límites ni riberas aquel, sin riberas ni límites en el ser y en el obrar será ésta. Que implican estas consecuencias absurdas inaceptables?

¡No hay miedo que el espiritismo incurra en semejantes errores! El se cuida de evitarlos, aunque saliendo de Escila para dar en Caribdis; negará el panteísmo idealista o espiritual afirmando el material.

Admirador y cantor de la hermosura que ostenta la unidad, se entusiasma hasta el extremo de, no sólo reconocer unidad analógica entre los seres que integran el universo de lo finito e infinito, de lo visible e invisible, sino de afirmar y predicar la unidad absoluta de identidad. Para el espiritismo no existe diferencia de naturaleza; única es la substancia con modificaciones accidentales. «La enseñanza de los espíritus nos muestra en todas las partes la unidad de leyes y de substancias. Por esta unidad, reinan en la obra eterna el orden y la armonía. El mundo invisible no se distingue del visible más que con relación a nuestros sentidos», en realidad son una misma cosa, idénticos entre sí, «lo invisible es el prolongamiento, la continuación natural del mundo visible. En su unidad forman un todo inseparable.» (3)

Y como el mundo que impresiona los sentidos, presenta la triple dimensión, es corpóreo, material; material, corpóreo ha de

1 L. Denis, L. C. p. 246.

2 *En la front. del otro mundo*, Apud. Rodri. L. C. p. 182.

3 L. D. L. C. p. 257.

ser también el invisible. De esta materialidad no se librerá la entidad divina; porque si se niega, se habrá roto la unidad precisamente allí donde era más necesario afirmarla; un abismo eterno y una distancia infinita se interpondría entonces entre los seres: y ¿quién los acortará? ¿Cómo explicar el misterio que se presentaría a la inteligencia? No habría unidad de substancias, un todo inseparable; y distintas las substancias, ¿por qué medio alcanzaban la unión?

El espiritismo, en virtud de sus principios, tiene que abrazarse y se abraza con la unidad monística. A estas consecuencias de afirmar que el alma es Dios, la Divinidad algo material y la materia lo es todo, llegaríamos aplicando el método de anteriores capítulos; pero ni tenemos necesidad ni de él queremos servirnos, basta mirar la cuestión en sí misma.

¿Qué es el alma? La teoría espiritista de Jakson Davis y sus prosélitos, seguida hoy por algunos entusiastas de la *nueva ciencia*, hemos visto que empieza por negar la existencia personal de la Divinidad; para ellos la Divinidad es el universo con sus montañas y sus valles con los ríos de cristalinas aguas y los abismos de procelosas olas, con su inercia y su energética. «Cada día, decía Haechel en su doctrina evolucionística, se impone con más claridad, la necesidad de no oponer a Dios el mundo material, como ser exterior a la misma Divinidad, sino de colocar a ésta en el fondo del *cosmos* mismo como fuerza o espíritu motor. Cada vez se presenta más irreductible la idea de que el alma humana es tan sólo una parte del alma universal, que todo lo engloba». (1) Esta alma universal que por otro nombre se llama divinidad «es la suma infinita de todas las fuerzas naturales o la suma de todas las fuerzas atómicas y de todas las vibraciones del éter», la cual sucesivamente va adoptando las diversas formas de energía y vitalidad, desde la más ínfima y embrionaria que se observa en la cristalización, hasta la más excelsa del acto intelectual, según las exigencias de lo que llama Haechel gran descubrimiento de la física y química: las leyes de la conservación de la materia y de la conservación de la energía.

Esta doctrina, llevada al último extremo, es la que adoptó Jakson Davis después de negar la existencia de la personalidad divina. En ella, como es sabido, todo obedece a la transforma-

1 Cfr. Enci. Euro Ameri, T. 36, Monismo.

ción; la materia informe se convierte en materia formada, y ésta, mediante una serie de operaciones, se va metamorfoseando hasta que reviste la figura protoplasmática, donde ya la heterogeneidad de los elementos ha sido reducida a la homogeneidad por los movimientos de repulsión y de atracción. Alcanzada la primera conquista las vibraciones etéreas, no detienen su curso; el ser inorgánico convertido en orgánico, el inanimado en célula que posee el principio motor en sí misma, la evolución continúa ascendiendo la escala de la vida; la clorófila pasa a inervación, la vida vegetativa a sensitiva, cuando a este grado llegan la conciencia y demás atributos de libertad, volición e intelección, que en pasados periodos existían sólo rudimentariamente, experimentan una transformación inesperada y se realiza lo que ya cantó nuestro Núñez de Arce.

Con meditada calma y paso a paso

cual reclamaba el caso,

llegó a tal perfección un mono viejo:

y la vivaz materia por sí sola

le suprimió la cola,

le ensanchó el cráneo y le afeitó el pellejo, (1)

y la bestia se convirtió en hombre, el que, al fin y a la postre, no es otra cosa, dice Lamarck, «que la última expresión de los cambios sobrevenidos gradualmente en las especies animales comenzado desde las más humildes» (2)

«En la Unidad Absoluta manifestada en la multiplicidad, el concepto que acerca del alma se forme el hombre será, el de que es una porción de esa gran sustancia Cósmica Universal; Núcleo Potencial de vida e inteligencia asimilatriz; con tendencias a conquistar, uno a uno, los atributos de la conciencia, dentro y fuera de la acción, del organismo carnal. El hombre, siendo una parte de ese Todo Universal, dispone de un principio esencial más o menos depurado e inteligenciado, mediante el cual, y bajo la acción perfeccionista, se llegará a despojar completamente, de los restos de la animalidad, que aún acusa en el presente. Logrando esto, vendrá a ser la representación sintética de las especies inferiores, que se hallan resumidas en él». (3)

1 A. Darwím

2 Apud. Rodri., L. C. T. 1, § Evolución Hetero.

3 Mateo Lujambio, L. C. p. 91-92.

Dejando la refutación del transformismo radical para los traductores especiales (1), aunque a decir verdad, no se necesita ningún estudio especial, pues el sentido común es muy suficiente; ¿a qué se ve reducida el alma humana en la teoría espiritista que acabamos de exponer? Sino es otra cosa que la materia informe, a cuyo estado ha llegado después de *infinitas* evoluciones; ¿cómo puede concebírsela existiendo antes que el cuerpo haya alcanzado también las formas elegantes y majestuosas que le dan la primacía sobre todos los cuerpos de la naturaleza conocida? ¿Qué género de existencia sería el de un sér que de tal no tiene más que la potencialidad? ¿A dónde, y cómo existiría? En sí mismo se supone que no, pues ha de llegar a ser; en el ejemplar divino tampoco, porque Dios es pura mitología en estas concepciones, y menos aún en otro ejemplar; esta doctrina rechaza las causas ejemplares.

Además, si el alma no es una substancia subsistente, ni aunquiera incompleta, sino que es un modo, un accidente de la materia, y la existencia es atributo exclusivo de las substancias; ¿cómo puede decirse que preexistió al cuerpo? Más todavía, ¿cómo podrá decirse que en la etapa humana coexiste con el cuerpo? De esencia del accidente es el existir *fuera* de sí, *en otro*; ¿quién sería el sujeto de un accidente que aparecería en tiempo futuro?

Supóngasela emanación, parte integral de la Divinidad, ¿se habrá conseguido algo? La divinidad en la teoría de Jakson es una abstracción, un ser impersonal, denominado universo; ¿qué será el alma parte de esa abstracción deífica? ¿Una determinación de lo indeterminado?, ¿una concreción de lo abstracto?, ¿una realidad de lo que no existía ni en sí ni en otro? ¿Y en virtud de qué leyes se efectuaría semejante evolución? Tendríamos además, el cero convertido en guarismo. Esto es imposible. Luego el alma, *parte* de la abstracción será un ser abstracto como lo es el gran todo. Esto supuesto; ¿a qué será reducida la existencia del alma en la teoría de Jakson Davis, ni antes, ni después que las moléculas se hayan agregado para formar el organismo que llamamos humano? ¿Qué género de existencia será ese? Y si el alma es una concepción utópica, como lo son todas las *rea-*

1 Pueden consultarse entre otras las obras del P. Zacarías Martínez, *Estud. Biolo*, y Rodríguez, *Apolog*, T. I.

lidades abstractas; ¿puede hablarse de preexistencianismo? Cualquiera de las hipótesis que finjamos; la del alma materia quimificada, o el alma abstracción; el alma accidente o modo, siempre resultará que la afirmación espiritista no pasa de ser un absurdo en la objetividad y en las palabras. No se concibe, no puede concebirse la preexistencia de las almas en la doctrina de Jackson Davis y sus prosélitos. ¿Se concebirá mejor en las afirmaciones de Allán-Kardec y sus admiradores?

ARTICULO II

LA NATURALEZA DEL ALMA Y SU PREEXISTENCIA EN EL ESPIRITISMO KARDECIANO

LO QUE AFIRMA DENIZART.—UN DILEMA ESPÍRITA.—AFIRMAR NO ES PROBAR.—EL ESPÍRITU ENCARNADO.—¿ANTE UNA SUBSTANCIA COMPLETA?—FALSOS SILLARES.—ALGUNAS CITAS DE ALLAN.—ORIGEN DE LA INTELIGENCIA.—CONTRADICCIÓN PALMARIA.—DIOS ALMA.—PANTEÍSMO O NIRVANA.—INTELIGENCIA Y ESPÍRITU.—DOTES PEREGRINAS DE ÉSTE.—LA EXISTENCIA DEL ESPÍRITU.—NO HAY CATEGORÍA.—LA TEORÍA DE KARDEC.—FÁCIL DEDUCCIÓN.—EL ALMA SUMIDA EN LA ABSTRACCIÓN.

Empieza Hipólito Denizart afirmando la tesis preexistencia-nística como el postulado del cual se deriban todas las teorías que dicen relación a la naturaleza, no ya humana sino también divina y al universo entero, pues que todo en él forma la prodigiosa malla de cuya integridad depende la armonía de lo existente; los hilos de esa misteriosa red se encuentran en la tesis de la preexistencia, en ella hemos de buscarlos si queremos llegar a conocer su complicado tejido, de otra manera nos encontraremos impotentes, prisioneros dentro de la misma red.

«Hay en el Hombre un principio inteligente llamado Alma, o Espíritu, independiente de la materia y que le concede el sentido moral y la facultad de pensar» (1) Pero «el alma ¿es creada al mismo tiempo que el cuerpo o anteriormente a él? Después de la existencia del alma, esta cuestión es una de las más graves,

1 Obras post. n.º 4.

[*la más grave, pues, que sin ella jamás existiría el espiritismo*] porque de su solución se desprenden importantes consecuencias, es la única clave de una multitud de problemas irresolubles hasta el presente. Una de dos, o el alma existía o no existía antes de la formación del cuerpo. No puede haber término medio. Admitida la preexistencia del alma todo se explica lógica y naturalmente. No admitiéndola, nos vemos detenidos a cada paso. Los espíritus han resuelto afirmativamente la cuestión» (1)

Pero como afirmar no es probar, aunque sean los *Espiritus* quienes «han resuelto afirmativamente la cuestión», veamos si el punto cardinal sobre que descansa el mundo espiritista es o no admisible; porque si para explicar sin *resolver*, unas dificultades basadas en la ignorancia, o en la perfidia, se ofrecen soluciones más inaceptables y repugnantes a la inteligencia, ninguna, ventaja habremos obtenido en las angustias de la naturaleza. ¿Puede el alma, según las doctrinas de Allan-Kardec y sus admiradores, preexistir al organismo de nuestro ser? La prueba y respuesta a la interrogante que precede se encuentra en la teoría sobre el constitutivo del alma, como se ha dicho en el artículo anterior. (2)

El alma, dice Allan-K. al preguntarse qué cosa sea, es «un espíritu encarnado»; y «¿qué era el alma, sigue preguntando, antes de unirse al cuerpo? Espíritu», responde, «Las almas y los espíritus ¿son, pues, una misma cosa? Sí, contesta, puesto que

1. Qué es el espi., c. III, n.º 108. El cardenal Ceferino González, en sus artículos contra el señor Juan Alonso Eguilaz, después de exponer sintéticamente la doctrina del citado Sr. sobre la inmortalidad de las almas, escribe: «Si escuchamos ahora al autor de la «Teoría de la inmortalidad del alma», le veremos admitir el principio de la transmigración y de la reencarnación del alma, no solamente respecto del porvenir, como los espiritistas, sino también respecto del pasado». Estu. religi. filos. cienti. y socia. T. I, a. Inmortalidad del alma. § 2. De las palabras subrayadas se deduce que el egregio apologista no atribuye a Kardec y sus discípulos la reencarnación de las almas con anterioridad al período que actualmente vivimos.

Con el respeto que tan esclarecido sabio nos merece hemos de decir que se equivoca, pues, los espiritistas no sólo admiten la *transmigración* «respecto del pasado», sino que hacen de ella el punto capital de todo el espiritismo.

2 En las locuciones prescindimos de las agudezas metafísicas sobre el significado íntimo de las palabras, y advertimos con Urraburu que tratando de la substancia y del modo de existir, en la realidad tanto importa decir inmaterial como espiritual, y la entidad inmaterial que necesita de materia para existir; como la existencia es del supuesto, no merecerá el nombre de tal sino el del sujeto de quien forma parte. Psychol., II, Disp. 9.ª, c. II, a. II; Balmes L. C. I. 2, c. II, n.º 12-17; Mercier, Psychol., T. I, sec. 3.ª a. III, n.º 149, y T. II, c. I, a. III, sec. 1.ª n.º 217 y sig.

las almas no son más que espíritus. Antes de unirse al cuerpo, el alma es uno de los seres inteligentes que pueblan el mundo invisible, y que toman temporalmente una envoltura carnal para purificarse e ilustrarse». (1) Los espíritus, a su vez, «no son más que las almas de los hombres desencarnados, más o menos puros» (2), dice L. Denis, y Kardec añade: «Los Espíritus no son, como se cree vulgarmente, de creación distinta; son las almas de los que han vivido en la tierra o en otros mundos despojados de su envoltura corporal» (3) Con esta definición extrínseca, mediata e indirecta que del alma nos da el filósofo del espiritismo, cualquiera creará que nos encontramos en presencia de una substancia completa, subsistente, desnuda de toda materialidad que limite sus operaciones, o de la cual dependa en el existir; tal cual siempre la ha concebido la tesis católica y la universalidad de los teólogos católicos (4), dotada de las facultades espirituales que hacen de su naturaleza la semejanza más perfecta que darse puede de las perfecciones y naturaleza deíficas (5), sobre todo si se tiene en cuenta lo que acerca de la formación de los espíritus escribe el protagonista de la *ciencia oculta*.

«¿Se forman espontáneamente los Espíritus, pregunta, o proceden unos de otros? Dios por su voluntad los crea como a todas las otras cosas. Los espíritus, cuya creación es permanente, constituyen un mundo separado y distinto del que vemos; (6) no son pues, como creen algunos, seres vagos e indefinidos o abstractos, ni llamas como las de los fuegos fatuos, ni fantasmas como las de los cuentos de aparecidos; sino seres concretos y circunscritos, *que* poseen todas las perfecciones que tenían en la tierra, pero más expeditas». (7)

Pues esta creencia basada, al parecer, en las propias palabras de Allan, descansa en falsos sillares y cae por su base a poco que se analicen las doctrinas espiritistas. Las almas y espíritus, cuyo significado es idéntico, como acabamos de ver, o se pierden en la abstracción del *Nirvana*, o llegan hasta confundirse con los

1 L. de los Esp. n.º 154.

2 L. C. p. 525.

3 Que es el esp. c. II. § 2, n.º 7.

4 Cfr. Urrabu, L. C.

5 Sto. Tomás, C. Gent., 1. II, c. XLVI.

6 El L. de los Esp. n. 80-81-84.

7 Que es el esp. c. II, § 2, n. 8, 16-17.

seres de ínfima estofa y a no diferenciarse de la vil materia, convirtiéndose de ese modo la imagen fúlgida de la divinidad, la «chispa iluminada que salta del eterno foco», en cuadro simbólico de negruras y obscuridades.

En efecto: Por una parte, y como ya hemos hecho notar anteriormente, Allán-K. afirma la trilogía o *trinidad* universal que se cierne «por encima de todo, y son el principio de todo lo que existe; Dios, el Espíritu y la materia.» Como se ve, el Espíritu siendo uno de los «elementos generales del universo» a la par de la materia y de la divinidad, sale del radio de lo individual, y por consiguiente, del de la substancia para entrar en el de los universales y de las abstracciones; así lo afirma claramente el propio Allan-K. al tratar de investigar el constitutivo de la naturaleza espiritual. El espíritu, nos dice, es «el principio inteligente del universo», en cuanto a su ser íntimo «no es fácil analizar en vuestro lenguaje el Espíritu. Para vosotros no es nada porque no es una cosa palpable; pero para nosotros es algo. La inteligencia, a pesar de que el Espíritu, es el principio inteligente del universo, no es sinónimo de Espíritu; un atributo esencial del mismo; pero el uno y la otra se confunden en un principio común, de modo que para vosotros es una misma cosa.» (1) De este Espíritu e inteligencia universal es de donde se deriban, por modo de emanación todos los espíritus e inteligencias, que, por darlas algún nombre hay que llamarlas particulares.

«¿Cuál es el origen de la inteligencia?» se pregunta Rivail. Y no es el infinito de donde él ve surgir, por la acción creativa, las lámparas que de lumbreras sirven a la naturaleza. «Ya lo hemos dicho; contesta, la inteligencia universal. Podría decirse que cada ser toma una parte de inteligencia del origen universal y se la asimila, como toma y se asimila, el principio de la vida material; *aunque* esa es una comparación únicamente; pero inexacta porque la inteligencia es una facultad propia de cada ser y constituye la individualidad moral (2). Ya sabéis, además, que hay cosas que no es dado al hombre penetrar, y ésta es por ahora, una de ellas». (3) Idéntico es el principio que señala a los

1 El L. de los espi., n.º 25-24.

2 Cómo se concibe que la inteligencia sea facultad y al mismo tiempo constituya la *individualidad moral*, lo explicará Allan en la cuarta reencarnación.

3 L. C. n.º 72.

espíritus. «Tienen principio, dice, sino lo tuviesen serían iguales a Dios; *mas*, puesto que hay dos elementos generales en el Universo: el inteligente y el material, ¿podría decirse que los espíritus están formados del primero, como los cuerpos inertes lo están del segundo? Es evidente que los espíritus son la individualización del principio inteligente, como los cuerpos son la del principio material, y lo desconocido es la época de su formación y el modo de realizarse.» (1)

Admitidos estos postulados espíritas, (2) ¿a qué se reduce la subsistencia de las almas? Es el propio Allan-Kardec quien después de refutar la tesis materialista sobre la naturaleza del alma, escribe: «Otros creen que el alma es el principio de la inteligencia, agente universal del que cada ser absorbe una parte. Según estos, todo el universo no tiene más que una sola alma que distribuye partículas a los diversos seres inteligentes durante la vida, volviendo, después de la muerte, cada partícula al origen común donde se confunde con el todo, como los arroyos y ríos vuelven al mar de donde salieron. Difiere esta opinión de la materialista en que en la hipótesis que nos ocupa, existe en nosotros algo más que materia y algo subsiste después de la muerte; pero casi es como si nada sobreviviese; por que desapareciendo la individualidad, no tendríamos conciencia de nosotros mismos. Siguiendo esta opinión, el alma universal sería Dios, y todo ser una parte de la Divinidad. Semejante sistema es una de las variaciones del panteísmo.» (3)

Ahora bien: ¿qué otra cosa, y aún más radical, es lo que del alma afirma el espiritismo kardeciano? ¿No hemos oído ya cómo L. Denis, tomándolo de Allan-Kardec, nos ha dicho: ¿Dios es la grande alma universal, de la que toda alma humana es una irradiación, una centella? ¿Dios es esa alma del mundo honrada bajo tantos nombres diversos, pero que es siempre la Causa única, de donde todo emana, a donde todo vuelve eternamente? Y ¿no es esto mismo lo que dicen las palabras de Kardec? ¿Qué es la

1 L. C. n.º 78-79.

2 La contradicción que dicen con la doctrina que en el mismo lugar expone sobre la creación de los espíritus «permanente, e ininterrumpida de tal manera que Dios nunca deja de crear» es palmaria; así como también contradice la continua creación a la teoría de la reencarnación. Pero el principio filosófico hace mucho tiempo que desapareció de los axiomas de la *ciencia oculta*.

3 L. C. Introd., § 2, p. VIII-IX.

inteligencia como principio universal? Entidad individual no puede ser; puesto que se afirman de ella los atributos contradictorios. Entidad universal y subsistente tampoco; pues subsistencia y universalidad es algo contradictorio. Desde el momento que se la suponga subsistente ya sale de la esfera de la universalidad y abstracción para penetrar en la de lo particular y concreto, y ha dejado por consiguiente de ser la cantera que presta el material para la formación del gran edificio; ya no puede ser la múltiple individualización de un ser universal al que se niega la existencia antes de concebirle como posible siquiera, la segmentación infinitesimal de un todo ficticio e imaginario; ni puede decirse «aún por vía de comparación únicamente que cada ser, cada inteligencia toma una parte de inteligencia del origen universal y se la asimila, como toma y se asimila el principio de la vida material». La individualidad es la incomunicación absoluta, la indivisión de sí misma, la división o separación de cuanto ella no sea. El principio universal inteligente de Kardec, será, pues, lo que dicen sus mismas palabras; «la inteligencia universal».

A esta inteligencia puede concebírsela de dos maneras; como impropriamente universal; porque abraza el tiempo y la eternidad, lo finito e infinito, lleva en sí todos los grados de perfección y nada puede imaginarse que no se encuentre en ella de un modo eminente, ni puede concebirse disfrutando las delicias de la existencia sino es brotando de su virtud purísima; y tal es la Divinidad, infinita en todos sus atributos, y entonces la doctrina de Allan, al suponer que las inteligencias particulares son emanación de la *universal*, lleva al panteísmo que él mismo condena, con toda la secuela de absurdos; o se la concibe como a una *entidad* verdaderamente universal; y entonces, como el universal considerado en sí mismo es un concepto, una abstracción, una ficción lógica, no existe con existencia determinada (1), la *inteligencia universal* de Kardec vendrá a ser, como era la imaginada por Averroes, una abstracción, una negación de la realidad, un absurdo; y negación y absurdo serán igualmente los segmentos o inteligencias individuales que de la primera se suponen segregadas; éstas y aquella se esfuman y desaparecen para engolfarse en el sopor eterno del gran todo, del *Nirvana*, en el eterno silencio, en la nada.

1 Zigliara, *Onto*, L. I, a. I-VI.

Aún más; la inteligencia facultad, como las concepciones, no puede existir en sí misma, por ser accidente y propiedad; reclama necesariamente un sujeto en el que radique y al cual modifique; éste no ha de ser otro que la naturaleza espiritual; en el espíritu es donde han de ir depositándose cuantos conceptos surjan de la armonía de los seres, y de las relaciones que la esencia divina, en su infinita variedad ofrezca con las maravillas que ella misma ha creado. Allan-K., también admite la naturaleza que se cierce sobre la materia y se adorna con las perfecciones deíficas. La inteligencia no es sujeto, es un atributo *esencial* del Espíritu, aunque para Rivail es más que atributo desde el momento que la supone esencial y dice que se confunde en un principio común con el espíritu. Universal la inteligencia no podía el espíritu encerrarse en los estrechos límites de lo particular; de ahí que Allan-K., al afirmar su existencia había de hacerlo en conformidad con la primera aserción; existe para él «el principio inteligente del universo, el gran Espíritu que, sin ser Dios, es el elemento universal de todas las naturalezas inteligentes». Qué sean la inteligencia facultad, universal y su universal naturaleza, no se atreva a decirlo el filósofo espírita; pero nosotros decimos, que son pura abstracción, la nada; como la nada y la abstracción son el entendimiento y la naturaleza universal de Averroes.

Todas las afirmaciones de Allan-K., y de cuantos espiritistas hayan existido y puedan existir, serán impotentes para alterar un ápice el constitutivo esencial de los seres. De la naturaleza espiritual es propio la simplicidad, o sea la exclusión de partes *cuantitativas* y *constitutivas* o substanciales (1). No admitiendo partes cuantitativas y excluyendo las constitutivas, el sujeto espiritual esencialmente es indivisible en sí mismo y con relación a los demás, por consiguiente, no puede ser principio material de otro individuo segmentándose, como los anillos de los astrópodos, y su existencia de ninguna otra naturaleza ha de formar parte (2); es una naturaleza subsistente.

Allan-K., afirma, como no podía menos de afirmar, la espiritualidad del «principio inteligente del universo», pero al mismo tiempo reviste a su espíritu de las dotes más peregrinas; él es

1 Cfr. Mercier, L. C. n.º 219 y sig.

2 Mercier, L. C. y n.º 242; Sto. Tomás. Summa. l.º 1. ae. q. 75, a. II, y q. 90, a. II.

quien fúlgido se levanta de las opacidades de la materia y vestido de gloria va inundándolo todo de esplendores; él es el río de flamígeras llamas que, corriendo a través de los gélidos cuerpos los infunde calor y los presta vida más pletórica que la del espíritu de Isaías; él, quien disfruta las dotes de unidad y pluralidad; de unidad, porque es naturaleza existente y subsistente, que excluye de sí cuanto no sea uno; de pluralidad, porque al mismo tiempo se le afirma como principio general del universo; de indivisibilidad y divisibilidad; la primera le compete intrínsecamente por razón de subsistencia, y la segunda porque le hace principio de variedad casi infinita; de lo abstracto que se pierde en los *espacios*, y de lo concreto que se reconcentra en el individuo; de las propiedades lógicas porque se le supone universal, y de las propiedades físicas por contársele entre los seres reales; es la substancia espiritual con todos los atributos que la especifican, y la misma substancia privada de esos atributos que la distinguen y revestida de sus contrarios; es la afirmación y negación juntamente.

¿Qué clase de existencia será la de ese gran Espíritu? Entre las categorías filosóficas no se la encuentra. ¿No tendremos que llegar al panteísmo, que no quiere admitir Allan-K., haciendo del gran Espíritu la Divinidad, tal cual la hemos visto emerger de los principios espiritistas? Y entonces hay que abrazarse con toda la secuela de absurdos, ya enumerados, o predicar la pura abstracción. No se concibe una hipótesis admisible que pueda servir de marco al gran Espíritu de Allan-Kardec. Y si no se concibe la existencia del «elemento general del Universo espiritual e inteligente.» ¿Entre qué seres habrá que enumerarse la existencia de «los Espíritus particulares que son la individualización del principio inteligente, como los cuerpos son la del principio material? Sino existe la causa, ¿cómo habrán de existir los efectos?

No queda, pues, otra vía, cerrada la del panteísmo, como quiere hacerlo Kardec, que negar la existencia real del gran Espíritu y de todos los Espíritus que de él se suponen emanados y afirmar lo indeterminado e impreciso, como constitutivo de su naturaleza.

Expuesta la precedente doctrina, fácil es decir lo que se ha de pensar sobre la teoría preexistencianística, y sobre la naturaleza y existencias de las almas con anterioridad al cuerpo huma-

no. Son las almas, según el espiritismo, los Espíritus que, después de haber recorrido una serie de *avatares*, más o menos numerosos, revisten su naturaleza de la grosera materia, que les sirve de instrumento expiatorio, y a ella unidos viven todo el tiempo necesario para alcanzar los fines que tienen en el presente *avatar*; no hay, pues, diferencia específica entre unas y otros; los grados de perfección y adaptabilidad son los únicos que las diferencian.

Si el espíritu carece de existencia real y determinada, y entre esos oscuros conceptos envuelto, mejor que entre la envoltura *periespírita*, desaparece de nuestra mirada intelectual hasta llegar a perderse en las regiones de lo abstracto. La existencia del alma humana ¿no quedará también perdida en la abstracción?

Y siendo esto así, como lo es; ¿en virtud de qué postulados se atreve el espiritismo a defender la hipótesis preexistencialista? El alma humana, pues, podemos y debemos concluir con toda certitud, no se concibe como preexistente; ni como existente siquiera.

ARTICULO III

EL ALMA ¿ES MATERIAL O ESPIRITUAL EN EL ESPIRITISMO KARDECIANO?

REVERSO DE LA MEDALLA.—FERNANDO ORTIZ Y EL EVOLUCIONISMO DE LOS ESPÍRITAS.—LOS ESPIRITISTAS ADMITEN LA HIPÓTESIS DARWINIANA.—GABRIEL DELANNE Y EL PARENTESCO DEL ALMA CON LOS REINOS INFERIORES.—IDENTIDAD DEL ALMA Y DEL ESPÍRITU ZOOLOGICO DE LOS KARDECIANOS.—TAMIZ DEL PRINCIPIO INTELIGENTE.—ESTADO EMBRIONARIO DEL ESPÍRITU.—LA JUSTICIA DIVINA Y LA ZOOLOGÍA.—EL INSTINTO Y LA INTELIGENCIA.—EVOLUCIÓN DEL ESPÍRITU.—NO SE DA DISCONTINUIDAD FÍSICA EN LA NATURALEZA.—EL HOMBRE Y LA PLANTA.—EL MICROSPÍRITU Y EL MACROSPÍRITU.—DEL ORGANISMO A LA VIDA, DE LA VIDA A LA INTELIGENCIA.—LAS DISTINTAS RAMAS DEL ÁRBOL.—LEY DE LA TRANSFORMACIÓN.—EL ESPÍRITU ES MATERIA.—TESTIMONIO DE L. DENIS.—SIGUEN CITAS ESPIRITISTAS.—LA MOLÉCULA EN LA MÁQUINA NEUMÁTICA Y FUERA DE ELLA.—EL FILÓSOFO DE VICH.—ALLAN-K. DEFIENDE EL ESPÍRITU MATERIAL.—¿PUEDE HABLARSE DE PREEXISTENCIANISMO?—ESPEJISMO DEL EDIFICIO ESPÍRITA.

Ha sido siempre cualidad del error el no curarse de lo que dice y con ese método, defender doctrinas contradictorias, y lo que es más extraño, pretender amalgamarlas en un solo molde. Esto es lo que hace el espiritismo e hizo su protagonista. Después de haber perfilado tanto al Espíritu, que hasta de la existencia real le ha privado para esfumarle en los ámbitos de lo abstracto, no tiene empacho en hacerle descender hasta confundirle con lo villano y despreciable de la materia. El espíritu, al de-

cir de Allan-K. no excede el nivel de los seres que la triple dimensión tienen por medida, y frecuentemente se identifica con el alma de los que integran la escala zoológica. Esto es lo que ya hemos insinuado en los precedentes artículos y vamos a demostrar más detenidamente en el actual.

Empecemos por notar que el espiritismo es acérrimo partidario de las doctrinas evolucionistas. «El espiritismo, dice Fernando Ortiz, es francamente evolucionista y enlaza la escala evolutiva humana a la escala entera de la zoología», y en esto es precisamente en lo que «se distingue de otros credos religiosos, porque viene a ser una teoría evolucionista del alma, teoría ciertamente antigua, pero cuya reviviscencia moderna se debe al espiritismo» (1) ¿Cuál es la gama que recorre la *ciencia oculta* en el camino del evolucionismo? «Haeckel, escribe G. Delanne, ha aceptado y desarrollado el sistema del sabio inglés, de Darwin, y aunque el transformismo no esté todavía totalmente admitido, nosotros adoptamos sus teorías, porque nos parecen, por la majestuosa lentitud que acusan, en armonía con el *natura non fecit saltum* de los naturalistas y conformes con la idea que formamos de la potencia creadora». (2) No reconoce, pues, límite alguno al abrazar la teoría de Darwin, ni se detiene ante los más crasos absurdos que de ella puedan seguirse. «Desde la materia del protoplasma hasta las formas más elevadas, hay una escala de seres no interrumpida, una serie de anillos que ligan la más ínfima criatura al hombre» (3). De ahí que sin rubor alguno empuce por negar la diferencia esencial entre el alma de los seres zoológicos y la del hombre, no admitiendo entre ellas más diferencia que la de grados, e identificándolas en la substancialidad.

En virtud de la doctrina evolucionista, escribe el citado Ortiz, «no había de serle difícil al espiritismo admitir un atavismo espiritual prehumano, como bien claramente lo sostiene un espiritista de clara cultura científica como Gabriel Delanne en su curiosa obra *L' Evolution aninique*» (4) En esta obra escribe lo siguiente su autor: «Sea bajo el punto de vista del *instinto*, sea bajo el de la *inteligencia* o el del *sentimiento*, no existe otra diferencia entre el alma de los animales y la del hombre, que la de

1 L. C. § 10 y 2.

2 L. C. part. 4.^a c. IV.

3 G. Del. L. C.

4 L. C. § 10.

grado. El mismo principio inmortal anima a todas las criaturas vivas. Al principio no se manifiesta sino de un modo elemental en las más ínfimas gradaciones de la existencia; poco a poco se va perfeccionando en su larga evolución, desenvuelve las facultades que tenía en sí en germen, y las manifiesta de una manera más o menos análoga a la nuestra a la medida que se aproxima a la humanidad. No podemos concebir en efecto, por qué Dios crearía seres sensibles al sufrimiento sin otorgarles al propio tiempo la facultad de beneficiarse de los esfuerzos que hacen por mejorarse. Si el principio inteligente que los anima estuviera condenado a ocupar eternamente la misma posición inferior, Dios no sería justo favoreciendo al hombre a expensas de las otras criaturas. Pero la razón nos dice que no es posible sea así, y la observación demuestra que hay *identidad substancial entre el alma de los brutos y la nuestra*, que todo se armoniza y encadena estrechamente en el Universo, desde el ínfimo átomo al gigantesco sol perdido en la noche del espacio, y desde la mónera hasta el espíritu superior que se cierne en las regiones serenas de la erraticidad. Si suponemos que el alma se ha individualizado lentamente por una *elaboración en las formas inferiores* de la naturaleza hasta llegar por grado a la humana, ¿quién no se asombrará de la maravillosa grandeza de semejante ascensión?

«A través de millares de formas inferiores, en los zig-zags de ascensión no interrumpida, mediante modalidades raras y bajo la presión de los instintos y de la magulladura de las formas más inverosímiles, la psiquis ciega se dirige hacia la luz, hacia la conciencia esclarecida, hacia la libertad. Los *avatares* sin número en millares de organismos diferentes, deben dotarla de todas las fuerzas que la servirán más tarde» (1)

Estas doctrinas que G. Delanne bebiera en las fuentes de Kardec son las que igualmente propugna en otros de sus escritos. En la citada obra «El Espiritismo ante la ciencia» dice: «Si admitimos que el alma y su envoltura hayan pasado por la hilera animal, concebimos inmediatamente de qué manera han debido producirse las cosas. Observamos que el animal posee el instinto, es decir, una fuerza que le dirige seguramente para hacerle evitar lo que le es nocivo. ¿Cómo ha nacido esta fuerza?

«En el animal toda acción es el resultado de un juicio primi-

1 Apud. Ortiz. L. C. p. 19.

tivo que implica voluntad, conciencia, razonamiento e inteligencia. No pudiendo encontrar en la materia el germen de estas facultades, nosotros las atribuimos al espíritu; el instinto es una propiedad periespiritual, que tiene por causa el alma, pero que difiere de ella esencialmente». (1)

«Los organismos de los animales primitivos son muy simples; se aproximan a la naturaleza de las plantas. El principio anímico sólo tiene pocas funciones que llenar, se habitúa a la vida activa; mas sería necio creer que estuviese inerte, porque desde sus primeros pasos en la vida animal, el germen inteligente tiene *sensaciones*. Quiere, por ejemplo, apartarse o acercarse a un objeto, pero el movimiento no sigue inmediatamente a su voluntad; debe para esto desplegar un esfuerzo y vencer ciertas resistencias que provienen de una disposición periespiritual de las moléculas poco favorable al movimiento. Así es como es superada en los primeros tiempos la inercia de las moléculas periespirituales bajo la influencia de la voluntad naciente» (2).

Por si pudiera quedar alguna duda acerca del sentido de las palabras copiadas si se trata del alma del animal propiamente, o más bien del espíritu en el sentido riguroso, que tiene por morada accidental, hasta que alcance mayor perfección, el organismo zoológico, el mismo autor se encarga de dilucidar la cuestión.

El alma es, por una parte de forma tan rudimentaria, que no puede contar entre sus dotes las cualidades de intelección y volición, embellecidas con la libertad; y es por otra tan perfecto el animal que en su frente achatada brilla la luz de la inteligencia, la que poco a poco se va despojando de las nubecillas que empañaban su esplendor y luce en ella con los fulgores humanos.

«Puesto que progresamos, dice, es que antes éramos menos perfectos: remontando de encarnación en encarnación, vemos que hemos debutado en la vida por un estado simple en el que no teníamos ninguna de las facultades que hoy poseemos: las hemos adquirido insensiblemente por una serie de luchas contra la materia». (3) Sino teníamos las facultades que hoy poseemos, ¿en

1 Unas líneas más arriba le hemos oído decir que la diferencia era sólo de grados. ¡Así son los espiritistas!

2 L. C. part. 4.^a c. IV.

3 L. C. par. 4.^a c. III.

qué nos diferenciamos de los que errabundos marchan por la tierra sin poder dirigir su mirada al cielo? Esta serie de luchas es el tamiz por donde ha de pasar el principio inteligente para llegar a la cima de la perfección, desde el «estado más rudimentario en el que carecíamos de la dignidad de seres responsables», «He aquí de que manera se puede concebir que poco a poco, después de millares de pasajes del principio inteligente en la serie animal, el periespíritu llegue a fijar en sí estas leyes que nos aparecen bajo forma de instinto, pero que han sido conquistadas lentamente por él; por medio de existencias sucesivas... Llegada a la humanidad, el alma ha fijado en su envoltura todas las leyes automáticas destinadas a regular esta maravillosa máquina llamada cuerpo humano». Y luego de haber establecido al antropóide de Perthes y de Gaudry como el anillo que une la gran cadena de los seres, como el tipo en quien se encuentran reunidos los caracteres humanos y simianos agrega: «En la época cuaternaria, podía suceder que las almas animales se transformasen, pasando por gradaciones insensibles, en almas humanas; el paso del alma por la hilera animal nos parece racional». Aunque restringe la evolución para aquella época es cosa que nada debilita la fuerza de la proposición; fuerza que reviste toda su intensidad cuando dice: «Preciso es, pues, admitir que el *alma animal*, llegada a la cima de la escala de las formas que tenía que trepar, es conducida a un mundo donde, poco a poco adquiere las cualidades que diferencian al hombre del animal, es decir, el conocimiento de sí mismo, la perfectibilidad y el conocimiento del bien y del mal». (1) El pensamiento que venimos analizando se acaba de confirmar con la respuesta que da a la objeción que se le hace, suponiendo la identidad substancial entre los dos seres.

«Si el *principio inteligente de los animales* está obligado, le dicen, a pasar por formas intermediarias para llegar a la humanidad, los monos serán los representantes directos de los antropóides, y tendiendo su raza cada día a desaparecer, se preguntará, cuando ya no haya, cómo las almas animales pudieron llegar a nuestro grado humano». Y G. Delanne se da por satisfecho con responder: «esta objeción es muy sensata y nos demuestra que

1 L. C. part. 4.^a c. IV.

debemos limitar a la tierra las evoluciones del principio inteligente». (1)

El propio Allan-Kardec no sólo no es ajeno a la doctrina que venimos exponiendo, sino que la abraza en toda su extensión y la expresa con toda claridad. Para Allan «la vida del espíritu, y por ende el espíritu mismo, recorre en conjunto las mismas fases de la vida corporal. Pasa gradualmente del estado de embrión al de infancia, para llegar por una serie de periodos al de adulto, que es el de la perfección» (2) El estado embrionario es el que se presenta en la naturaleza inferior a la del hombre actual. «Según la opinión de algunos filósofos espiritualistas (léase espiritistas), dice Allan-K., el principio inteligente, distinto del material, se individualiza y se elabora pasando por los diversos grados de la animalidad; ahí es donde el alma se ensaya a la vida y desarrolla sus primeras facultades por el ejercicio; ese sería por decirlo así, su periodo de incubación, y, como no hay transiciones bruscas en la naturaleza, es probable que los primeros hombres que aparecieron en la tierra se diferenciaran poco del mono en la forma exterior, y quizás no mucho tampoco en su inteligencia *respectiva*. Llegada *el alma* al punto del desarrollo máximo que tal estado permite, *recibe las facultades especiales que constituyen el alma humana*; de este modo habría filiación espiritual como la hay corporal. Este sistema basado en la gran ley de unidad que preside la creación, es preciso convenir que está conforme con la justicia y con la bondad del Creador; así da una salida, un objeto y un destino a los animales; estos dejan de ser criaturas desheredadas, encontrando en el porvenir que las está reservado una compensación a sus sufrimientos. Lo que constituye el hombre espiritual, no es su origen sino los atributos especiales que le transforman y hacen de él un ser distinto, así como el fruto sabroso es distinto de la raíz amarga de donde ha salido. Por haber pasado por la hilera de animalidad el hombre no dejaría de ser hombre; no sería animal, así como el fruto no es raíz, como el sabio no es tampoco el feto informe por el cual comenzó su vida en el claustro materno» (3)

«El espíritu, escribe en otro lugar, como el hombre, tiene

1 L. C.

2 El lib. de los Esp. n.º 191.

3 El Génesis, c. XI, n.º 25.

también su infancia. En su origen no tienen los espíritus más que una existencia instintiva, y apenas tienen conciencia de sí mismos y de sus actos. Sólo poco a poco se desarrolla la inteligencia» (1) «En este periodo de la existencia es cuando el espíritu se va formando y se ensaya en los afanes de la vida, hasta que recibe de Dios *nuevas facultades*: el libre albedrío y el sentido moral, la centella divina, en una palabra, da nuevo sesgo a sus ideas y le dota de nuevas proporciones». (2)

Entre el periodo del instinto y el de completo desarrollo no media otra distancia que la de más o menos perfección, en la realidad son una misma cosa. «El instinto, se pregunta Allan-K., ¿es independiente de la inteligencia? Propiamente no, responde; porque es una especie de inteligencia. El instinto es una inteligencia no razonada, y por él todos los seres atienden a sus necesidades. ¿Puede fijarse un límite entre el instinto y la inteligencia, es decir, precisar dónde concluye el uno y empieza la otra? No, porque se confunden a menudo. El instinto es una inteligencia rudimentaria que difiere de la propiamente dicha en que sus manifestaciones son espontáneas casi siempre, al paso que las de la inteligencia son resultado de una combinación y de un acto deliberado». (3) Porque el instinto y la inteligencia son, para el buen Kardec, una misma cosa, escribe en la introducción al citado libro de los Espíritus, al tratar de las múltiples acepciones que puede tener la palabra *alma*: «Pudiera, pues decirse, el *alma vital* por el principio de la vida material, el *alma intelectual* por el principio inteligente y el *alma espiritista* por el principio de nuestra individualidad después de la muerte. Según se ve, todo esto se reduce a una cuestión de palabras; pero cuestión de suma importancia para entendernos. Conformándonos con aquella clasificación, el *alma vital* sería común a todos los seres orgánicos; las plantas, los animales y los hombres; el *alma intelectual* propia de los animales y de los hombres, perteneciendo el *alma espiritista* al hombre únicamente».

De los testimonios aducidos, fácilmente multiplicables, síguese palmariamente la confirmación de lo que venimos diciendo. Según Allan: El espíritu que se identifica con el principio inteli-

1 El lib. de los Esp., n.º 189.

2 El Gen., c III, n.º 23.

3 El lib. de los Esp. n.º 73-75.

gente, y que es fontanal de todas las individuaciones del mismo, tuvo un tiempo en el que careció de todas las facultades espirituales; en ese estado embrionario tenía por morada, el organismo zoológico, evolucionando se revistió de instinto, se hizo alma intelectual y se capacitó para morar en la casa del cuerpo humano, adornándose con nuevas facultades, pero sin dejar de ser el mismísimo sujeto, «pues que la verdadera vida del animal, lo mismo que la del hombre, no está en su envoltura corporal, que no es sino su vestidura: reside en el principio inteligente,... ¿qué importa, pues, que este principio inteligente, el Espíritu cambie con más o menos frecuencia de envoltura? Por eso no deja de ser Espíritu, como el hombre no deja de ser hombre porque cambie cien veces de traje» (1) Entre el Espíritu animal y el Espíritu hombre, no el espíritu del animal y del hombre, no media, pues, otra diferencia, según Rivail, que la que existe entre el hombre vestido de una u otra manera, entre el hombre sabio e ignorante, entre la raíz y su fruto. Y ¿quién es el que se atreve a predicar la diferencia substancial entre los dos términos que forman la proposición?

En su obra filosófica, «El libro de los Espíritus», confirma y explica esta doctrina tan paladinamente que disipa cuantas dudas pudieran engendrar sus locuciones. «¿Dónde toman los animales, se pregunta, el principio inteligente que constituye la especie particular del alma de que están dotados? Del elemento inteligente universal. La inteligencia del hombre y la de los animales, ¿dimanan, pues, de un principio único? Sin duda alguna; pero en el hombre ha experimentado una elaboración que la hace superior a la que anima al bruto». (2) Por naturaleza son, pues, idénticos, específicamente considerados.

El espiritismo en su obsesión por enlazarlo todo en la unidad monística, única, en su sentir, que puede explicar los misterios que por doquier circundan a la humana inteligencia, no se da por satisfecho con la doctrina de las pretéritas afirmaciones, va mucho más lejos. Ya hemos oído que adopta la hipótesis de Haeckel en toda su extensión, y el gran maestro del evolucionismo no se detiene en pequeñeces; inteligencia, sensación, vida, todo tiene un mismo origen inmediato; todo se enlaza en estrecha uni-

1 El Gene. c. III, n.º 21.

2 El lib. de los Esp. n.º 606.

dad; entre los seres no se da discontinuidad material, y las distintas partes que integran el Universo no son más que distintas modulaciones del éter, según que aumente o disminuya el número de vibraciones.

Cualquiera que sea la teoría que se admita en la formación y composición de las substancias orgánicas nos veremos obligados a confesar la unidad de principio que anime y realice todas las funciones del sujeto. La doctrina platónica, como la del mecanicismo materialista y la del espiritualismo exagerado de los filósofos cartesianos es inadmisibile. La naturaleza, la experiencia y el testimonio de la conciencia se aunan para atestiguar la unidad substancial del sujeto en todas las acciones; todo organismo viviente, vive, vegeta, siente y entiende en virtud de un solo principio (1) que realiza las funciones de entender, sentir, y vegetar. Los cambios y alteraciones que experimente el organismo como parte integrante no podrán verificarse sino es alterando el principio de quien recibe la vitalidad; las transformaciones del organismo implicarán por consiguiente la modificación del principio, tan íntimamente se hallan unidos que por naturaleza son inseparables; disgregar al uno del otro significa la destrucción del sujeto. Las explicaciones que intentan algunos evolucionistas para demostrar que puede transformarse substancialmente el uno sin el otro son inaceptables y carecen de argumentación; además frustrarían toda la finalidad del evolucionismo, puesto que se rompería la admirable cadena que unidad presta a los componentes del Universo.

Esta doctrina mal entendida y las atracciones que siente por un evolucionismo que tampoco entiende, es lo que ha llevado al espiritismo a los extremos de la hipótesis haeckeliana, a la afirmación de que el espíritu hombre no sólo es idéntico al animal sino también a la planta, a cuanto vida tiene y aun a lo que de vida en ejercicio carece, diferenciándose únicamente en las modulaciones o gradaciones del principio o sujeto.

«No pretendemos, escribe G. Delanne, que el principio inteligente haya sido obligado a atravesar la fase vegetal». Pero a esto responde su traductor: «No vemos inconveniente ninguno en admitir hipotéticamente que el alma humana haya podido pa-

1 Cfr. Mercier, L. C. n.º 145-146 y 232-235, Balmes, L. C. lib. IX c. VI.

sar por la fase vegetal, pues Dios no debió crearla con tales o cuales cualidades, sino susceptible de adquirirlas por medio del progreso». (1) Y en el mismo libro, a continuación del párrafo transcrito dice el propio G. Delane: «Cuando nuestro globo hubo sufrido todas las modificaciones materiales de que era susceptible apareció la *vida*, es decir la fuerza organizadora, y desde este momento asistimos a una serie de transformaciones maravillosas. Los organismos proceden unos de otros yendo de lo simple a lo compuesto. Desde la materia del protoplasma hasta las formas más elevadas, hay una escala de seres no interrumpida, una serie de anillos que ligan la más ínfima criatura al hombre, suprema expresión de los tipos que se ha sucedido aquí bajo. Hemos visto ya cumplirse una primera transformación; a la naturaleza bruta sucede la naturaleza orgánica, gracias a la aparición del principio vital; a este sucede el principio anímico, y la consecuencia de este segundo agente es la formación de los animales. La planta vive, mas no posee ni la sensibilidad ni el poder de desplazarse. El animal, por el contrario, no solamente vive, sino que siente y se mueve. A partir de este momento, es cuando podemos intentar el estudio de la evolución intelectual». (2)

El admirador de Allan-K. Sr. Ortiz que más que admirador parece un *diletantista* de la *ciencia oculta*, nos dice que «la individualidad del hombre desde su inicio ha tenido que actuar sobre *algo*, sobre una célula protoplasmática llena de vida, y que ese *algo* con vida, que en su principio muy poco significaba en la causación de los fenómenos naturales que le interesaban, ha ido *evolucionando adquiriendo facultades y fuerzas para después de un transcurso de edades incalculables llegar a ser hombre*, que sigue siendo influenciable en todos los momentos de su vida.» (3) En la misma obra hablando de la metempsicosis, dice que «es tan *infinita*, según los espiritistas, que no solamente acerca al espíritu por infinitos pasos más y más hasta Dios, sino que en el extremo opuesto, esa *evolución del Espíritu* comienza para los evolucionistas del alma desde las formas más rudimentarias y *primitivas* del espíritu, casi me atrevería a decir desde

1 L. C., part. 4.^a, c. IV.

2 L. C.

3 L. C. § V.

los espíritus *infinitamente imperfectos*, desde los *microspiritus*, siguiendo después la escala ascendiente, hasta las formas más elevadas de los espíritus angélicos, hasta los grandes espíritus, hasta los *macrospiritus*, si así puede decirse. No sería por tanto, un absurdo para la filosofía del espiritismo suponer en nuestro planeta dos escalas paralelas evolucionistas, la material y la espiritual, una y otra perfecta y constantemente enlazadas entre sí a través de las seculares y milenarias genealogías de las especies y de sus transformaciones evolutivas. Si el biólogo halla en los protozoarios, por ejemplo, el germen que ha de convertirse en el *homo sapiens*, no habría de ser difícil sostener como el espiritismo admite que también en cada uno de esos protozoarios se encarna un espíritu primitivo cuyo progreso, humanamente incommensurable, ha de convertirlo en un más superior ser permanente y sapiente, en *espíritus humanus*, que diría un Linneo de los Espíritus. «Este evolucionismo de los espíritus es tan fatal como el de los biólogos. Hay que recorrer la escala evolutiva peldaño por peldaño. Si los naturalistas dicen que *natura non fecit saltum*, los espiritistas podrán decir análogamente: *spiritus non fecit saltum*; el espíritu ha de subir pausada o rápidamente, según su esfuerzo pero grado a grado, hasta la superioridad de los ángeles» (1)

El celebrado astrónomo C. Flamarión que en otros tiempos simpatías tantas tuvo por el espiritismo, es más radical que Ortiz, encuentra el *microspiritus* en el protozoario del biólogo, en la energía del universo. En su discurso «Dios en la naturaleza» dice que «la teoría de la elección natural, más positiva a no dudarlo, más científica, del sucesivo desenvolvimiento del mundo orgánico, no rinde homenaje ni se subordina al ciego acaso, ni a la antojadiza arbitrariedad. Viene a presentarnos el Universo como formando en su conjunto una unidad viviente, cuya existencia va desarrollándose en progresión lenta de absoluta conformidad con la idea primordial, y se eleva eternamente hacia su ideal inaccesible. El origen y el fin existen simultáneamente en la actualidad. Del *mineral al organismo, del organismo a la vida, de la vida a la inteligencia*: he aquí cómo se considera establecido un círculo de la materia y una ascensión incesante del pensamiento obedeciendo siempre a una razón predominante».

1 L. C., § 2.

En su obra «Astronomía de las Damas» aún es más explícito y más radical «La forma humana terrestre, dice, deriva de las formas animales primitivas, de las cuales se ha elevado gradualmente por el progreso continuo de la transformación de los seres... Y de parentesco en parentesco remontamos hoy fácilmente por la Paleontología hasta el origen de los seres. Tan cierto es que el pájaro deriva del reptil por un progreso de la evolución orgánica; como que la humanidad terrestre representa la cima superior del árbol genealógico inmenso, *cuyos ramos son todos hermanos y cuyas raíces penetran en los rudimentos mismos de los organismos primitivos más elementales...* Los organismos terrestres, desde los más inferiores hasta el hombre, *resultan de las fuerzas en acción en la superficie de nuestro planeta. Los primeros parecen haber sido producidos por combinaciones del carbono con el hidrógeno y el oxígeno; no tenían por decirlo así nada de vida, sino cierta sensibilidad muy rudimentaria*». (1)

A Gabriel D. ya le oímos decir que no sólo «hay identidad substancial entre el alma de los brutos y la nuestra», sino «que todo se armoniza y encadena estrechamente en el Universo, desde el ínfimo átomo y desde la mónera hasta el espíritu superior que se cierne en las regiones serenas de la erraticidad».

El ferviente espiritista Lujambio ha escrito: «Debemos manifestar que estas ALMAS parten, desde el estado de germen de inteligencia, contenida en la substancia del Planeta, desde que este formaba parte de la Nebulosa solar; y han venido manifestándose en sus primeros impulsos hacia el desenvolvimiento evolutivo en forma de fuerzas físico-químicas. Y en sus múltiples modificaciones y transformaciones, que en esas fuerzas se han venido operando, para constituirse individualidades, van afectando en sus primeras concreciones en el reino mineral, cristalizaciones con formas romboidales, más o menos regulares y perfectas. Más tarde esas fuerzas se irán haciendo aptas para afectar formas orgánicas representadas en los Litófitos, que participen tanto del mineral como del vegetal, pues como el progreso en la Naturaleza no se efectúa a brincos, no tienen lugar en las formas esas transiciones bruscas, causa por lo que es de suponer que en en el origen de las especies no se destacaba la figura en ellas

1 Lección 12.^a La misma teoría defiende en su novela «Estela», p. 66, 119, 314.

como una organización consumada y perfecta que la independiera enteramente del reino inmediatamente inferior que la había precedido; sino que, sin que desaparezca completamente la figura de una especie determinada, se va metamorfoseando lentamente en otra comprendida en tipos que acusen superior progreso, y que participen tanto del reino animal como del vegetal a que pertenece; tal es zoófito o animal planta, cuyo fruto afecta la configuración de un verdadero cordero. (1)

Q. López entre otras cosas ha dicho: «La pura inducción filosófica nos hace comprender el origen del espíritu humano en las partículas dinámicas contenidas en la *esencia del Absoluto Ser*, las cuales metamorfoseándose a cada momento por virtud y en cumplimiento de la ley, alcanzaron traspasar los reinos mineral, vegetal y animal irracional y llegar a constituir individualidad en el hominal, mediante su reluchar eterno, mediante su constante proceso.» (2)

Ahora bien; toda evolución y transformación se encuentra sujeta a dos leyes que Vázquez Mella denomina ley de «permanencia» y ley de «equivalencia»; por la primera «todo ser que cambia supone algo que cambia, y, por lo tanto que permanece; sino permanece en el cambio algo de ese ser, es que se ha destruido substancialmente, y entonces el ser que aparece no es el anterior, y así el cambio substancial y esencial en los seres, sería una serie de creaciones y aniquilaciones que no podía estar dentro de la serie. Si el cambio no es esencial, substancial y total, si hay algo que permanece, entonces la evolución se reduce a una transformación», y hay que afirmar la identidad del sujeto que se dice evoluciona, entre su inicio y su término. Por la ley de la equivalencia, lo más no puede salir de lo menos, lo superior de lo inferior, lo heterogéneo de lo homogéneo, y se llega por necesidad a la misma conclusión; a la identidad substancial de los dos términos que completan la proposición o el sujeto. (3) Luego hemos de concluir, que el espíritu, o el alma, según la doctrina evolucionista de los espiritistas, es idéntico a las fuerzas de la naturaleza que prestan vitalidad a otros organismos sensibles, y aun a las plantas y combinaciones químicas. Más toda-

1 L. C. p 71-62.

2 L. C. part. 2.^a c. VI.

3 Sólo el Espiri. cató. salva 22-4-1920.

vía; afirmamos que por las doctrinas espíritas, el espíritu es totalmente idéntico a la materia, no sólo como consecuencia necesaria de la ley de transformación, sino considerado en su propia naturaleza; el espíritu es materia.

En efecto; «llamamos cuerpo, o en lenguaje corriente, dice el cardenal Mercier, *materia*, a lo que impresiona los órganos de los sentidos» (1) Nosotros, sin pretender corregir al sabio filósofo, añadiremos, siendo más cautos, que, materia es no sólo lo que de hecho y en circunstancias normales afecta los sentidos, sino cuanto puede afectarlos directamente, aunque por deficiencia de los mismos en algún caso no lleguen a experimentar sensación; materia es la substancia que por naturaleza consta de la triple dimensión; cuanto constituye el mundo visible, bien sea reflejándose en la cámara de nuestro ojo, bien en la fotográfica, bien a simple vista, ya sirviéndonos de poderosos auxiliares. Estas definiciones son postulados inegables para todos y por todos consiguientemente admitidos, empezando por los espiritistas. Si pues el espíritu, o alma, no se diferencia de esta substancia, aunque ordinariamente no se refleje en la cámara de visión y huya del tacto, no por eso dejará de formar parte de la materia. Que el alma no se diferencia de esta substancia son los espiritistas quienes lo afirman y defienden.

Más arriba oímos decir a L. Denis: «El mundo invisible no se distingue del mundo visible más que con relación a nuestros sentidos. Lo invisible es el prolongamiento, la continuación natural del mundo visible. En su unidad forma un todo inseparable». (2) Luego sino se distinguen más que con relación a nuestros sentidos, en la realidad objetiva, en sí mismos son idénticos. Y no puede ser de otra manera desde el instante en que se afirma que el mundo invisible de los espíritus, no es más que una prolongación y continuación del mundo visible o natural, y que forman un todo inseparable. Mas ya tampoco resulta cierto lo de la invisibilidad del mundo de los espíritus. La ciencia moderna ha progresado en gran manera; con su auxilio es como el espiritismo, dice el mismo autor, se fortifica cada día. «Las fotografías de las *radiaciones del pensamiento* acaban de abrir un nuevo campo a los investigadores. Los doctores Baraduc, Luis, y León

1 L. C. n. 219.

2 L. C. p. 258.

han logrado fijar sobre la placa sensible las *radiaciones del pensamiento y las vibraciones de la voluntad*. Estas experiencias las hemos perseguido nosotros por espacio de años, y el hecho que se desprende es que existe en cada ser humano un centro de *radiaciones invisibles*, un foco de luces que escapa a la vista, pero que pueden impresionar las placas fotográficas» (1)

Es indudable que las potencias del espíritu son de la misma naturaleza que su substancia. Los actos del entendimiento y de la voluntad hieren directamente la gelatina de la placa fotográfica, al decir del espiritismo, es por lo tanto signo cierto, no sólo que son materiales, sino también materia; y materia por ende la substancia de que son potencias, el alma.

«Según la filosofía y según los espiritistas, dice G. Delane, el alma, es inmaterial, mejor dicho, no tiene ningún punto de contacto con la materia que conocemos... Pero ¿hemos de admitir la palabra *inmaterial* en su sentido absoluto? No, porque la inmaterialidad verdadera sería la nada; y esta alma constituye un ser cuya existencia es tal que nadie aquí bajo podría darnos una idea. A fin de precisar nuestro pensamiento, deseamos aclarar a nuestros lectores el sentido de la palabra *inmaterial* para que no se preste a confusiones. Pretendemos que ningún estado de la materia puede hacernos comprender el del alma, y sin embargo la ciencia ha llegado a resultados sorprendentes como división de la materia. M. Crookes ha llegado con sus experiencias a hacer el vacío de tal suerte, que la presión del aire que queda en el globo, está reducida a una millonésima de atmósfera. En este estado es cuando las moléculas de los cuerpos gaseosos pueden moverse en virtud de sus fuerzas propias... Habitualmente los fenómenos nuevos, en física o en química, son producidos por adición de materia, y es curioso hacer constar que aquí, al contrario, efectos de una extrema energía resultan de una substración de materia: reduciéndola a casi nada, rarificándola más allá de lo verosímil, es como M. Crookes obtiene estos fenómenos singulares. Cuanta más materia subtrae, más potente se hace la acción: es la física de la nada, a punto tal, que está uno tentado a preguntarse si hay derecho de atribuir a la materia efectos tan potentes, cuando ha hecho tantos esfuerzos para desembarazarse de ella. Puede que en este punto haya una equivocación y que

1 L. C. p. 175.

juzguemos por la impresión de nuestros sentidos lo que perfectamente puede escapárseles. La naturaleza se extiende mucho más allá de nuestras sensaciones; preciso es, pues, ponernos al abrigo de nuestros errores...

«Ahora bien, por quintesenciada que esté la materia, por menuda e impalpable que la experiencia nos la muestre, aún es grosera frente al espíritu que es una esencia, un ser infinitamente más sutil todavía. En este sentido entendemos la palabra *inmaterial* aplicada al alma, que es de tal modo imponderable que no puede tener punto alguno de contacto con la materia que conocemos sobre la tierra». (1)

Como se ve, aquí se afirma palmariamente la materialidad del alma; pues como no deja de ser materia la molécula que se agita vertiginosamente en la atmósfera rarificada de la máquina neumática, porque sea más sutil que la que fuera se mueve pausadamente venciendo múltiples resistencias, tampoco ha de perder su materialidad porque se la suponga *infinitamente* más sutil que la de los rayos X, y escapando a toda sensibilidad de los órganos corpóreos. El más y el menos no muda la naturaleza del objeto. ¿Y qué importa que no caiga su acción bajo la potencialidad de los sentidos, y pase desapercibida para nuestro organismo?

«En el mundo externo [en la molécula] podemos considerar, dice el insigne Balmes, dos naturalezas; una real, otra fenomenal: la primera es propia, absoluta: la segunda es relativa al ser que percibe el fenómeno: por la primera, el mundo *es*; por la segunda, *aparece*. Un ser intelectual puro conoce lo que el mundo *es*; un ser sensible experimenta lo que *aparece*... El mundo externo en su naturaleza real, prescindiendo absolutamente de la fenomenal, no es una ilusión. Su existencia nos es conocida no sólo por los fenómenos, sino también por los principios del entendimiento puro, superiores a todo lo individual y contingente... En el universo corpóreo considerado en su *esencia*, no hay necesidad de suponer nada que sea semejante a la representación sensible.» (2)

Los espiritistas muy versados en achaques tiptológicos, pero muy ayunos en los racionios filosóficos, no han sabido distin-

1 L. C. part. 4.^a, c. 1.

2 L. C. lib. III, c. XXV.

guir entre los objetos sensibles *per se*, y los sensibles *per accidens*, o los sensibles directa o indirectamente percibidos por los sentidos; unos y otros son de la misma naturaleza, tienen idénticos constitutivos. La esencia o substancia de los cuerpos materiales jamás ha llegado a ser objeto de afecciones sensitivas, ¿y dejará por eso de ser material, aun en la sentencia de los que ponen la esencia de la materia en la cantidad? Si así no fuera, ¿dónde radicarían los accidentes materiales?

Claro es el pensamiento espiritista, si alguna duda quedara, el propio Allán-Kardec se encarga de disiparla. El corifeo espírita afirma que el alma es absolutamente material; sólo materia es el espíritu.

«¿Es exacto decir que los espíritus son inmateriales?, pregunta en «El libro de los espíritus», y da la siguiente respuesta que supone ser de su *guía verdad*.» ¿Cómo podrá definirse una cosa siendo insuficiente el lenguaje y faltando términos de comparación? Puede un ciego de nacimiento definir la luz? Inmaterial no es la palabra, y sería más exacto decir incorporal; porque debes comprender perfectamente que, siendo una creación el Espíritu, ha de ser algo, y es, en efecto algo, *materia purificada* (1); pero no tiene análoga entre vosotros siendo además *tan etérea* que no puede impresionar vuestros sentidos» (2) En el número 88 a la pregunta; «tienen los Espíritus, una forma determinada, limitada y constante, responde: «Para vuestra vista no, pero sí para la nuestra; y si así lo quereis, el Espíritu es una llama, un destello, o una chispa *etérea*». Y «¿tiene color esa llama o chispa? Para vosotros, y según que el Espíritu es más o menos puro, varía del obscuro al brillo del Rubí» (3)

¿Se quiere más diafanidad en la cuestión? Pablo Schanz escribió: «Las *materializaciones* demuestran que el espiritismo conduce a un panteísmo materialista» (4) Ahora no son las ridículas *materializaciones*, que repugnan tanto a la razón como a la experiencia, las que sirven de comprobantes a una doctrina antifilosófica y antirrational, son las palabras de los mismos espiritistas pronunciadas sin ambages ni circunloquios, las que afirman que el espíritu no se distingue de la materia, que es a ella idéntica.

1 Otros traducen, materia quinta esencia, para el efecto es lo mismo.

2 L. C. n. 82.

3 Cfr. Urrabu, L. C. I. II, Disp. 9.ª, c. II, n. 212.

4 L. C. par. 1.ª, T. II, c. XIII, 55.

Al llegar aquí la pluma se detiene, y, admitiendo como verídica e irrecusable la prueba por ser de los propios espiritistas, sólo ocurre preguntar: ¿Puede hablarse de preexistencianismo en esta doctrina?; ¿qué género de existencia sería el de esa alma-materia en la etapa precorporal?

La existencia, o mejor dicho, la subsistencia, es atributo exclusivo de la substancia completa o perfecta, en la línea de substancialidad; ¿y qué clase de substancia puede ser el alma-molécula *infinitamente* sutil? ¿Cómo, pues, ha de tener preexistencia de ningún género?

No, el preexistencianismo es incompatible con la doctrina del espiritismo acerca de la naturaleza del alma. La doctrina espírita estudiada en sí misma no es, no puede ser preexistencianista, la lógica es más contundente e inexorable que toda la charlatanería de las mesas parlantes, y la de cuantos dan crédito a los misteriosos golpecitos y nebulosas apariciones de *Katie-King* y *Florencia Cook*, aunque se digan comprobadas por el sabio, *pero cándido*, Crookes.

Y como el espiritismo descansa sobre esta base, única e insustituible, hemos de concluir de ahora para siempre, que el edificio espírita es de puro espejismo. Nada importa que sus apariencias presenten algunos matices de veracidad, la realidad es muy diferente; nada, que se pretendan acumular dificultades al *parecer* inextricables; esto es sólo un efectismo, bueno para seducir al número de los tontos que es infinito, como dijo el Eclesiastés (1), pero insuficiente para mover el ánimo de los prudentes y la inteligencia de los sabios (2).

Sin embargo, demos de mano a esta argumentación; admitamos hipotéticamente la teoría espírita, y veamos qué razones le asisten y sobre qué fundamentos descansa.

1 l. 15

2 Tomás Edison, bien conocido en el mundo científico, ha dicho que «el espiritismo es el manjar de los neuróticos y de las viudas son recursos monetarios».

CAPITULO VII

LA PREEXISTENCIA, SUS FUNDAMENTOS FILOSÓFICOS E HISTÓ- RICOS

ARTICULO PRIMERO

FILOSOFÍA DEL ESPIRITISMO

EL TEÓLOGO PERUJO.—AFORISMO DE LAERCIO.—PRETEN-
 SIÓN DEL VIEJO MAESTRO.—DOCTRINA RECOJIDA POR LOS
 NUEVOS DISCÍPULOS.—FUNDAMENTO DE LA PREEXISTENCIA.
 —GÉNERO DE ARGUMENTACIÓN.—¿CÓMO LO PRUEBA EL
 ESPIRITISMO?—TRES PUNTOS DE LA CUESTIÓN.—APRIETOS
 DE LOS OCULTISTAS.—NO ENSALZAN, DEPRIMEN LA JUSTI-
 CIA DIVINA.—PRODUCEN LA ESTRIDENCIA EN EL CONCEN-
 TO UNIVERSAL.—TAMBIÉN LA DEL DIVINO.—NIEGA LA DI-
 VINIDAD.—NUEVAS ESPECULACIONES.

En las razones que acabamos de exponer y en otras de fácil comprensión se fundaba Perujo para decir: «El error de la preexistencia apenas merece ser refutado, porque se opone al sentido común» (1) Tan evidente se les presentaba a los antiguos esta doctrina que Laercio decía muy graciosamente: «A nadie el dios Apolo ha otorgado el privilegio de tener memoria de la preexistencia, sino es al caduco y senil Pitágoras. (2)

Pues lo que se halla «en pugna con los dictámenes de la ra-

1 Dic. de ciens. ecles. T. 8, Preex.,
 2 Lib. VIII, c. 1, 5-20.

zón» (1); se opone al sentido común y es de tal condición que solo el viejo Maestro se jactara de disfrutarlo, es lo que los discípulos de la *nueva ciencia* afirman con tanta serenidad y predicación con tal lujo de exhibiciones que el ánimo no puede menos de admirarse, admiración que excede todo límite cuando se leen frases como las siguientes. «Muchas equivocaciones, muchos errores han dividido al mundo en estas cuestiones; el espiritismo moderno viene a disiparlos. La ignorancia de estas cosas es la causa principal de nuestros yerros» (2), que desaparecerán con la esplendente luz que difunde el *ocultismo*; y a tanto llega su arrogancia que, después de aseverar la evidencia de la doctrina espírita, estiman como fanáticos y desequilibrados a cuantos no se abracen con ella.

¿Qué fundamentos tienen las aseveraciones espiritistas?; ¿Qué pruebas para hacer razonable, cuando no ya evidente, la objetividad de la doctrina?

«El espiritismo moderno, dice el tantas veces citado L. Denis, se funda en testimonios universales. Se apoya en hechos de experiencia observados en todos los puntos del globo por hombres de tales condiciones, entre los cuales se cuentan sabios pertenecientes a todas las Universidades y a todas las academias célebres» (3) «Los espíritus, dice también Allan-K., han resuelto afirmativamente la cuestión de la preexistencia, y los hechos, así como la lógica, no permiten dudar sobre este punto» (4).

A dos pueden, por tanto, reducirse las pruebas de la preexistencia: intrínsecas las unas, extrínsecas las otras; filosóficas y de autoridad, positivas y negativas, ordinarias y extraordinarias. (5)

Analicémoslas brevemente y veamos la fuerza demostrativa que ofrecen.

«Por la doctrina de las preexistencias, escribe Denis, sintetizando la argumentación espiritista, todo se enlaza, se ilumina, se comprende; la justicia divina aparece, todo se armoniza en el universo y en el destino. El alma no es ya completamente for-

1 Ugarte. S. J. El Espir., c. IV.

2 L. Denis, L. C. p. 241.

3 L. C. p. 247.

4 Qué es el Esp. n.º 108.

5 Llamamos ordinarias las que reconocen por base la autoridad en los *científicos*, y extraordinarias las que se fundan en la *Escritura* y de los *mediums*.

mada por un Dios caprichoso que distribuye, al azar de su antojo, el vicio o la virtud, el genio o la imbecilidad; creada sencilla e ignorante, se eleva por sus propias obras, se enriquece a sí misma, cosechando en presente lo que ha sembrado en sus vidas anteriores, y siguen sembrando para sus vidas futuras. El alma labra su propio destino, de grado en grado, sube desde el estado inferior y rudimentario hasta la más elevada personalidad; desde la inconsciencia de salvaje hasta el estado de esos seres sublimes que iluminan la senda de la historia y pasan por la historia como un rayo divino» (1).

Esta es la única argumentación directa que emplea el espiritismo para demostrar el primer aserto de la afirmación; y más que razón de lo que se pregunta, es una nueva y más arbitraria aseveración. ¿Por qué, tenemos derecho a seguir preguntando, aparece más espléndida la justicia divina, y más en armonía todas las relaciones? Prescindamos de las que se refieren a la reencarnación y pluralidad de existencias, de las cuales hablaremos más adelante, y consideremos la cuestión en sí misma, en la preexistencia absoluta, primitiva, en la existencia que precede a toda unión material; veámosla en el instante mismo de la creación, de la aparición del alma.

Así establecida la cuestión quedará eliminado cuanto dice orden a los méritos y perfección y aun a la escatología, y nos encontraremos en presencia de estos tres términos: 1.º La existencia primitiva de las almas; 2.º La imperfección, mácula o pecado original y 3.º La diferencia de males físicos que tan improporcionalmente se distribuyen en la humanidad, y la diferencia de cualidades que ofrecen los distintos sujetos. Estos miembros se encuentran tan íntimamente ligados que son inseparables. Pero si son inseparables podemos, no obstante, simplificarlos más, suprimir el segundo, pues considerada la cuestión filosóficamente como aquí la consideramos, no tiene cabida directamente, y exponer el 3.º, preguntando el por qué de los variados efectos que contemplamos en los órdenes físico, intelectual y moral.

Presentada la tesis en estos términos, los espiritistas encuentran no pequeñas ni despreciables dificultades para salir airoso en la demostración de su aserto. Por de pronto renuncian a dar razones positivas y directas que evidencien la primera parte.

1 L. C. p. 255-254

La preexistencia de las almas contemplada en el espejo de sí misma; ¿En qué, y por qué hace que esplenda con mayor fulgor la justicia divina?; ¿en qué y por qué hace más admirable la armonía del universo? Lejos de ser cierta semejante afirmación lo que hace es acrecentar las estridencias, romper las melodías dulcísimas que extasían al observador.

La preexistencia de las almas tal cual la defienden los propugnadores de la *ciencia del porvenir*, niega la unión substancial e íntima con los cuerpos a los que han de estar unidos, niega, por consiguiente, la unidad de acción en el hombre, el concurso amistoso que ha de haber entre las dos partes que integran el compuesto en el tributo de todas las obras (1); el alma es extraña al cuerpo y el cuerpo resulta extraño al alma; ésta se encuentra en aquel como en casa de huéspedes, entra y sale, se acerca a él y le abandona cuando bien le place, sin contar con su beneplácito; uno y otra giran en órbita distinta; pues su vivir es independiente, «La vida orgánica, dice Kardec, puede animar un cuerpo sin alma, puede existir sin ella; aunque ésta no puede habitar en cuerpo privado de vida orgánica» (2) El alma no es para el cuerpo ni el cuerpo para el alma. Y ¿no es esto introducir la discontinuidad formal entre los seres de distintos órdenes?; ¿no se hace desaparecer con esta doctrina la melodiosa armonía que producían las diversas notas de la gama de la creación? El intermedio de los mundos material y espiritual, ¿cómo lo suplen los espiritistas?, ¿acudiendo a la explicación panteísta? El periespíritu es un Fantoche.

No sólo desaparece la armonía entre los seres, mas también la de estos para con el Creador. La ostentación de la divina virtud se manifiesta en el mundo visible desde el grado ínfimo hasta el supremo; así lo reclama el orden de la naturaleza y el de la sabiduría infinita. En el mundo de lo invisible no puede quedar incumplida esta ley. Ahora bien, admítase por un solo instante la preexistencia tal cual la predicán los espiritistas, y nos encontraremos con la manifestación ínfima, con el *microespíritu*, y tan desfigurado que apenas le conoceremos; mas por ninguna

1 Prescindamos ahora del periespíritu que admiten los espiritistas como parte integrante del humano ser, porque no teniendo, según ellos, otro oficio que el de unir al alma con el cuerpo, no puede en realidad contársele como una parte componente.

2 El lib. de los Esp. n.º 136.

parte encontraremos el grado supremo, el espíritu, la inteligencia límpida, clara, serena; la voluntad potente y la libertad moviéndose en anchuroso campo, que sea el espejo donde se refleje la Divinidad en todo su esplendor.

Y no se diga que a ese grado llegarán después de una serie indefinida de pruebas. Porque además de ser esto imposible, como ya veremos, y seguirse otra serie de inconvenientes, tendríamos que, hasta que eso fuera una realidad, habría reinado el desorden, la inarmonía. La preexistencia, pues, ni aun admitiéndola «a título de hipótesis», como quiere Rivail, ensalza la sabiduría de Dios, antes por el contrario, es una nota discordante en el concepto deífico. Nada menos armónico puede suponerse en la operación del Supremo Hacedor; nada que más vulnere los atributos de su naturaleza infinita, la sabiduría, la equidad, la volición. La hipótesis preexistencianística sería la negación de estas perfecciones.

Estrechados los espiritistas en el círculo que cada vez se les ciñe más, hasta que llega a reducirlos al silencio, no han tenido más remedio que excogitar otra solución más plausible y que mejor robustezca la debilidad de sus palabras. Para demostrar la verdad del primer punto recurren al tercero. La preexistencia es reclamada por el desequilibrio que reina en los seres.

§ 1.º

LA RAZ DEL MAL Y LA PREEXISTENCIA

CUADRO SOMBRÍO.—¿QUIÉN LO HA PINCELADO?—O DIOS O LA CRIATURA.—ARGUMENTACIÓN DEFICIENTE.—SE CONFUNDE LO QUE SE DEBIERA DISTINGUIR.—EL POR QUÉ DE LOS MALES.—NO SIEMPRE HUBO ESPINAS.—LA EDAD DE ORO Y LOS SS. PADRES.—GÖETE.—LO QUE PIENSA VOLTAIRE.—BASTARÍA LA DOCTRINA DEL KARMA.—PRECIPITACIÓN DE LOS ESPIRITISTAS.—MALES FÍSICOS Y MORALES.—LEY ZOO-LÓGICA.—O NO SE CONCIBE EL UNIVERSO O REPRESENTA LA IMAGEN DE DIOS.—GÉNESIS DE LA VARIEDAD FÍSICA.—MALES DE LA HUMANIDAD.—¿POR QUÉ HA DE SUFRIR?—LEY DE LA NATURALEZA PASIBLE.—LA SABIDURÍA DE DIOS.—LA LIBERTAD EN ACCIÓN.—ANTES QUE DESTRUIRLA, EXISTAN LOS MALES.—LOS SS. PADRES.—RAIZ DEL MAL MORAL.—NO PUEDE ESTAR EN DIOS.—ANALICEMOS LA NATURALEZA.—SUAREZ Y LOS SALMATICENSES.—FUERZAS CONTRARIAS.—SUBLIMIDADES QUE LE ENCANTAN.—PEQUEÑECES QUE LE ARRASTRAN.—BUENA ES LA NATURALEZA SENSITIVA Y TAMBIÉN LA ESPIRITUAL.—ARMONÍA DIVINA.—EL POR QUÉ DEL CONFLICTO.—HORRIBLE LUCHA.—¿QUIÉN VENCERÁ?—CITA DE BALMES.—REINADO DE LA CONCUPISCENCIA.—CLAVE DE LA SOLUCIÓN.

El dolor es el pan de lágrimas con que se nutre la humanidad; se ceba en el organismo físico y sin compasión desgarrar sus miembros; cuando ha desecho al uno cae con nueva saña sobre el otro; no hay quién escape de su furia; los músculos del tierno infante, los de la delicada doncella, los del encanecido anciano, to-

dos son víctimas de su implacable furor; no hay palacio ni tugurio donde no penetre y como si esto fuera poco, se interna hasta en el santuario del corazón, devora sus entrañas y arranca la paz, el bienestar y la alegría dejándolo todo como campo funerario. La perfidia ha suplantado a la caridad, al amor, a la fraternidad, y con ella, el odio, el rencor, las discordias, las guerras, esparciendo lluvia de enrojecida sangre, cuyo fruto es la desgracia y el sufrimiento, ocupan el espacio y el tiempo de la historia. Las pasiones se levantan contra la razón y en la titánica lucha no descansan hasta hacerla sucumbir; y el desorden, el caos es lo que impera en lo intelectual, en lo moral y en lo físico. La desigualdad social como la de talentos y fortuna están marcadas con indelebles caracteres. Sin embargo, ésta no puede ser la ley que rijan las existencias.

¿Por qué el uno goza y el otro sufre, llora éste y aquel ríe, está dotado de gran talento el primero, en tanto que las facultades del segundo se *mueven* con dificultad y están como aletargadas; los de acá se inclinan al mal y en él se complacen y los de allá marchan por la senda de la virtud recreándose en la beatífica perspectiva que ofrece? ¿A qué es debida desigualdad tanta?

¿Cómo se explica este misterio? ¿Dónde se encuentra su origen? La clave de la solución estará o en Dios o en la criatura; no hay otros valores que puedan apreciarse.

Ahora bien; ¿cómo podremos concebir, dicen los espiritistas, que la Divinidad,—lago tranquilo, cuya plateada superficie rizada por las brisas de la eternidad, irradia incesantemente los plácidos goces del arrullo divino, depositándolos en las facturas de sus manos—, sea el encenagado pantano donde tienen su origen todas las lacerías?

«Dios distribuyendo al azar de su antojo, el vicio y la virtud, el genio o la imbecilidad, sería un Dios caprichoso, injusto» (1) «Si Dios, añade Denizart, hubiese hecho unas almas más perfectas que otras, esta preferencia sería inconcebible con su justicia. Siendo todas las criaturas suyas, ¿por qué habría de librar a las unas del trabajo que impondría a las otras para llegar a la vida eterna? La desigualdad de las almas en su origen, sería la nega-

ción de la justicia de Dios». (1) Luego Dios no puede ser el principio de diferencia tanta y tanta maldad; tiene, pues, que encontrarse, concluyen, en la criatura. Y como la criatura ya aparece en la vida humana con los caracteres diferenciales, para explicar el misterio, nos vemos obligados, dicen con aire de triunfo, a afirmar la preexistencia.

Este es el argumento aquiles de los sabios de nuevo cuño. El dilema, según ellos, es tan completo, y la consecuencia tan necesaria, que voluntaria o forzosamente tendremos que admitirla. Argumento muy endeble, por cierto; consecuencia muy ilógica. Preciso es ser muy ajeno a los principios filosóficos y estar muy poco versado en la ciencia del discurso para atreverse a deducir semejantes conclusiones. Muchos objetos se confunden en la argumentación que se debieran distinguir, y como de un antecedente falso en alguno de sus miembros no puede seguirse una consecuencia verdadera, las premisas de los espiritistas a un final muy lamentable conducen.

Podemos empezar concediéndoles todo el silogismo y negarles la consecuencia. De que los efectos señalados reinen en el mundo y Dios no pueda ser el autor de los males y tampoco de ciertas diferencias, y de que la criatura al nacer ya presente el cúmulo de monstruosidades, no se sigue la necesidad de admitir la preexistencia relativa y menos la absoluta.

En primer lugar; ¿Es cierto que siempre la tierra produjo espinas y abrojos, y que en todo tiempo el corazón humano fué semillero de tristeza y horrores? En el libro del Génesis (2) se dice «que la Providencia misericordiosísima del Dios clemente difundió sus copiosos dones; con ellos, formó un vergel de delicias y que en medio del paraíso colocó al hombre para que en ellas se fruicionara» (3) El poeta Ovidio en su *Metamórfosis* escribía los célebres versos:

(1) Aurea prima sata est aetas, quae vindice nullo,
Sponte sua, sine lege, fidem rectumque colebat.
.....
Ipsa quoque immunis rastroque intacta, nec ullis
Saucia vomeribus, per se dat omnia tellus,

1 Qué es el Esp., n.º 111.

2 c. II, 8

3 c. I, 8.

Contentique cibus, nullu cogente creatis,
 Arbuteos foetus, montanaque fraga legebant.

.....

Ver, erat aeternum, placidique tepentibus auris
 Mulcebant Zephiri natos sine semine flores. (1)

Virgilio en sus Geórgicas decía con no menos énfasis que el primero:

Ante Dovem nulli subigebant arva coloni:
 Ne signare quidem aut partiri limite campum
 Fas erat: in medium quaerebant; ipsaque tellus,
 Omnia liberius, nullo poscente, ferebat. (2)

Todas las Teogonías de la antigüedad nos hablan de la primitiva época de felicidad; en todos los pueblos se conservaban las leyendas de los Campos Eliseos, de las Islas Afortunadas, del jardín de las Hespérides y de la Atlántida como dulces recuerdos de las delicias paradisiacas. Hesiodo (3) y Homero, como Platón (4) y Apolonio las recuerdan en sus escritos; en todas partes se conservaba la memoria de aquella Edad de oro en la que los ríos eran de vino, de leche y miel (5); miel daban las encinas (6), y venía por sí misma a la boca del hombre (7). En esa Edad de oro «el hombre vivía a su gusto en aquel Paraíso, mientras estuvo sumiso a la voluntad de Dios y del bien, por el que era bueno él mismo. Tenía a su servicio los alimentos contra el hambre, una bebida refrigerante para apagar la sed; el árbol de la vida le protegía contra los ataques de la muerte. Ninguna corrupción manchaba su cuerpo; ninguna corrupción capaz de turbar su inteligencia había en él. No tenía ninguna enfermedad que temer en su interior; ninguna sorpresa que temer del exterior. Así como en el Paraíso no había ni frío ni calor excesivos, ni el placer ni el dolor constituían un peligro para su voluntad bien ordenada. Su cuerpo gozaba de plena salud, y su espíritu de soberana calma. No había allí ni tristeza, ni goce loco, sino una felicidad verdadera, cuya eterna duración procedía de Dios,

1 Lib. I, n.º 20.

2 Lib. I, v. 125-129.

3 Argonauticorum, I, IV, 811.

4 De leg. I, III.

5 Ovid, Metam. I, I, 111, Luciano, 70, 20.

6 Ovid, L. C.

7 Lucía, 69, 17.

hacia el cual se eleva el holocausto de amor de un corazón puro, de una buena conciencia y de una sincera felicidad. Un amor fiel y sincero unía a los esposos. El cuerpo y el alma estaban en perfecta armonía. No costaba trabajo la observancia de los mandamientos. La fátiga no turbaba el reposo. El sueño no atacaba a nadie contra su voluntad. De este modo tan admirable se expresaba el gran Agustín (1) Y el Damasceno decía: «Así Dios había creado al hombre, inocente, recto, vigoroso, exento de tristezas y de cuidados, adornado con todas las virtudes, embellecido con todos los dones. Era un ser en la creación visible y que penetraba en la invisible. Era el rey de la tierra sometido al rey del cielo, un ser a la vez terrenal y celeste, mortal e inmortal, dotado de sentidos e inteligencia» (2)

En los tiempos modernos desde el Quijote (3) hasta Gœete que exclamaba: «¿A dónde huyó la edad de oro por la que en vano languidecen los corazones? Entonces como rebaños gozosos se esparcían los hombres por la tierra; entonces cada ave en el aire libre, cada animal en los montes y en los valles, decía al hombre: Haz lo que te plazca. (4)

Según esto, no siempre la tierra produjo espinas y abrojos, ni el corazón del hombre fué semillero de ruindades, ni la naturaleza apareció cargada de oprobios. El mal apareció en un segundo momento, como efecto de una causa *emanada* de la voluntad humana; la que Virgilio expresaba en sus Geórgicas. (5)

Del origen del mal trataba Hesiodo cuando en su Teogonía (6) nos habla del *imprudente Epimeteo*, al que hace culpable

1 Ciu. de Dios. l. XIV, c. XXVI, ML; 41, 454.

2 Fid. Ortho, l. II, c. XII, MG; 94, 922.

3 Part. 1.^a c. XI.

4 Tasso, 2, 1.

5 Pater ipse colendi

Haud facilem esse viam voluit; primusque per artem

Novit agros, acuens mortalia corda;

Nec torpore gravi passus sua regna veterno.

.....
Ille malum virus serpentibus addidit atris.

Praedarique iupos jussit, pontumque moveri.

Lib. I, v. 121-124-130.

de las desgracias futuras. La causa del mal manifestaba Horacio en la Oda tercera. (1)

El Génesis en su capítulo tercero narra sublime y sencillamente, pero con los detalles más precisos, la transformación que experimentó la tierra, y expone paladinamente la causa de tantos males, que no fué otra que la voluntad del hombre instigado por el ángel rebelde.

La fuerza evidencial de las citas no es necesario aquilatarla; pues sólo son aducidas para demostrar la falsedad de la consecuencia espiritista. Haremos notar, sin embargo, que el cínico Voltaire, que se mofaba de leyendas y tradiciones, de revelaciones y verdades confirmadas por la historia, al examinar estas narraciones las tomó muy en serio y hubo de escribir: «La creencia sobre la caída y degeneración del hombre se encuentra en todos los pueblos antiguos. *Aurea prima sata est aetas*, es la divisa de todas las naciones». (2) Esto, y la solidez de las palabras copiadas es, sin género de duda, de más peso que todas las afirmaciones espíritas.

En segundo lugar, admítase que siempre la humanidad se vió esclavizada por la ergástula de las pasiones y ruindades; que todo ha sucedido conforme a la arbitraria hipótesis de los espiritistas, ¿siguese necesariamente la consecuencia que pretenden? De ninguna manera. Bastaría admitir en hipótesis la pluralidad de existencias o reencarnaciones, cosa muy distinta de la preexistencia. El estado presente no sería más que la *Karma* de pasados estados, en los cuales la criatura, al evolucionar su vida, fué la generadora de crímenes deplorables, la repetición de los cuales creó la situación por demasiado horripilante a la que ahora se halla condenada hasta que llegue el momento del eterno desenlace; pero nunca se podrá deducir la afirmación de la preexistencia absoluta, o sea aquella en la que el alma se encuentra desnuda de la parte corporal, ni aun siquiera tratándola de suplir

1 Audax Japeti genus
 Ignem fraude mala gentibus intulit.
 Post ignem aetheria domo
 Subductum, Macies et nova Febrium.
 Terris incubuit cohors:
 Semotique prius tarda necessitas
 Lethi corripuit gradum.

Lib. I, od. III, v. 50.

2 *Ensay sobre las costumbres*. c. IV.

con el experpento del *periespíritu*, que es tan material como ella aunque se la suponga en estado de fluidez. Envuelve tal repugnancia con la razón la doctrina de la preexistencia absoluta que se hace inconcebible, y los espiritistas se precipitaron, y, sin reflexionar, se lanzaron a hacer una aseveración para la cual ningún precedente encontraron en la historia; pues ni la doctrina pitagórica, ni la de Platón, ni la de Orígenes y Prisciliano pueden servirles de modelo. Estos hacían descansar toda la complicación, en último término, en la virtud y sapiencia divinas; los espiritistas la apoyan en la debilidad e ignorancia de la criatura imbecil; aquellos dejaban que el Creador de la vida fuera el modulador de la misma, estos le atribuyen la primera operación y le niegan la segunda, que, tal como la presentan, exige la misma virtud; aquellos andaban muy comedidos al tratar de la escatología, hasta el punto de no atreverse algunos a multiplicar las etapas de existencia más de los términos de la vida presente, dándola ya como definitiva para decidir la eterna bienaventuranza o la desventura eterna, y otros, usando de mucha parsimonia; los espiritistas no se detienen en cuestión de números admitiendo, si así lo reclama la perfidia de espíritus traviesos, el curso indefinido.

Pero no es necesario admitir, ni aun en hipótesis, la pluralidad de existencias, que repugna tanto como la preexistencia, como veremos más adelante, para dar la explicación racional a los enigmáticos efectos. Al tratar de los males que afligen la naturaleza es de toda necesidad hacer una distinción; por olvidarla o envolverarla los espiritistas, se imposibilitan a sí mismos o se encierran en el misterioso dédalo.

Los males pueden ser de dos géneros: males físicos y males morales; los primeros aún podemos distinguirlos con H. Vosen, en males que afligen a los seres irracionales, plantas y animales, y los que padecen los sujetos de la especie humana.

Es ley de toda colectividad que las partes integrantes han de aportar al bien común el tributo de su esfuerzo, si no han de pe-recer la colectividad y los miembros que la integran. Obra de energética, como se ve, ¿cómo puede llevarse a cabo sino es mediante el desgaste y pérdida de la energía, o mejor aún, mediante la transformación de la misma? ¿Cómo ha de conservarse un vergel fragante y hermoso, donde la corola recree con sus matices y embriague con el aroma de perfumado cáliz, sino es

haciendo que el agua límpida del arroyuelo deje su limpidez, se interne en las capas de la tierra y sirva de refrigerio a las plantas y a las flores? Y para que las plantas y flores se utilicen, unas en alimentar exigencias de superior naturaleza, y otras en adornar regios alcázares, coronadas testas y púdicas sienes; ¿no han de perder su fresca lozanía? Nada digamos de los frutos que regalan paladares y socorren indigencias, ¿por ventura permanecen intactos sirviendo de corona a la verdeante frondosidad?; ¿y sombrearía ésta al fatigado viandante si el mismo fruto no descendió de las alturas y se escondió entre el polvo de la tierra?

Lo que sucede en el reino mineral y diariamente observamos en la fisiología vegetativa, puede comprobarse en el orden superior. Miriadas de seres zoológicos surcan los mares, hienden los aires y pueblan la tierra; son hervívoros los unos y carnívoros los otros; ¿cómo podrán conservarse y acrecentarse? Lievan en sus entrañas la ley de conservación. Los primeros se alimentarán de las hierbas poniendo el reino vegetal a su servicio, y devorarán los segundos aquellos animales sus semejantes que sean más proporcionados a su nutrición. El hombre mismo obedece a idéntica ley, y nada existe en los reinos inferiores que no le pague el *justo* tributo. Indiscutiblemente que es un mal, e irremediable, para las partes que lo sufren; pero indiscutiblemente también es una perfección para la colectividad, ya que esa virtud es la que le sustenta.

Que el oxígeno atmosférico paralizara un solo instante la corriente que sirve de pábulo a la combustión que se verifica en los organismos, por conservar intactas sus moléculas, y la muerte extendería el negro sudario sobre el pavimento de nuestro planeta y los enlutados crespones colgarían del firmamento.

La sublime armonía que nos encanta, la variedad *infinita* que refleja las divinales perfecciones, la admirable virtud que se muestra en la complicadísima vinculación de los seres, formandó el cuadro cincelado con matices tan sobrehumanos que son como el fúlgido esplendor de lo infinito; ¿dónde lo encontraríamos?

O no se concibe el universo, ni aun como ingente masa caótica, sin movimiento, sin vida, sumido en la eterna inercia, pues también esto es contradictorio, o ha de concebirse en toda su grandeza, con su floresta, con su fauna, con la imagen de Dios esculpida en su obra.

El mal físico, pues, no es mal absoluto, sino relativo, que tiene la virtualidad de ser al mismo tiempo el fontanal abundoso de inapreciables bienes; por eso, más que el nombre de mal, ha de recibir el de bien, ya se le estudie en su propia naturaleza, ya se atienda al origen de donde procede que es de una ley natural, debida, como todas ellas, a la infinita sabiduría del Supremo Hacedor, la cual no puede ser fuente de alteraciones y desórdenes. El génesis, pues, de los llamados males físicos ha de buscarse en la propia naturaleza de las cosas y en la sabiduría de Dios.

Lo que sucede en los reinos inferiores se cumple igualmente en el superior de la humanidad, y aquí es donde se presenta la dificultad en toda su magnitud, ante la cual se paraliza y enmudece una buena parte de los humanos, y, si por ventura, rompe el silencio y quiere emprender la marcha es para retroceder y delirar, más bien que razonar.

Apenas el niño ha salido de las entrañas maternas es su primera voz el vagido enternecedor que se levanta como fatídico heraldo de las desventuras de la vida. La gélida escarcha deja ateridos sus tiernecitos miembros, y el ardoroso efebo caldea el débil organismo; el frío y el calor sucédense periódicamente; si algún tanto mitigan su furia cuando se acercan a los dorados umbrales, en el desvencijado hogar causan víctimas sin cuento. La ingrata fortuna sonríe a unos y hace a otros muecas torturadoras; todos, empero, sufren las inclemencias del tiempo; famélicos unas veces y en demasiada hartura otras.

Y como si el padecer físico fuera insuficiente, de naturaleza espiritual, al dolor del cuerpo únense las torturas del corazón; y sus dolores son tan superiores a los de los seres sensitivos, cuanto es su naturaleza.

A los males necesarios y de naturaleza agréganse los que por fuente inmediata reconocen la perfidia de la libertad. ¿Quién podrá enumerar las lágrimas que vierte el pobre luego que desecha tempestad o revés de fortuna han arrasado todos sus bienes y ve que sobre su cabeza se cierne la negra sombra del burócrata cruel o del déspota sin entrañas, dilapidadores de placeres, en tanto él gime a la intemperie bajo el peso de la esteva o soporta los azotes de la adversidad? El dolor y el sufrimiento son el pan de la humanidad. Pero, ¡qué diferencia en la repartición de las desgracias así como en la distribución de los bienes! Pa-

rece que unos llevan el signo de predestinación y otros el de precitos. Esto es lo que principalmente da motivo a una objeción que luego tocaremos, y que es el primordial impulso de la doctrina espiritista.

¿Dónde, empero, se halla la raíz de estos dolorosos efectos? ¿Por qué el hombre ha de sufrir tanto?

¿Y por qué no ha de sufrir?; ¿en virtud de qué ley habría de estar exento de tantos achaques? Tiene un cuerpo pasible y corruptible; hambre, sed, cansancio, fatiga, malestar, enfermedades, agudos tormentos hasta el más cruel y que significa la descomposición del organismo, la muerte, habrá de sentirlos en todo su rigor, ya que al cuerpo pasible tiene unida el alma con las potencias afectivas y aprensivas que reciben la imagen de lo sensible con todas las alteraciones de que se encuentra revestida. Cada actuación de los elementos integrales del universo ha, pues, de recibirla en su organismo, y como las favorables engendran placer y bienestar, las adversas engendrarán dolor y tormento.

Para encontrar la causa productora de los males físicos no tenemos, por tanto, que salir del radio en que se desenvuelve nuestra vida, con mirar al constitutivo íntimo de la naturaleza veremos claramente descifrado el enigma, y, mejor que males deberemos llamarlos bienes. Son aflictivos a nuestros miembros, pero sirven de esplendor a la universal creación, engrandecen su magnitud y predicán la omnipotencia del Altísimo. Porque el cuerpo no padeciera, ¿había de perder la pasibilidad que es ley de su naturaleza; estar exento de corrupción reclamada por la materia?; ¿el sol no calentaría, el frío no helaría, el agua no mojaría al desnudo miembro; los elementos todos dejarían de ser lo que son perdiendo sus propiedades, dejando de existir, privado el universo de vida, y la sabiduría de Dios sin ostentar su perfección infinita? También en estas dos leyes supremas más que males han de reputarse bienes, pues aquellos son relativos y estos absolutos.

Lo que se dice de las privaciones causadas por agentes necesarios, puede y debe decirse, guardada la debida proporción, de las que encuentran su eficiencia inmediata en los agentes libres.

Es la libertad, atributo necesario a la naturaleza espiritual, el don más preciado del hombre. Frecuentemente, por desgracia,

el humano, muy lejos de usar, abusa de él, para martirizar a sus semejantes. Las desgracias que de esto se originan al inocente no tienen número; las alteraciones sociales jamás podrán sujetarse a ley aritmética. Si se apilaran todos los crímenes perpetrados en las generaciones y aparecieran en toda su desnudez, el efecto producido en la humanidad había de ser tan horripilante que no existiría corazón capaz de resistirlo. Niños, doncellas, viudas, hombres aguerridos, familias, corporaciones y hasta pueblos enteros se verían yacer insepultos, debilmente cubiertos con el sudario de coagulada sangre. ¡Y todo efecto de la pérfida libertad! ¿Dónde buscar explicación para sucesos tan lamentables?, ¿cómo puede concebirse la existencia de tantos males?

Mirando a la misma libertad y a la sabiduría divina. Es la libertad la base inconvencible sobre la que descansa todo el mecanismo de las sociedades, en la que está cimentada la humanidad y sin la que no puede existir ni concebirse la naturaleza del hombre. Si para evitar aquellos males particulares y relativos destruimos la libertad, habremos negado estos bienes absolutos, habrá desaparecido no una mínima parte de la sociedad, sino toda la humanidad.

Otra razón de gran mérito para todas las inteligencias que no se glorien de llevar por escudo el estúpido ateísmo, es la que ya nos ofrecían los PP. de la Iglesia. Las desgracias temporales ora procedan de elementos necesarios, ya se originen de causas libres, ni han de recibir el nombre de males ni de bienes, aunque con más propiedad se les pueda llamar bienes. «Es evidente decía S. Jerónimo, que la abundancia y la escasez, la salud o la enfermedad ni son buenas, ni son malas» (1) Esta razón es la del orden providencial; en ella todas las alteraciones físicas han de considerarse, como medios que reciben especificación del fin a que se ordenan. Atendiendo a ella decía el gran Agustín: «¿Con cuánta misericordia no procede el Señor para con los hombres, cuando las mismas tribulaciones las convierte en un beneficio? La prosperidad es un don salvador y la adversidad lo es del llamamiento divino» (2) Por esta Providencia deífica las aflicciones y agonías pueden convertirse en un excelente medio para perfeccionar la naturaleza espiritual y cumplir los planes divinos, «y

1 In. Is. I. XV, c. LV; ML, 24, 550.

2 Ep. 210, n.º 1; ML, 53, 957.

si todos estos trabajos son materia de virtud, de paciencia, de humildad, de sumisión a las divinas disposiciones, y si con tales actos se grangea la eterna bienaventuranza, ¿quién no verá suficiente razón de permitir estos males, en los bienes de orden superior que con ellos se conquistan?; ¿qué son y qué valen en presencia de una eternidad los cortos y pasajeros trabajos de la vida?» (1).

Concluyamos, pues, que para dar una explicación aceptable a los males físicos, y para encontrar la causa formal no tenemos necesidad de acudir a preexistencias hipotéticas y utópicas; nos basta analizar la rica naturaleza y las perfecciones divinas.

Los males físicos no son la principal dificultad que se ofrece en la misteriosa trama; el verdadero nudo gordiano se encuentra en otra parte. Todas las alteraciones morbosas del organismo que reconocen por causa la libertad, no son otra cosa que manifestaciones de la morbosidad interna. El mal moral, la corrupción del corazón, la perversidad de la voluntad: he ahí el verdadero y único mal, el que hace verter lágrimas de sangre; el que humilla y avergüenza en sus causas y en sus efectos desastrosos; el mal del que se duele amargamente la humanidad, para mayores cosas nacida, y, no obstante, arrastrada y envuelta en *detritus* degradante, pierde su inmaculabilidad y se ve, Prometeo de la fábula, amarrada a la roca y siendo sus entrañas devoradas por el buitre; el mal que la hace el ser más indigno de cuantos pueblan el universo y que la hace repetir con Boileau:

De cuantos seres
Pueblan el aire,
Pisan la tierra,
Surcan los mares
En punto a necios
No hay quien nos gane (2);

el mal que ha preocupado a todos los humanos y a cuya resolución han consagrado sus energías los filósofos de la antigüedad y los de recientes tiempos sin obtener resultado positivo, ni llegar a otra conclusión que a la de Eurípides y Ovidio. «Hay en el espíritu humano, decía Mad. Staël, dos tendencias tan distintas como la gravedad y la impulsión en el mundo físico: tal es la

1 H. Vosen, L. C. L. IV, c. IV, § 58.

2 Satira, VIII.

idea de una decadencia y de un perfeccionamiento» (1) El mal moral es el que se presenta velado por misterios indescifrables y en el misterioso manto todo lo envuelve.

¿Dónde tiene su origen?; ¿cuál es su causa? Si los males físicos radican en la misma perfección imperfecta de la naturaleza, y pueden ser ordenados por la inteligencia infinita; aquí no ha de decirse otro tanto. El mal moral opuesto intrínsecamente a la esencia divina, en modo alguno puede proceder de ella o en ella encontrar su fundamento. Al no encontrarse en Dios, tiene que encontrarse, exclaman los espiritistas, en la naturaleza, y no en su principio, como obra divina; luego será en la operación que realiza el sujeto. Vemos, sin embargo, que el hombre cuando aparece en nuestro planeta ya trae la naturaleza pervertida e inclinada al mal, esto es signo evidente, concluyen, que el mal moral lo perpetró en el tiempo de la preexistencia: porque el dogma del pecado original de que habla la Iglesia no es aceptable de ninguna manera.

Desde luego podíamos responder al espiritismo, lo que ya hemos notado en el punto anterior, acerca de la pluralidad de existencias, haciéndole ver lo falso de su gratuita afirmación en la cuestión histórica, añadiendo que, demostrada la repugnancia intrínseca de la preexistencia, toda su argumentación ha de ser falsa. Con esto tendríamos suficiente, y habríamos señalado el mal moral, el pantanoso manantial de donde procede, cual lo señala la filosofía cristiana. Pero queremos exponer algo más y bajo distinto aspecto.

No admite el espiritismo la revelación católica y niega el pecado original, sobre todo al afirmarlo como principio de corrupción. De una y otro prescindiremos al presente, y analizaremos la naturaleza, como ellos la presentan, sin relación al orden sobrenatural.

En este orden de cosas, ¿es preciso acudir a la preexistencia para hallar la causa de la depravación moral? De ninguna manera. Y empezamos por negar a los espiritistas que el hombre cuando aparece en la tierra esté contaminado por la culpa; su naturaleza carece de mácula; sus perfecciones esenciales se conservan íntegras. En estado de naturaleza pura, enseña la teología,

1 De la Alemania, c. del catolicismo.

que, carente el hombre de todos los dones sobrenaturales y preternaturales, sólo tendría aquellos que constituyen su naturaleza, los que por ella son reclamados y los que el fin de la misma exige. Y esta es, nos dicen teólogos como Suarez y Belarmino, doctrina que siguen casi todos los modernos, la situación del hombre actual con relación a los bienes de naturaleza (1); nada le falta de cuanto debiera tener.

El estado de infancia reducido a la impotencia en que nace es ley de las naturalezas vegetativa y sensitiva; lejos pues, de argüir perversión, significa la equidad con que procede; en el estado de puridad natural este desarrollo seguiría el mismo proceso; (2) y el que la vida intelectual en sus manifestaciones se acomode al mismo procedimiento es la ostentación de una sabiduría que, si fácil de concebir, no se encierra en los moldes finitos. Admitido este postulado contra el cual nada racional pueden oponer Kardec y sus secuaces, veamos la naturaleza humana.

Hay en el hombre confiesan todos, sin exceptuar los mismos espiritistas, ni aun siquiera los materialistas, si bien estos den una explicación muy peculiar, dos partes distintas, totalmente opuestas; dos impulsiones, dos fuerzas que actúan en sentido contrario, «como la impulsión y la gravedad en el mundo físico». Por la primera siente la atracción de lo grande, de lo sublime, de lo infinito; y en lo bello, suprasensible y divino se recrea, desde que los primeros albores de la inteligencia empiezan a esplender su luz. Ama lo bueno (3), lo honesto, la virtud; en ella

1 Cfr. Ismus. Fr. Valent. De Deo Crean. q. XXXVIII, a 1, §. 1.

2 Salm. Trac. XIV, Disp. I, n.º 57.

3 No podemos asentir a lo que dice Brouseis: «que, en general el niño prefiere el mal al bien; ni a lo de A. Nicolás, quien además de adherirse a su opinión, la trae como prueba de sus tesis. Nada hay más ajeno al corazón del niño que la maldad, todos sus deleites son en la virtud. La razón que da lejos de convencer, prueba lo contrario «Porque satisface mejor, dice, su vanidad y siente más emoción... Por esto se le ve tan a menudo recrearse en romper los objetos inanimados... Se deleita en atormentar a los animales (*esta edad no tiene compasión, había ya dicho un gran filósofo*); saborearía con el mismo gusto el tormento de los individuos de su misma especie, sino estuviera contenido por el temor». De la irritación y la locura, Apud, A. Ni, Est. fil. T. I, l. II, c. III. El horror al tormento y a la sangre es precisamente la característica de la niñez; no es el temor quien le contiene, sino el instinto; si alguna vez parece que se recrea en el tormento es porque algo extraordinario admira su inteligencia infantil, que supera a la desgracia física que sus manecitas causan; el dicho del filósofo no puede ser más contrario a la naturaleza, y sólo se concibe cuando, como sucedía en la antigüedad, no vean un solo ejemplo de virtud.

quiere vivir, en ella deleitarse y en ella permanecer toda la eternidad; este anhelo es el que más o menos velado, conserva toda a vida, hasta el extremo de que no hay un instante en que no diga lo de la Tragedia de Hipólito: *Vemos el bien, conocemos la virtud*, y añade con el autor de la Metamórfosis: *apruebo lo mejor*; ese anhelo es el que le da a conocer la grandeza de su fin, el que le impulsa hacia él, hasta que llegue a lo infinito y en lo infinito descanse. ¡Tan grandes son las aspiraciones que el hombre siente dentro de sí!

Pero al mismo tiempo experimenta la atracción de lo pequeño, la gravitación de lo repugnante e ignominioso, la pesantez de la tierra, y siéntese *arrastrado por la corriente peligrosa*, de que hablaba Eurípides, (1) *hacia los varios escollos de que se halla sembrada la vida y después de aplaudir el bien y estigmatizar el vicio, obramos el mal y seguimos lo más deplorable*.

Hay en el hombre dos fuerzas opuestas, con sus objetos propios y sus fines determinados e inconfundibles, pero que descansan en un mismo fundamento. Y como la fuerza supone la potencia y la potencia la naturaleza; hay en el hombre dos naturalezas parciales, la una espiritual y sensitiva la otra; las dos sienten la atracción de sus propios fines; aquella la del espiritual, Dios; esta la del sensitivo, las cosas materiales. Una y otra, obra del Supremo Hacedor, han de estar revestidas de aquella perfección que hizo exclamar al mismo Dios: *et erant valde bona* (2); buena es la naturaleza sensitiva con todas sus energías, y muy buena la espiritual con todas sus potencias. La obra divina laudable en su totalidad, al fijar los fines al hombre no pudo hacerlo de tal manera que fueran incompatibles, esto destruiría la obra; entre ellos tenía que haber subordinación, para que así se ordenaran a la finalidad última de todas las cosas, al mismo Dios, y de él recibieran la recompensa; de este modo el alma se cubriría con el manto de la virtud, se nimbaría con esplendores de cielo y participaría más abundantemente los dones de la Divinidad, a medida que se acercase a su propio fin; la parte sensitiva se hallaría igualmente perfumada con los aromas de púdica azucena. Pero como esta subordinación no había de ser restando directamente energías a la concupiscible, y en la realidad,

1 Fábulas . 264 y sig.

2 Gen., I. 31.

por otra ley de la sabiduría divina y para que fuera meritoria, estaría supeditada a la libertad del hombre, no con dominio despótico, sino político o moderado, como decía el Filósofo, de ahí el conflicto en la operación.

Empieza el hombre a obrar, a marchar al fin divino por el camino de la rectitud y del cumplimiento del deber; empero al mismo tiempo siente la gravitación de la concupiscencia. Le atrae lo celestial y le atrae lo terreno; la pugna se entabla entre una y otra parte, lucha horrible que multitud de veces devora el corazón y hace verter torrentes de lágrimas, agobiando a los más templados hasta prorrumper en el quejido lastimero del enérgico Pablo: «¡Quien me diera verme libre de la concupiscencia! (1) Sin embargo, lucha, no cede; enardecida más y más la concupiscencia con la presencia del objeto por el que constantemente se siente atraída la lucha se acrecienta sin cesar y cada vez se hace más titánica. ¿Quién vencerá en esta contienda? Sabe el hombre que apartarse del bien sublime es apartarse de su verdadero fin, es perpetrar un crimen, es obrar el mal y ser causa del desorden moral; ¿qué hará? Cada día encuentra mayor oposición; las fuerzas actúan con más intensidad.

Desde luego la parte espiritual tiene una gran desventaja, admirablemente expresada por el insigne Balmes en estas palabras: «Mientras vivimos en esta tierra, se halla el espíritu unido al cuerpo, que nos transmite sin cesar las impresiones de todo cuanto le rodea. Posee, a la verdad, nuestra alma algunas facultades que elevadas por naturaleza sobre todo lo corpóreo y sensible, se rigen por otros principios, versan sobre más altos objetos, y habitan, por decirlo así, en una región que de suyo nada tiene que ver con todo cuanto existe material y terreno. Sin desconocer, empero, la dignidad de estas facultades, ni la altura de la región en que moran, menester es confesar que es tal la influencia que sobre las mismas ejercen las otras de un orden inferior, que a menudo las hacen descender de su elevación, y, en vez de obedecerlas como a señoras, las reducen a la clase de esclavas. Cuando las cosas no lleguen a este extremo, resulta al menos con demasiada frecuencia que las facultades superiores están sin funcionar, como adormecidas; de suerte que el entendimiento columbra apenas como en obscura lontananza las

1 Rom, VII, 24.

verdades que forman su más noble y principal objeto, y la voluntad no se dirige tampoco al suyo sino con el mayor descuido y flojedad». (1)

El alma se dirige a su propio objeto pero no tiene intuición de él, y no sólo carece de la intuición, sino que ha de mirarlo a través del prisma de los sentidos, los cuales además de ser malos transmisores disminuyendo notablemente la perspectiva, múltiples veces, velados por la intensidad de la concupiscible o irascible, desfiguran y obscurecen de tal modo la imagen que apenas si borrosas líneas llegan a percibirse. En estas circunstancias; ¿qué fuerza de atracción pueden ejercer sobre el alma?

El fenómeno que en los sentidos y naturaleza inferior se verifica es totalmente contrario. El objeto se presenta con todas sus propiedades y atractivos; se presenta directa, inmediata e intuitivamente; se presenta a su propia potencia. Aplicando, pues, la regla filosófica, que ninguna potencia es libre en tender a su propio objeto, la atracción que sobre ella ejerce y el impulso conque hacia él tienda será de necesidad; la concupiscencia marcha ciegamente a saciar su apetito, a posesionarse del objeto para el que ha sido creada. Potencias espirituales y energías sensitivas luchan entre sí. ¿Cuánto durará la lucha? ¿Por quién estará la victoria? Sin temor a equivocarnos y guiados por los precedentes postulados, podemos decir con los Salmaticenses (2), que el hombre de naturaleza pura, no perseverará mucho tiempo en su pureza, pronto se despojará del vestido de púrpura, arrojará el manto de armiño, y de señora que era el alma, arrasará, voluntariamente sí, porque ella tampoco puede ser necesitada por un objeto que no es el propio, pero arrastrará las humillantes cadenas de la esclavitud.

Fascinada por el fulgor crepuscular de lo externo, se olvidará de si misma y de sus grandezas, o sólo tendrá para ellas un platónico recuerdo, una triste y vagarosa mirada; impulsada por la corriente pasional se zambullirá más y más en los abismos hasta llegar al fondo y apurar las heces de la degradación. Será esta la verdadera etapa del salvajismo. Estado lamentable del cual ella será la primera en abochornarse; en él no hay grandezas, sublimidades; ha desaparecido lo divino, lo infinito; casi

1 Cart. a un excep., c. III.

2 L. C. n. 50.

completamente, y con ellos el bien y la virtud, la vida de lo espiritual; es el reinado de la energética sensitiva, de la carne, de la concupiscencia, de las ruindades y villanías; en él triunfan los crímenes, las venganzas, todos los vicios nacidos de las pasiones; en su frontispicio pudiera gravarse el letrero de Ahligieri sobre el infierno; el alma lo ve y por eso no se atreve a mirarse, pero repite lo del poeta; y libremente vive en la maldad, de la que ella misma es generadora, si bien movida por la parte inferior, con lo que todo el hombre se hace solidario de los desórdenes morales que existen.

Esta breve exposición tan en armonía con los principios naturales, y patrocinada, al menos indirectamente, por la sana filosofía de todos los tiempos, nos da la clave para responder a la interrogante de los espiritistas; ¿cuál es la génesis del mal moral?; ¿dónde tiene su principio? En la misma naturaleza del hombre. En nosotros mismos encontramos lo que andamos buscando.

§ 2.º

RESOLVIENDO UNA OBJECION

OBJECIÓN ESPIRITISTA.—PRUEBA AD HOMINEM.—TRES CLASES DE JUSTICIA.—NO SE FALTA A NINGUNA DE LAS TRES.—ES BLASFEMATORIA.—LA PROVIDENCIA.—IGNORANCIA E INSTINTO DE LOS ESPÍRITUS.—INCLINACIÓN QUE DEGRADA.—ARGUMENTACIÓN DEL ANGÉLICO.—INUTILIDAD DE LA RÉPLICA.—NECESIDAD DE LA VARIEDAD.—PERFECTIVA GRADACIÓN.—¿QUÉ DICEN LOS ESPIRITISTAS?—EL ESPIRITISMO EN TINIEBLAS.—QUÉ ES EL PERIESPÍRITU.—TEXTOS DEL OCULTISMO.—LUEGO NIEGA LA PREEXISTENCIA.

Los espiritistas mostrándose galantes a la fuerza, dicen: sea verdad que la naturaleza de los seres y la Providencia volente y permitente expliquen satisfactoriamente el misterio en que se encierran los males físicos y morales; la cuestión, sin embargo, tiene otro aspecto, suficiente para que haya que admitir, aun a trueque de no ser racional, todo el pasado y al mismo tiempo se afirme la preexistencia; tal es el de la diferencia de cualidades naturales.

Es inegable que en el orden intelectual todas las inteligencias no ocupan la misma línea; en la extensa gama unas tienen el lugar supremo, otras el ínfimo y el intermedio las terceras; esta diversidad la presentan ordinariamente desde el primer instante manifestativo en la vida terrena. ¿A qué atribuirla? ¿Quién será el productor de variedad tanta?, ¿Dios? Y «¿por qué, dice Allan-K., y repite el coro espiritista, sin exceptuar a Blanco Coris (1), crea Dios almas más favorecidas que otras?». (2) Si tal

1 L. C. p. 18.

2 Obr. post. *Las cinco alternativas de la Humanidad* § 4.º

hiciera «esta preferencia sería inconcebible con su justicia. La desigualdad de las almas en su origen, sería la negación de la justicia de Dios» (1). Ahora bien, semejante conclusión encierra una blasfemia; luego hemos de admitir la igualdad de los espíritus. Y «si las almas son creadas iguales, ¿cómo se explica la diversidad de aptitudes y disposiciones naturales?» (2) No por ley de la vida presente, puesto que ya las ofrecen desde los primeros albores. No queda por tanto, otra solución que la de la preexistencia. Así habla el espiritismo convencido de que su prueba *ad hominem* es irrefutable y por ende seguro el triunfo de la tesis preexistencianística.

Mas, a la verdad, que para brindarnos este género de argumentación, es preciso una gran dosis de ignorancia filosófica. ¡Que se lesiona la justicia de Dios atribuyendo a su obra divina la diversidad perfeccional de las almas! (3)

La justicia puede ser de tres clases; conmutativa, distributiva y legal. ¿Cuál de las tres quebrantó el Omnipotente al formar el reino de la naturaleza espiritual ostentando las dotes más encantadoras de la belleza? Es la justicia conmutativa la relación que existe entre dos sujetos, uno de los cuales es el acreedor que disfruta de derechos que tienen su complemento correlativo en los deberes del deudor; deberes y derechos que desaparecen con la justicia conmutativa devolviendo al acreedor lo que le pertenece y despojándose el deudor de lo que no era suyo; de este modo se restablece el equilibrio perdido. El sujeto que goza las atribuciones y tiene derecho a reclamar el débito, goza de superioridad, preeminencia y prelación en orden al que tiene por única atribución la de saldar la cuenta que debe; el acreedor, en cuanto sujeto, precede al deudor en cuanto tal, y es de él totalmente independiente. Ahora bien, ¿pueden concebirse siquiera algunas de estas condiciones en la materia que nos ocupa? ¿Dón-

1 Qué es el Esp. n.º 111.

2 L. C. n.º 112.

3 Antes de hablar así debieran ponerse de acuerdo consigo mismos al explicarnos el olvido que de las pasadas existencias padece el alma, contra las leyes de su naturaleza, por disposición de Dios, lo cual evidentemente es una injusticia. Dicen «que la Providencia al librarnos en este mundo de nuestros lejanos recuerdos, lo ha dispuesto todo con profunda sabiduría». L. Den., L. C. p. 252. Si aquí se apela a una razón suprema de la Infinita Sabiduría, para dar garantías a lo que tan gratuitamente se supone; ¿por qué en el caso presente no se emplea el mismo procedimiento siendo mucho más racional?

de están los dos sujetos? Se trata de la creación, de la primera formación de los seres. Dios existe desde la eternidad: el término correlativo; ¿dónde se encuentra? Si por un solo instante le suponemos ya también existente, con independencia de la Divinidad, habremos afirmado la existencia de otro dios y nos encontramos fuera de la tesis. Si le suponemos emanando de la esencia divina desde el principio, como afirman los espiritistas en algunos lugares de sus obras, aunque en otros lo nieguen, además de que esto envuelve intrínseca repugnancia, al menos en cuanto que es emanado, ya le concebimos como posterior. Y no existiendo dos términos realmente distintos, ¿puede hablarse de estricta justicia conmutativa, ni aun ampliamente considerada?

Afirmada la existencia de la criatura; querrán decirnos los espiritistas, ¿cuáles son los derechos que esta disfruta con relación a Dios en el primer instante de su formación, e igualmente después que ha pasado ese primer momento? Por no tener, ni aun siquiera tiene el derecho a la creación que es el fundamento de los demás. Cuanto en ella hay es gratuito y se lo debe a la liberalidad del Supremo Hacedor. Luego Dios hágala participe de mucho o de poco, lejos de vulnerar la justicia, realiza una obra en la que resplandecen su bondad y misericordia, por las que eternamente ha de estar agradecida dándole gracias y cantando su largueza. Y ¿qué género de superioridad y de prelación es el de las substancias espirituales para con la Divinidad?, ¿en qué y por qué son a él superiores?, ¿cuentan privilegios? Muy lejos de la verdad y de la verosimilitud se halla la proposición espírita en su primera parte. Imposible la transgresión de la justicia conmutativa por la Deidad en la acción creativa; más imposible será, si grados admite la imposibilidad, la transgresión de la justicia distributiva.

No es esta, como la anterior, la relación entre sujeto y sujeto concediéndoles a cada uno lo que les corresponde; es la relación entre los méritos y las exigencias naturales de la persona ya existente, y el sujeto que ha de hacer la equitativa distribución de las remuneraciones o de los castigos; la relación que hay entre las partes y el todo, pues, como sea verdad, dice el Aquinense, que las partes y el todo tienen cierta identidad entre sí, de tal manera que lo que al todo pertenece, pertenece a la parte, otro tanto sucede cuando de bienes comunes se habla, y al

distribuirlos el superior ha de conceder lo que reclama la proporcionalidad del miembro (1). La justicia distributiva, por consiguiente, sólo reside con propiedad en el superior y se halla regulada por su prudencia, que es la que ha de justipreciar los valores de los méritos. La justicia distributiva supone, por ende, lo que es el fundamento de la discrepancia espiritista, lo que ellos empiezan por negar; la graduación, la diversidad, en las entidades y en las operaciones de las mismas; aquellas existentes con prioridad, estas como base para la equitativa distribución. Ahora bien; en los momentos de crear Dios los espíritus, ¿qué es lo que había? Luego mal pudo Dios faltar a la justicia distributiva, si aún no existían los que habían de recibir la distribución. Después de la creación, ¿cómo había de faltar otorgando diversos dones, según su beneplácito si precisamente el cumplimiento de la misma lleva esencialmente la diversidad de esos dones?

Nada diremos acerca de la justicia legal, porque si la distributiva decía relación directamente al superior, ésta la dice a los inferiores; imponiéndoles la obligación de rendir el justo tributo a la comunidad a que pertenecen; no se puede, pues, concebir su transgresión en el acto de la Divinidad. Menos haremos mención de una cuarta clase de justicia que distinguen los tratadistas, llamada vindicativa, y consistente en la debida y justa punición que de la culpa ha de hacer el moderador de la sociedad. Luego si no es posible ningún género de transgresión de las distintas clases de justicia, resulta que la afirmación espiritista es totalmente gratuita, falsa, y por consiguiente inadmisibile; es injuriosa y blasfematoria de la deidad; niega, no diremos la justicia, la equidad que la sabiduría divina se debe a sí misma; niega la misma sabiduría divina, al mismo Dios.

Admitamos, sin embargo, por un momento, siquiera sea hipotéticamente, la proposición espírita y veamos las consecuencias que se siguen.

En primer lugar, es, como se ha dicho, derogatoria de la equidad que Dios se debe a sí mismo; procede contra las leyes que brotan de su naturaleza y es destructora de la esencia divinal. Infinito Dios en todo género de perfección lo es también en el de operación; cuanto hace está adornado con los más subidos matices; en el ser que forma nada hay inútil, nada incompleto,

1 2. 2 ae. q LXL, a. 1, ad 5.

nada falta de lo que debiera tener, por razón de su naturaleza, fin y circunstancias. Crea la vida vegetativa y reviste a la floresta de todas las cualidades que ha menester para desarrollarse y crecer; crea la sensitiva y en los órganos sensoriales todo está dispuesto para que puedan ejercer sus funciones en el momento oportuno; crea las inteligencias, los espíritus; y ¿cómo los formará? Naturalezas espirituales (1) han de ser inteligentes desde el primer instante, y libres de externos impedimentos han de gozar de la intelección actual desde su inicio, y poseerla en grado perfecto. Con la inteligencia e intelección tienen que disfrutar la voluntad y su acto correspondiente; si tienen inteligencia y voluntad han de gozar también de libertad en el mismo grado.

Pues bien; según Allan-K., «Dios creó a todos los espíritus sencillos e ignorantes, es decir, faltos de ciencia (2), y a tanto llega esta falta de ciencia, que «en su origen no tienen los espíritus más que una existencia instintiva, y apenas tienen conciencia de sí mismos y de sus actos. Sólo poco a poco se desarrolla la inteligencia» (3). Carecen, pues, de las propiedades de la naturaleza espiritual. «El alma, dice otro espiritista, es creada sencilla e ignorante, en estado inferior y rudimentario» (4) «El alma, escribe G. Delane, al principio no se manifiesta sino de un modo elemental en las más ínfimas gradaciones de la existencia; poco a poco se va perfeccionando en su larga evolución, desenvuelve las facultades que tenía en sí en germen». (5) Quintín López es más radical en la afirmación; «el primer estado del espíritu humano, dice, fué el de molécula del que se separó a medida que desarrollando su potencia se aproximaba a la de fuerza psíquica inteligente». (6) Luego Dios le formó sin las cualidades y constitutivos esenciales, lo cual repugna tanto a la sabiduría y omnipotencia infinitas, como a la naturaleza objetiva. Y ¿qué es esto sino negar una y otra?

La preexistencia de las almas como la aseveran los espiritistas, es injuriosa a la Divinidad y a la propia naturaleza, con la

1 Suponemos para el presente que el espiritismo admite la naturaleza espiritual.

2 El lib. de los Esp. n.º 115.

3 L. C. n.º 189.

4 L. Den. L. C. p. 254.

5 F. Ortiz L. C. p. 19.

6 L. C. 2.ª, part. § 6.º

que se halla además en contradicción. El orden espiritual, diga lo que quiera G. Delane, es substancialmente superior al material y sensitivo. Si, pues, el alma preexiste al cuerpo; o preexiste como substancia completa o incompleta. Si es naturaleza subsistente que excluye toda unión esencial, al determinarla al cuerpo, no pudiendo formar un sujeto con él, se encontrará prisionera, contra las exigencias de su naturaleza, a él supeditada, perdido el estado de perfección que gozaba, sin vivir su vida propia, sin ejercitar sus facultades, sin entender ni amar; muerta, porque no teniendo unión substancial con el cuerpo, los sentidos tampoco pueden servirla de medio cognoscitivo, y sí solo de obstáculo para alcanzar su fin. Si es substancia incompleta, cuantos inconvenientes seguíanse a la unión en la primera parte, en ésta existen con anterioridad. De ninguna manera, pues, se verá libre de las contradicciones, y el estado del alma siempre resultará antinatural, monstruoso. Hágase a Dios autor de semejante realidad, atribúyase a la libre determinación del alma, en todo caso llegaríamos al mismo término, como quiera que el alma no podría obrar sino en virtud de la disposición providencial:

Propiedad necesaria de todo agente moverse con un fin determinado, la sapientísima omnipotencia deífica no pudo hacer cosa que carezca de finalidad y utilidad; y ley de la sabiduría infinita es que la propagación de la especie humana se verifique mediante la generación. Dese, empero, como cierta la preexistencia; si las almas eligen la morada donde han de residir más o menos tiempo, como huésped en casa ajena; ¿para qué entonces la generación?, ¿qué finalidad tendría? Y no siendo su función la nobilísima de propagar la especie, no sólo carecería de fin proporcionado, lo cual ya es contrario a la naturaleza del infinito Hacedor, sino que resulta degradante e ignominioso para la naturaleza que la ejecuta, y más ignominioso aún para el mismo Dios a quien la naturaleza es deudora de la inclinación. Ni vale decir con Allan-K., que «desde el instante de la concepción, el espíritu, aunque errante, se relaciona por un lazo fluídico con el cuerpo al que debe unirse; que este lazo se estrecha más y más a medida que el cuerpo se desarrolla». (1) Este modo de salir del paso es, además de tonto, tan ridículo que ni mere-

1 Qué es el Esp. n.º 115.

ce ser tomado en consideración. ¡A qué abismos desciende la inteligencia por no confesar la verdad!

El doctor Aquinense decía con la lógica que le distingue: No puede admitirse la doctrina preexistencianística, «pues si las almas son creadas sin los cuerpos, hay que averiguar qué unión tienen con ellos. Porque o se efectuó violentamente, o por un modo natural. Si fué violentamente (todo lo violento es contra naturaleza), la unión es preternatural. Luego el hombre que se compone de los dos también es preternatural, lo cual abiertamente es falso. Si la unión es natural, las almas espontánea y naturalmente desearon unirse a sus cuerpos. Ahora bien, el apetito natural si no encuentra algún obstáculo, necesariamente se dirige a la consecución de su objeto, como se ve palpablemente en la gravitación y levitación de los cuerpos; la naturaleza siempre obra igual y uniformemente. Luego desde el primer instante de su creación se hubieran las almas unido a sus cuerpos, al no obstar algún impedimento. Empero todo lo que dificulta la ejecución del apetito natural, infiere violencia. A esta, pues, fué debido el que alma y cuerpo estuvieran separados algún tiempo; mas esto no se puede admitir, ya porque en las substancias espirituales nada puede haber que no sea natural, como se ha demostrado, ya porque siendo lo violento contra naturaleza y por ende accidental, no puede existir antes que lo natural, ni ser tampoco una propiedad de toda la especie. Además, siendo propio de todos los seres desear su perfección, la materia, como más imperfecta es la que se *inclinara* a la forma y no ésta a aquella. En el compuesto de alma y cuerpo el alma hace las veces de forma y el cuerpo de materia según se ha demostrado. Luego la unión de ambos más bien se efectúa por el *apetito* del cuerpo al alma y no al contrario.

«Si se replica que tanto la acción como la pasión son naturales al alma, se responde que esto es imposible. Porque lo que naturalmente varía en el sujeto son los accidentes, como la adolescencia y la ancianidad. Si, pues, la unión y separación del cuerpo naturalmente pueden variar, el alma se unirá al cuerpo de un modo accidental, de donde resultará que el hombre no es una entidad natural, sino accidental. Pero si se insiste; que esta unión ni es natural ni violenta, sino originada de un acto de voluntad; semejante aseveración es inadmisibile. Nadie quiere, a no ser por engaño y dolo, descender a estado más abyecto; el alma es de

un orden superior al cuerpo. Si hubiera, pues, preexistido nunca se uniera a él. Añádase; que todo efecto producido por el concurso de dos voluntades que no guardan mutua relación, es efecto casual, como se ve claramente en el comprador que marcha al mercado y se encuentra fortuitamente con un vendedor. La voluntad del padre generante de quien depende la generación del cuerpo, no está relacionada con la voluntad del alma separada, que quiere unirse; y como la unión no puede llevarse a cabo sino es mediante las dos voluntades, síguese que es una unión casual; y de aquí tendremos que la generación no es obra de naturaleza, lo es de casualidad; consecuencia palmariamente falsa.

«Si todavía se repone; que ni procede de la naturaleza ni de la voluntad, sino de la divina ordenación; tampoco puede admitirse. Dios cuanto hace lo reviste de la perfección debida a la naturaleza, por eso se dice de cada cosa criada: Vió Dios que era bueno (1), y de todas juntas: Y vió todas las cosas que había hecho y eran muy buenas. Habiendo, pues, creado las almas separadas de los cuerpos, es necesario decir, que este modo de ser es el más conveniente a su naturaleza. Y no es propio de la divina bondad reducir los seres a inferior estado; antes bien, promoverlos y ordenarlos a superior. Luego es inadmisibile que el alma se pueda unir al cuerpo por divina ordenación.

«Preguntaremos: el alma, tiene necesidad de los sentidos o no los ha menester. Que la sea necesario servirse de ellos lo vemos por la experiencia cotidiana; porque si alguien está privado de algún sentido también lo está de los conocimientos que por medio de él se adquirirían, y así vemos que el ciego carece de toda ciencia relativa a los colores. Si concediéramos que no necesita los sentidos para entender, tendríamos que no se daba orden armónico entre el conocimiento intelectual y el sensitivo, lo cual es contrario a lo que experimentamos en nosotros mismos, pues por los sentidos es como se nos facilita la memoria del conocimiento empírico y positivo que nos sirve de auxiliar para conocer las cosas universales y los principios de las ciencias y artes. Luego si el alma necesita de los sentidos para entender, como quiera que la naturaleza nunca es deficiente en lo que exige su propia esencia, y por eso en los animales vemos

que les proporciona órganos adecuados y movimiento, no pudo ser formada sin la indispensable ayuda de los sentidos; estos no obran sino mediante los órganos corpóreos. Luego el alma tuvo que ser creada al mismo tiempo que el cuerpo. Si se dice empero, que no tienen necesidad de los sentidos para entender y que por eso fué y pudo ser creada antes que el cuerpo, entonces nos veremos obligados a confesar que en su preexistencia tenía conocimiento de todas las ciencias, y que, no impedida por obstáculo extrínseco, cognoscitiva por naturaleza, alcanzó la inteligencia perfecta de todo lo cognoscible. De donde se sigue la necesidad de afirmar, que, al unirse al cuerpo, pierde todos los conocimientos, pues, la vemos sumida en la ignorancia; y haciendo esta afirmación tenemos que admitir necesariamente la consecuencia de que su unión con el cuerpo es un obstáculo para la intelección. Ahora bien; la naturaleza nunca ofrece nada que de rémora sirva a su desenvolvimiento accional, sino que le proporciona cuantos medios sean conducentes. La unión del cuerpo con el alma no será, por tanto, natural, ni cosa natural el hombre, ni natural tampoco su generación; todo lo cual evidentemente es falso.» (1)

El príncipe de las escuelas no sólo demostró lo absurdo de las doctrinas espíritas y la imposibilidad de su existencia con relación a la hipótesis preexistencianística, sino también en orden a la justicia o injusticia divinas en la diversa repartición de las perfecciones naturales. «Cuanto el efecto, dice, es más perfecto más preferencia tiene en la concepción del agente. Lo más apreciable en las cosas creadas es la excelencia o perfección del universo; pues siempre la bondad del todo es más eminente que la de cada parte. Luego la hermosa variedad de las cosas es debida *no a la diversidad de los méritos sino a la concepción del primer agente*» (2) «Como sea verdad que todo agente procura comunicar su semejanza en todos los efectos que de él proceden, según que la naturaleza de estos pueda recibirla, se la comunicará más perfectamente, en cuanto él sea más perfecto. Dios, no ya es perfectísimo, sino que es la perfección esencial. El, por consiguiente, mejor que alguno otro, es quien había de hacer a la criatura partícipe de sus dones cuanto la naturaleza creada fuera

1 Summa C. Gen., c. LXXXIII

2 L. C. c. XLIV.

capaz de recibir. Mas la perfecta similitud de Dios no puede encerrarse en los moldes creados de una sola especie; porque siendo la causa superior al efecto, lo que en aquella está unido y simplificado, en éste ha de ser múltiple y compuesto; a no ser que el efecto participara de la naturaleza específica de la causa, o que no puede suponerse al presente, pues, jamás la criatura ha de ser igual a la Divinidad. La multiplicidad y variedad de los seres, fué, consiguientemente, necesaria para que pudiera darse a semejanza divina más perfecta de que es posible la creación.

«Además, según que uno participa mayor número de dones deíficos así también tiene más perfecta similitud con la Divinidad. Dios no sólo posee la bondad sino que también la difunde a numerosas naturalezas. Luego el ser que además de tener la bondad en sí y para sí, puede comunicársela a otros, participa más de la semejanza divina. Si, pues, en la naturaleza de las cosas no existiera la desigualdad y la pluralidad sería imposible que la criatura llenara este cometido... El dador es distinto del que recibe y a él superior, en cuanto da. Para que esta perfección divina tuviera su imitación en lo creado, fué necesario que en sus miembros existiera la gradación perfectiva. Si en la creación no fueran unos seres más perfectos que otros, la obra del Supremo artista no habría alcanzado el sumo grado de esplendor, porque el orden armónico de la multitud es más admirable que la finita perfección reflejada en un solo ser. Más todavía; la obra de la Divinidad no sería concebible sin la múltiple variedad. Dios en la creación se conduce como agente intelectual; el objeto externo es la extrínseca representación de la especie residente en la inteligencia; cuando son numerosas las especies del entendimiento, si una sola llega a exteriorizarse, su representación no es tan perfecta como si fueran diversas las que se patentizaran». (1)

De toda la argumentación que precede, palmariamente se colige el poco, o mejor dicho ningún fundamento que tienen las filosofías con las que los espiritistas pretenden sostener la absurda doctrina preexistencialista, y con evidencia meridiana se ve la falsedad de todos sus asertos.

Réstanos examinar las pruebas extrínsecas que aducen para corroborar su tesis. Antes, empero, queremos tocar brevemente un punto de la cuestión, por ninguno, que nosotros sepamos men-

1 L. C, c, XLV.

cionado en la defensa de la verdad; porque todos suponen como indubitable que la afirmación preexistencialista es defendida por los espiritistas como dogma indiscutible. Pues bien; nosotros creemos que esto no es verdad.

Los espiritistas después de unas cuantas fraseológicas oquedades dejan flotante la cuestión, obscura, apenas sabe uno si afirman o niegan; más aún, nos atrevemos a decir; que la afirman cuando hablan en general sin distinguir los términos, y la niegan cuando se concretan a la preexistencia propiamente dicha o sea en el primer instante de la existencia del espíritu.

Allan-K., el mentor pontífice de todos los seguidores de ocultismo, excepto los pocos secuaces de Jakson, escribe: «El punto de partida del Espíritu es una de esas cuestiones que se refieren al principio de las cosas, y pertenecen a los secretos de Dios. No es dado al hombre conocerlo de una manera absoluta, y en este punto ha de limitarse a suposiciones y sistemas más o menos probables. Los mismos Espíritus están muy lejos de conocerlo todo, y sobre lo que no saben pueden también tener opiniones más o menos sensatas». (1) «Desde el momento en que el principio inteligente logra el grado necesario para ser Espíritu y entrar en el periodo de la humanidad, cesa de tener relación con su estado primitivo y deja de ser el alma de la bestia, como el árbol la simiente». (2) Si el espíritu cuando llega a serlo entra en el periodo de la humanidad; y antes de poder llamarse espíritu era «alma de la bestia», la cual nadie negará que tiene cuerpo; ¿en qué momento preexistió, vivió solo, desligado de toda compañía? Allan-K. no lo sabe. Unas líneas más abajo de las copiadas dice: «¿Cuál es el origen del Espíritu? ¿Dónde está su punto de partida? ¿Se forma el principio inteligente individualizado? Esto es un misterio que en vano trataremos de penetrar». (3)

Aun suponiendo que no afirmara que el espíritu inmediatamente que empieza a existir entra en el periodo de la humanidad, sino que antes de verificarlo goza de vida propia, tampoco entonces admite para él una existencia sin consorcio. Desde su primer instante «el Espíritu está envuelto en una atmósfera, aunque vaporosa para tí, muy grosera para nosotros; pero suficientemente ligera, para poderse sostener en la atmósfera, y trasla-

1 El lib. de los Esp., n.º 613.

2 L. C. n.º 611.

3 L. C. n.º 613.

darse donde quiere. Así como el germen del fruto está rodeado del perispermo, así también el Espíritu, propiamente dicho, está rodeado de una envoltura que, por comparación, puede llamarse *periespíritu*» (1) Esta es la doctrina que corean todos los admiradores del Maestro espírita.

«Llamamos espíritu al alma *revestida de su cuerpo fluidico*. El alma es el centro de vida del periespíritu, como este es el centro de vida del organismo físico.» (2) «El periespíritu es cuerpo fluido, sutil, imponderable, es la envoltura del alma, antes, durante y después de la vida terrena» (3) «La naturaleza del alma, dice G. Delane, nos es desconocida, pero sabemos que está *rodeada, circunscrita por un cuerpo fluidico* que constituye después de la muerte un ser distinto e individual.» (4) Reynaud ha dicho: «El alma humana ni existe, ni puede existir sin algún cuerpo más o menos sutil». (5)

Nos abstenemos de aducir más citas porque es doctrina corriente en la escuela espiritista, que el alma desde el primer instante de su formación está unida al periespíritu, que la sirve de envoltura, y, de tal manera se adhiere a ella que la acompaña inseparablemente en las distintas etapas que, al decir de los ocultistas, ha de atravesar, y sólo cuando llegue al último grado de perfección será cuando se pueda desligar de semejante envoltura.

Ahora bien; ¿qué es el periespíritu? ¿Es materia o es espíritu? Ya oímos a Allan-K., y todos los suyos están concordes, que es un vestido sutil, vaporoso, fluido, imponderable, semi-material «que está tomado del fluido universal de cada globo» (6) Esto equivale a decir que es materia, aunque imponderable.

Esta imponderabilidad tiene para los espiritistas el mismo sentido que dan a esta palabra los naturalistas al tratar de la materia. Divídese está, dice la ciencia, en «imponderable, informe, etérea, o éter, y ponderable, atómica o forme. La imponderable es a no dudarlo, la fundamental, primitiva, o primer estado de la materia; la caracterizan la expansión, que considerada en sí misma es fuerza. El éter, con sus particillas infinitesimalmente pe-

1 L. C. n. 95.

2 L. Den. L. C. p. 227.

3 L. C. p. 95.

4 L. C. 4.ª part. c. I.

5 Cfr. C. Gonzalez, *Histo. de la Filo.*, T. IV, § 5.º, p. 248.

6 L. C. n. 94.

queñas, llena los espacios interatómicos en los cuerpos, y los interestelares, en los astros, y da representación principalmente a los desdoblamientos fenomenales de luz, calor, electricidad, sonido, etc., e influye esencialmente en el movimiento... La materia etérea, imponderable o prógeno se agita en revoluciones o torbellinos en el interior de la materia ponderable» (1).

¿Y qué otra cosa enseñan del *periespíritu* los *nuevos sabios*? El es el fluido universal de cada globo «que satura el ambiente atmosférico, agitándose en revoluciones incontables llena todas las vacuidades más íntimas de las naturalezas materiales»; «el periespíritu, al penetrar con su energía todas las materias pasajeras de la vida terrestre, es, en efecto, el único que merece el nombre de cuerpo» (2) El periespíritu es, pues, materia, porque tanto lo es la ponderable como la imponderable. El vocablo *semi-materia* y *cuerpo espiritual*, de que se sirven para hablar del *nuevo* elemento del universo es una oquedad más de los que se admiran del inusitado lenguaje de la escuela. Y no podía suceder de otra manera; pues ¿«qué es eso de substancia semimaterial?», dice Sánchez. ¿Hay cosas a medias? ¿Hay medio entre la materia y el espíritu?» (3)

Los propios espiritistas confiesan paladinamente la verdad. «Esta envoltura, dice G. Delane, no es el alma, porque no piensa; no es más que un vestido; sin el alma el periespíritu, lo mismo que el cuerpo, es una *materia inerte*, privada de vida y sensación. Decimos materia, porque en efecto, el periespíritu, aunque de naturaleza etérea y sutil, *pertenece a la materia de igual modo que los fluidos imponderables*, y, además *es materia de idéntica naturaleza* y de igual origen que la materia tangible más grosera». (4)

Concluyamos, pues; que estando el alma desde su primer instante unida, bien a la materia ponderable bien a la imponderable, resulta evidente que el alma, según los espiritistas, no se ha encontrado un solo momento separada de la materia, subsistente, sola, desligada de todo ajeno consorcio. Luego los espiritistas niegan clara y terminantemente la preexistencia de las almas.

1 Ild. Rodri. L. C. t. I. c. III, § 1.º

2 L. Den. L. C. p. 95.

3 *Cursus theol.* apud N. A. Perujo. La fe cat. y el espi., § 15.

4 Part. 4.ª c. I.

ARTICULO II

PRUEBAS EXTRÍNSECAS

TIENEN OBLIGACIÓN DE PROBAR.—NI VEMOS NI OÍMOS AL ESPÍRITU.—EL SEXTO SENTIDO.—LOS ESPÍRITUS BURLONES.—ADMITAMOS LA HIPÓTESIS.—LOS MEDIUMS Y LOS INSTRUMENTOS DE QUE SE SIRVEN.—CUALIDADES DE LA AUTORIDAD.—EL CARDENAL ZIGLIARA.—LOS MEDIUMS ¿REUNEN ESAS CUALIDADES?—LA C. DEL S. OFICIO.—COMAS Y SOLÁ.—ESTRANY.—EL DR. LAPPONI.—LOS ESPÍRITUS CONFIRMAN.—ALLAN-K. Y EL SENTIDO COMÚN.—NI LOS ESPÍRITUS, NI LOS MEDIUMS, NI KARDEC—EL VEREDICTO DE LOS SABIOS.—LA AUTORIDAD DE LOS SABIOS NADA VALE.—LOS ÚNICOS DOCTORES.—EN CONTRADICCIÓN CONSIGO MISMOS.—TEXTOS ESCRITURÍSTICOS.—INÚTILES ESFUERZOS.—ARBITRARIEDADES ESPÍRITAS.—INTERPRETACIÓN RECTA.

Estudiada brevemente la cuestión filosófica, y visto el ningún fundamento que tiene, lo contradictoria que es en sí misma, la injuria que infiere a la divina sabiduría y la imposibilidad, y por ende, el error que encierra, pasemos al análisis del segundo género de argumentación; el de autoridad, y veamos qué fuerza criterológica contiene y a qué grado puede elevar la probabilidad y veracidad del aserto espiritista.

Sin entrar por ahora en minucioso escrutinio sobre los hechos empíricos del ocultismo, labor que reservamos para lugar especial, podemos distinguir dos fuentes principales que mantienen fresco y lozano el plantel espiritista, tales son: la que pu-

dieramos llamar divina, por estar fundada en la Escritura Sagrada, aunque los espiritistas no reconozcan el carácter propiamente divino; y la no divina. Esta puede ser a su vez preternatural, o sea la que se funda en la locución de los espíritus; natural extraordinaria que tiene su base en el testimonio de los mediums; y natural ordinaria, cuyo criterio es el decir de los doctos que han investigado la veracidad fenoménica de mesas parlantes y cuerpos levitados. Han hablado los espíritus, los mediums y los sabios, dicen los discípulos de la *nueva ciencia*, su testimonio es irrecusable; luego la afirmación espírita es verdadera. Las partes del silogismo carecen de evidencia y por consiguiente, para convencernos están en la obligación de probarlas.

¿Qué dicen los espíritus? «Los Espíritus, responde Mr. Rivail, han resuelto afirmativamente la cuestión de la preexistencia». (1) Pero, ¿y de dónde sabe Allan-K. que los espíritus han afirmado su preexistencia? ¿Cómo, cuándo, dónde, y a quién se lo han revelado? ¿por qué medio se nos evidencia a nosotros esa locución? Para no proceder al azar hemos leído muchas obras escritas por espiritistas y por no espiritistas, que defenidamente y bajo todos los aspectos, han estudiado la cuestión, y confesamos ingenuamente que en ninguna hemos podido encontrar lo que buscamos; la comprobación del aserto de Rivail. Se nos habla de múltiples y repetidas apariciones que en todos los tiempos, y muy principalmente en los que corren de 60 años a nuestros días, hacen los *espíritus*, en las cuales revelan cosas estupendas, tanto, que pudiéramos decir que hacen malo el postulado del Sabio: «*Nihil sub sole novum*» (2) Mas con esto nada se resuelve, la cuestión permanece intacta. Esas apariciones de que tanta gala se hace; ¿llevan o traen los caracteres de la evidencia? Cómo han de ser evidentes, con evidencia inmediata, si el medio cognoscitivo son los sentidos, y a ellos se los supone sujetos invisibles? El fluido periespiritual, lejos de prestar luz, oscurece más la cuestión, ya que no se prueba la realidad de ese cuerpo; y, probada que fuera nos hallaríamos al principio, siendo verdad que el supuesto fluido sirve de ocultación al espíritu. No vemos ni oímos al espíritu. «Nos bastaría, escribe L. Denis, tener un sentido más, una nueva facultad psíquica, para

1. Qué es el esp. n.º 108.

2. Écles. I. 10.

ver abrirse ante nosotros algunos de los imperios ignorados de la vida, para ver desplegarse a nuestro alcance las maravillas del mundo invisible». (1) Careciendo de esa facultad carecemos también de la visión de su objeto, y para conocer su existencia habrá que servirse de otro medio, cuya veracidad pruebe la certitud del aserto. Y obrando así, los espiritistas serán quienes quitan el valor a la primera fuente de autoridad no divina, invocando la segunda de la que inmediatamente trataremos.

Admitamos, no obstante, la hipótesis de la locución de los espíritus; ¿qué se habrá adelantado? Según el maestro del ocultismo son muchas las categorías de los espíritus; los hay ignorantes, ligeros, pérfidos, mentirosos, inconsecuentes y burlones que se vanaglorían de inducir a error y sembrar maldades (2) ¿Quién garantiza que no sea alguno de estos el que tiene el gusto de pasar un rato alegre a costa de los cándidos? Para discernir los unos de los otros, los espiritistas han de internarse en atmósfera muy entenebrecida, atrevesar terreno árido y escabroso, y apelar nuevamente, no a los espíritus, sino a los otros medios discutibles; y en tanto, permanecemos en la ignorancia de si los espíritus afirman o niegan; si dicen la verdad o profieren mentira. Pero concedamos también esto; que los pretensos espíritus se aparecen, que hablan y que son veraces en sus locuciones; ¿resultará verdadero el aserto de Allan-Kardec? De ninguna manera. Toda la batahola espírita sobre las apariciones se reduce a hablarnos de la existencia del mundo invisible, de las relaciones que guarda para con el visible, de la pluralidad de existencias o reencarnaciones, de profecías malaváricas, y pudiéramos decir que de cuentos chinos, tanto es lo que abarcan y relatan los *espíritus*, desde la teogonía a la escatología; pero ni una sola palabra nos han dicho de la preexistencia absoluta. Hablan de supuestas existencias pasadas, siempre empero ligados a este o al otro cuerpo, más o menos sutil, sin embargo, cuerpo, jamás de preexistencia en el sentido riguroso como debieran hacerlo. Queda, pues, sin probar el aserto de Allan-K.

Descartada esta fuente preternatural, como ella es el fecundo e inagotable manantial de donde las otras dos toman las aguas para alimentar su corriente, pudiéramos dar por concluso este li-

1 L. C. p. 185.

2 El lib. de los Esp. n.º 102-107.

tigio, sentenciando definitivamente contra la critereología de este género de argumentación, difiriendo la obra depurativa de las dos segundas partes, para las cuestiones donde el objeto discutible tenga real o aparente existencia, como será en la metempsicosis, o en alguna otra. Mas, porque los ocultistas, aunque claramente ni hablan de preexistencia propia, ni aducen un solo hecho positivo de apariciones—y hemos leído muchas—en que los supuestos espíritus hablen de la materia, frecuentemente, sin embargo hacen mención de preexistencia y tratan de doctrina preexistencianística si bien en sentido lato, confundiéndola con la pluralidad de existencias, locución que permiten algunos apologistas condescendientes, vamos a admitir la hipótesis de Kardec: que en las sesiones espiritistas se predique doctrina preexistencianística.

Imposibilitados de la observación directa, ya dijimos que los espiritistas recurren a la segunda fuente. «Estos nuevos sentidos, estas facultades—las de ponernos en comunicación con el mundo invisible—que en el porvenir serán, escribe muy sereno L. Denis, propiedad de todos, hay personas que las poseen desde ahora en distintos grados; estas son las designadas con el nombre de mediums» (1) Estos buenos intermediarios son los fiadores de los *espíritus*, al decir de los *nuevos sabios*; los medios que emplean en la comunicación son tiptológicos, grafológicos, invadentes y materializantes. (2) Nadie fuera de ellos puede ponerse al habla con los espíritus, porque ellos solos poseen las facultades psíquicas especiales. (3)

¿Qué criterio presenta la segunda fuente? Como ahora no tratamos de averiguar la certeza de los fenómenos mediúmnicos sino sólo de la garantía que nos ofrece la palabra de los llamados intermediarios entre los *espíritus* y el común de los mortales, para conocer la verdad de su testimonio, no nos queda otro recurso que el de aplicar las reglas de critereología humana.

Dos son las cualidades que ha de tener toda persona testificante, para que su palabra goce de crédito: ha de estar dotada

1 L. C. p. 185.

2 Cfr. Antonelli. Medic. Pasto. Pars. 2.^a c. 1.

3 ¿Quién se las habrá otorgado y cuándo? Si Dios, tendremos la injusticia; si la naturaleza, ésta en todos es idéntica, y la progresión nada significa para el caso.

de ciencia y veracidad. Cualquiera de las dos que falte hace recusable su testimonio. ¿Quién prestará oídos al que hable muy aplomo de cosas que desconoce por completo?; o ¿quién se fiará del que, si bien, instruído, es adulterador de la verdad, mentiroso y farandulero? Apreciaremos la ciencia del sujeto testificante atendiendo a la naturaleza del objeto que se presenta, pues si envuelve contradicción o imposibilidad moral se ha de rechazar como inaceptable; fijándonos en la perspicacia del observador, si procede con cautela, y no emite su juicio sino después de maduro examen de la naturaleza y circunstancias que rodean a la materia que se estudia; y si a la agudeza de ingenio y gran perspicacia acompaña una gran prudencia que sea reguladora de los impulsos y acometividades.

La veracidad del interlocutor será digna de apreciación y fuente critereológica cuando esté guardada y protegida por el manto de la virtud, haciendo que en todas sus manifestaciones sean la rectitud y probidad las que brillen en la obscuridad; y cuando el solícito investigador no persiga otro fin que el de la verdad, haciendo que ella sea la que resplandezca en sus palabras y acciones, sin que nada oculte ni recele, ora movido por la adulación del prepotente y del vulgo, ya arrastrado por la vil pasión o el despreciable egoísmo, o también obedeciendo a prejuicios y parcialidades. (1)

Ahora bien; los mediums ¿están adornados con tan excelsas cualidades? La Congregación del S. Oficio decía al tratar de ellos en fecha 4 de agosto de 1856: «De ahí esas mujerzuelas de temperamento débil que, entregadas por gestos a que no siempre acompaña el pudor, a los prestigios del *sonambulismo* y de lo que se llama clara intuición, hacen alarde de ver cosas invisibles, y se arrojan en su audacia temeraria la facultad de hablar de religión, de evocar las almas de los difuntos, de recibir respuestas, de descubrir las cosas ocultas o lejanas, y de practicar otras supersticiones de este género. Cualquiera que sea el arte o ilusión que entran en todas estas cosas, como en ellas se emplean medios físicos para obtener efectos preter o sobrenaturales, hay superscherías damnables y heréticas y escándalos contra la honestidad de costumbres». «Se observa en la práctica, dice el sa-

1 Cfr. Card. Zigliara. Suma fil. Crtereo. I, II. c. III, a. IV.

bio Arzobispo de Santiago de Cuba, Fr. Valentín Zubizarreta, que los *mediums* no suelen ser personas las más recomendables por la pureza de costumbres y por la integridad de sus doctrinas; y se ha comprobado que muchos de ellos, procuran averiguar los secretos de las familias y las condiciones de los que pasaron a la otra vida, para dar respuestas adecuadas a las necesidades y a los deseos de sus deudos». (1) Hogdson se atreve a escribir: «que casi todos los *mediums* profesionales forman una banda de trapaceros vulgares, más o menos ligados unos con otros. Asociadas aquí y allá con estas bandas, se encuentran otras personas que han sido o quieren ser profesionales y que son igualmente poco dignas de confianza». (2)

El Sr. Comas y Solá profundo conocedor de las cosas espiritistas y que con detenido análisis ha examinado sus fenómenos, en el áureo libro «El espiritismo ante la ciencia» nos dice: «Los *mediums* son hombres y mujeres, con la agravante muchas veces de una incultura desastrosa, que permiten cometa todas las falsedades (conscientes o inconscientes) de que es capaz un espíritu inoble. El número de engaños que han llevado a cabo estos individuos, en conjunto, es inmenso. Sean o no conscientes sus actos de falsedad, lo cierto es que la falsedad ha existido. Otro elemento de inmenso descrédito, es la poca seriedad y sinceridad de muchos de los que se ocupan en tales investigaciones, aun gozando de nombres y reputaciones aparentemente envidiables» (3) «Llegados a este punto no olvidemos que los *mediums* son por lo general individuos desequilibrados (sus repetidos fraudes, en mi concepto, constituyen en parte una manifestación de este desequilibrio) cuando no intensamente histéricos, y afirman los psicólogos que una de las características psíquicas del histerismo es la multiplicidad o disgregación mental del enfermo. En el individuo productor de semejantes fenómenos vemos, pues, ya manifestarse estos primeros síntomas de falta de cohesión o falta de unidad en su organismo» (4)

El no menos célebre Dr. Estrany, en carta al Sr. Comas emite el siguiente juicio: «¿Cuál es el punto de partida de una afirmación tan grave, respecto de hechos científicamente *extraños*,

1 Instruc. sob. el esp. § 4.º

2 Cfr. Ugart. de Ercilla, L. C. par. 2.ª, c. III.

3 P. 21.

4 L. C. p. 86.

pero posibles unos y falsos, científicamente falsos de toda falsedad otros? El origen constantemente reside en sujetos de un valor científico y muchas veces moral, absolutamente nulo. Sin técnica ni habilidad experimental, sin disciplina intelectual, su criterio no tiene el menor peso en la escrupulosa balanza de la investigación científica. El método en sus manos es un instrumento inútil y las leyes lógicas son barullo y confusión en sus pobres mentalidades. Pero menos mal si fuesen espíritus simples, ineducados, materia prima para cualquier concepción extravagante, para toda admiración y para todo fetichismo; lo peor y más grave es que, desde el punto de vista moral, estos sujetos suelen valer menos que intelectualmente. *Déclases* muchos de ellos dentro de la sociedad, fracasados de la vida, titiriteros de barracón de feria o juglares de gran salón, tiene la mayoría una historia desastrosa. El dato común que nos interesa recoger de esta historia es que viven en *plena falsedad*; falsedad en su categoría social, falsedad en sus actos, falsedad en sus palabras. ¿Y es en estos sacos de mentira y exclusivamente en ellos donde ha de tener asiento y ha de manifestarse la augusta y trascendente verdad? ¿Cómo no tiene acogida en todos los espíritus rectos, nobles y sinceros?

«Porque en esto conviene todo el mundo, con desesperante uniformidad: el *medium* y la atmósfera que le envuelve está plagado de mentiras, inventa y falsifica cuanto le conviene, el fraude pseudocientífico es su elemento y no hay uno solo de ellos que en alguna ocasión no se le haya cogido con las manos en la masa.

«Los observadores más honorables, como W. Crookes, Wallace, O. Lodge, Ch. Richet, Gibier, Lombroso, Schiaparelli, etc., empiezan por confesar el afán de mentir y de falsificar los hechos que se ha podido reconocer y comprobar en todos los *mediums*, llámense Home, Slade, Eusapia Palladino, sea el que se quiera. De la indagatoria científico-judicial que el ilustre Grasset ha efectuado, a ninguno de los más famosos *mediums* le queda hueso sano». (1)

El Dr. Lapponi nos dice: «Los *mediums* provocadores o intermediarios de los fenómenos espiritistas son todos más o menos desequilibrados o neuropáticos. Se parecen mucho a los adi-

1 Apud, J. C. solá, L. C. p. 126-127.

vinos, a los oráculos y a las sibilas de la antigüedad, y por esto muy felizmente los ingleses indican su estado en el curso de sus funciones con el nombre de *trance*, que quiere decir pase a otro estado del ser; casi para significar que en estas condiciones son inconscientes, poseídos, y por eso mismo enfermos e irresponsables». (1)

Los espiritistas lejos de negar estas inculpaciones las confirman sin rebozo. «La facultad mediánica; dice Kardec, depende del organismo; es independiente de las cualidades morales del medium, y se la encuentra desarrollada así en los indignos como en los más dignos». (2) «La predisposición mediánica es independiente del sexo, de la edad y del temperamento, se encuentran mediums en todas las categorías de los individuos, desde la más tierna edad, hasta la más avanzada. La voluntad del medium no siempre es necesaria; el Espíritu que quiere manifestarse, busca la persona apta para recibir la impresión y con mucha frecuencia se sirve de ella a su pesar». (3)

En estas condiciones de ignorancia, falsedad, trapacería, inconsciencia y de cuantos epítetos desfavorables nos preste el léxico, ¿podrá ser fuente criteriológica la afirmación mediúmnica? Allán-Kardec dice que la inmoralidad, ignorancia e inconsciencia del sujeto no son obstáculo a la veracidad de su palabra; pero a semejante destemple basta oponer el sentido común; y a buen seguro que en sus negocios no se fiaba de semejantes voceros aunque estuvieran aconsejados por *espíritus*, que dijeran sentir hacia ellos gran simpatía. «Kardec mintió con su doctrina, y sus adeptos no dicen palabra de verdad». (4)

¿En qué se fundó Allan para hablar de modo tan opuesto al sentido común? Alguna razón poderosa será el móvil que le impulse. En que los mediums son instrumentos meramente pasivos, y con harta frecuencia inconscientes, de los espíritus, siendo estos los que hablan por medio de aquellos, a veces aunque lo repugnen los mediums. Sienta, por ende, como indubitable, no la veracidad de los intermediarios, sino la de los principales interlocutores, y en esta se encuentra basada la otra. Mas como ya vi-

1 Hipno. y Esp. c. VI.

2 Qué es el esp. n. 79.

3 Obras post. n. 34 y 38.

4 F. Elguero. El Esp. ante la ciencia, p. 50.

mos el criterio de los invisibles; con las propias palabras de Allan queda juzgada la cuestión.

Aún les queda un recurso, una tercera fuente; la de la autoridad de los «sabios pertenecientes a todas las grandes universidades y a todas las academias célebres». (1)

Inútil recurso, vana esperanza. El veredicto de los sabios no ofrece garantía alguna. «La primera conclusión fundamental que podemos sacar de estas consideraciones, dice Comas y Solá, es que el espiritismo, tal como se concibe por sus adeptos y considerado en conjunto, NO PUEDE DE NINGUNA MANERA SER HOY ACEPTADO POR LA CIENCIA. En otros términos; está por demostrar que los difuntos hayan tenido jamás participación alguna en la realidad de los hechos bien observados» (2) Esto dice el egregio escritor después de haber analizado los fenómenos ocultistas y las estimaciones de los investigadores. Pero nosotros, dejando para su debido lugar la ampliación de la veracidad o no veracidad fenoménica, y concretándonos a la presente cuestión, diremos que la autoridad de los sabios es de ningún valor en este punto, y la ciencia experimental nada tiene que ver en la materia.

Analiza ésta y estudian aquéllos los fenómenos que pueden ser objeto de experimentación, en cuyo campo entran las levitaciones, materializaciones y otros hechos similares; mas aquí no se trata de hechos ni fenómenos extrínsecos, que los doctos encierran en el círculo de las precauciones tomadas para evitar el fraude, se trata de teorías, de una afirmación emitida por los seres invisibles mediante sujetos visibles. Sabios y vulgo todos han de estar sentados en el pupitre de los oyentes; sólo los mediums ejercen el oficio de doctores, o simples transmisores parlantes. La función de los discípulos se reduce a oír y dar testimonio de la audición, descansando las garantías exclusivamente en la veracidad y ciencia de los que en la cátedra se sientan.

Siendo, pues, imposible admitir esta tercera fuente de autoridad humana, no ya por carecer de sólido fundamento, sino por estar privada de la misma existencia, hemos de concluir; que la doctrina preexistencianística no recibe probabilidad alguna de la argumentación extrínseca.

1 L. Denis, L. C. p. 247.

2 L. C. p. 76, Camilo Flamarión, según ya vimos, es de la misma opinión, y lo es Grasset y todos los verdaderos sabios.

Además de esta autoridad que hemos llamado no divina, los espiritistas creen que pueden hallar la confirmación de su aserto en las palabras de la Biblia, y a la Biblia acuden en búsqueda de algunos textos que se declaren sus protectores. Conducta verdaderamente inconcebible y que causa gran extrañeza a quien no comulgue con los errores ocultistas.

Niegan de plano la inspiración divina de los libros santos, rechazan la revelación de Dios, no admiten la veracidad de los Profetas cuando hablan al pueblo diciendo que lo hacen por especial mandato del Altísimo, ordenado en secreta comunicación; «los libros sagrados, según ellos, no son otra cosa que fruto del genio humano, obras de hombres ilustres suscitados por la providencia divina en diversas épocas para promover el progreso de la humanidad. No se difieren esencialmente de los llamados *sagrados* en otras religiones. Más aún; estos libros fueron escritos para ciertas épocas, sustituidos con los posteriores; y rechazados o anulados por no ser conformes a las nuevas revelaciones» (1), y luego acuden a ellos como a fuente que les presta regadío.

Para demostrar la insuficiencia de este nuevo argumento bastaría admitir sus principios y someter los sujetos a la regla de humana autoridad. Sobre Isaías han de colocar a Platón y a Pitágoras, y las opiniones de estos hemos evidenciado que son erróneas. Sus palabras no poseen otra autoridad que la del valor intrínseco; si este es nulo, aquella nada vale; no será, por tanto, suficiente aducir la palabra de los escritores bíblicos, si no se prueba su veracidad. Además, si los libros sagrados «fueron escritos sólo para ciertas épocas, sustituidos con los posteriores»; ¿qué pueden servir en los tiempos que corremos? Libros muertos son ya, privados hasta del interés arqueológico.

Sin embargo, a fuer de tolerantes, condescendamos con los estudiantes de la *nueva ciencia*, y veamos algunos de los textos que nos ofrecen.

Sea el primero el del profeta Jeremías: «Antes que te formara en el vientre te conocí; y antes que salieras de la matriz te santifiqué y te puse por profeta entre las naciones». (2) Dos partes comprende esta cláusula completa; la primera se refiere al

1 Cfr. N. Peru. La fe Cat. y el esp. § 8.º

2 l. 5.

periodo que antecede a la existencia del profeta, la segunda al tiempo en que se encerraba en el útero materno. ¿En cuál de las dos se encuentra la doctrina preexistencialista? Sin duda alguna responderán que en la primera; puesto que se afirma haberle conocido *antes de la formación en el claustro materno*. Mas este modo de interpretar supone un error, cual es el de la ignorancia de Dios, sino hubiera conocido al profeta hasta el momento de la concepción. La Divinidad infinita y eterna, en el ser y en la operación de los actos intrínsecos, no reconoce ni pretérito ni futuro, sólo tiene presente; en él aparecen todos los objetos como actuales, no porque existan desde la eternidad sino porque abarca todos los tiempos, y a ellos se extiende la vista divina de una sola mirada; siendo cierto concluye el Angélico, que Dios conoce infaliblemente las cosas futuras en cuanto según su presencialidad se ofrecen al mirar divino, aunque consideradas en sus causas sean futuras. (1) Además de esta presencia física gozan de la presencia eminente por el ser que en la divinal esencia tienen y en el que desde la eternidad igualmente son conocidas. ¿Cómo, pues, no habría de ver Dios al Profeta antes de que fuera concebido, sin que por eso preexistiera físicamente en el tiempo? Por otra parte, lo que el espiritismo quiere es totalmente imposible, pues la locución se refiere a toda la personalidad, y en el supuesto espírita sólo hubiera existido una parte, el alma.

Otro de los textos que aducen es el del profeta Ezequiel: «La virtud del Señor se hizo sentir sobre mí y me sacó fuera en espíritu y me puso en medio de un campo que estaba lleno de huesos, e hizome dar una vuelta al rededor de ellos: estaban en grandísimo número tendidos sobre la superficie del campo, y secos en extremo. Y me dijo: ¿Hijo de hombre, crees tu acaso que estos huesos volverán a vivir? Oh Señor Dios, respondí yo, tu lo sabes. Y entonces me dijo: Profetiza acerca de estos huesos y les dirás: Oid la palabra del Señor... He aquí que yo infundiré en vosotros el espíritu y viviréis; y pondré sobre vosotros nervios, y haré que crezcan carnes sobre vosotros y las cubriré de piel, y os daré espíritu y viviréis, y sabréis que yo soy el Señor. Y profeticé como me lo había mandado, y mientras yo profetizaba, oyóse un ruido, y he aquí una conmoción grande, y uniéronse huesos a huesos, cada uno por su propia coyuntura. Y miré y ob-

1 l. p. q. 14, a. XIII.

servé que iban saliendo sobre ellos nervios y carnes, y que por encima se cubrían de piel, mas no tenían espíritu. Y díjome el Señor: Profetiza al espíritu, profetiza, oh hijo del hombre, y dirás al espíritu: Esto dice el Señor Dios: Ven tu, oh espíritu, de las cuatro partes del mundo, y sopla sobre estos muertos, y resuciten. «Profeticé, pues, como me lo había mandado y entró en ellos el espíritu y resucitaron, y se puso en pie una muchedumbre grandísima de hombres.

«Y díjome el Señor: Hijo de hombre, todos estos huesos representan la casa de Israel; ellos dicen: secáronse nuestros huesos y pereció nuestra esperanza, y nosotros somos ya ramas cortadas. Por tanto, profetiza tu y les dirás: Esto dice el Señor Dios: mirad, yo abriré vuestras sepulturas, ¡oh pueblo mío!, y os conduciré a la tierra de Israel. Y conoceréis que yo soy el Señor, cuando habré abierto vuestras sepulturas, y os habré sacado de ellas, y habré infundido en vosotros mi espíritu, y tendréis vida, y os daré el que reposéis en vuestra tierra; y conoceréis que yo el Señor hablé y lo puse por obra». (1)

Dos partes principales comprende también este largo periodo, las cuales mutuamente se completan, y tan inseparables son entre sí que aislándolas no admiten racional interpretación. En la primera, que abraza hasta el versículo 10, el profeta expone la parábola, acomodándose al estilo oriental; en la segunda se hace la aplicación tan palmaria y terminante y con detalles tan apropiados a determinadas circunstancias, que no es posible otro sentido literal que el que allí se nos ofrece. Los huesos áridos y secos no pertenecen a ningún organismo físico, sino social; son los de los hijos de la casa de Israel, muerta como pueblo y nación, por estar privados de la vida que de Jehová recibían; diseminados se encontraban en número incontable por los campos babilónicos que les servían de verdaderas sepulturas; ¡tan ignominiosa y dura era la carga que les puso el gran Nabucol; perdido habían la esperanza de recuperar su libertad perdida; y entonces el Señor, por Ezequiel, les anuncia que saldrán de la sepultura, dejarán el destierro y con vida como pueblo y nación independiente, regresarán a cultivar la vid y cantar los salmos en el templo.

¿De dónde coligen los espiritistas que se refiere a la ridícula

preexistencia? Si por un imposible fingiéramos esa hipótesis, buscaría su fundamento en lo que dice: que profetice al *espíritu*, para que venga a animar los huesos áridos. Pero en este caso el absurdo sería si cabe aún mayor. Ezequiel habla de numerosos huesos y de un solo espíritu que ha de animarlos a todos. No puede ser, por tanto, el alma individual, tendríamos que admitir, por consiguiente, el espíritu averroíístico, con toda la escuela panteísta que ya se ha refutado. Además, la letra aislada, es igualmente adversa a los espiritistas, pues no se dice que primero existiera el espíritu y después los huesos, sino que antes existían éstos y áquel venía después, lo cual es ciertamente contrario a la preexistencia.

En el evangelista S. Juan se lee: «Al pasar vió Jesús a un hombre ciego de nacimiento: y sus discípulos le preguntaron: ¿Maestro, qué pecados son la causa de que este haya nacido ciego, los suyos o los de sus padres?» (1) El espiritismo comentando este lugar escribe: «En primer lugar, la pregunta indica que los discípulos consideraban la desgracia del ciego como una expiación. En su pensamiento la falta ha precedido al castigo; ha sido la causa primera. Es la ley de la consecuencia de los actos fijando las condiciones del destino. Aquí, se trata de un ciego de nacimiento, la falta no puede explicarse más que por una existencia anterior. En vano los teólogos han pretendido explicar de otro modo que por la reencarnación, este pasaje de la Escritura. Han caído en razonamientos bastante extraños» (2) Además, «Jesús participa de su creencia, pues habiendo venido para enseñar la verdad, no hubiera dejado de rectificar esta opinión si hubiese sido errónea. Por el contrario responde explicando el caso que les preocupa». (3)

Muchas arbitrariedades comete aquí el espiritismo atrueque de sacar a flote lo que él pretende. Es la primera la de suponer que «los discípulos consideraban la desgracia del ciego como una expiación de sus culpas pretéritas. ¿Por qué vías el espiritismo llega a la certeza de esa afirmación? «Admitir que le ha condenado por crímenes que se ha hecho culpable sea en una vida anterior, sea en el seno de su madre, no entraba en la corriente

1 IX. 1-2.

2 L. Denis, L. C. p. 42.

3 L. Denis. L. C. p. 295.

de las ideas judías». (1) El espiritismo pretende afianzar su aserto citando la doctrina reencarnacionista que los fariseos profesaban, según se colige del historiador Josefo. (2) Mas, aparte de que es muy dudoso el que los fariseos de la época de Jesús creyeran en la metempsicosis, y tampoco es probable que admitieran la preexistencia, pues «no se hallan indicios de esta doctrina si no en los escritores posteriores a Jesucristo (3) la que entonces se admitía era muy diferente de la que hoy enseñan los espiritistas, y excluía precisamente la suposición de pasadas culpas, pues la admitían solo para los buenos; los impíos «descendían a lugares tenebrosos para ser atormentados eternamente» (4). No es; por tanto, cierto, antes muy improbable e inadmisibile, el que «los discípulos creían que se podía haber pecado antes de nacer esto es, en una vida anterior». (5)

Los discípulos propusieron la primera parte del dilema, porque, como advierte el Crisóstomo (6), cuando había antes curado al paralítico al despedirle le dijo: «Mira que ya estas sano, no quieras pecar más»; al presente viendo que el castigo proveniría o de sus faltas, cosa que no podían admitir, o de la de sus padres lo cual también se les hacía muy duro, aunque fuera doctrina rabínica, envueltos en el misterio le interrogan del modo más completo, buscando solución plausible.

Mucho más arbitrario e injurioso es el afirmar que «Jesús participaba de su creencia y que lejos de rectificar la opinión de los discípulos la confirmó con su respuesta». El Salvador contestó a la pregunta: «No es por culpa de este ni de sus padres; sino para que las obras de Dios resplandezcan en él». Establézcase el paralelismo entre los dos miembros y luego júzguese. Preguntan los discípulos si han pecado el ciego o sus padres; y Jesús responde: ni él, ni los padres; interrogan si la ceguera es castigo de pasadas culpas; y les contesta: no tiene razón de castigos. ¿Quiérese más oposición entre las palabras de los discípulos y las del maestro? Pues aún la hay. Conocía el buen Jesús que esta respuesta negativa no satisfaría su ansiedad, ni explicaba directamen-

1 Le Camus, Los Orig. del Cristián. 1.^a part. T, II, c. VI.

2 L. Den. L. C. p. 294.

3 Cfr. Le Camus, L. C.

4 Perujo. Dic. de Cienc. Ecle. T, IV.

5 L. Den. L. C. p. 295.

6 Hom. 56, In Joan, MG 59 306.

te el misterio, dando con esto origen a ulterior pregunta. De ahí que para disipar sus nebulosidades añadiera la tercera parte: la ceguera que padece es para que las obras de Dios resplandezcan en él.

Aquí tiene el espiritismo señalada bien claramente la *causa* de la ceguera; y por qué no es lícito afirmar como él hace «que la falta no puede explicarse más que por una existencia anterior. No hubo semejante falta. La sabiduría de Dios, a la que anteriormente acudimos para encontrar el regulador de lo relativo a lo absoluto, es la que presenta Jesucristo como explicación suficiente a la duda de los apóstoles. Por ninguna parte vemos que en las palabras del maestro se haga referencia a preexistencias o reencarnaciones.

La respuesta de Jesús al mismo tiempo que satisfactoria para los discípulos, es la clave que adoptan los teólogos para explicar muy sensatamente, sin «caer en razonamientos bastante extraños,» las palabras bíblicas. Nos basta conocer la doctrina sobre el mal físico, para dar por explicadas todas las dificultades. ¿Qué más desean los espiritistas? ¿Que se admita la preexistencia, cuyo solo concepto envuelve repugnancia intrínseca, y la ofrece no menor en este caso, al atribuir tan descabellada teoría a Jesús, sobre todo, si se tienen en cuenta, como no se pueden menos de tener, los demás lugares de la Escritura, en los que el Salvador palmariamente enseñó la doctrina contraria? No es, pues, la Biblia el manantial abundoso que a los espiritistas ofrezca rica sabiduría con la que proporcionen vigor a su enervado organismo.

De todo lo expuesto en estos párrafos resulta, que a los espiritistas no les asiste ninguna razón para establecer y propugnar la hipótesis preexistencialista; antes al contrario, son tantas las que militan en contra, y son de tal magnitud los absurdos, que de admitirla habrían de seguirse con relación a la Divinidad y a la criatura, que basta el sentido común para rechazarla como indigna de la humana inteligencia.

La autoridad humana y divina a las que acudían para que les sirvieran de égida, son un alegato irrefragable contra sus pretensiones. Luego por motivos intrínsecos y extrínsecos se ha de rechazar la *cábala* de la *nueva ciencia*; la cual por no tener, no tiene siquiera el apoyo de las falsas doctrinas profesadas en la antigüedad, que si eran absurdas, al menos presentaban alguna verosimilitud filosófica, y alguna apariencia de racionalidad.

ARTICULO III

LA IGLESIA, LA TEOLOGÍA Y LA FILOSOFÍA

DOCTRINA DE LA IGLESIA.—LAMENTABLE ERROR.—MAGISTERIO SOLEMNE Y ORDINARIO.—PRIMERA AFIRMACIÓN DE LA IGLESIA.—LOS CC. LATERANENSE IV Y VAT.—LOS DOCTORES.—S. LEÓN M.—EL PAPA VIGILIO.—EL C. BRACARENSE II.—PREEXISTENCIANISMO MITIGADO.—CONDENACIÓN EXPLÍCITA.—IDENTIDAD SUBSTANCIAL DE LOS ERRORES.—RAZONABLE PROCEDER DE LA IGLESIA.—IMPORTANCIA DEL YO HUMANO.—SU CONSTITUTIVO.—BALMES Y MERCIER.—UNIDAD SUBSTANCIAL.—NI EL ALMA NI EL CUERPO.—LOS DOS JUNTOS.—LA TEORÍA ESPIRITISTA DESTRUYE EL FUNDAMENTO.—NIEGA EL TESTIMONIO DE LA CONCIENCIA.—MONSTRUOSA ABERRACIÓN.

Expuesta la teoría preexistencianística del espiritismo y vista su falsedad réstanos averiguar el sentir de la Iglesia católica, ver si favorece o por el contrario condena las enseñanzas de los invisibles. Maestra de la verdad, si reprueba la doctrina ocultista, por el mero hecho de hacerlo, hay que reprobirla.

Fué divisa del espiritismo, desde que apareció vestido con el ropaje del siglo décimo nono, hacer alarde de la buena armonía que había entre la Iglesia y él, sus doctrinas y las de la Iglesia; afirmar que se pueden admitir las doctrinas espiritistas, sin renunciar a las católicas; su misión era únicamente, decía, la que en otro tiempo tuvo Jesucristo; no destruir la ley sino perfeccionarla, corregir los defectos que a través de la historia se han infiltrado en la doctrina de Jesús. «Procuraremos eliminar de la doctrina de Jesús todas las oscuridades en que la han envuelto el trabajo

de los siglos. Llegaremos así al convencimiento de que esta doctrina y la de los Espíritus son idénticas, que el espiritismo es sencillamente la vuelta al cristianismo primitivo bajo las formas precisas». (1) Por eso después de insinuar claramente que los primitivos cristianos admitían la preexistencia, y que algunos Padres de la Iglesia la defendieron, entre los cuales se distinguió Orígenes, escribe: «Una opinión muy errónea se ha introducido en muchos centros respecto de las doctrinas de Orígenes, en general, y de la pluralidad de existencias en particular, que se consideran como habiendo sido condenadas, primero, por el Concilio de Calcedonia, y más tarde por el quinto Concilio de Constantinopla. Pues bien, si nos remontamos a las fuentes, se reconoce que estos concilios rechazaron, no la creencia de la pluralidad de vidas del alma, sino sencillamente la preexistencia tal como la enseñaba Orígenes, bajo la forma particular de que los hombres eran ángeles caídos, y que el punto de partida había sido para todos, la naturaleza angélica. En realidad, la cuestión de la pluralidad de existencias del alma, no ha sido nunca definitivamente solventada en los Concilios. Queda abierta, en el porvenir, a las resoluciones de la Iglesia, y punto es este que importa mucho hacer constar». (2)

Necesario es fijarse bien en las palabras transcritas, porque si muy poco es lo que a la superficie aparece y se presenta diáfana como la de límpido lago, es mucho el *detritus* que se deposita en el fondo.

Se dice en las últimas palabras copiadas que la doctrina preexistencianística es cuestión libre en la Iglesia, pues sus Concilios hasta el presente no la han resuelto. Y para comprobar su aserto, cita el quinto concilio de Constantinopla—que nunca existió, pues sólo fueron cuatro los celebrados en la capital del imperio de Oriente y que se conservan con ese nombre—; y recuerda también el de Calcedonia, el que no se ocupó para nada de la cuestión preexistencianística. Pero semejantes afirmaciones carecen en absoluto de verdad. La doctrina de la preexistencia, especialmente según la concibe y presenta el espiritismo, no es de libre o no libre aceptación entre los católicos; ya se halla resuelta en las enseñanzas eclesiásticas.

1 L. Den. L. C. p. 27.

2 L. Den. p. 45-46.

Olvida o quiere olvidar el Sr. Denis, como lo hace en más de una ocasión el ocultismo, que las declaraciones doctrinales de la Iglesia no han de estar siempre ceñidas a un formulismo rígido, y en cuyo membrete se ostenten las tan, para ellos, odias letras del *anatema*. La Iglesia, dentro o fuera de los concilios, sólo se sirve de la fórmula precisa y lacónica, para que se grave fácilmente en todas las inteligencias, cuando propone la verdad magistral y solemnemente con la muy racional obligación de que todos los católicos la presten asenso, y de la cual no pueden exonerarse, si no es a condición de quedar en el mismo instante separados del credo católico. Además, empero, del *magisterio solemne*, que de pauta sirve a la grey de Jesucristo, existe el *magisterio ordinario*, o sea la constante y unánime enseñanza de la Iglesia docente sobre alguna doctrina particular y determinada. ¿Qué nos dice este sentimiento unánime de la Iglesia y de los doctores?

Empieza la Iglesia por admitir, como ya vimos, después de probado, el postulado dogmático de la creación (1) contra los errores panteístico y emanatístico. Afirma luego la creación de las sustancias espirituales que pueblan el reino angélico, dotadas de privilegiada inteligencia y límpida naturaleza, superiores a cuanto fuera de la deidad existe. (2) Enseña, por los CC. Lateranense IV (3) y Vaticano, y por múltiples textos de la Escritura, la distinción entre la criatura angélica y la humana; una y otra, nos dice, las creó Dios desde el principio del tiempo; la angélica primero y después la humana.

Con esta afirmación, el fundamento preexistencianista se derruye por sí mismo, pues si el reino angélico es superior al hominal, no considerado en el aspecto material de este, sino en el de la sustancia invisible; si los ángeles son la similitud más adecuada que darse puede de la Deidad, en la naturaleza y en la operación; si desde el principio la sabiduría infinita para ostentar la rica belleza en la gama de la creación distribuyó las

1 El Sr. Quintín López, en su obra «El Catolicismo Romano y el Espiritismo» queriendo impugnar el concepto creacionista palmariamente manifestado en el Génesis, escribe: «El texto *griego* dice barah, que quiere decir ordenar, disponer» part. 1.^a c. II, ¿De dónde habrá sacado el buen espiritista que el Génesis se escribió en griego, y que en el griego dice barah ¡La ciencia de los *espíritus* es sorprendente, hasta convertir el hebreo en griego!

2 Cfr. St. Tom. C. Gent. c. XCI y sig.

3 Denz. Banwar, n.º 428.

perfecciones divinas en los distintos seres, y de tal manera les constituyó que siempre han de ser entitativamente los mismos, sin otra perfección progresiva que la que matiz preste a la propia naturaleza; si los ángeles, desprovistos de groseras envolturas, se encuentran ya en la meta de la escala creativa; ¿qué finalidad perseguiría la teoría de la preexistencia? Con esta afirmación católica no puede conciliarse la hipótesis espírita, pues, palmariamente se declara que el alma y el cuerpo, componentes del hombre, fueron formados al mismo tiempo, sin que el uno preexistiera al otro. (1)

Firmes los postulados precedentes y rechazado el *traducianismo* como antifilosófico y antiteológico, poca dificultad ofrece la solución de la doctrina que relación dice al instante en que las almas han sido formadas. La doctrina creacionista de las almas, según la cual son formadas inmediatamente por la virtud divina, en el instante mismo de ser infundidas en el cuerpo al recibir esta existencia por el acto de la generación, es doctrina dogmática en la Iglesia, decía ya en su tiempo el magno S. Jerónimo; (2) igual afirmación han hecho los sabios más renombrados en el decurso de los tiempos, como Pedro Lombardo, Sto. Tomás, S. Buenaventura, Melchor Cano, Belarmino y otros innumerables. (3) En el V. Concilio Lateranense se define: «Que el alma humana es multiplicable, multiplicanda y se multiplica, esto es, se crea, siempre que ha de infundirse en cada uno de los cuerpos a los que ha de animar». (4) Ahora bien; si las almas son creadas en el instante de su infusión en el cuerpo, ¿cómo podrá sostenerse la hipótesis de la preexistencia?

El papa S. León Magno, en su epístola dogmática a Santo Toribio de Astorga, exponiendo la fe de la Iglesia contra las doctrinas priscilianistas, le dice: «Semejante fábula de impiedad la formaron los priscilianistas amalgamando múltiples errores; pero la fe católica ha separado de su unidad a tales confabuladores predicando constante y verazmente que las almas de los hombres no han existido antes de ser unidas a los cuerpos, ni han sido incorporadas por otro, que por el Opífice divino, creador

1 Cfr. Hetzenauer, Com. in lib. Gen. p. 46-49.

2 Lib. cont. Joan. Hiero, n.º 22; ML. 23, 389.

3 Cfr. Mazzela, De Deo Crean. D:sp. III, a III § 2.º

4 Denzinger Banwar. n.º 758.

de ellas y de los cuerpos» (1) En este documento pontificio es verdad que no se define explícitamente la cuestión preexistencianística en sí misma considerada, como tampoco se define en los anatematismos aprobados por el papa Vigilio cuando se dice: «Si alguien afirmare que las almas humanas preexistieron, supuesto que antes fueron espíritus y fuerzas santas, pero después cansadas de la visión divina, cayeron en el mal y se enfriaron en el amor de Dios, y por esto ahora se llaman almas, y están encarceladas por castigo en los cuerpos, sea anatematizado» (2); ni explícitamente se definía en el segundo de los concilios Bracarense al decir los Padres: «Si alguien dice con Prisciliano que las almas humanas pecaron en la morada celeste, y que por esto fueron encerradas en los cuerpos, sea anatema». (3)

Pero si la causa final e impulsiva de estas declaraciones y definiciones era la doctrina origenista contra la que directamente se formulaban, no era ajena a la mente de los definientes la errónea doctrina de la preexistencia considerada en toda su amplitud; antes bien, la tenían, muy presente, ya que es grande la afinidad que la una guarda con la otra, hasta el punto de que se puede decir: no haber entre ellas diferencias esenciales, y sólo sí de modalidad; porque la imposibilidad intrínseca es idéntica en las dos. Esto es tanto más cierto cuanto que además de la teoría origenista existía la del llamado preexistencianismo mitigado, según el cuál, las almas ni eran ángeles ni habían sido encarceladas en los cuerpos como en pena de sus pecados pretéritos, sino que formadas al mismo tiempo que los ángeles eran más tarde enviadas a morar en los cuerpos vivificándolos, o ellas venían espontáneamente a su nueva residencia. (4)

Por eso las palabras de los Concilios no podían tener un significado restrictivo, sino amplio y extensivo comprendiendo to-

1. Epist. 15, c. X; ML. 54. 685.

2. Denz Banw, n.º 205. No atribuímos este canon al V. Concilio general, 2.º de Constantinopla, al que hace referencia León Denis, y algún otro que se le une, porque la crítica moderna no le confiere el título de autenticidad, ofreciéndose argumentos valiosos en contra. Cfr. Enci. Euro. Ameri., T. 40, Origenismo. No faltan, sin embargo críticos de nota que admiten la existencia de 15 anatematismos del Concilio, aprobados por el Papa, además de los 10 antecedentes, en el 1.º de los cuales se decía: Si alguien aseverare la fabulosa preexistencia de las almas sea excomulgado». Mansi. SS. CC. Colec. T. IX, c. 395.

3. Denz-Banw, n.º 256.

4. S. Agustín. De Lib. Arbi., L. III, c. XXI, n.º 59; ML. 52. 1299.

do, género de preexistencias; y condenando el error en su fase más odiosa afirmaban clara y terminantemente que las almas jamás habían preexistido a sus cuerpos. ¿Se desea más evidencia que la de la epístola de S. León? En la primera parte se condena a los priscilianistas, y se dice en la segunda: La Iglesia constante y verazmente ha predicado que las almas de los hombres no han existido antes de ser unidas a los cuerpos»; y queriendo cerrar todas las puertas al error añade: «por nadie han sido infundidas en los cuerpos, sino que el Supremo Opífice creó al alma y al cuerpo», para que partes de un todo constituyesen la personalidad humana, con todos los caracteres y atributos que la distinguen, y forme el reino hominal totalmente distinto del angélico y del animal. Sabiamente el doctor aquinense afirmó, que tanto el generacionismo como el preexistencianismo en todos sus matices, eran opiniones condenadas por la Iglesia (1), pues aunque falte la definición dogmática en términos expresos, por innecesaria, tenemos el unánime sentir eclesiástico que con su magisterio ordinario define suficientemente la doctrina antipreexistencianística. Por algo en el libro de los dogmas eclesiásticos se escribió: «Las almas de los hombres no existieron desde el principio». (2)

No queda, por tanto, abierta a las resoluciones de la Iglesia, la cuestión de la preexistencia. Y cuando estos y otros testimonios no tuviéramos, al espiritismo bastaría el del Concilio Vaticano, promulgado poco después de haber descendido a la tumba, *sin esperanzas de reencarnación,* el adalid espírita.

Mas no sólo creemos que la doctrina espiritista no es compatible con la de la Iglesia, sino que nos atrevemos a afirmar que se encuentra explícitamente condenada. ¿En qué consistía el principal error de los antiguos preexistencianistas rígidos? ¿Cuál fué lo que motivó los anatematismos eclesiásticos? Ciertamente no era el aseverar que las almas fuesen idénticas a los espíritus, ni el decir que existían desde el principio, vagando en los espacios o serpenteando entre las sinuosidades laberínticas de groseros cuerpos y de materia inerte; el fundamental dislate, y lo que motivó las definiciones eclesiásticas, fué el defender que las almas preexistiendo a los cuerpos, habían sido encerradas en ellos,

1 De Poten. q. 5.^a. a IX.

2 c. XIII.

por disposición providencial, o por voluntad propia, para expiar sus faltas y purificar su naturaleza, alcanzando de esa manera la meta de la perfección.

¿Y qué es lo que enseña el espiritismo? Amén de predicar la identidad de las entidades espirituales, ¿no asevera que las almas prevaricaron en su pretérita existencia, y que han escogido, por libre elección, o por ordenamiento divino, la morada corporal, con el único fin de que las sirva de purgatorio y en ella puedan expiar sus pasadas culpas? «Antes de unirse al cuerpo, el alma es uno de los seres inteligentes que pueblan el mundo invisible, y que toman temporalmente una envoltura carnal para *purificarse* e ilustrarse». (1) Al unirse al cuerpo «el espíritu elige por sí mismo [León D. añade que algunas veces por ordenación divina] el género de pruebas que quiere sufrir». (2)

Ahora bien; si el error sustancialmente es el mismo; si la doctrina pitagórica es la misma que más tarde profesaron Gnósticos, Basilidianos y Priscilianistas; si la de estos presenta identidad substancial con la que abrazaron los Origenistas; e igual a la de todos ellos, en cuanto a la substancia, es la que propalan modernamente los espiritistas; siendo aquélla anatematizada, ¿cómo podrá aseverarse que ésta permanece exenta? ¿Que no ha sido proscrita y que abierta permanece a las resoluciones de la Iglesia? La doctrina que la Iglesia ha expuesto en el correr de los siglos desde sus primeros días es antipreexistencianista.

San Pedro Alejandrino decía ya en su tiempo que el preexistencianismo era una opinión pagana y novedad incompatible con el nombre de cristiano, Teodoreto demostraba su falsedad porque se oponía a la doctrina católica: *nos autem profiteremur, quod anima ante corpus non existat. Animam vero nequaquam ita in corpus demisam, ut antea existeret, sed corpore jam formato creatam esse.* (3) La conducta que la Iglesia ha observado desde que en el siglo pasado apareció el moderno espiritismo es asaz conocida.

La Iglesia ¿procedió y procede al azar cuando reprueba la hipótesis preexistencianística? Así parece atestiguarlo el espiritismo, pero ninguna pretensión basada en menos razón. Prescinda-

1 El lib. de los Esp. n.º 154.

2 L. C. n.º 258.

3 De natura homi., Sermo; M. G. 85, 942. Perujo. Dic. de cien. ecles. T. VIII, Preexist.

mos de las pruebas sobrenaturales, testimonios de la Escritura y revelación, concretémonos al orden puramente natural, y veremos que nada hay mas filosófico que el procedimiento de la Iglesia, como tampoco menos racional que la hipótesis preexistencianística.

Efectivamente; hay un hecho básico, fundamental y de suma trascendencia en las cuestiones filosóficas; él es «el punto de partida de toda la Psicología» (1); «la base de todas nuestras investigaciones» (2); el fundamento de las relaciones ontológicas y el sujeto de cuantas operaciones se llevan a cabo por el hombre; el punto donde convergen todas las grandezas de lo infinito y las pequeñeces de lo circunscrito; el eje sobre el cual giran los círculos máximos de la circunferencia; admitido, todo se explica; negado, todo hay que reducirlo a lo fantástico e ilusorio; las ciencias, las artes, ¿qué son?; ¿para qué sirven, si se niega su realidad y su eficiencia? Sin ser lo inconmensurable y lo infinito, éste y aquél buscan su punto para establecer relaciones con lo que fuera de ellos puede aprenderlos y conocer su inmensidad. Este hecho innegable e insustituible, por todos predicado y admitido, es el de la unidad hominal, que piensa, ama, obra, se dirige constante y uniformemente a un término preconcebido; es el *yo* humano, la personalidad humana, que unifica cuanto de vario hay en sus distintas partes, que da vida a lo que disgregado de su naturaleza, se encuentra muerto.

Pero el *yo* personal no puede consistir en un impulso o movimiento transeunte, porque «entonces la filosofía pierde su punto de apoyo; todo cuanto experimentamos en nuestro interior es una serie de fenómenos inconexos, incapaz de ser observado y de estar sometido a ninguna regla. Mi pensamiento de ahora no es individualmente mi pensamiento de ayer, como mi pensamiento de mañana no será mi pensamiento de hoy; estos pensamientos considerados en sí, con precisión de un sujeto en el cual se hallen, no tienen nada que ver el uno con el otro; quizás versan sobre objetos de ninguna relación, quizás son contradictorios; quizás el pensamiento de hoy es negación del de ayer. Lo mismo se verifica en todos los pensamientos, en todos los actos de voluntad, en todos los sentimientos, en todas las representa-

1 Mercier, L. C. n.º 232.

2 M. G. Soriano, El espi. es la filos. p. 17.

ciones imaginarias, en todas las sensaciones, y en general en todo cuanto experimento en mí mismo.

«Fijando la consideración en todas las afecciones internas, sean las que fueren, no veo en ellas más que una serie de fenómenos, una especie de ríos de existencias que pasan y desaparecen, unas para no volver, otras para reaparecer de nuevo en tiempo diferente. La reaparición no es individual sino de semejanza; esto es, que la afección repetida no es la misma que antes hubo, sino otra semejante. Cuando la afección vuelve tengo conciencia de su actualidad en el momento presente, y conciencia de su actualidad en un tiempo anterior; esta doble conciencia que constituye el recuerdo, me hace distinguir entre las dos afecciones, e implica necesariamente el juicio de que la una no es la otra. Luego la serie de los fenómenos internos, considerados en sí solos; y prescindiendo de un sujeto en que residan, es por necesidad inconexa y no hay medio para subordinar sus términos a una ley ni a un lazo. Sin embargo esta ley existe en todos nuestros actos intelectuales; una razón sin leyes que la gobiernen, es el mayor de los absurdos; este lazo se encuentra en todas nuestras afecciones; el flujo de ellas con su distinción y sus diferencias y semejanzas, es un hecho presente a nuestro interior, hecho al cual estamos sometidos como a una condición primitiva e indeclinable de nuestra naturaleza». (1)

El *yo* no puede estar tampoco constituido por la conciencia, ora actual, ya habitual o aptitudinal, como afirmarían Günter y Descartes; pues además de que la conciencia actual es puro y desnudo acto transitorio por lo que incurriría en todos los absurdos ya notados con el insigne Balmes, y la conciencia aptitudinal no disfruta de realidad; si el *yo* consistiese en la conciencia actual «habría de afirmarse, en ese caso, que el niño no es persona; que perdemos nuestra personalidad durante el sueño. Ahora, no creemos haya quién pretenda subcribir a semejantes consecuencias. No hay pueblo civilizado que no reconozca personalidad jurídica en el niño que acaba de nacer y en el hombre inconsciente. La conciencia habitual tampoco constituye la personalidad, en cuanto en el sujeto se manifiesta a la conciencia, como algo distinto de ella; el *yo* es anterior a la virtud de percibir

1 Balm. Fil. Funda. I. IX, c. VII

en nosotros los actos de la vida consciente: La conciencia percibe el *yo* personal, no lo constituye». (1)

Utópico es afirmar con los empíricos que el *yo*, y por ende, su unidad personal, esté formado por una serie coordinada de estados conscientes o inconscientes, psíquicos y aun corporales. Más utópico y que precisa de menos refutación, pues se destruye por sí mismo, es el aseverar como lo hace el Sr. José González Vélez, catedrático de Lógica y Psicología en el Instituto de Camagüey, que «la unidad de la personalidad consciente depende de la unidad fisiológica del organismo que se va formando. Su manifestación es el sentimiento cenestésico de la unidad biológica individual. La unidad de la personalidad es un hecho dinámico o funcional; y no un hecho estático, como antiguamente se admitía. La personalidad individual se constituye, por superposiciones sucesivas de las nuevas adquisiciones de la experiencia. La personalidad consciente es una adquisición natural de los seres vivos en el curso de su experiencia; el resultado unitario y continuo de un proceso funcional variable, dinámico, de intensidad oscilatoria». (2)

El *yo* es y ha de ser permanente y estable. «Nuestro *yo* es, en distintos tiempos, muy diferente de sí mismo, dice Griesinger; según la edad, los distintos deberes de la vida, los sucesos, las excitaciones del momento, tales complejos de ideas que, a un momento dado representan el *yo*, se desarrollan más que otros y se colocan en primer lugar. Somos otros». (3) Pero estas mudanzas y alteraciones que se suceden como oleaje del océano ¿rozan sólo la superficie, dejando intactas las profundidades, o remueven todo el abismo? «La conclusión de los empíricos es prematura; las *variaciones de la personalidad*, o como han sido con más exactitud llamadas, las variaciones del *sentimiento* de nuestra personalidad, son superficiales; a pesar de estas variaciones de accidente, es permanente el *yo*; nadie afirma que sean distintos el *yo* de la infancia, el *yo* adulto, el *yo* de la vejez». (4) Ese flujo de ideas, de voliciones y sentimientos, tienen, dice el filósofo de Vich, un punto en que se enlazan, un sujeto que los

1 Mercier, L. C. n.º 257

2 *Resumen del sistema de Psico. meto. genético*, del prof. J. Ingenieros de la Univer. de Buenos Aires, p. 110, 111, 114, 76, 119.

3 Apud. Mercier. L. C. n.º 258.

4 Mer. L. C.

recibe, que los recuerda, que los combina, que los busca, o los evita, ese ser de que tenemos conciencia íntima, que los filósofos han dado en llamar el *yo*. Este es uno, idéntico bajo todas las transformaciones; y esa unidad, esa identidad es para nosotros un hecho indisputable, un hecho atestiguado por la conciencia. ¿Quién sería capaz de hacernos dudar, que el *yo* que piensa en este momento, es el mismo que pensaba ayer y años atrás? No obstante la variedad de pensamientos y deseos, a pesar del cambio de opiniones y voluntad, y de la oposición de unos actos con otros, ¿quién nos quitaría la convicción profunda, incontrastable, de que somos nosotros mismos quienes lo experimentamos, que hay algo aquí dentro que sirve de sujeto a todo?

«Si en nosotros no hubiese algo permanente en medio de tanta variedad, la conciencia del *yo* sería imposible. Entonces no habría en nosotros más que una sucesión de fenómenos inconexos, y por tanto serían imposibles la memoria y la combinación. El pensamiento es un absurdo, sino hay algo que piense, permaneciendo idéntico bajo la variedad de las formas del pensar. En nosotros, pues, hay un sujeto simple que todo lo enlaza, en el cuál se verifican esas mudanzas; hay, pues, una substancia. En ella hay una unidad; esa unidad que no encontramos en las substancias corpóreas sino después de haber recorrido una serie infinita de descomposiciones, se nos presenta en la substancia espiritual desde el primer momento, como un simple hecho interno, sin el cual son absurdos todos los fenómenos que sentimos en nuestro interior, y nos es imposible toda experiencia del mundo externo. Sin la unidad del *yo*, no hay sensaciones; y sin estas nada podemos experimentar de los seres que nos rodean». (1)

Pero este *yo*, substancia hominal, ¿se halla integrado sólo por su elemento espiritual, interno, como asegura L. Denis cuando dice: «El alma del hombre es su *yo*, pensante y consciente?» (2) De ninguna manera; el *yo* substancial no está ni puede estar constituido por solo el elemento espiritual, como tampoco puede estarlo por el corporal con exclusión del interno. Un testimonio íntimo, profundo, indestructible radica en la naturaleza humana; es el testimonio de la conciencia, la cuál si muchas veces sufre el embate de los que por sistema niegan la evidencia, sin embar-

1 L. C. c. VI.

2 L. C. p. 227.

go, multitud de veces sobrepónese a la reflexión sistemática y hace que ellos mismos sean los primeros testigos del alegato; pues esa conciencia es la que nos manifiesta palmariamente la substancialidad del *yo*. Piensa la inteligencia, se nutre el cuerpo, obra aquélla y obra éste; y unas y otras operaciones las relaciona el hombre con su *yo*, las estima suyas, exclusivamente suyas, y tan propias cree las del orden espiritual como las del corporal. «Atribuimos a *un mismo sujeto*, escribe Mercier, que expresamos por el pronombre *yo*, todos los actos corporales, vitales, sensitivos, intelectivos, que tienen inmediata dependencia, ya del cuerpo ya de las facultades espirituales. Decimos: *yo* pienso, *yo* reflexiono, *yo* quiero, *yo* amo, *yo* veo, *yo* oigo, *yo* toco, *yo* ando, *yo* vivo y me alimento; en fin, se dice que *yo* estoy aquí en tal parte del espacio» (1)

Mi cuerpo, *mi* alma, exclama el niño que apenas sabe balbucear; *mi* cuerpo y *mi* alma decimos todos, y con tanta propiedad nos pertenece el uno como la otra; las relaciones que dicen al mismo sujeto son idénticas, iguales los derechos; cuerpo y alma no forman un todo completo en sí mismos, son partes esenciales del *mío*, del *yo*; ni aquél ni ésta solos, unidos es como expresan el testimonio de la conciencia; el alma del cuerpo y el cuerpo del alma. *Yo*, es el único subsistente en el hombre, la única personalidad, el sujeto de todas sus relaciones, en cualquier etapa de la vida que se le contemple. Luego el *yo*, no está, no puede estar formado por sola el alma, pues en ese caso las operaciones del cuerpo me serían extrañas, no me pertenecerían, no serían mías, no podría decir, *yo* cómo, *yo* duermo, etc., ni tampoco puede estar formado por solo el cuerpo, porque entonces tendríamos idéntico inconveniente con relación a las operaciones intelectuales, y ni una cosa ni otra puede admitirse, estando como está en contra el testimonio de la conciencia. Hemos por tanto de concluir que «el *yo*, ontológicamente considerado es el alma racional unida al cuerpo», constituyendo única substancia.

Esto es un hecho básico, fundamental, en el que tienen que convenir, hasta los mismos espiritistas; llámense Allan-Kardec; Blanco Coris o Rosendo, pues cuando con la palabra lo nieguen, lo afirman con la obra.

1 L. C. n.º 229.

Pues bien; admítase, siquiera hipóticamente, la preexistencia de las almas; ¿quién podrá recontar los absurdos que se habrán seguido? El *yo*, como la personalidad es algo indestructible, está revestido con los caracteres de los seres subsistentes. Si, pues, el alma preexistió al cuerpo que ahora tiene, estando unida a otro, en la primera etapa de su vida tuvo que disfrutar de la hermosa prerrogativa; allí pudo decir: *yo* pienso, *yo* amo, *yo* vivo, *yo* cómo, *mías* son todas las acciones que realizo, y de tal manera me pertenecen que a ninguno otro pueden atribuirse.

Pero llega el final de su carrera, se completa aquella fase y entra en la nueva, y se cubre de la materia que todos los hombres tenemos; a ella se une estrechamente, y con ella ha de vivir determinado ciclo de años soportando sus miserias y achaques. En el periodo que empieza; o pierde su personalidad, se despoja del *yo* y de las propiedades esenciales que le distinguían, o conserva en toda su incolumidad el *yo*, la personalidad subsistente en el ser y en el obrar. Si se pierde su *yo* aptitudinal, entonces habrá dejado de subsistir, al menos como sujeto, y en este caso ¿no se habrán desmoronado todos los principios inmovibles de la entidad subsistente? Si se conserva la exclusibilidad de la primitiva existencia, entonces, en primer lugar, la idea y concepción del hombre como sujeto, es una concepción irracional, una idea utópica, y la idea del mismo hombre es una aberración; el hombre no existe, no puede existir, porque concíbasele como se quiera siempre ha de ser la resultancia de dos partes integrantes, el alma y el cuerpo—nada decimos del periespíritu—que terminan su existencia en el supuesto-hombre, supuesto que excluye todo otro; pero como se afirma el *yo* de pasadas existencias, tenemos que excluir la existencia del compuesto, y cuando la humanidad habla del hombre como de un ser característico e individual sufre una aberración; la noción misma de hombre resulta una quimera.

En segundo lugar; falso e igualmente utópico resulta el atribuir las distintas y contradictorias operaciones a un solo sujeto, y la humanidad se equivoca cuando refiere al sujeto, *yo*, las nociones del compuesto según hemos dicho.

En tercer lugar; no pudiendo el alma atribuirse la propiedad de la parte material, como tampoco ésta la de aquélla, tendremos que admitir otra consecuencia fatal. La operación supone un sujeto proporcionado en el que radica toda la potencialidad

y cuyas son las operaciones; además, pues, del *yo* alma, o inter-no, tendríamos que admitir el *yo* cuerpo, o sensible, y hasta el *yo* vegetal, porque en nosotros se dan acciones de los tres géneros; y habríamos con esto llegado a que en el supuesto-hombre, existían tres seres perfectos, completos, independientes, con operaciones propias e incommunicables, las cuales, no obstante, se predicaban de un solo sujeto. Si continuáramos analizando la proposición veríamos fluir otra serie de consecuencias semejantes a las anteriores; pero como lo expuesto es el fundamento de toda ciencia, de todo raciocinio, es más que suficiente para nuestro fin, y fácilmente el lector podrá satisfacerse a sí mismo. Ahora bien, ¿quién será capaz de comulgar con estos absurdos?; ¿a dónde iríamos a parar si admitiéramos la doctrina preexistencianística?

Ríese el mundo de los *phenomenon* y *noumenon* de Kant, y después de la teoría especiosa del filósofo de Kénisberg, continúa creyendo en las positivas realidades conque se nutre y prospera; ¿qué habrá de decir de los espiritistas al afirmar la preexistencia de las almas y hacerlo a nombre de la ciencia?

Al mismo término y abismo llegaríamos siguiendo otro camino; el de la ignorancia en que nos encontramos respecto al estado preexistente de que se habla. Ni vale salir por la tangente, como lo hacen los ocultistas, atropellando todos los postulados filosóficos, sin otra razón para ellos que la palabra del *maestro*. Muy fácilmente se afirma el estado letárgico en que cae el alma al iniciarse la nueva etapa. «Desde el momento de la concepción, en que el Espíritu, se relaciona por un lazo fluídico con el cuerpo al que debe unirse, se apodera, dice Kardec, del Espíritu una turbación que va sin cesar en aumento; estando próximo el nacimiento, la turbación es completa; el Espíritu pierde la conciencia de sí mismo y sólo gradualmente recobra las ideas, a partir del momento que respira el niño» (1) ¿Cómo se prueba esta afirmación que destruye la esencia de la naturaleza espiritual, con sus potencias y niega la finalidad de unas y otra?

Con un verdadero desplante; paragonando ese estado con el de nuestra infancia y sonambulismo, respecto al de la edad propecta. (2) ¡Como si ese parangón fuera posible y racional y ofreciera con el parangonado algún punto de contacto!

1 Qué es el espi., n.º 115.

2 Allán-K., L. C. Dial. II, § 19.

Fuera de esta razón ninguna otra ofrecen los espiritistas, pues no lo es la que ya hemos mencionado del Sr. Denis; «que la Providencia al libramos en este mundo de nuestros lejanos recuerdos, lo ha dispuesto todo con profunda sabiduría.» (1)

Concluamos ya, diciendo con el P. Ugarte, que «la preexistencia de las almas, no sólo es una afirmación gratuita, sino que está también en pugna con los dictámenes de la razón.» (2)

1 L. C. p. 233. Habiendo de tratar más detenidamente esta cuestión en su propio lugar de las reencarnaciones, allí demostraremos cómo la dicha ignorancia es contraria a todas las leyes de la naturaleza espiritual e igualmente al testimonio de la conciencia.

2 L. C., c. IV, p. 49.

CAPITULO VIII

LA MÁCULA DE LA NATURALEZA Y EL ORIGEN DEL HOMBRE

CONFESIÓN DE LA FILOSOFÍA.—CUESTIÓN IMPORTANTE.—LO QUE DECÍA PASCAL.—LA CLAVE DE LOS ERRORES MODERNOS Y DONOSO CORTÉS.—LOS PENSADORES OCULTISTAS RECONOCEN LA IMPORTANCIA.—NADIE LE CREYÓ.—PALABRAS DE PLUTARCO Y DE KANT.—EL EQUILIBRIO HUMANO.—OBSERVACIÓN DE HETTINGER.—CUESTIONES PREVIAS.

«La doctrina de la preexistencia de las almas y de una culpa contraída en una vida anterior, no es otra cosa que la confesión que la filosofía hace de su impotencia, es la declaración en quiebra de una filosofía que presenta su balance porque es demasiado formal y sincera para ignorar la existencia del mal moral y del mal físico en el mundo, o para quererlo paliar». (1) Esta aseveración del sabio apologista suficientemente ha quedado patentizada en los precedentes capítulos.

Pero rechazada la preexistencia y afirmado el creacionismo al encontrarnos con la criatura racional, compuesta de alma y cuerpo (2), se nos presenta una cuestión de no pequeña gravedad. El hombre tal cual le contemplamos en el orden actual es, decía Pascal, el monstruo inconcebible. De aquí surge la transcendental cuestión del pecado original.

1 Hettinger, Apol. conf. XXV.

2 Sabido es lo que opinan los espiritistas sobre esta materia. «El hombre, dice Kardec, está formado de tres partes esenciales, 1.ª El cuerpo o ser material, análogo a los animales y animado por el mismo principio; 2.ª El alma, Espíritu encarnado cuya habitación es el cuerpo, y 3.ª El periespíritu, que une el alma al cuerpo». El li. de los Esp. n. 135, Tan imposible es esta amalgama de cuerpos y almas formando un ser, que huelga la refutación.

El gran publicista del siglo XIX, Donoso Cortés, escribía al cardenal Fornari el 19 de junio de 1852: «Los errores contemporáneos son infinitos: pero todos ellos, si bien se mira, tienen su origen y van a morir en dos negaciones supremas; una relativa a Dios, y otra relativa al hombre. La sociedad niega de Dios que tenga cuidado de sus criaturas y del hombre que sea concebido en pecado.» (1) «El dogma del pecado original, no es solamente una de las primeras bases del edificio dogmático del cristianismo, sino también un problema en cuya solución no ha dejado de trabajar en ningún tiempo la filosofía.» (2)

Para los pensadores ocultistas no ofrece menos interés la cuestión de la caída o no caída del hombre: palingenesis, metempsícosis, estados de erraticidad módulos que reflejan las distintas etapas del alma; todo gira al rededor del mismo eje; el de la culpabilidad hominal atribuida a los miembros particulares, o a la especie; según que se atribuya a ésta o se haga responsables a aquéllos, así será la solución que se dé a los demás problemas de lo infinito y de lo que se halla circunscrito.

Y a la verdad, que la materia merece ser estudiada, porque si se acepta la tesis católica necesariamente hemos de admitir todos los dogmas que de la misma se derivan; pero si se niega el desorden precedente, que repercutiera con fatales consecuencias en los hombres procedentes por vía de generación, entonces difícilmente nos libramos de tener que admitir algo de los absurdos espiritistas.

Sin distinción de matices ni de apreciaciones psicológicas, cuantos se consagran a estudiar al hombre, ya bajo el aspecto antropológico, ya filosófico, o considerado como entidad que se relaciona con la teología, convienen todos en afirmar que la vida del hombre, tal cual se desenvuelve en la historia, es una vida anormal, desequilibrada, *antinatural*, vida de pecado y de corrupción. Rousseau escribió una página que le hizo célebre. «El hombre, dijo, nace puro, porque procede de Dios; pero desde el momento en que nace cae en esa cloaca llamada sociedad humana; en donde no aprende más que el orgullo, el amor de sí mismo y el desprecio de los demás; cae en medio de vuestras intrigas, de vuestras injusticias, de vuestras corrupciones; y ahí, asom-

1 Obras compl. T. II.

2 Hettinger L. C.

brado primeramente, indignado, sublevado luego, bien cómplice y víctima, hace lo que vosotros, corrómpese hasta la médula de los huesos. El hombre nace bueno; vuestras leyes, vuestras instituciones sociales son las que le depraban. Apartaos de ellas, ios al campo, al fondo do los bosques; allí es donde está la pureza original» (1).

No obstante el magistral decir del genio tristemente célebre, nadie creyó sus palabras y la humanidad siguió pensando que el virus de perversidad hominal, no tiene su origen en la sociedad, porque cuando a ella se presenta ya tiene inficionado el corazón, la inteligencia y todo su ser; ya entonces es el instinto fiero, más que el noble, el que impulsa sus acciones; sino que el mal radica en la naturaleza, y antes bien, llegó a hacer suyo el dicho de Plutaco: «Si una rígida disciplina no le ayudara, el hombre no sería verdaderamente mejor que el animal más salvaje». (2) Pero si el troquel social al recibirle en su seno no le hace de peor condición, tampoco le purifica hasta dejarle exento del virus ponzoñoso; en la selva umbrosa o en el bullicio mundanal siempre está animado de los mismos perversos instintos.

«Si alguno opina, dice el filósofo de Köenisberg, que la naturaleza humana se presenta con mayor ventaja en el estado de civilización, fije su atención en la larga y melancólica serie de lamentos de la humanidad; lamentos tocantes a la infidelidad de los amigos y a la poca seguridad que ofrece la más íntima unión, de tal modo que es máxima de prudencia generalmente admitida, que no se debe llevar muy lejos la confianza concedida al mejor amigo; lamentos respecto a la propensión que nos mueve a menospreciar y aborrecer a aquel a quien estamos obligados, y a quien debiéramos de amar como nuestro bienhechor; lamentos en vista de una benevolencia hasta cordial, pero que sin embargo no nos impide notar que en la desgracia de nuestro amigo hay una cosa que no nos desagrade del todo, lamentos, en fin contra tantos otros vicios ocultos bajo una apariencia de virtud, sin hablar de los que no se ocultan del todo, porque para ser tenido por bueno, basta no exceder la medida común de la perversidad universal. Aun en la civilización descubrirá bastantes defectos para que aparte su mirada del espectáculo de la humani-

1 Contrato social.

2 De rect. aud. c. II.

dad, por temor de adquirir todavía otro defecto, el de aborrecer a la humanidad. Mas si todavía no está satisfecho, podrá considerar otro orden de cosas en que se encuentren y combinen admirablemente el estado de salvaje y el civilizado, porque los diferentes pueblos civilizados, en sus relaciones internacionales viven el estado de naturaleza; la fuerza es su única razón, y todo se decide por la guerra, teniendo ánimo de no variar jamás de conducta respecto a esta materia, y notará que las grandes asociaciones, llamadas estados siguen principios enteramente contrarios al bien universal, sin que pueda esperarse que estos principios sean abandonados un día; principios que ningún filósofo ha podido conciliar nunca con la moral, ni reemplazarlos por otros mejores y más conformes a la razón». (1)

Esta situación que todos lamentan y que ninguno puede remediar, ¿es la que el hombre tuvo por naturaleza y continúa adherida a ella, cual si fuera un accidente perfectivo de su esencia? Semejante interrogación ni en el orden hipotético es siquiera admisible. Jamás los cataclismos y perturbaciones geológicas y atmosféricas son ley de naturaleza; al estudiar las capas terrestres el *detritus* que entre sus pliegues se encuentra es el anunciador de la violencia y sacudidas que un día experimentaron los varios elementos, precipitándose los unos sobre los otros y llegando a formar aquel estado caótico que, por un periodo más o menos largo, reinó en nuestro planeta, pero que al fin dejó de existir para dar paso al equilibrio y estabilidad de las leyes naturales. Y el *detritus* del hombre ¿sería algo, que si no entraba en su constitutivo al menos era inseparable de la naturaleza, le pertenecía como cosa propia, era su estado ordinario, normal y por consiguiente natural; y al mismo tiempo, como *detritus*, antinatural, exótico y en pugna constante con la esencia de la que se presentaba como algo perfectivo? Esto es contradictorio; inadmisibile.

Ni vale decir, que son muy suficientes para explicar el fenómeno las partes sensitiva e intelectual con la mutua lucha que entre sí sostienen; porque en el estado de naturaleza pura, mantenido el hombre en el círculo de sus propias fuerzas y sin otras emotividades que en las que en sí mismo tenía, su impulsión jamás le hubiera precipitado al estado de abyección a que ha des-

1 Apud. Hettinger, L. C.

cendido en el presente. La parte sensitiva hubiera vencido a la espiritual al dirigirse a su propio objeto, pero además de que siempre miraría a un fin determinado, no hubiera atentado contra su naturaleza y la del sujeto donde radica. (1) «Objétase, dice Hettinger, que este combate que se libra en el hombre es sólo consecuencia de su defectuosa y débil naturaleza. Mas no se trata sólo de un combate entre la sensualidad y la razón, el goce y el deber, el egoísmo y el amor de Dios, en el cual se empeñarían las dos potencias con armas y fuerzas iguales, sino que el poder del mal es mucho más activo, más ardiente y más impetuoso que la fuerza opuesta. La pasión aventaja al deber, y sólo a costa de sacrificios continuos puede reducirse a sus justos límites. La pasión de los goces y egoísmo corrompen y dominan todas las demás facultades. La concupiscencia carnal en el hombre es más que una mera satisfacción o impulso del instinto natural, como sucede en el animal; un libertinaje desordenado, perverso que no sólo entra en lucha contra las facultades más nobles del hombre, sino que también violenta a la misma naturaleza, despreciando el fin designado por ella; una desenfrenada impetuosidad que se precipita a ciegas y sin dirigirse a ningún fin útil, buscando, su satisfacción hasta en la destrucción de la naturaleza humana, hasta en la ruina del mismo cuerpo; una rabia homicida, en fin, de sí misma, que enerva y arruina su propia vida y su propia fuerza». (2)

Al marchar, pues, por un camino tan erizado de espinas, intuitivamente se ocurre preguntar: ¿al pecado y malicia actual y personal precedió otra de naturaleza? ¿Ha existido el pecado original que de fétido pantano sirve a la hediondez que se difunde por todos los ámbitos del globo? (3)

Para dar respuesta satisfactoria a cuestión tan interesante, hanse de ventilar previamente otras materias que son como las premisas de las cuales fluye naturalmente la consecuencia.

¿Cuál fué el génesis del hombre? ¿cuál su estado primitivo? ¿Qué nos dicen las ciencias, los espiritistas y la misma Iglesia?

1 Esto en nada contraría a lo que dejamos dicho en el capítulo anterior.

2 L. C.

3 Que haya existido un pecado de naturaleza tenemos que admitirlo en principio, ya que el mal no es propiedad de algunos miembros sino de toda la especie.

ARTÍCULO PRIMERO

EL ORIGEN CIENTÍFICO-ESPÍRITA DEL HOMBRE

LA GENERACIÓN ESPONTÁNEA.—QUATREFAGES Y VIRCHOW.—
LOS ESPIRITISTAS RECOGIENDO DETRITUS.—EL HOMBRE
PRODUCTO DE LA GENERACIÓN ESPONTÁNEA.—EL ANÁLISIS
DE PASTEUR.—EL TRANSFORMISMO.—BASE DE LA DOCTRI-
NA TRANSFORMISTA.—ATOMISMO ANTIGUO.—EL TRANSFOR-
MISMO EN EL PASADO SIGLO.—LA TEORÍA DE LAMARCK.—EL
DARWÍN GERMÁNICO.—CÓMO SE FORMÓ LA VIDA.—GENEA-
LOGÍA DEL HOMBRE.—EL AUTOGENISMO NO ES ADMISIBLE.—
BURMEISTER Y A. DASTRE SE EQUIVOCAN.—EL DARWINISMO
SE OPONE A LAS CIENCIAS NATURALES.—LA LEY BIOGENÉ-
TICA DE HAECKEL.—LAS FOTOTIPOGRAFÍAS.—EL DR. BRAS
DESCUBRE EL FRAUDE.—HUMILLANTE CONFESIÓN.—EL ESPI-
RITISMO SE ABRAZA CON LA FALSA HIPÓTESIS.—LOS SECUA-
CES DE JACSON Y LOS ADMIRADORES DE ALLAN-KARDEC.—
EL TRANSFORMISMO DE UN LIBRO ESPÍRITA.—Q. LÓPEZ ES-
PIRITISTA Y TRANSFORMISTA.

Muchas nebulosas se han formado para explicar el inicio del hombre sobre la tierra. Muy en boga estuvo en la edad Antigua, y en la Media y aun bien entrada la Moderna, la famosa opinión de la generación equívoca o espontánea, es decir; «la posibilidad de organismos nuevos que nazcan repentinamente de sí mismos, sin semilla ni germen previo de su especie». Por este procedimiento llegaban a disfrutar de las delicias de la vida multitud de infusorios y no pocos seres menos perfectos del reino zoológico, que tenían su cuna en el fondo de líquidos putrefactos, o en fermentación activísima, cuando recibían su vivificación de los cuerpos celestes o de los rayos solares. (1)

1 Sto. Tomás, l. p., q. 71, a. 1.º

La generación espontánea llamó la atención de muchas inteligencias y muy especialmente la de los autoctonistas, y sin escrúpulo ninguno, haciendo un tránsito inimaginable, afirmaron que el hombre de pasados tiempos, el hombre primitivo, era, como los hongos, fruto espontáneo de la tierra. Así fué como se efectuó en los distintos puntos de la tierra la aparición del ser más noble que la habita. No procedía de un germen, ni aun siquiera de la virtud de los dioses, era su madre la madre tierra, fecundada por sí misma, o por otro cuerpo a ella semejante. (1)

Pues esta opinión, o hipótesis, que, si hasta los experimentos de Redi, en 1668, y fines del siglo XVII, aplicada a los gusanos, ranas, ratas y otros seres repugnantes pudo tener algún adeptó convencido, desde entonces empezó a perder simpatías aun entre sus defensores, y fué totalmente abandonada, con relación al hombre, si se exceptúan algunos como el citado Strauss. y de la que Quatrefages decía: «Miramos como definitivamente condenada la doctrina de las generaciones espontáneas» (2); y Virchow escribía: «La doctrina de la generación espontánea se encuentra cada día más abandonada... y por lo que hace a los organismos más perfectos se halla en el día echada a un lado», y hasta la consideraba como brujería y artificio diabólico, (3) es la que los espiritistas han hecho suya, llevándola hasta las últimas consecuencias.

El hombre, según ellos, no ha sido, no ha podido ser creado. «Si Dios, se dice, hubiera creado al espíritu o a la materia, hubiera realizado lo irrealizable y además se hubiera negado a sí mismo el atributo de infinito; ya que, ajeno a El, había encontrado medio de dar ser a lo que no era». (4) Proviene, pues, de los elementos, ya que tampoco puede darse la existencia a sí mismo, ni se concibe, en su sistema, que el germen hominal haya caído

1 En los modernos tiempos se hizo eco de la generación espontánea, aplicada al hombre, Strauss. No creía en la creación, ni en cosa razonable, y se adhirió a esa hipótesis, estimándola como prodigiosa y como la «única manera de comprender el origen del hombre, invocando para dar algún viso a su modo de pensar, la autoridad de Bufón y de Needhan». «Lo que me desagrada en Strauss», decía Alejandro de Humboldt, es su ligereza, por no decir otra cosa, en historia natural. De esa manera hace nacer sin dificultad los seres organizados de la materia inorgánica, y aun al hombre le hace salir espontáneamente del limo de la aldea». Cart. a Varnagen.

2 Rev. de Amb. Mund. 1861. II, p. 157.

3 Cfr. Hetting. L. C. Conf. IV.

4 Q. López, El Catol. y el Espir., 2.^a part. c. VI.

de otro planeta, como quisiera Thomson, y procede por generación espontánea. Allan-Kardec escribe: «¿Hay aún seres que nacen espontáneamente? Sí; pero el germen primitivo existía ya en estado latente. ¿Se encontraba la especie humana entre los elementos orgánicos contenidos en el globo terrestre? Sí; y llegó a su tiempo; lo que hizo decir que el hombre fué hecho del barro de la tierra. ¿Ha nacido el hombre espontáneamente en muchos puntos del globo? Sí, y en diversas épocas, siendo esta una de las causas de la diversidad de razas». (1) Esta respuesta del corifeo espírita sintetiza toda su doctrina sobre la causa eficiente del hombre, y es la teoría que adoptan los ocultistas.

Todos, negada la acción creativa, se abrazan con la generación espontánea, en grado más o menos riguroso, como luego veremos, repitiendo el aforismo de Strauss. Además de los libros espiritistas que enseñan la doctrina en cuestión, hemos tenido oportunidad de hablar personalmente con algún espiritista (a Dios gracias, vuelto al catolicismo del que por ligereza había salido), convenciéndonos de que el espiritismo admite en toda su crudeza la referida opinión, como se admitía en pasadas épocas, por los que, como ellos, no sabían ni podían explicar la presencia del hombre y de los demás vivientes si no en la hipótesis anti-creacionista.

Inmorar tiempo en refutar con sólida argumentación la vetusta y muerta opinión, nuevamente resucitada, o mejor, exhumada, pues carece de vida, por los amigos de lo insólito y desconocido, después de habérsela cantado las honras fúnebres por los Ehrenberg, Schultz, P. Van Beneden, y sobre todo después de las fosas sepulcrales que abrieron Tyndal y especialmente Pasteur, con sus experimentos admirables, dejándola en ellas enterrada para toda la eternidad, sería hacernos injusticia a nosotros mismos, inconsideración a los lectores e inmerecido honor a nuestros adversarios. «Hoy no hay ni un sabio que ose, en nombre de la observación, admitir la producción de seres vivientes sin padre por la acción exclusiva de los agentes inorgánicos» (2)

El famoso profesor de Jena, Haeckel, era partidario de la insostenible afirmación; en su Antropogena decía: «El que no cree

1 El lib. de los Esp., nos. 46-47-55.

2 Merc. L. C. n.º 38. Bien conocida es de todo el mundo la *biología* del famoso *Bathybius* nacido en la retorta de Husley y muerto en manos de su progenitor.

en la generación espontánea, o mejor en la evolución secular de la materia inorgánica, admite el milagro. Es una hipótesis necesaria que no puede ser destruída ni por argumentos *a priori* ni por experiencias de laboratorio» (1) La única razón, pues, que movía al gran impostor de las ciencias naturales es, como se ve, el tener que admitir el milagro en caso contrario. Esto le hacía más presión que los demostrativos argumentos del químico francés.

Muy semejante a la doctrina de la generación espontánea, o, idéntica a ella, como nos ha dicho el propio Haeckel, y con cuyo nombre se la conocía hasta el pasado siglo, es la doctrina transformista o evolucionista; teoría que ya también ha pasado de moda, y sólo abrazan con entusiasmo, como dice M. Saavedra, algunos profesores de universidades e institutos al estilo de José Ingenieros, profesor de la Universidad de Buenos Aires, y del Sr. José González, en el Resumen de psicología, antes citado. (2)

El fundamento de la doctrina transformista es la afirmación monístico-materialista. Sólo hay un principio, eterno, infinito revestido de todas las cualidades y atributos; este principio es la Materia, dotada de actividad y de energía. Obedeciendo a la ley necesaria e inmanente que desde la eternidad la rige se encuentra en perpetua acción y reacción, pasando por *infinitas* etapas y combinaciones, hasta que llega a la vida, la cual no es otra cosa que vibraciones modificadas de la energética. Alcanzado el grado vital no se detiene en la primera escala, sigue la evolución; y como del reino mineral pasó al vegetal, de éste, después de haber recorrido toda la gama, pasará al zoológico y la metamorfosis continuará hasta llegar al reino hominal.

En la antigüedad se conoció esta doctrina monística bajo el nombre de *atomismo*, y fué propugnada por los llamados atomistas. Unos, como Demócrito, Leucipo y Epicuro, entre los griegos, y Lucrecio, entre los romanos, excluían positivamente toda

1 p. 616-617.

2 En el prólogo, dedicado a J. Ingenieros, dice el profesor del Instituto de Camagüey: «He tomado en poner a mis alumnos en contacto con la obra de Vd., por estimar su dirección filosófica la única compatible con la exigencia del pensamiento científico contemporáneo; que, orientado francamente por el *transformismo*; llama hacia sí todas las *disciplinas escolares*». La poca exactitud la veremos inmediatamente, al aducir algunos textos de autores un poco más renombrados que el profesor de lógica de Camagüey y el presumido J. Ingenieros, al que Dios ya habrá pedido cuenta de sus teorías.

noción de Dios; otros, como Anaximandro y Empédocles lo hacían implícitamente. (1) Transformistas, en mayor o menor grado, eran muchos filósofos que no llegaban a comprender claramente la idea creacionista, y a poder explicar ciertos fenómenos de la naturaleza; sobre todo la vida de los infusorios y parásitos.

En los modernos tiempos, desde el pasado siglo, muchos han sido los que han abrazado el transformismo, sobre todo desde que el famoso evolucionista anglicano escribió su libro *The origin of the species by means of natural selection*. Tal incremento alcanzó y tan grande revolución produjo en el campo científico, que hasta los mismos adversarios hubieron de doblegarse a su peso; los unos pensando que al ceder un tanto en las cuestiones secundarias, como era la evolución restringida, supuesta la acción creativa, a cierta variedad dentro de una especie común, o a la evolución de todas las especies, pero llevada a cabo por la virtud divina, y excluyendo en el hombre la parte espiritual que habría sido creada inmediatamente por Dios (2), podían de ese modo sacar a flote con más facilidad lo principal de la cuestión, convenciendo al adversario de la verdad católica; los otros persuadidos de que realmente, y sin salirse de la tesis católica se podía y se debía afirmar cierta evolución de las especies intermedias, conservando la estabilidad de las irreductibles o especies *tipos*.

El principal fautor del transformismo heterodoxo es el célebre naturalista francés, Lamarck; en 1809 publicó su *Philosophie zoologique* en la que por primera vez clara y animosamente defendió las ideas sobre la evolución de los seres que integran el reino animal. Era la base de su teoría la supuesta doctrina de la generación espontánea. Llegados los seres a la vida necesariamente habían de seguir evolucionando, sin detenerse en ninguna

1 Cfr. Marc. a P. J. L. C. Vol. II, Somatología, Disp. I. q. I, a. II, n.º 195, Aristo. Metha. lib. I. c. III.

2 El citado P. Blázquez, en su discurso, incluye a Mivart entre los evolucionistas rigurosos «Este, dice, que podemos denominar transformismo crudo, lo profesaron muchos hombres de ciencia que quisieron excluir de todo la idea de Dios creador; y entre estos podemos citar a Mivart». No sabemos qué razones habrán movido al Vice-Rector del seminario habanense a pensar de esta manera, pero le estimamos equivocado. ¿Cómo Saint-George Jackson, Mivart, convertido al catolicismo el 1844 y que abrazaba todas sus doctrinas, podía excluir la idea de Dios? Era sí transformista, pero no pasó de los mitigados. Cfr. *L'Homme et Le Monde et La Science*, c. VIII.

etapa que pudiéramos llamar específica, más que el tiempo necesario para efectuar la transformación, hasta llegar al hombre, pues todos obedecen a una ley inevitable, la del *sociologismo*; o sea: la adaptación de los vivientes a las circunstancias externas, o medio ambiente. Esta ley es el verdadero principio de toda la teoría. Las diversas condiciones objetivas a que se halla sujeta la naturaleza animada ejercen un influjo y presión constante sobre la misma, esto hace que aparezcan en ella muy distintas y variadas necesidades, las cuales como han de ser satisfechas, dan origen a los deseos. Los deseos no pudiendo realizarse sin instrumento correspondiente, del que aún carecen, tienen que ser a su vez causa productiva de los órganos adecuados y las facultades propias, operación que se ha de verificar siempre que las circunstancias cambien.

A la ley primordial se unen otras dos secundarias, que más que leyes distintas debieran considerarse ampliaciones de la misma; tales eran la del perfeccionamiento o destrucción del organismo, según que lo ejercite constantemente, o lo deje inactivo; y la de la herencia, pues, cada generador transmite las perfecciones de que se halla dotado (1).

A pesar de la novedad que esta teoría produjo en el mundo científico, el cambio que en él se operó fué muy exiguo; como exiguo fué con el «principio de correlación de los órganos», afirmada por Esteban G. Saint-Hilaire, con el de la «selección natural», establecido por Naudín; con la doctrina de los fenómenos embriogénicos y el *esquema* del génesis expuesto por Serres y Agasiz; con el principio de la «lucha por la vida», proclamado por Wallace. El que causó verdadera revolución fué, como se ha dicho, Carlos Darwín, hasta conseguir que la doctrina evolucionista fuera conocida con el nombre de darwinismo.

Este sistema puede ser definido con el docto agustino P. Zacarías Martínez (2), en sus *Estudios Biológicos*: «una doctrina que apoyándose en las variaciones de las especies, en la lucha por la vida, en la selección natural y la herencia, pretende explicar el origen y el desenvolvimiento, la distribución geográfica y la genealogía, la vida y la muerte de todos los organismos». (3) Dar-

1 Cfr. Marc. a P. J., L. C. Psico. Disp. VI. q. II.

2 Hoy arzobispo de Santiago de Compostela.

3 c. VII.

wín prescinde del inicio vital y de la generación espontánea; supone, o un solo organismo, cual hizo en un principio, o varios, según reconoció más tarde, como organismos tipos, de los cuales procede toda la serie que constituye la misma cadena, sin excluir de ella al hombre. (1) Su teoría es substancialmente idéntica a la del naturalista francés; lo que este denomina ley de las circunstancias externas que *necesitan* al sujeto, Darwin lo llama ley de la selección natural.

El darwinismo recibió no poco incremento, y en parte debió su celebridad, al llamado Darwin germánico, a Haechel, que no sólo se declaró partidario de las doctrinas evolucionistas en la forma expresada por sus fautores, sino que estimándolas medio apto para los fines antirreligiosos que él perseguía, las llevó al extremo más radical que llevarse podían.

El célebre profesor de Jena, muerto ha pocos años, empieza por negar, como ya hemos visto, toda idea de un Dios personal y de naturaleza espiritual, afirmando el monismo materialista; para él la única realidad existente es la substancia infinita, integrada por la materia y su energía. Esta energía o fuerza vibratoria de la materia es lo que constituye el fundamento de la vida, y aun la misma vida, la cual será más o menos intensa, según el grado de reacción o combinación química mediante el cual se desarrolla. Pero si las infinitas moléculas están animadas, no todas sin embargo son vivientes y gozan la vida orgánica. El tránsito de una a otra esfera se efectúa por el *automatismo*, *autogenismo*, o *generación espontánea*. «Por la combinación del carbono, dice, con los otros tres elementos, oxígeno, hidrógeno y ázoe, a los cuales hay que añadir frecuentemente el azufre y el fósforo, es como nacen estas combinaciones extremadamente importantes, ese primero e indispensable *abstractum* de todos los fenómenos vitales, esto es, de los compuestos albuminoides, *materias protéicas*.» (2)

Así se formó la vida en ser viviente; su primitivo estado, como es de suponer, había de ser muy rudimentario, no obstante que el salto de uno a otro orden fuera inmenso. «Los primeros

1 Al principio no incluyó al hombre, más tarde, viendo el buen éxito de sus dogmatismos se decidió a contarle entre los productos de sus famosas leyes.

2 *Histo. de la creación*, lec. 13, p. 292, apud. Rodri. L. C. p. 252.

organismos, dice, fueron sencillísimos, casi sin órganos, móneras, elementos amorfos celulares o células rudimentarias, homogéneas, hasta sin núcleo; nacieron por generación espontánea y por las combinaciones de los elementos referidos. Después ya en la célula apareció el núcleo, y de ella se metamorfoseó el amibo, después los sinamibos, los organismos ya planeados ya gasteados, etc.» (1) De este modo, tan sencillo al parecer, ascendió el viviente, o la vida del ser viviente, siguiendo las leyes de «selección natural» «lucha por la existencia» y «selección sexual», desde la mónera hasta el hombre, que apareció, primero, en la 21 generación, descendiendo del *Pithecatropo*, y, según nos dice después, en la generación trigésima.

Muchos fueron los sabios, clasificados por M. Saavedra «de eruditos a la violeta» que se dejaron alucinar por las doctrinas evolucionistas, impulsados más por la enemiga que en su corazón sentían contra la religión católica, que no persuadidos por la fuerza probativa. (2)

Dos géneros de argumentos pueden dar solidez al transformismo; el metafísico, *a priori*, o teórico y el experimental, *a posteriori*, o fisiológico. Hablar los evolucionistas de razones sintéticas y metafísicas sería el colmo de la despreocupación, pues la cuestión establecida por ellos mismos es de pura transformación orgánica; sin embargo al terreno metafísico acuden estableciendo la hipótesis apriorística; mas véase con que suerte.

Para explicar la vida, dicen Haeckel, Wundt, Burmeister, Lange y otros, o hay que admitir como principio inconcuso la generación espontánea, o de lo contrario es preciso confesar la intervención de una causa extraña, extramundana y milagrosa. El dilema como se ve no puede ser ni más incompleto, ni más deficiente, ni más ajeno a su ciencia. ¿Cómo demuestran la imposibilidad de la causa creadora? La suponen ya demostrada. Empe-

1 Cfr. A. Rodri. L. C. p. 455.

2 Como prueba de lo que decimos se puede citar el caso referido por Wagner en su *Geschichte des. amarckinus*, p. 64, (1909). Uno de los primeros en refutar a Darwin fué Edvon Hartmann en un libro publicado el 1868. Ciertos sabios le tuvieron por incompetente y apenas le hicieron caso. En 1872 publicóse un folleto anónimo contra Hartmann, su autor fué felicitado por su competencia, y porque oponía sus argumentos a los de Hartmann. En 1877; éste hizo saber que él era el autor del folleto anónimo, tan competente al escribir contra el darwinismo como al redactar el folleto.

ro al hacer semejante suposición dejan el terreno científico y afirman una hipótesis falsa y arbitraria en su principio, y en su desenvolvimiento contradictoria. (1)

En el terreno experimental el único fundamento con que cuentan es el de la generación espontánea, *tan acreditada como hemos visto*.

El autogenismo no es admisible, y se le ha de considerar como el absurdo más descabellado y opuesto a todas las leyes fisiológicas y orgánicas. (2)

Ni vale decir con Burmeister, que «en edades tan lejanas de la formación primitiva, las cosas no sucedían de la misma manera que hoy, y la formación de los seres podía efectuarse de distinto modo»; (3) ni afirmar con A. Dastre, «que la generación espontánea que no es posible se realice al presente, ha sido relegada por Haeckel a un pasado más o menos remoto». (4) Pues esto ya se ve que es totalmente caprichoso, y que, «ante la experimentación actual, se puede decir con el mismo A. Dastre; esta afirmación será como el fuego de los antiguos, antes de Prometeo, que se le pasaban de unos a otros, pero no sabían sacarle u obtenerle».

¿Qué probabilidad tiene, pues, el darwinismo? ¿Qué hechos aduce como ciertos en demostración de su tesis? «Vosotros decía Quatrefajes a sus discípulos en 1890, habéis podido comprender que la palabra «transformismo» no es la expresión de una doctrina definida. Mientras Lamarck, Darwín, y Haeckel consideran la transformación como lentísima y gradual, Geoffroy Saint-Hilaire, Owen y Mivart sólo creen en transformaciones súbitas y completas. Al lado de Lamarck, que atribuye a las necesidades del animal la causa de la transformación, se encuentran Darwín, d'Omalius y Buffon, que lo refieren, el primero a la selección natural y a la lucha por la existencia y los dos últimos a la «acción» del «medio». Frente a Lamarck, que proclama la constante movilidad de las especies, están Bory de Saint-Vicent y M. Naudin, que declaran la estabilidad de las mismas. Junto a Darwín, que formula las leyes de «la divergencia y caracteriza-

1 Cfr. Zigliara. Psic. lib. I, c. IV, a. I.; Marc. a. P. J. L. C. Psic. D. III, q. uni. a. IV.

2 Cfr. A. Rod. L. C. Cuest. X.; Marc. L. C.

3 *Geschichte der Schepfung*. Hetlin. L. C.

4 La Vida y la Muerte, p. 255, apud A. Rod. L. C.

ción permanente», se ve a Carlos Vogt, que admite la «convergencia y el progreso de los tipos» Frente a Darwín, que afirma el progreso sucesivo de los animales, se hallan Husley, que establece la permanencia de los tipos, y Carlos Vogt, que prueba la degradación o degeneración de muchos. En lo que concierne al hombre, Darwín y Haeckel le dan por abuelo un catarrinio, con cola o sin cola; Vogt y Husley le asignan otro padre compuesto de dos, y que no era ni el uno ni el otro compuesto de estos... El origen del primer vertebrado suscitó tempestades en Alemania. De los Darwinistas unos declararon por padre de aquel a los gusanos, y otros a los moluscos. Y todo por recurrir a lo desconocido. Ahora bien: ¿son estas pruebas científicas? En Física, en Química, en Fisiología, ¿admitiríais vosotros cosas semejantes como pruebas? No. Pues yo tampoco puedo aceptarlas en Historia Natural.»

«Huelgan los comentarios, dice el sabio P. Zacarías, a las elocuentísimas palabras del gran antropólogo. La consecuencia, resumen y compendio de sus obras filosóficas es lógica y contundente; porque, en las «ciencias experimentales, «tanta diversidad de opiniones indica, de un modo notorio, que la doctrina a que se refiere no está probada; y en estos asuntos, lo que no se prueba no se puede imponer como indiscutible al asentimiento de la razón» (1).

No solo carece de pruebas, porque los hechos no garantizan sus palabras (2), sino que el transformismo contradice a la historia, testigo elocuentísimo y veraz de cuantos fenómenos a través de ella se han venido realizando; contradice a la Geología, que nos presenta la materia de primitivos tiempos en todas sus etapas contradice a la Paleontología, cuyo testimonio es irrecusable en la presente cuestión; se opone a la ley de la homogenesis, la cual se halla confirmada por la experiencia y por la razón (3) ¿Qué de extraño resulta, pues, que al ver los abismos en que se encerraba, sin medio alguno para salir del mar rojo en que había entrado, confiado como Faraón en solas sus fuezas, dijera Wirchow

1 L. C. c. VI.

2 E. Blanchard. retó a los naturalistas del mundo a que presentaran un solo ejemplo de transformación específica, y nadie salió con el proto plasma intermediario. Diez años después alguien levantó su voz, mas ya veremos con qué suerte.

3 Cfr. Willems. *Cosm. The.* XXXIX. *Psic. The.* XXI.; *Marc. Psic. D.* VI, q. II, a. VI, § 1.º

que «estas cuestiones de tan gran importancia, eran tratadas de un modo superficial e insensato». (1), y que con el mismo autor confiesen ingenuamente los sabios modernos: las ciencias positivas se presentan como alegato irrefragable patentizando la diferencia esencial que existe entre la manifestación suprema de la vida en el hombre, y la inferior de los demás seres vivientes? (2) No es, por consiguiente, aceptable el darwinismo. (3)

Sin embargo, sus propugnadores no se arredran. Después de muchos desvelos e insomnios, Haeckel, presentó un argumento nuevo y contundente, al parecer, basado en los experimentos; el ya iniciado por Fritz Muller; tal era el de la *Ley biogenética fundamental*. Según esta ley, «la serie de formas porque pasa un individuo animal durante su desarrollo, desde el huevo hasta la forma adulta, es una repetición abreviada, de la larga serie de formas porque han pasado sus ascendientes desde los primeros tiempos de la materia orgánica hasta la actualidad», y el proceso ontogénito guarda perfecta armonía con el filogénito, los mismos estadios que ha recorrido este recorrerá aquel. Ahora bien; dice Haeckel, con aire de triunfador, en la ontogenia el embrión pasa por toda la serie de etapas específicas que pueden presentarse en su género. La evolución estaba, pues, demostrada. La Divinidad no era necesaria en la formación específica; incluso el hombre estaba comprendido en la *ley biogenética*.

El argumento era especioso; la dificultad estriba en la demostración. Empecemos por interrogar al profesor jenense acerca de los medios comprobativos de la perfecta correspondencia entre la ontogenia y la filogenia. Hay muyos naturalistas que niegan semejante armonía. Empero las demostraciones de su ley biogenética no podían ser más evidentes, decía Haeckel. Y efectivamente; en varios experimentos por medio de la fototipografía reprodujo los diversos estadios del embrión, comenzando por el óvulo, y en tres láminas distintas presentó tres óvulos, que, según decía él, pertenecían al óvulo del hombre, al del perro y al del mono; las tres eran totalmente semejantes. La demostración

1 Apud. P. Zac. L. C. c. VII.

2 Marc. L. C.

3 Recientemente el Dr. Erry Fairjéolid Osborn, Director del Museo Americano de Historia Natural, y uno de los Zoólogos mas distinguido de los Estados Unidos, ha negado la teoría darwiniana del origen del hombre.

de su ley no podía ser más palmaria. El triunfo obtenido era tan admirable y de transcendencia tanta que jamás se había conocido otro igual en la historia.

No obstante, los adversarios no dieron fácilmente a partir el brazo, y también acudieron a las fototipografías embriológicas, y después de largos experimentos no sólo estuvieron disconformes, sino que el Dr. Brass, perteneciente a la liga Kepler, refutó el folleto sobre el origen del hombre y arguyó a Hæeckel de inexacto, de falsario y de que había empleado el fraude con el fin de probar lo improbable, publicando por su parte cuatro planchas en diafragmas originales y las copias falseadas por Haeckel. El profesor de Jena, escribe Frumbeyer, de intento y deliberadamente falsificó algunos hechos, particularmente el embrión del Gibbon de Haeckel (plancha tercera), es una reproducción del dibujo de Selenka de un embrión de Macaco, habiéndose omitido quince o diez y seis vértebras y cambiado el nombre».

Esto no sorprendió al mundo sabio menos que las supuestas pruebas del primero.

Haeckel quiso apelar a los tribunales; mas al fin, el 29 de diciembre de 1908 en el *Berliner Volkszeitung*, y el 9 de enero de 1909 en *Munchener Allgemeinen Zeitung*, escribió; «para acabar de una vez con la vergonzosa polémica quiero comenzar por una confesión: reconocer que una pequeña parte de mis figuras de embriones (6 u 8 entre centenares) han sido realmente falsificadas en el sentido de Brass, y estas son aquellas en que el material de observación era tan incompleto e insuficiente, que para establecer los anillos de la cadena del proceso evolutivo tuve que llenar las lagunas con hipótesis y construir los anillos que faltaban por medio de una síntesis comparada. Las dificultades que se encuentran en este empeño y la facilidad con que el dibujante puede equivocarse sábelo bien el embriólogo de profesión... Si por esta confesión de falsificaciones debiera de consideráreme como juzgado y liquidado, tendría el consuelo de ver a mi lado y sobre el banco de los acusados centenares de cómplices; y entre ellos los observadores más seguros y los biólogos más notables». Con esta confesión, ¿a qué se ve reducida la demostración de la ley biogenética, y a qué la misma ley?

Concedida la identidad embriológica, el argumento no ofrece mucha más garantía. «Si los embriones de una misma clase,

diremos con Guillermo His, fueran realmente idénticos; si como se ha sostenido, el embrión del hombre no se distingue del embrión del perro o del toro, nos encontramos ante un problema absolutamente insoluble. Se debería entonces explicar cómo en dos principios absolutamente idénticos están contenidos los elementos de una transmisión hereditaria totalmente diferente; se debería también explicar cómo estas formas de transmisión idénticas pueden ser los puntos de partida de evoluciones totalmente distintas». (1) Esto es lo que no demuestra Haeckel, pues no puede ser delineado en el diafragma.

Haeckel, sin duda, no creyendo suficientes las falsificaciones pasadas, inventó otras y pensando tal vez sorprender a los sabios y de esa manera sacar a flote la hipótesis que habría de excluir toda acción extramundana y milagrosa. A ese fin empleó el procedimiento de las «esquemalizaciones», haciendo creer a sus lectores que se trataba de diagramas naturales. Esto, no ya provocó la protesta de los que se preciaban de adversarios, sino la de sus mismos discípulos, los cuales hubieron de escribir: «Los infrascritos, profesores de anatomía y de zoología directores de anatomía y de zoología y de museos de historia natural, declaramos no aprobar los procedimientos de esquematización usados por Haeckel.» (2) La autoridad de Haeckel y la garantía de toda su argumentación habían fracasado. (3) Inutiliza-

1 Cfr. A. Blázquez, L. C.

2 Cfr. Valbuena, La Relig. a través de los siglos, T. I, c. II.

3 El profesor de la Universidad del Misouri, Mr. Till, en la conferencia pronunciada ante los alumnos de la Universidad de Cornell decía «Hemos examinado la filosofía de Haeckel y hemos visto su inconsistencia e insuficiencia. Quebranta las exigencias fundamentales de toda hipótesis científica, está llena de contradicciones de tal modo que sus adversarios citarán sin dificultad páginas del libro *Weltrahhed* que dejarán convicto a su autor de casi todas las herejías filosóficas que haya habido bajo el sol. El señor Rehike, profesor de Biología de la Universidad de Kiel, escribe; «Haeckel por su falta de crítica y sano juicio, para muchos está fuera de las filas de los biólogos que tienen derecho a exigir más seria reflexión en sus investigaciones. Sólo nos queda Haeckel el fanático, quien a viva fuerza y por medio de su Monismo quiere apoderarse del entendimiento humano». El profesor Chwolson decía: «El resultado de nuestro examen espanta, puede decirse que horroriza: todo, absolutamente todo lo que Haeckel dice, afirma o declara, es falso, se funda él en equívocos, o arguye ignorancia, casi increíble de los problemas más elementales... Y pertrechado con esta ignorancia total, cree posible declarar que es imposible la teoría cinética de la substancia y afirmar que una de las mayores conquistas, acaso la mayor del espíritu humano, la ley de la entropía, o el segundo principio de la termodinámica debe ser abandonado. El libro de Haeckel *Weltrat-*

da esta fuente del evolucionismo, única con la que contaban sus partidarios, e inservible hasta el punto de que los mismos sabios germánicos, no adictos al catolicismo, se reían de Haeckel y sus opiniones, que más que fundadas en razón alguna las estimaban como puras fantasías del profesor jenense; (1) ¿qué le resta al darvinismo?

Con razón escribe el docto Valbuena; que ha llegado la hora del descrédito de la teoría darwinista, (2) pues que se ha incapacitado para reclamar un puesto honorífico entre los que se distribuyen los sabios, y tiene que resignarse a vivir en la etapa en que él colocaba las especies intermedias. (3)

sel es uno de esos escritos típicos cuyos autores ignoran y desprecian el duodécimo mandamiento: «Nunca escribirás de lo que no entiendes». Cfr. M. Saavedra, L. C.

1 Cfr. Willems, L. C. Ideal, c. I.

2 L. C.

3 El célebre Hans Driesch escribía en la revista «*Biologisches Centralblatt*» de 1896, p. 555: El Darwinismo pertenece a la historia, como esta otra curiosidad de nuestro siglo: la filosofía hegeliana. Estas dos doctrinas son variaciones de un mismo tema a saber: cómo se puede llevar a toda una generación por la punta de la nariz». En otra de sus obras decía: «La completa bancarrota del Darwinismo, como teoría de la descendencia, está fuera de duda». *Biologie scientifique et transformisme, in revue de philosophie*, Nov. 1909.

De Cyon, después de largos años de estudio dijo: «La descendencia del Darwinismo y el derrumbamiento escandaloso del Haeckelianismo, que yo había predicho, hace treinta años, hoy son un hecho. La teoría de Darwin ha sucumbido bajo los golpes de sus mismos partidarios. Herber Spencer se encargó de destruir el primer fundamento, la selección natural. El biólogo Wiesman, probó que la herencia de caracteres adquiridos no tenía más valor científico que un cuento de hadas. *Dieu et Science*, 1912. Piepers decía: «¿Cómo no va a ser un error esta teoría del Darwinismo, no estando basada en hechos, sino sobre una suposición que siempre que se somete a un examen riguroso, se encuentra en contradicción consigo misma?» *Darwinismus* 1905, p. 359. Guiar, famoso transformista, dejó escrito: «Suplico al público que no coja en sus manos ninguno de esos libros de vulgarización darwiniana. Los argumentos allí aducidos en favor de la evolución son frecuentemente de una nulidad irritante.» *Controverses transformistes*, 1904, p. 52. Delage y Goldsmith dicen: «Darwin ha aparecido como un Newton, mas desgraciadamente su concepción no ha resistido a la crítica». «El Lamarckesimo y Darwinismo, dice Hartwig, presentados como teorías dogmáticas, no sirven si no de obstáculo al progreso de la ciencia». *Entwicklung uer Biologie*, Jena. 1908.

Recientemente decía Yves Delage: «La evolución es una doctrina que se impone a nuestro espíritu, desde el momento que hemos abandonado la doctrina de una creación ultramundana»; pero «esa doctrina no es una deducción que se apoya en hechos, porque los hechos pueden ser realizados y sobre todo interpretados de manera muy diferente» *Les Théories de l'évolution*, p. 4, 1920 «De otra parte, no tenemos criterio alguno que nos permita reconocer formas que podrían haber persistido sin modificación desde los tiempos precámbricos. En fin, la embriogenia,

Pues bien, esta doctrina que jamás presentó a su favor un argumento razonable; que siempre tuvo por adversarios a los más reputados naturalistas, como Pasteur, Quatrefajes, Cajal y otros mil de nombradía; que al presente no puede menos de reconocer, por labios del propio sucesor de Haeckel en la Universidad de Jena, señor Plate, que sabios de primer orden abandonan las filas del Darwinismo y con todo su bagaje se pasan al campo enemigo los unos en pos de los otros; esta doctrina tan sin doctrina, es la que el espiritismo ha hecho buena y suya al tratar de explicar el origen del hombre; no sólo al tratar del desarrollo más o menos gradual de la parte grosera del cuerpo, sino también del desarrollo espiritual y aun del hombre en cuanto tal.

Fernando Ortiz nos habla de las «dos escalas paralelas evolucionistas, la material y la espiritual, una y otra perfecta y constantemente enlazadas entre sí a través de las seculares y milenarias genealogías de las especies y de sus transformaciones evolutivas». (1) En esta evolución nada se dice del cambio substancial del espíritu, nada del principio vital de donde toma su vida;

si es una copia de la filogenia, es una copia muy deformada, y no tenemos medio alguno de apreciar la significación real de las inclinaciones mezcladas y confusas que nos suministra. Pero ¿no es insensato pretender seguir en sus detalles la evolución ancestral de una forma cualquiera? Para eso se supone esa forma maleable como la cera, para darle, sucesivamente la figura de todos los antepasados intermedios que se la supone; se desplazan órganos; se les hace cabalgar unos sobre otros y entrelazarse; se atrofian los que no hacen al caso; se desarrollan los rudimentos de aquellos que son necesarios para completar la evolución, sin que falte un detalle. Eso es un pasatiempo agradable; pero parece inverosímil que después de haber imaginado todo esto se pueda creer un instante que se ha encontrado la verdad». En 1919 decía Terrier: «Si se anuncia la evolución como una hipótesis verosímil y si se quiere, seductora, es cuestión de gusto y de temperamento; pero pretender erigirla en dogma, es cosa intolerable. Yo la creo inverosímil.» *Les grandes enigmes de la géologie*. Confe. en Lovaina. El célebre Edgar Dacqué, en 1921 escribía: «Las genealogías evolucionistas son meramente ideales, no reales; y por consiguiente todo el fundamento de la teoría es meramente ideal; y casi siempre la realidad es contraria a la teoría. Y esa discordancia de la teoría con la realidad no depende de la escasez de materiales paleontológicos, como algunos han afirmado, por que cuando más aparece esa discordancia, es precisamente cuando hay más abundancia de materiales».

Según Dacqué, concluye Miguel Gutiérrez, lo único real y positivo que se puede conceder a la teoría transformista es un valor simbólico; el servir como símbolo para expresar ciertas semejanzas o analogías entre los vivientes.»

Cfr. Razón y Fe, T. 65, *La actual propaganda evolucionista en España y los recientes impugnadores del evolucionismo*.

1 L. C., § 2.º.

y no importa que el mismo Ortiz, apoyado en Allan-Kardec, escriba en el lugar citado: «Este evolucionismo de los espíritus es tan fatal como el de los biólogos. Hay que recorrer la escala evolutiva peldaño por peldaño»; pues siempre supone la naturaleza espíritu, y la escala es de más o menos perfección. Respecto a la transformación fisiológica tampoco se determina nada en particular:

La teoría transformista además de ser defendida por los secuaces de Jacson, que abrazan el darwinismo en toda su crudeza, es también propugnada por los admiradores de Allan-Kardec. Para demostrar este aserto, que a primera vista parecerá un tanto extraño, no tenemos más que recordar la doctrina expuesta en capítulos precedentes, sin necesidad de aducir nuevamente los testimonios comprobativos. Allí hemos visto al espiritismo defender la teoría monística de Haeckel y Le Dantec; afirmar la unidad monística, y, como ley necesaria, la evolución más absoluta que recorre toda la gama de la perfección, pero sin establecer distinción substancial entre unas y otras partes componentes y sólo si diferencia de grados; hemos visto al alma pasar del estado de materia grosera a materia vaporosa, y oímos que la vida era la transformación energética, aunque alguien la llamara «acción de la fuerza psíquica evolutiva». De todas estas afirmaciones inevitablemente se sigue la de que el hombre es un resultado evolutivo de los seres inferiores, tal como lo defiende el evolucionismo rígido. Sin embargo, para mayor abundancia y certeza aduciremos algunos textos que disipen toda duda.

En el libro «El Espiritismo es la Filosofía», después de exponer una doctrina panteístico-evolucionista se escribe lo que a continuación se copia. Primero se pone el principio espiritista a modo de lema y luego se hace el comentario. «Unidad esencial característica de cuanto fuera del Espíritu divino, aunque en Dios, existe: es decir, que un mismo género, orden y naturaleza esencial, constituye lo que realiza la materia, el fluido y el espíritu. Este principio queda absolutamente demostrado en la parte sintética. La Unidad esencial constitutiva del Universo es incontestable por la razón, y la pluralidad de manifestaciones lo es por el sentido: luego, como consecuencia natural, inevitable, lógica, la variedad de substancias, cosas y seres que en el Universo existen, reconocen por fundamento una misma esencia, y *no son otra cosa que modalidades y manifestaciones de ella; diferen-*

tes modos de existir, y de ser; diversas realizaciones procedentes de los distintos grados de desarrollo de sus propiedades naturales».

Desdoblado, que podríamos decir en lenguaje ocultista, el primer principio, pasa a otro que es del tenor siguiente: «Progreso infinito (desarrollo de propiedades) de la esencia universal constitutiva de cuanto no es el espíritu divino, aunque incluida en Dios como Sér. Siendo una la esencia universal, los gérmenes potenciales que la constituyen son esencialmente idénticos y por consecuencia todos poseen las mismas propiedades naturales: es decir todos reconocen igual principio y se elevan a igual fin; todos contienen la misma susceptibilidad germinal y los mismos medios para desarrollarla. Luego, las cuatro secciones generales características que la experiencia sensible nos determina *en el mineral, el vegetal, el animal y el hombre, con sus múltiples variantes, no son otra cosa que diferentes modos de una misma esencia adquiridos por el desarrollo de sus propiedades; diferentes manifestaciones de la misma esencia correspondiente cada una a un distinto grado posesivo de desenvolvimiento activo en sus naturales aptitudes y facultades; diversas determinaciones de la esencia única que existe, representativas cada una de la especial naturaleza que ha conquistado en su perfeccionamiento progresivo.*

«Ya hemos visto que el espíritu (germen potencial de la esencia única del universo) llegado al progreso que le determina la facultad de la conciencia y la razón de ser, se reconoce cierta y forzosamente mutable en la función de sus propiedades, aunque inmutable en su fundamento esencial, y cuya sucesión modalitativa confecciona su *tiempo*; así como que la mudanza no es exclusivamente propia de la propiedad de su *sugeto*, sino que se hace extensiva a la naturaleza exterior, y *una*, a que su cuerpo pertenece, deduciendo de estas empíricas observaciones que: «la naturaleza material tiene sucesión en forma o mudanzas en tiempo», y que la naturaleza espiritual y material viven y se realizan de la mudanza, de la modalidad, en la sucesión o tiempo. Pues bien: dicha modalidad que tiende a la realización de toda posibilidad natural y manifestativa de la esencia marchando de lo menos a lo más, es lo que constituye su desarrollo, su perfeccionamiento, su progreso. Y que este progreso es *inacabable* o *infinito*, se deduce lógicamente de que, siendo la mudanza des-

arrollante *propiedad natural de la esencia*, mientras esta exista, que existirá infinitamente, tiene que realizarse en su propiedad, en la ley de su existencia».

El octavo de los principios, con su comentario, donde más amplía la doctrina evolucionista, es como sigue: «Evolucionismo universal de la esencia para la realización de su progreso, en pluralidad de mundos de substancias y de seres. Este principio filosófico es consecuencia inmediata del progreso infinito tratado en el capítulo anterior. Sólo existe una esencia universal; luego una misma propiedad caracteriza a la esencia de todo cuanto en el universo existe y es. Mundos, espacios, substancias y seres en sus múltiples manifestaciones, en sus distintos aspectos y caracteres, en sus diferentes formas, en sus diversos modos y en sus variadas influencias y funciones, todo es producto de un mismo elemento, de una misma esencia, de una misma propiedad, de una misma ley. Siendo eterna la esencia universal, y caracterizando a la esencia todas sus propiedades desde que és, la esencia constitutiva de la *creación* viene desde la eternidad realizándose en las modificaciones que le son propias: o lo que es lo mismo, desde la eternidad viene *evolucionando el germen potencial, ya automática, ya libremente cuando se le inicia la conciencia de que es...*

«Todos los gérmenes esenciales de la creación son absolutamente idénticos en naturaleza esencial y en propiedades. Todos poseen igual potencia; todos se hallan sujetos a la misma ley. ¿Queremos saber lo que hemos sido? Pues estudiemos todo lo que es, y adquiriremos el conocimiento de todas las formas de ser por donde desde la eternidad hemos pasado. Investiguemos el mineral; esos cuerpos que la naturaleza nos presenta ya sólidos o líquidos en sus múltiples manifestaciones, a donde no existe la reproducción ni apariencia alguna vital; que deben su origen y existencia a las agregaciones moleculares, y su crecimiento a la yuxta-posición de las mismas.

«Contemplemos el frondoso bosquecillo cuajado de innumerables plantas; observemos *fitotéchnicamente* las diferencias que las distinguen; estudiemos su organografía, su fisiología y su patología, y conoceremos la rudimentaria vida de nutrición y de reproducción, la vida física porque *nuestro germen potencial ha transcurrido en la incontable noche de nuestro tiempo*. Investiguemos después zoológicamente desde los seres transitivos del

vegetal al animal en las *confervas* y zoofitos (actinozoarios) a quienes caracteriza la generación *fisípara* o de división y un imperfecto conjunto nervioso, hasta los más perfectos vertebrados (ostcozoarios) instintivos que poseen un sistema nervioso y una organización completa. Y por último completemos nuestro estudio en el reino hominal en todas sus variedades desde la raza *Occidental* de Martín hasta la *Japética* o europea, más perfecta, y en la naturaleza e historia de todos esos seres, *encontraremos nuestra anterior naturaleza y nuestra historia.*

«El germen potencial, en la realización de su forzado progreso, ha tenido indispensablemente que pasar por todos los grados, por todas las manifestaciones, por todas las formas y por todos los géneros de vida conocidos, y tendrá que completar su realización en el infinito de su potencia, en el infinito de su posibilidad, y en el infinito de su tiempo, pasando por el infinito de grados de formas, de manifestaciones y géneros de vida desconocidos, cuya síntesis realiza la absoluta perfección». (1)

No sabemos si entre las nebulosas ideas que el autor presenta en lenguaje más nebuloso, los lectores podrán sacar en limpio otra cosa que la confesión palmaria de la idea evolucionista. Empero como esto era lo que pretendíamos al citar el largo, párrafo, nos damos por satisfechos. Tenemos, pues, que el espiritismo defiende el origen del hombre mediante la rigurosa evolución. Lo que en la *eternidad de tiempo* fué mineral y planta y más tarde animal, es el hombre de hoy, con su envoltura grosera y ténue y con su espíritu.

En otro libro muy espiritista y que al mismo tiempo se las da de muy filosófico, «El Catolicismo Romano y el Espiritismo», escrito por el varias veces citado Q. López, se profesa la misma doctrina sin eufemismos ni circunloquios. «La pura inducción filosófica, dice, nos hace sorprender el origen del espíritu humano en las partículas dinámicas contenidas en la *esencia del Absoluto Ser*, las cuales metamorfoseándose a cada momento por virtud y en cumplimiento de la ley, *alcanzaron traspasar los reinos mineral, vegetal y animal irracional y llegaron a constituir individualidad en el hominal*, mediante su reluchar eterno, mediante su constante progreso... Así explicada la naturaleza substancial,

1 Part. 3.^a, § 4, 7, 8,

fácilmente se comprende que el espíritu humano ha de ser la resultante de un progreso adquirido mediante el cumplimiento de la ley; progreso que ha tenido que marcarse paulatinamente y gradativamente al atravesar los reinos mineral, vegetal y animal irracional, y que seguirá marcándose eternamente en el hominal sin adquirir jamás su última expresión, porque sobre todo progreso y perfeccionamiento que puede medirse, quedará todavía todo entero lo infinitamente perfecto que es Dios. Esto sentado como primer fundamento de una vida anterior rudimentaria del espíritu humano, pasemos a inquirirla en otra etapa, que aunque más próxima a su hoy, no por esto deja de estar incluida en el ayer. Nos referimos a su primera edad como fuerza psíquico inteligente...

«Ya vimos que, en pura filosofía, sólo puede admitirse un Dios, una creación o formación y una ley; que la creación o formación es de, en y por la substancia del Absoluto Ser, circunstancia que le da los caracteres de perfectibilidad eterna y eterna permanencia; que la perfección consiste en el mayor desarrollo de la potencia contenida en *cada molécula hasta llegar a convertirse en fuerza psíquico inteligente*, y en esto y en adquirir mayor ilustración y sentimiento desde el momento predicho en adelante; que el desarrollo potencial de las moléculas se efectúa por virtud y en cumplimiento de la ley; y que sólo con la transformación eterna y progresiva de los seres puede tener cumplimiento la ley y objeto la universalización de la vida. Con estos datos, que son lógicas deducciones de premisas fijas e inalterables, nos encontramos con que, una vez llegada a potencia psíquico-inteligente la molécula, su germen potencial ha de desarrollarse por virtud de sucesivas vidas planetarias en el reino hominal, a consecuencia de haber adquirido la meta del perfeccionamiento como fuerza psíquico instintiva,—y antes como fuerzas físico sensibles y físico químicas—empezando por el grado más inferior de la escala...

«Síntesis de todo lo anteriormente dicho respecto al *ayer del hombre*, es: Que el espíritu humano, como todo cuanto existe, procede y está contenido en la esencia del Absoluto Ser; que su primer estado fué el *de molécula, del que se separó a medida que desarrollando su potencia, se aproximaba a la de fuerza psíquico-inteligente*; que una vez llegado a tal altura, la superior entre nosotros conocida, progresa y progresará más eterna-

mente por virtud de sucesivas encarnaciones planetarias.» (1)

¿Se desea algo más claro en materia evolucionista? En los párrafos copiados ¿no se dice bien paladinamente que el hombre no es más que la fría molécula alcanzando el supremo grado de transformación? Los modernos espiristas piensan y hablan de idéntico modo, aunque otra cosa parezca deducirse de la obra escrita por los Sres. Valentí Camp y Enrique Massaguer (2). Lo copiado en capítulos anteriores nos releva de aducir nuevos testimonios, que nos sería muy fácil multiplicar.

Las razones que tienen para abrazarse con esta cadavérica y sepultada teoría no son otras que las que aducía el profesor de Jena, aun después de los experimentos que ofreció la ciencia. Un *a priori*, basado en otro fundamento de igual naturaleza. Si fuera de esto algo se les ofrece es el falso concepto que de la creación y de la vida se han formado, merced a la ignorancia filosófica. Y con esta errónea concepción se aventuran a formular axiomas y postulados falsos y utópicos, semillero de lamentables consecuencias.

1 Part. 2.^a c. VI.

2 Las Sectas y las Sociedades Secretas a través de la historia, c. IV.

ARTICULO II

EL VERDADERO ORIGEN DEL HOMBRE

LAMENTABLE EQUIVOCACIÓN.—TESIS CREACIONISTA DE LA IGLESIA.—EL CONCILIO IV. L.—EL VATICANO.—DOCTRINA DEL GÉNESIS.—LAS CIENCIAS HUMANAS CONFIRMAN EL DOGMA.—EL PRIMER LIBRO HISTÓRICO.—SU AUTENTICIDAD.—EL P. CÁMARA.—LAS ANTIGUAS TRADICIONES.—LAS CIENCIAS NATURALES.—ANTROPOLOGÍA Y PALEONTOLOGÍA.—CONCLUSIÓN PALMARIA.—TODO CORROBORA EL DOGMA Y TODO REPRUEBA EL TRANSFORMISMO.

Muy tristemente se equivocaba el Sr. Q. López, cuando en el prólogo de su citada obra escribía: «no es culpa de mi ciega obcecación el continuar siendo lo que era: mi razón, esa razón que Dios depositó en mi alma.... se rebela a aceptar como buena e incontrovertible la doctrina de los papas y Concilios, siquiera sea inspirada en la revelación y confirmada por el Espíritu Santo, mientras se complace en hacerme ver la superioridad que sobre ella tiene otra doctrina mil veces anatematizada y perseguida por la iglesia y mil más renaciendo más pujante y depurada». La superioridad de la doctrina espírita, a la que el Sr. Q. López se refiere, demostrada queda en las absurdas aseveraciones panteístas y emanatistas que en los párrafos copiados él mismo nos ha hecho.

Frente a las arbitrariedades transformisto-espíritistas, la Iglesia católica en todos los momentos ha defendido la tesis creacionista cuando del reino hominal se trata, no sólo en relación al espíritu, sino también en relación al hombre en su compuesto de alma y cuerpo; uno y otra exigen la acción inmediata de Dios.

El IV Concilio Lateranense afirmaba como doctrina católica: «El Creador de todas las cosas desde el principio del tiempo formó de la nada por su omnipotente virtud las dos criaturas a saber: la espiritual y la corporal, esto es, la angélica y la mundana, y después formó la humana como si fuera un todo común, integrada como se encuentra del espíritu y de la materia». (1) La misma doctrina afirmó en el pasado siglo el C. Vaticano, al tratar de fijar la pauta doctrinal en las cuestiones fundamentales, que tan lastimosamente habían sido vulneradas por el error. Esa misma es la que sostenían tan valientemente los Padres de nuestro primer Concilio Bracarense; y es la que en términos bien explícitos se afirma en el primero de los libros inspirados. «Creó Dios al hombre, se dice, a su imagen y semejanza; a imagen y semejanza de Dios le crió» (2)

La doctrina creacionista que afirma la Iglesia en estas definiciones se encuentra confirmada por todos los argumentos que

1 L. C.

2 1. 27. Este pasaje del Génesis es el que trae a mal traer al espiritista Q. López, quien después de copiarle escribe en su obra citada: «Esto no es muy ortodoxo, pero es menos racional. Si el hombre fué hecho a semejanza de Dios, Dios debe ser corporal como aquel y debe estar sujeto a las transformaciones inherentes a todo organismo, en cuyo caso se explican perfectamente las contradicciones, las impotencias, las pornografías, y los crímenes que más tarde se le imputan, como consecuencias precisas e inmediatas de su naturaleza corporal; pero no podrá ser nunca el Dios inmanente y eterno que subsiste de sí y por sí, el Dios que presidió la formación de los mundos y de los soles como presidirá su descomposición y la recomposición y descomposición eterna de otros nuevos hasta lo infinito». c. II, Que un materialista empleara este lenguaje y expresara tales ideas, era admisible. Pero que así se exprese un filósofo, para quien la esencia del hombre consiste precisamente en la substancia espiritual sólo se concibe suponiendo que desconoce por completo la terminología filosófica, y más aún el significado de las ideas que encierra; de lo contrario nos veríamos obligados a decir que argüía con muy mala fe y abusaba miserablemente de los vocablos hasta llegar a la inmoralidad. No de otro modo se expresaba un moderno japonés al leer el relato bíblico: «¡Qué extraño ser sobrenatural, decía, es ese Dios que tiene forma tan visible para poder crear al hombre a su imagen!» *Rev. de l'histo. des rell.*, I, 1880, 388. Igual embarazo le produce al señor Quintín el versículo 18 del segundo capítulo del Génesis. Pero no es necesaria mucha exégesis para ni argüir de hermafroditismo a Adán, ni de contradicción a Dios, como lo hace el buen espiritista. Cfr. Hetzenauer. Comem. in Gen p. 58. Además, todo lo que imputa al catolicismo por ignorar el significado de «*emejante*», tiene la más perfecta adaptación dentro del marco de sus ideas. Porque si como él afirma, entre el hombre y la Divinidad, no hay más diferencias que la de grados, ya que es *única* la substancia que existe, con más o menos perfección; siendo el hombre material, material ha de ser Dios, y siendo grosero el hombre, grosero ha de ser Dios.

las humanas ciencias pueden ofrecer; la confirma el histórico, la corrobora el racional y se halla protegida por el naturalista. (1)

Sea el primer argumento histórico el que se contiene en las propias palabras del Génesis. La crítica moderna mucho ha debatido la autenticidad del primer libro del Antiguo Testamento, mas después de tantos ataques, la misma hipercrítica, como adulterinamente a sí propia se llama, ha tenido que confesar la autenticidad del Génesis y reconocer su autoridad axiopística. (2) Tiene, pues, el Génesis además del aspecto divino, del que ahora prescindimos, el aspecto verdaderamente humano e histórico. Moisés es el primer historiador del mundo que recopiló los hechos realizados por la humanidad desde su cuna, y que habló del origen de la misma con precisión y claridad tan admirables que a los propios naturalistas de nuestra época ha dejado sorprendidos.

«La sencillez y candor de tal narración, dice el P. Cámara es probervial y antonomástica, modelo bellísimo del género histórico: sabe el autor lo que dice, y afirma tan sin vacilación ni linaje de duda, a la par que sin altivez ni presunción que el lector queda persuadido de ver abierto el pecho, y descubierta la ciencia del narrador. La luz que salió del caos alumbró también a ese libro, dándole un tinte y atractivo misteriosos; cual correspondía, sin duda, al primer documento histórico del mundo y del hombre. (3) En él halla el literato la sublimidad y la sencillez como tintas desvanecidas que se pierden unas en otras: sin ese libro acaécele al filósofo en el estudio de la naturaleza, lo que al

1 Respecto al cuerpo del hombre, si fué formado por Dios directa e inmediatamente del limo de la tierra, o más bien lo fué mediatamente, infundiendo el alma en algún cuerpo animal, y procediera éste por evolución hasta llegar a la perfección que tiene el organismo humano, como quieren Mivart (*Génesis of species*) y algunos otros, o ya fuera disponiéndose providencialmente por la acción divina, según opinan el sabio P. Arintero, O. P. en su obra el *Hesameron* y la *Ciencia Moderna*, y otros naturalistas, la Iglesia nada ha definido, ni creemos definirá nunca, pues ni ha de ser necesario para salvaguardar el dogma, ni afecta en nada a la tesis principal. Es cuestión totalmente libre.

2 Hetze. L. C. Introd. § 6.º.

3 La Humanidad posee felizmente un documento auténtico acerca de su origen y de su historia primitiva: una fe de nacimiento, sellada con carácter divino. Poseemos argumentos científicos de la absoluta credibilidad de este libro, que el Cristianismo y el Judaísmo veneran como inspirado por Dios; y nos basta saber, que toda la autenticidad y veracidad que puede exigirse por parte de la Ciencia, se encuentra en este documento. «C. J. Dégenhardt, *Los Cuatro Arcanos del Mundo*», c. XXV.

música en los péntagramas sin clave: por testigos de lo que se refiere preséntanse las tradiciones de todos los pueblos; y está afirmado, además, por el buen sentido y alto criterio de la filosofía». (1)

Pues en este escrito que recopila las más fehacientes tradiciones, Moisés dice palmariamente y terminantemente: «Y dijo Dios. Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza... Y crió Dios al hombre a su imagen... Formó, pues, el Señor Dios al hombre del limo de la tierra, e inspiró en su rostro un soplo de vida y fué el hombre hecho en el alma viviente». (2) La sencilla y elegante narración del primer libro bíblico, muy lejos de estar discordante con las tradiciones de los demás pueblos, marcha, según dicho queda, paralela con ellas, como no podía menos de suceder; con la única particularidad que, mientras en aquellas prevalece la confusión, vaguedad e imprecisión, en medio de un fondo de verdad, en esta se ostenta la historia con todos los detalles genéricos bien determinados e inconfundibles, reconociéndose la verdad de lo narrado sin mucho esfuerzo mental.

La formación del hombre, realizada inmediatamente por la virtud divina, la admitían, sin género de duda, los Egipcios; en sus libros sagrados, donde se conservaban las más antiguas tradiciones respecto del monoteísmo, se hablaba igualmente de la creación del hombre. Confesaban la creación humana las tradiciones de los Indios. Encuéntrase en las de los Persas, en la de los Asirios y Babilonios; en las del Celeste Imperio y en las más recientes de los Griegos y Romanos. Es tan general en los antiguos pueblos la tradición de la creación del hombre que podemos repetir las palabras de un moderno escritor: «Quien con profundo sentido histórico, compare directamente las cosmogonías, verá que la tradición universal domina completamente el espíritu del género humano». (3) Ahora bien; como más adelante tendremos ocasión de repetir, uniformidad tanta en materia de tanta importancia, ¿no lleva en sí misma el carácter de veracidad? ¿Qué podrá significar contra esto, la arbitraria, cuando no maliciosa, hipótesis de algunos transformistas, cuya finalidad no es otra que

1 *Contestación a la Historia del conflicto entre la Religión y la crítica* de J. G. Draper, c. VII, § 2.º

2 I. 26-27; II, 7.

3 Patzel, apud Schanz, L. C. part 1.ª T. II c. XV, n.º 3.º R. Valbuena L. C. T. I y III.

hacer desaparecer del universo el imborrable nombre de Dios?, ni tampoco las más caprichosas de quien se dice, o se finge espíritu, sin aducir otras pruebas que la supuesta autoridad del parlante?

Las ciencias naturales, a pesar de lo que se ha vociferado, nada contrario oponen a la creación del hombre. «A los que me interrogan, decía Quatrefajes, acerca del problema de nuestros orígenes, no vacilo en responder en nombre de la ciencia: «yo no sé». «Y es que la manera de aparecer el primer hombre se oculta a sus investigaciones de antropólogo. (1) Pero si nada en contrario dice la ciencia, afirma sí mucho a favor. No pretendemos con esto sostener que nos ofrezca pruebas positivas, fundadas en descubrimientos prehistóricos; nunca la naturaleza podrá servir de juez en el presente litigio; empero hay negaciones que tienen fuerza de afirmaciones, y nos parece que esto se verifica en el caso que estamos ventilando.

Si el hombre no hubiera sido formado inmediatamente por Dios, sino que fuera efecto de la evolución lenta y progresiva, como afirman transformistas y espiritistas, hubiera dejado marcadas sus huellas al paso por la tierra, como la han dejado los demás seres que no revisten interés tanto, y en las terrestres capas se encontrarán sus esqueletos. Ahora bien, ¿qué nos dice la Arqueología, en la parte que le pertenece analizar los restos del hombre, y qué nos dice sobre todo la Paleontología?

Después de muchas escavaciones y cuando, en un momento dado, se creyó vislumbrar un rayo fosforescente, ha venido la conclusión ya de todos conocida: Jamás la Paleontología ha encontrado entre los fósiles de animales un organismo de transición; nunca ha dado con la evolutiva progresión de los seres que

Con meditada calma y paso a paso
Cual requería el caso

se fueran acercando a la perfección del reino hominal; siempre se encuentra con la estabilidad orgánica; los esqueletos de entonces son como los de ahora y los actuales como los encontrados en las capas de la tierra. (2) Este silencio profundo de la

1 Cfr. Jaugey, Dic, Apol, Hombre.

2 El cable submarino nos ha participado la noticia de un descubrimiento sorprendente, realizado por el Dr. J. G. Wolf. en Patagonia; se

naturaleza, ¿no equivale a una afirmación elocuente, y más que elocuente irrefutable? ¿No es un argumento indirecto sí, pero contundente, a favor de la creación humana? La conclusión que de todos estos alegatos tradicionales; históricos y prehistóricos deduce la razón no puede ser más palmaria.

Nos encontramos con un hecho real cual es el hombre, vemos que la energética de la naturaleza es incapaz de producirlo; por otra parte, todo lo que nos ha precedido afirma que su producción es debida a una causa supraterrena, a la virtud de la suprema Deidad; luego no nos queda otro remedio que admitir y predicar la creación del hombre por la Omnipotencia del Altísimo, confirmando de esta manera la definición de la Iglesia católica y las palabras del Génesis y teniendo además que llegar a confesar la inspiración de Moisés, si no queremos suponer en él un milagro todavía mayor; el de atribuirle conocimientos que no estaban, ni podían estar al alcance de su época.

Más amplia confirmación nos ofrece el discurso filosófico, pero como ya queda expuesto al tratar de la formación del universo, nos abstenemos de reproducirlo. Podemos, pues, concluir: que la palabra de Dios, la del hombre y la de la naturaleza proclaman la creación humana, doctrina de la Iglesia, y reprobaban la hipótesis evolucionista, opinión del transformismo y espiritismo.

trata del hallazgo de un cráneo humano fosilizado, en la época terciaria. Con este motivo el mismo cable nos transmite la opinión que ha emitido el Dr. Boas, y entre otras cosas, que dejamos para más adelante, en el capítulo siguiente hablaremos algo sobre el particular, nos dice: «Hasta la fecha los sabios se han dedicado simplemente a hacer declaraciones empíricas sobre la posibilidad de que el hombre existiera en el periodo terciario, bien que numerosas huellas indicando la existencia de un animal de apariencias humanas se hayan encontrado en varias rocas. Cfr. *Diar. de la Marina*, 27 2-25. Estas huellas encontradas en las rocas ni son del hombre, ni menos indican las de un animal con apariencias humanas. ¿En qué se funda el Dr. Boas para decir que las apariencias son de hombre, pero que en realidad las huellas son de un animal a él semejante?

La ciencia no ha encontrado ese animal, las inscripciones humanas o vestigios de hombre no han resultado auténticos, aunque algunos naturalistas concibieran no pocas ilusiones. Cfr. *Enc. Euro. Amer.* T. 47. Prehist.

CAPITULO IX

LA FORMACIÓN DEL HOMBRE

CUESTIONES QUE SIGUEN AL GÉNESIS HUMANO.—EL POR QUÉ DE LA RESOLUCIÓN CONJUNTA.

Dilucidada la cuestión importante del origen del hombre en su primer momento sustantivo, y vista la sin razón de la doctrina ocultista, precisa el que analicemos otras que si no son tan fundamentales, ni afectan tan inmediatamente a la tesis católica, sirven, no obstante, para proyectar fúlgida luz sobre lo que más adelante habremos de estudiar, y que, en opinar del espiritismo, es el punto cardinal del catolicismo, y aún también del ocultismo.

Estas cuestiones son las que se refieren al cómo y al cuándo, a las circunstancias de la aparición y al tiempo en que el hombre apareció sobre la tierra. El género humano, ¿desciende de una sola pareja?; su morada en el globo terráqueo ¿data de pocos milenarios, o se pierde en la prolongación de los siglos? Si bien estas materias son distintas entre sí, mas como guardan no poca afinidad, y el espiritismo las resuelve conjuntamente, las trataremos en un solo capítulo.

ARTICULO PRIMERO

PREADAMISMO Y COADAMISMO. EXISTENCIA ADÁMICA

PREADAMISMO DE LA PEYRÉRE.—LOS SEUDOSABIOS ACEPTAN LA DOCTRINA.—POLIGENISMO PREADAMÍTICO.—J. G. DRAPER Y J. FABRE D'ENVIEU.—AGASSIZ.—POLIGENISMO SIMULTÁNEO.—ECLECTICISMO ESPIRITISTA.—ALLAN-KARDEC Y ADÁN.—LA APARICIÓN SEGÚN EL ESPIRITISMO.—DIVERSAS NEGACIONES ESPÍRITAS.—LA HISTORICIDAD DE LOS TRES PRIMEROS CAPÍTULOS.—¿EN QUÉ SE FUNDA EL ESPIRITISMO PARA NEGARLA?—LA HIPERCÍTICA.—LO QUE DICE LA COMISIÓN BÍBLICA.—PERSONALIDAD HISTÓRICA DE ADÁN.—ADMIRABLE CONCATENACIÓN.—ADÁN Y LA ESCRITURA.—LAS TRADICIONES.—LA EDAD MEDIA Y LA MODERNA.

El primero que negó la descendencia humana de una sola pareja fué el calvinista Isaac de la Peyrère (1) en el siglo XVII. Antes que Adán fuera creado por Dios, para constituirle padre del pueblo escogido, había sido creado otro primer hombre, al cual, según Peyrère, se le ha de considerar como el progenitor de los pueblos paganos o gentiles. Aunque el célebre calvinista rectificó su opinión y abjuró su error, la doctrina agradó sobre manera a los *muy sabios filósofos* del pasado siglo y la hicieron resurgir con nueva vida y ataviada con todos los *amuletos* que conservados en los tiempos no históricos juzgaban pertenecerla en propiedad.

1 Sobre la Peyrère vease Vigouroux, Man. Bíblico, T. I, n.º 500 y sig.

No hacemos mención alguna de los que con anterioridad a Peyrère, como Jiordano Bruno, Juliano el Apóstata y otros antiguos habían defendido el preadamismo, porque apenas si tuvo resonancia en la historia.

Afirmaban estos buenos señores, y decían hacerlo en nombre de la ciencia, que la aparición humana era poligenista, y su cuna se halla muy anterior a la de Adán, recostada, decían algunos, sobre las rocas de la época terciaria. No hizo eco en el mundo verdaderamente científico esta segunda fase que, pudiéramos llamar de poligenismo preadamítico, aunque algunos la defendieran con tanto ardor como J. G. Draper, pensando que habían de crear un conflicto serio a la Religión católica. Otros como J. Fabre D'Enviu, enseñaban que admitida la posibilidad del hombre terciario, nada de común tenía con los ahora existentes, pues que aquel se habría extinguido totalmente antes de ser creado el progenitor del reino hominal que conocemos. (1) De esta manera se resolvía la cuestión y la materia se llevaba a un terreno donde, entonces, y aun hoy, es imposible la discusión. La mayoría de los sabios continuó propugnando el monogenismo humano; en el campo heterodoxo lo defendían hombres tan competentes como Alejandro Humboldt, Quatrefages, Isidoro Geoffroy, Saint-Hilaire, Constantino James y otros muchos. (2)

Más aceptación tuvo la doctrina del filósofo y naturalista Luis Juan Rodolfo Agassiz, que afirmó el poligenismo simultáneo, paralelo, o coadamismo. Según él la humanidad principió a existir con Adán. Antes que fuera formado del limo de la tierra no le precedió ser racional; el preadamismo no es admisible, pero no fué en él solo en quien radicó el tronco humano; simultánea y juntamente con Adán aparecieron en distintos puntos del globo otros tipos humanos, que siendo de la misma especie que Adán eran, sin embargo, la raíz de las diferentes razas que integran el género humano conocido. (3)

El espiritismo al tocar estas materias aunque no sea más que de paso, podemos decir que presenta algún punto de contacto con la sentencia de Agassiz, pues afirma como él la aparición múltiple del hombre en distintas partes de la tierra, suponiéndola causa de las diferentes razas; pero en realidad se abraza de lleno, como no podía menos, con la doctrina preadamita en toda su crudeza.

«Ha nacido el hombre, se pregunta Allan-K., espontáneamen-

1 *Les origenes de la terre et de l'home*, lib. 2.º p. 50.

2 Cfr. Urraburu, L. C. lib. 2.º Disp. 10; n.º 295.

3 *De l'espece et de la clasification en Zoologie*.

te en muchos puntos del globo? Sí, responde, y en *diversas épocas*, siendo esta una de las causas de la diversidad de razas» (1) Más explícitamente proclama el poligenismo cuando pregunta: «¿Empezó la especie humana por un hombre solo? Y responde con el categórico «No». (2)

Por lo que se refiere al tiempo de la aparición, Allan-K., influido, sin duda, por la doctrina darwinista, empieza diciendo que «no podemos conocer la época de la aparición del hombre en la tierra, y todos vuestros cálculos (supone que le dicta sus palabras el espíritu «*verdad*») son quiméricos» (3); «el que vosotros llamáis Adán no fué el primero, ni el único que pobló la tierra», la época en que vivió fué «poco más o menos en la que vosotros señaláis, esto es, cerca de 4.000 antes de Jesucristo. El hombre, cuya tradición se ha conservado bajo el nombre de Adán fué uno de los que sobrevivieron en una comarca a algunos de los grandes cataclismos que, en diversas épocas, han transformado la superficie del globo, y vino a ser el tronco de una de las razas que hoy le pueblan. Las leyes de la naturaleza se oponen a que hayan podido realizarse en algunos siglos los progresos de la humanidad, patentizados mucho tiempo antes de Cristo, si el hombre no hubiese vivido en la tierra más que desde la época señalada a la existencia de Adán. Algunos consideran, y tienen más razón en hacerlo, a Adán como un mito o alegoría que personifica las primeras edades del mundo». (4)

Igual doctrina en todos sus puntos, exceptuando en el del poligenismo paralelo, se defiende en el ya citado libro de Q. López. Reseñada muy brevemente la conocida historia del fratricidio de Abel, y haciendo gala de *saber enumerar las contradicciones* en que incurre el hagiógrafo sagrado, escribe: «Esto es muy raro para ser atribuído a todo un Dios; pero todavía lo más raro y contradictorio de la fábula no está en lo transcrito, sino en que, habiendo ido a habitar Caín la tierra de Nod, al Oriente del Edén, *se encontrara allí con una mujer y con ella procreara. ¿Quién era esta mujer? La Biblia no lo dice, y a más de no decirlo, conviene advertir que hasta el capítulo VI, vv. 1 y 2, no se encuentra que a los hombres les nacieran hijas. ¿Sería su madre?*

1 L. C. n.º 55.

2 L. C. n.º 50.

3 L. C. n.º 48.

4 L. C. números 50-51.

No es presumible, por cuanto parece ser no se separó jamás de Adán, a quién le dió otro hijo llamado Seth a los 130 años. ¿Quién, pues, sería si la tierra estaba habitada solamente por Adán, Eva y su primogénito? (1)

Varias son las negaciones que se hacen en estos párrafos de doctrina ocultista; unas incidentales a la cuestión que nos ocupa y otras que la afectan directamente, con brevedad diremos algo de las primeras para luego hablar más detenidamente de las principales.

Tanto Allan-K., como Q. López niegan, en primer lugar, la veracidad histórica de los tres primeros capítulos del Génesis. (2); uno y otro convienen en considerar su narración como fábu-

1 c. II. A renglón seguido de lo transcrito añade el Sr. Quintín: «Cuánta razón dice S. Agustín *De Génesis contra manicheos*, que no pueden conservarse los tres primeros capítulos de la *Biblia*. Muy fácil es atribuir a un escritor una opinión cuando para nada se tiene en cuenta la verdad, e importa poco que no se encuentre en sus obras. (Cfr. Hetze. Comen. in Gen. p. 42). Al Sr. Quintín pudiéramos repetir las palabras que el Santo dice contra los Maniqueos en su Lib. 1.º n.º 2.º ML, 34. 172. Precisamente S. Agustín no persiguió otro fin en los dos libros *contra maniqueos* que demostrar la verdad literal e alegórica). Leyendo como lee el Sr. Quintín, lo que no se ha escrito e interpretándolo a medida de su talante, es muy viable hablar como acabamos de oír y como nos dice en las siguientes líneas al exponer su opinión sobre la Sagrada Escritura: «Entre las grandes irreverencias, dice, que el hombre de nuestros tiempos puede tener para con su Dios ninguna mayor, seguramente, que la de seguir atribuyéndole la inspiración directa e indirecta de los llamados *libros sagrados*. Es necesario ser, o muy atrofiado de inteligencia, o muy pervertido de corazón para creer, cuanto más para enseñar como verdad axiomática, que Moisés y los Profetas hablaron por mandato de Jehová, reflejando en sus obras la voluntad de Aquel cuya primera realidad debe consistir en su inmutabilidad y su inmanencia; y decimos que se necesita ser bellaco o fementido para creer y enseñar cosas tales, porque no de otro modo se explica cómo a la vista de tantos errores, tantas contradicciones, tantas pornografías, y sobre todo tantos crímenes por parte de Dios como reflejan las páginas de los libros aludidos, haya quien se empeñe en sostener que el Dios de la Ley Antigua es el Dios de la Ley Nueva, el Dios de la razón y de la filosofía, el Dios de la ciencia y del sentimiento».

Sin duda el Sr. Quintín, al escribir esto, tenía un espíritu de los de Tercer Orden, perteneciente a la octava clase, y de las malas cualidades que les caracterizan, al decir de Allan-Kardec. Huelga, pues, que nos detengamos a refutar lo que hoy día nadie ignora.

2 Esto no quiere decir que no nieguen más que los tres; pues a este propósito escribe Q. López, después de citar a S. Agustín: «Pero este Padre de la Iglesia fué muy parco al emitir su desinteresado juicio. Cierto, muy cierto es que los tres primeros capítulos del Génesis no pueden conservarse; pero no es menos cierto también que igual suerte debieran correr todos los otros; y los del Exodo, y los del Levítico y los del resto de la Biblia. Por donde quiera que se abra este *testimonio de la revelada religión católica*, son tantos los absurdos, las contradicciones, las pornografías, los crímenes, las barbaridades, en suma, que se

la y pura mitología. ¿Y qué motivos tienen para no ver en la Escritura más que mitos y fábulas?

Quintín López alega las *barbaridades* y *pornografías* de la misma, lo cual ciertamente es incompatible, no ya con la supuesta autoridad de Dios, sino también con el carácter histórico. Pero como las *pornografías* y *barbaridades* sólo existen en la apreciación del sujeto sin que fundamento alguno puedan encontrar en la realidad objetiva, según lo ha demostrado la verdadera exégesis a través de los siglos, no cansaremos al lector con nuevas citas que pueden encontrarse en cualquier iságooge de Sagrada Escritura.

Allan-K. parece que más bien apela a las revelaciones de las ciencias naturales y a la opinión que la hipercrítica ya empezaba entonces a emitir. Pero la ciencia natural nada puede decir en esta como en otras materias similares. Con gran ardor se discutió, en la segunda mitad del pasado siglo y en buena parte del presente, el problema de la veracidad histórica de los primeros capítulos genesíacos. La escuela hipercrítica, liberal absoluta, y más tarde llamada modernista, encontraba muchas deficiencias al pretender encerrar herméticamente las narraciones mosáicas en su molde naturalista y en consecuencia proclamaba la falsedad de la Escritura. Algo semejante venía sucediendo a la denominada escuela liberal moderada; admitía la veracidad colectiva, pero encontraba no pocos inconvenientes en los detalles; sus principales fautores Peters y Lagrange (1) señalaban algunos puntos vulnerables, ya fuera en lo substancial, ora en lo accidental. Pero después de mucho estudio y análisis los sabios y competentísimos miembros que integran la Comisión Bíblica, declararon, con fecha de 30 junio de 1909, que los tres primeros capítulos del Génesis tienen verdadero carácter histórico y que las narraciones que en ellos se hacen corresponden en un todo a la realidad objetiva y a la verdad histórica; que no puede ponerse en duda el sentido lite-

le atribuyen a Dios, que aun de considerar a Este por el más feroz y torpe de los malvados, habría que reconocer exageración en el relato de sus fechorías». Este Sr. Quintín parece que se halla emparentado con R. H. de Ibarreta, quien después de muchas lindezas consagradas a *elogiar* la Escritura Santa, nos dice que es un «verdadero galimatías de los galimatías», «almacén inagotable de opiniones contrarias», etc. etc. *La Religión al alcance de todos*, p. 112. Obra en verdad diabólica, si las hay, y escrita con indecible saña satánica.

1 Revue Biblique 1896, n.º 3.º, Hexámeron.

ral histórico cuando se expone alguno de los fundamentos de la religión cristiana, como son entre otros, la creación de todas las cosas por la virtud divina en el principio del tiempo, la especial creación del hombre, la formación de la primera mujer, la unidad del género humano, y otros que no es necesario enumerar aquí; que los sistemas exegéticos inventados para excluir el sentido literal histórico de los tres dichos capítulos carecen de sólido fundamento. (1) Los motivos que la Comisión Bíblica tiene para hacer esta su afirmación tan categórica, son de solidez incommovible; descansan en la tradición secular, la cual a su vez está protegida por la autoridad de los más competentes; antes que perdieran su existencia tendrían que desaparecer cuantos vestigios históricos conserva el tiempo, y como esto es imposible siempre subsistirán aquellos.

Con la afirmación del carácter histórico para los tres primeros capítulos genesiacos queda también resuelto y aclarado otro de los puntos que niega el espiritismo, y al que se refieren Allan-Kardec y, Q. López en las palabras copiadas; el de la realidad personal de Adán. Ni Adán es un mito, ni tampoco «una alegoría que personifique las primeras edades del mundo»; Adán es una persona individual, física, con todas las cualidades y características que constituyen la categoría predicamental de un sujeto.

Las pruebas que lo confirman son de tal naturaleza que disipan toda obscuridad de las imparciales inteligencias; en la historia profana antigua no se presenta personaje alguno con tantas garantías. Es la primera, la que nos da el propio libro del Génesis; en el decurso de todo él se dibuja su personalidad con precisión tanta y revestida de tales circunstancias que no es posible reducirla al simbolismo ni tampoco a la mitología. La concatenación que forman los capítulos genesiacos, lo mismo que las objetividades y sujetos que de materia sirven es de tal naturaleza, que no hay eslabones que tan íntimamente se unan para formar la cadena; no puede quitarse uno sin que se rompa la unidad, y con la negación de la unidad se llegaría a la negación del todo.

Ahora bien; esto es imposible, pues en el Génesis hay partes tan históricas y tan verídicas que cuando la narración bíblica

1 Act. A. S. V. I. p. 558. Heize. L. C. Intro. § 6 y 7. R. Corn. Com-
em. Introduc. in S. Script. pars. 2.^a, c. 1, § 7.

guardase silencio, y para nada contáramos con su autoridad, los documentos egiptólogos y asiriólogos y las escrituras cuneiformes hablan con tal elocuencia que nos veríamos obligados a confesar la realidad. ¿Quién se atreverá a admitir la personalidad de Jacob y negar la de Abraham; reconocer la de éste y no dar por cierta la de Thare; confesar la existencia de estos personajes y negar la de sus progenitores tal cual se refiere en los capítulos 10 y 11 del Génesis? El diluvio es hoy un hecho tan manifiesto para la ciencia que no existe un sabio que se aventure a ponerlo en tela de juicio. (1) Con la existencia del diluvio hay que afirmar la del sujeto que figura como protagonista del drama, la de Noé; con la persona histórica de Noé la razón se ve precisada a admitir la de sus generadores; tiene que aceptar necesariamente la genealogía que se nos describe en el capítulo V del primer libro bíblico; la negación de cualquiera de los miembros que forman el organismo traería las mismas consecuencias que si se negara todo el conjunto.

Lo que a primera vista, y tratándose de tan remotos tiempos, parece muy dificultoso, no lo es si se tienen en cuenta todas las circunstancias del tiempo, la longevidad de la vida, la fidelidad de las tradiciones, cuando para conservar la memoria de lo pretérito faltaban los medios que posteriormente hemos tenido, las condiciones del medio ambiente y otras muchas que no pueden percibirse claramente en una mirada sintética.

De Adán como persona verdaderamente histórica se habla en distintas partes de los libros judáicos, cuya veracidad y autenticidad no ha podido menos de confesar la hipercrítica racionalista. La genealogía de carácter rigurosamente histórico, que se hace

1 Cfr. A. Rodríguez, L. C. c. XIV. Sobre manera nos admira lo que C. Flamarión dice del diluvio en su libro «Lo desconocido y los problemas psíquicos» «No es raro, escribe, encontrar personas que niegan rotundamente las cuestiones objeto de este libro y aceptan sin inconveniente los absurdos más colosales, como la *anécdota del diluvio universal* que cuenta la Biblia... Ningún cuento de las *mil y una noches* sirve para descalzar a esta arca, pero la credulidad religiosa es tan ciega que la acepta sin comentarios». § 2º. ¡Y este es el gran sabio moderno!! Pero así son los que como este se titulan *imparciales*. Admite vaciedades relacionadas con el espiritismo y niega con sarcasmo lo que confiesan los verdaderos sabios, sólo porque está en la Escritura, y ni aun siquiera se da por enterado de lo que dicen sus compañeros de gabinete. Por algo escribió de lo que no entendía. La fe religiosa dice a la razón: «Amiga mía no tienes más que una linterna; apágala y déjate conducir por mí» L. C. § 1.º